

alessandro pronzato

la sorpresa de dios

ediciones sígueme

alessandro pronzato
la sorpresa de dios

**meditaciones sobre la vida religiosa
según el año litúrgico**

IV

Días feriales después de Pentecostés
(de la decimoquinta a la trigesimocuarta semana «per annum»)

CUARTA EDICIÓN

<i>Advertencia</i>	9
DECIMOQUINTA SEMANA: La sorpresa del protagonista.....	11
DECIMOSEXTA SEMANA: La sorpresa de la novedad.....	33
DECIMOSÉPTIMA SEMANA: La sorpresa de la palabra	51
DECIMOCTAVA SEMANA: La sorpresa de la libertad.....	71
DECIMONOVENA SEMANA: La sorpresa de lo humano.....	93
VIGÉSIMA SEMANA: Carta abierta de un laico que cree y espera.....	111
VIGESIMOPRIMERA SEMANA: La comunidad en diálogo, o sea, la sorpresa de «lo diverso».....	133
VIGESIMOSEGUNDA SEMANA: La comunidad que ora.....	157
VIGESIMOTERCERA SEMANA: La comunidad que escucha	181
VIGESIMOCUARTA SEMANA: La comunidad que personaliza	197
VIGESIMOQUINTA SEMANA: La comunidad que «sale».....	219
VIGESIMOSEXTA SEMANA: Cartas escritas en papel de lija (I).....	241
VIGESIMOSÉPTIMA SEMANA: Cartas escritas en papel de lija (II).....	263
VIGESIMOCTAVA SEMANA: La misa de la monja.....	285
VIGESIMONOVENA SEMANA: Cuadritos más o menos edificantes.....	303
TRIGÉSIMA SEMANA: Castidad, o sea, la sorpresa del amor.....	325
TRIGESIMOPRIMERA SEMANA: Pobreza, o sea, la sorpresa de la comunión.....	341
TRIGESIMOSEGUNDA SEMANA: Obediencia, o sea, la sorpresa de la responsabilidad	355
TRIGESIMOTERCERA Y TRIGESIMOCUARTA SEMANA: La sorpresa de la fidelidad	371
<i>Índice general</i>	399

© Piero Gribaudi Editore, 1974

© Ediciones Sígueme, 1975

Apartado 332 - Salamanca (España)

Tradujo G. Mártel sobre el original italiano

Le sorprese di Dio

ISBN: 84-301-0673-1

Depósito legal: S. 449-1979

Imprime: Gráficas Ortega, S.A.-Polígono El Montalvo-Salamanca

ADVERTENCIA

El tiempo litúrgico llamado «tiempo ordinario» comprende 33 ó 34 semanas, desde el primer domingo después de la Epifanía hasta el adviento y se interrumpe durante el tiempo de cuaresma y pascua.

Este período, en las presentes meditaciones, abarca dos volúmenes: el segundo y el presente, cuarto de la serie.

Por ello este volumen se enlaza necesariamente con la *Provocación de Dios*, del cual es continuación y complemento. Arranca efectivamente del domingo 15º y termina en el 34º.

El uso de los dos volúmenes (*La provocación de Dios* y *La sorpresa de Dios*) habrá de acomodarse, pues, a las fechas señaladas en el calendario litúrgico de cada año.

Algunos temas que, a causa de su amplitud, no podían encajar en la forma breve de estas meditaciones, han sido presentados, bajo un solo título, en dos días sucesivos.

Decimoquinta semana

La sorpresa del protagonista

Hasta el gorrion ha encontrado una casa,
y la golondrina un nido,
donde colocar sus polluelos.
Tus altares, Señor de los ejércitos,
rey y Dios mío.
Dichosos los que viven en tu casa
alabándote siempre

*(Antifona de comunión de la
decimoquinta semana del tiempo ordinario)*

La Trinidad no es un rompecabezas

Domingo

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... (Mt 28, 19).

La Trinidad es un misterio que «atormenta», y no solamente hoy, a muchos hombres, cristianos y no cristianos. Una especie de rompecabezas.

El caso es que nos dejamos atrapar en una especie de ejercicio trivial de álgebra: uno igual a tres.

No es ciertamente con el gancho de la lógica como podemos abordar este misterio. Hay que afrontarlo, más bien, desde un punto de vista existencial.

Un conocido escritor francés —Jean Claude Barreau— ha presentado una interpretación extraordinariamente sugestiva, aun cuando no sea muy nueva, del misterio trinitario, pero lo ha hecho precisamente desde una perspectiva existencial. Intentemos resumirla brevemente ¹.

El hombre auténtico, verdadero y completo, vive en tres dimensiones: vertical, horizontal y profunda.

Podemos expresarlo todo en tres términos:

- sobre
- en torno
- dentro

A través de la dimensión vertical el hombre se pone en rela-

1. J. C. Barreau, *Qui est Dieu*, Paris, 65. Estas páginas no son más que una síntesis del capítulo correspondiente.

ción con lo que está «sobre» él: por ejemplo, el padre, la madre, los superiores y cualquier clase de autoridad. Reconoce los valores que están encarnados especialmente en el padre: obediencia, docilidad, dependencia, orden. Si acepta vivir en esta dimensión, el hombre es *hijo*. Si la rechaza radicalmente, se queda en adolescente, en una estéril rebeldía contra el padre, y se debate en una protesta confusa y anárquica.

La *dimensión horizontal* enlaza al hombre con aquello que se halla «en torno» a sí mismo: hermanos, hermanas, amigos, compañeros, todos sus semejantes, en suma. Los valores esenciales son los de fraternidad e igualdad. La persona que vive esta dimensión horizontal se convierte en *hermano*. Si la rechaza, se queda en un niño egoísta y caprichoso, cerrado en su pequeño mundo individual, únicamente preocupado por su propio bienestar (también espiritual), extraño a las exigencias del mundo que lo rodea, insensible a los problemas de la justicia.

Finalmente existe la *dimensión interior*, mediante la cual el hombre entra en relación y sintonía con lo que está «dentro» de sí mismo, con su ser profundo. Es el mundo del alma, del espíritu, de la intuición, de la creatividad. La persona descubre los valores de interioridad, silencio, reflexión, libertad, contemplación, poesía, llega a las propias fuentes subterráneas, a las propias raíces. Se convierte en un *ser espiritual*. Y, subrayémoslo bien, el espiritual no es una creatura que vive en las nubes, desencarnada. Es, sencillamente, un hombre profundo.

La persona privada de esta dimensión interior se condena a la superficialidad, a la vanidad, a la agitación exterior. Se queda en la superficie de todo.

Por consiguiente, el hombre completo debe vivir en relación con lo que está «sobre», «en torno» y «dentro» de él mismo. Estas tres dimensiones hay que aceptarlas y desarrollarlas simultáneamente. El que vive una sola dimensión, eliminando o minimizando las otras, viene a ser el «ser unidimensional» de Marcússe.

Así, el que es solamente «hijo» se inclina a asumir actitudes conservadoras, preocupado exclusivamente por el orden —o el desorden— constituido. No participa en las luchas por la justicia. No ama la novedad. No sabe mirar hacia adelante.

El que es solamente «hermano», se opondrá a los valores de disciplina, sacrificio y autoridad, además de los del espíritu (oración, adoración y silencio).

El que se limita a ser «espiritual» considerará el propio mundo interior como una cómoda evasión de los compromisos concretos por la transformación del amplio mundo. Será, en definitiva, un «emboscado».

Lo malo del mundo de hoy procede precisamente del hecho de que se presentan como opuestas, o mejor dicho en competencia, estas dimensiones, en vez de hacer que convivan para que mutuamente se completen y se ordenen armónicamente.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la trinidad?

Veámoslo. El creyente no se encuentra en Dios con un ser «unidimensional». Sino que lo ve en sus tres dimensiones fundamentales.

Así, abriendo el evangelio, el cristiano conoce a un Dios que está «sobre». Es el Padre. El Padre *nuestro*. Un Padre tierno, misericordioso, respetuoso de la libertad de sus hijos («padre» no paternalista). Siempre dispuesto a acoger al pródigo. Siempre dispuesto a perdonar.

Pero encuentra también a un Dios que, en Jesús, ha tomado un rostro humano, fraterno. Un Dios que está «en torno» a nosotros. Un Dios «hermano nuestro». «Tuve hambre»...

Y, finalmente, Dios se encuentra también en la dimensión interior, en las profundidades de nuestro ser. Dios está «dentro» de nosotros. «Dios es más íntimo a mí que yo mismo» (San Agustín).

Por consiguiente, Dios nuestro padre, nuestro hermano, nuestro espíritu.

En vez de abordar el misterio de la Trinidad utilizando imágenes y comparaciones insuficientes, además de gastadas —como el famoso triángulo— pienso que será más útil para nuestra vida reflexionar sobre la Trinidad en una perspectiva de «comunidad».

Siguiendo esta línea, había llegado muy lejos aquel niño que decía candorosamente: «Dios es una familia».

Resultan así también iluminadas nuestras relaciones humanas. No parece entonces demasiada paradoja la frase que Berdiaef dirigía a sus propios compañeros de lucha comunista: «Nuestra doctrina social es la trinidad».

El cristiano que cree en la Trinidad, se esfuerza en vivir este misterio rechazando todo egoísmo, todo cuanto sea replegarse sobre sí mismo. Resulta así la auténtica imagen de un Dios que es «comunidad», relación, comunión de personas.

Envías tu soplo y son creados,
y renuevas la faz de la tierra (Sal 103, 30).

El término hebreo con que se designa el espíritu es *ruah*. Este vocablo ha sido un verdadero rompecabezas para los traductores. Significa efectivamente una realidad imprecisa, indefinible, inasible, impalpable, pero de todos modos unida a la vida.

Ruah se traduce por soplo, aire, aliento, espíritu, viento, respiración.

Y se aplica lo mismo a Dios que al hombre. Puede ser *ruah del hombre* o también *ruah de Dios*.

Se describe a los hebreos, esclavos en Egipto, como «faltos de *ruah*» (Ex 6, 9), para decir que se encontraban en situación de angustia extrema, que no podían ya aguantar más.

El hombre, en definitiva, posee más o menos fuerza vital, en cuanto participa más o menos intensamente de esta realidad misteriosa que es el *ruah*¹.

De todos modos es cierto que Dios es dueño del *ruah*. «Espíritu es el principio de la vida y de la actividad vital. La respiración es el aliento de Dios, el soplo comunicado al hombre, y vuelve a él (a Dios) cuando muere. Cuando Yahvé retira su espíritu, los seres vivos mueren; cuando lo envía son creados, y de este modo

1. Cf. H. Cazelles, *L'Esprit de Dieu dans l'Ancien Testament*, en la obra en colaboración *Le mystère de l'Esprit Saint*, Tours.

él renueva la faz de la tierra. Los huesos áridos desparramados de la visión de Ezequiel tienen solamente necesidad del soplo vital para reunirse y resurgir» (J. L. McKenzie, *Diccionario Bíblico*).

Dejemos a los eruditos y demos la palabra a los poetas. «El aire produce el intercambio. Entre aquel ambiente divino, que es la trinidad, y el mundo de los hombres creados a su imagen y semejanza, el Espíritu representa este intercambio vital. Es la biosfera de Dios y de los hombres. Nos nutrimos del Espíritu como de la atmósfera sin la cual no podríamos vivir. En este sentido hay un aire común entre todos los hombres: *el aire de Dios*»².

Detengámonos aquí. Hay materia suficiente para la reflexión.

El Espíritu santo como principio de vida. Yo estoy vivo en cuanto participo de este «soplo» divino.

El Espíritu no es algo que sea extraño a mí. No queda uno fuera del aire. Yo estoy dentro, y él está dentro de mí.

Hay un intercambio de «respiración» entre Dios y yo.

Hay un intercambio de «aire» entre el mundo divino y la tierra.

Todos los hombres viven en esta atmósfera de Dios. Viven de este aire.

Por consiguiente el Espíritu no es un personaje secundario. Es el protagonista en la escena del mundo, de la iglesia, de la vida religiosa y de mi existencia personal.

El protagonista de la vida.

2. P. Talec, *Les choses de la foi*, Paris.

El mundo es transportado por el movimiento de Dios

Martes

De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa en la que se encontraban (Hech 2, 2).

«Dios es espíritu» significa lo mismo que Dios está vivo. Dios da vitalidad a todo lo creado.

Pero decir «Dios es espíritu» significa también que Dios está obrando en todo el mundo. El *ruah* es precisamente el espíritu de Dios que actúa, que obra.

«Dios es espíritu» quiere decir: Dios está en movimiento. Me busca. Me eleva. Me impulsa. Me atrae. «Dios es un Dios en acción que quiere imprimir dentro de nosotros un movimiento hacia nuestra meta eterna. El nos busca en el Hijo; llega hasta nosotros en el Espíritu; nos conduce por medio del Espíritu»¹.

El *ruah* divino puede ser una ligera brisa, como aquella que caracterizaba el encuentro entre Dios y el hombre en el jardín del Edén (Gén 3, 8).

Pero puede ser también un viento impetuoso, un huracán. Y fue precisamente bajo este aspecto como el Espíritu se manifestó en pentecostés.

Así, pues, la presencia y la acción del Espíritu se asemejan a las del viento. El Espíritu es «viento».

1. H. Berkhof, *Lo Spirito Santo e la Chiesa*, Milano.

El viento es imprevisible. «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va» (Jn 3, 8).

Abrirse a la acción del Espíritu significa convertirse en creaturas «sorprendentes», inexplicables. Que no siguen la trayectoria obligada del buen sentido, los caminos trillados de la mediocridad general, los itinerarios programados del «todos hacen lo mismo» o «siempre se ha hecho así», ni los senderos bien señalizados de la costumbre y de las repeticiones.

No sin razón los primeros monjes eran llamados «hijos del viento», precisamente por lo que tenían de imprevisible su acción y sus iniciativas y por la novedad de sus gestos.

La vida religiosa es fiel al Espíritu en la medida en que se muestra capaz de «sorprender».

El viento es inasible. No se le puede enjaular, administrar, organizar o controlar.

Nadie es tan libre como un santo.

Nadie es menos domesticable que un hombre conquistado por el Espíritu.

El viento es imparable. En su irresistible acción arrolla los obstáculos, barre decididamente todos los miedos, sacude los prejuicios, derriba las seguridades, doblega las resistencias más feroces.

No es posible detener el viento.

Es necesario abandonarse a su fuerza arrolladora, secundar su movimiento impetuoso y dejarse llevar en la dirección que él marca.

El viento se divierte llevándonos adonde no queremos.

Nada de miedo. Vamos a lanzarnos a un mundo nuevo.

Hay siempre un descubrimiento exultante al término de un incómodo viaje determinado por los choques y las sacudidas del viento del Espíritu.

Cuando se tiene el valor de dejarse transportar por el viento, particularmente en una dirección que no nos gustaría, se tiene la certeza de arribar a una «tierra nueva».

El viento, pues, es una realidad dinámica, no estática.

No lo poseemos. Somos poseídos por él.

No se manda al viento. Uno se pone a su disposición.

El viento no se explica. Se ven sus efectos.

No se puede imponer una dirección o una medida al viento.

El es el que fija la dirección y establece la medida.

A una persona que es amiga del Espíritu se la reconoce porque es un *ser en movimiento*.

Ciertas personas llamadas *espirituales*, en cambio, parece como si tuvieran encima —como diría J. Cardonnel— más plomo que alas. Tal es la pesadez y el inmovilismo que las distingue. En realidad no conocen ni siquiera de vista al Espíritu, lejos de serle familiares. Lo confunden con su... pobre aliento.

Tratemos de reflexionar. Acoger al Espíritu en la propia vida significa acoger el viento.

Y cuando entra este viento impetuoso en el mundo o en una existencia personal, hay una única certeza: *nada sigue como antes*.

El Espíritu tiene la pésima costumbre de no dejar como estaban ni a las personas ni a las cosas. Se advierte en no dejar a nadie y nada en su puesto.

«Estos hombres alborotan nuestra ciudad» (Hech 16, 20).

Y la culpa no es suya. Es del viento.

El mundo incendiado por Dios

Miércoles

Se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que dividiéndose se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu santo (Hech 2, 3-4).

Todavía una observación sobre el viento. Tengamos presente que su acción, aun cuando real y eficaz, no siempre es controlable en cuanto a sus resultados.

Durante el día, el viento seca los tejidos, de noche, los humedece y los reintegra.

Con el pasar del tiempo hace asumir a ciertas plantas una forma nueva, produciendo en algunas zonas ecuatoriales hasta modificaciones genéticas en las especies vegetales.

Con la ayuda de la arena crea condiciones de vida y la destruye. Esparce las semillas. Transporta el polen. Difunde los olores hasta muy lejos, atrayendo insectos aun a centenares de kilómetros de distancia.

Así sucede con la acción de quien es movido por el Espíritu. Parece que no transporta nada (tampoco las plantas son transportadas por el viento), que no cambia nada. Y sin embargo, gracias a este «viento», se produce algo ciertamente, se modifican equilibrios, se crean condiciones nuevas, se origina una atmósfera distinta, uno se siente empujado muy lejos, hasta zonas insospechadas.

El que cree en el viento no tiene necesidad de ver los resultados a simple vista. Cree en una acción que se propaga a gran distancia, tanto que escapa a todo control.

No es posible hacer el inventario de lo que produce el viento.

Pero el Espíritu, el *ruah*, se presenta también bajo forma de fuego.

El fuego despliega una triple acción de

- iluminación
- calor
- purificación.

Pero el fuego tiende a propagarse. Está hecho para extenderse. No puede mantenerse en los propios límites.

«He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (Lc 12, 49). Cristo es más bien impaciente a este respecto.

Hay necesidad, por eso, de alguien dispuesto a dejarse... incendiar.

Alguien que no tenga miedo de quemarse. Que no se mantenga a una distancia de seguridad.

Por favor, no confundas tu perezosa tibieza con el fuego devorador del Espíritu.

Acércate a este fuego.

Agrega tu pequeña llama a este inmenso incendio.

Conquista su incandescencia. Soporta su altísima temperatura. No arrojes encima las cenizas de tu prudencia para mantenerlo a raya.

Bruckberger observa con cruel ironía que «los discursos de los párrocos no carecen de corazón ciertamente. Pero el corazón de ellos emite sonidos nasales». Esto se puede decir también de muchas personas religiosas. Y el mal es debido a la circunstancia de que el corazón se encuentra protegido contra el incendio del Espíritu por las cenizas del miedo, del cálculo, de la «razonabilidad», de la timidez.

Hay corazones que se defienden del fuego, lo circunscriben, lo atenúan, intentan limitar los daños del mismo, en vez de lanzarse dentro de la llama.

Sobre todo, debes de estar disponible a la dolorosa acción purificadora del Espíritu.

El fuego, para transformar, debe purificar la materia de todas las impurezas, de la escoria, de las manchas.

No hay conversión sin mutación y cambio, y no hay cambio sin purificación, y no hay purificación sin dolor.

No hay transfiguración sin fatigosa ascesis.

Debes confiarte al fuego si quieres que tu vida adquiera transparencia.

«Todos han de ser salados con fuego» (Mc 9, 49).

¿Estás dispuesto, pues, a no defenderte del fuego?

¿Aceptas en tu vida este incendio de Dios?

Piensa que en este negocio poseer el Espíritu significa... manejar el fuego. Significa hacerse personas que no son nunca ino-cuas, delante de las que no se puede uno mantener indiferente. Personas que dejan huella, que marcan.

La familiaridad con el fuego se expresa por medio de una fe contagiosa.

Debes ser luz, sal (la sal quema, lleva fuego dentro), levadura.

Tu misión no es la de dar seguridad, sino provocar.

¡Ay de ti si te contentas con ser una tisana, un buen tranquilizante para todos los que se acercan a ti!

El corazón del hombre, acorde al ritmo de Dios

Jueves

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo que nos ha sido dado (Rom 5, 5).

✕ El Espíritu aparece en escena al principio de la creación. Es presentado bajo la imagen de un extraño volátil. «La tierra era algo caótico y vacío y tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas» ✕ (Gén 1, 2).

Es el vacío, el caos, las tinieblas, lo indeterminado. Y sobre esta masa informe aletea el espíritu, con un movimiento expresado por un verbo hebreo que significa al mismo tiempo, *cernerse e incubar*.

El Espíritu, según la admirable expresión de P. Talec, cubre bajo su plumaje el gran nido que es el mundo.

La presencia del Espíritu, en el momento de la creación, evoca en consecuencia inmediatamente la idea de la fecundidad. «El Espíritu es creatividad del Padre, fecundidad que encarnará el Verbo» (P. Talec).

Encontramos de nuevo el Espíritu en el momento de la *segunda creación*.

La forma en que se manifiesta es también la del ave. «Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba *en forma de paloma* y venía sobre él» (Mt 3, 16).

Jueves

25

Jesús con su bautismo inaugura la segunda creación.

Y es singular el hecho de que esto se verifique en las aguas del Jordán. Aquellas aguas que se habían abierto, por primera vez, para que los hebreos pudieran entrar en la tierra prometida (Cf. Jos 3).

Pero ahora no son las aguas las que se abren, sino el cielo. «Se abrieron los cielos». Y a través de este desgarrón se entrevé la nueva tierra prometida: el reino de Dios.

El cristiano que participa en el bautismo de Jesús —y es absorbido por las aguas de su muerte para emerger después mediante la resurrección— podrá caminar durante toda su vida hacia esta definitiva tierra prometida, el cielo que está siempre «abierto».

✕ Ser cristiano significa entrar a formar parte de este «mundo nuevo». Significa ser nuevos, ser re-creados, re-hechos.

«El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor 5, 17). Pero también para esta nueva creación es necesaria la acción fecundante del Espíritu santo. ✕

«Lo nuevo es una y otra vez la acción del Espíritu. No tanto la primera creación es obra suya —esta fundación es propia del Padre— cuanto, por el contrario, la transformación, que viene a ser equivalente a una nueva creación, la que hace de todo lo que es muerto algo vivo, de todo lo transitorio realidad eterna, de lo que es terreno creatura celeste. Se oculta aquí en cada caso una muerte y una resurrección, un salto más allá de los propios límites, que solamente se realiza por la virtud del Espíritu. Y, sin embargo, todo este operar creativo no acontece sin que sea secundado por aquello que debe ser transformado. Cristo ha operado para nosotros lo nuevo: el Espíritu lo pone a nuestra disposición como nuevo espacio abierto; pero nosotros debemos creer, obedecer, confiarnos a él, intentar ser sobreelevados» (H. U. von Balthasar).

✕ La acción del Espíritu en la «nueva creación», sin embargo, no se realiza desde el exterior.

El Espíritu se sitúa dentro de nosotros, en lo interior del corazón —convenientemente también renovado, «hecho nuevo». Y es desde el interior desde donde dirige las operaciones para la construcción de la «nueva creatura».

«Y os daré un corazón nuevo,
infundiré en vosotros un espíritu nuevo,
quitaré de vuestra carne el corazón de piedra,
y os daré un corazón de carne.
Infundiré mi espíritu en vosotros» (Ez 36, 26-27).

«El corazón es la vida. Si no hay corazón, no hay vida. El Espíritu es el corazón de Dios. El Espíritu habita en nuestros corazones para conformarnos al ritmo de Dios. No depende de nuestra inteligencia comprender los misterios de Dios. Pero nuestro corazón puede ser la piedra. El corazón nuevo es el Espíritu en nuestros corazones, capaz de amar como Dios nos ama»¹.

Audaz humildad y humilde audacia

Viernes

Si vivimos según el Espíritu,
obremos también según el Espíritu (Gál 5, 25).

Puede parecer algo paradójico. Pero la acción creadora del Espíritu puede algunas veces chocar contra el muro de la humildad. O encontrar un obstáculo insuperable en la obediencia.

Esta antinomia la explica S. Bulgakov en una bella página que me permito citar literalmente¹.

«Lo que importa es que las dos vías —humildad ascética y audacia creadora, obediencia y asunción de las propias responsabilidades— estén unidas por antinomia en la vida espiritual; deben encontrarse, además, en un cierto equilibrio mutuo: si la una falta o se debilita, se resiente también la otra.

La vida cristiana orientada solamente hacia la humildad o hacia la obediencia, reviste la apariencia del rechazo budista del mundo, de la esclavitud espiritual o de la sumisión a la ley propia del antiguo testamento (lo cual se traduce en un exceso de instituciones, de ritualismo, de jerarquismo y, en general, en predominio de la organización externa de la iglesia visible, a expensas de la vida espiritual y creadora).

Por el contrario, tender unilateralmente a la *audacia personal* y a la profecía, es destruir la eclesialidad, es provocar una fragmentación sectaria.

1. P. Talec, *Les choses de la foi*, 112.

1. S. Bulgakov, *Il Paraclito*, Bologna, 436-438.

La antinomia no es contradicción, más aún, en la vida espiritual, lo antinómico se afirma como inevitable y fecundo. Uno y otro elemento, humildad y audacia profética, pertenecen igualmente a la *vida espiritual*, a la unidad concreta de la autodefinición del espíritu, que se abre a la vida divina. El hecho es que el hombre, portador de la imagen divina redimida por Cristo y llena de gracia por el Espíritu santo, puede presentarse delante de Dios solamente arrepentido y humilde, dispuesto a acoger sinceramente la vida divina. Pero el hombre es además un ser creado por naturaleza, que se transforma en partícipe de la naturaleza divina por la gracia. Se siente llamado a vivir inserto en el género humano y en su historia, en este mundo donde el reino de Dios va desplegándose. El hombre se siente trabajador y creador, «rey, pontífice y profeta». A esta vocación del hombre se refieren todas las parábolas evangélicas sobre los talentos, las monedas, y los obreros, que señalan la responsabilidad en los frutos de los talentos y en su legítimo empleo.

La audacia, separada de la humildad, se transforma en víctima de la tentación de satanismo, afirmación de sí mismo en busca del propio interés, que es por consiguiente extraña al amor cristiano, porque no hace de él su norma. Se podría también decir, con otras palabras, que si la humildad es nuestro amor a Dios, la audacia y la responsabilidad son nuestro amor al mundo y al hombre: el segundo mandamiento *semejante* al primero, las dos alas que elevan el espíritu humano.

Debe haber audacia en la humildad y humildad en la audacia, cosa que es inseparable de la aceptación de la propia responsabilidad. Estos dos caminos no son opuestos y por lo mismo pueden unirse. A la humildad se opone el orgullo, a la audacia la esclavitud y el legalismo; éstos son realmente incompatibles.

La práctica *unilateral* de la humildad oculta un secreto legalismo que ha sido superado y rechazado por el cristianismo.

Aquellos que querían reducir el cristianismo a una obediencia, es decir a una ley externa pura y simple, merecieron que el apóstol los tildara de «falsos hermanos que solapadamente se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo, con el fin de reducirnos a esclavitud» (Gál 2, 4). Deforman el cristianismo que conoce los mandamientos, pero no la ley: el cristianismo es libertad, por consiguiente creatividad.

El amor comporta la libertad y la audacia de los hijos de Dios.

Algunas personas abrazan el camino del ascetismo heroico, creativo y en consecuencia audazmente responsable, no por mediocridad o pasividad, sino al contrario por exceso de fuerza y de tensión creadora. Por eso no hay que oponer en absoluto el mo-

naquismo con su ascetismo a la audacia de la creación. El verdadero monaquismo es audaz, porque es forma de creación personal, *junto con* muchas otras formas.

No hay creación cristiana que no encierre en sí una humildad sin límites y el arrepentimiento delante de Dios por los pecados del individuo creado y caído. Es el mismo Espíritu el que concede al cristiano la fuerza de la penitencia y la potencia de la creación».

Nos damos cuenta de él cuando no está

Sábado

Pablo atravesó las regiones altas y llegó a Efeso, donde encontró a algunos discípulos. Les preguntó:

—¿Recibisteis el Espíritu santo cuando abrazasteis la fe?

Ellos contestaron:

—Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que existe el Espíritu santo (Hech 19, 1-2).

El Espíritu santo, este desconocido, este olvidado, este «pariente pobre» en la familia de la Trinidad, cobra toda su importancia decisiva de protagonista precisamente cuando es olvidado.

Quiero decir, paradójicamente, nos damos cuenta de él cuando no está.

Advertimos su presencia insustituible, en el mundo, en la iglesia, en la vida religiosa, en nuestra existencia personal, durante su ausencia.

Hay ausencias más «perceptibles» que cualquier presencia.

Advertimos en definitiva lo que sucede cuando se desestima al Espíritu. Los males que se producen cuando se le relega a la sombra. Las consecuencias del olvido del Espíritu. En la iglesia y en la vida religiosa en general.

1. *Actitudes de defensa.* Para protegerse contra el mundo externo, se busca refugio en las sacristías, se multiplican los baluartes, se alzan muros. Y de este modo, uno se encuentra también al resguardo del «soplo» impetuoso del Espíritu, demasiado incómodo para ciertas costumbres ya codificadas.

Sábado

31

2. Se crean *oposiciones arbitrarias*, irreductibles, entre realidades que, por el contrario, habría que armonizar, entre antinomias que deberían componerse. Materia y espíritu. Compromiso político y contemplación. Lo sacro y lo profano. Iglesia y mundo. Tradición y renovación. Autoridad y responsabilidad. Obediencia y conciencia. Lo humano y lo sobrenatural. Oración y amor al prójimo.

3. *Acentuación del papel de la institución.* «El Espíritu es el alma de la iglesia. Y, cuando se descuida el alma, se tiende, para conservar la coherencia del conjunto, a reforzar el esqueleto» (J. C. Barreau). De aquí una hipertrofia del aparato externo, de la organización, de las obras, de las estructuras.

Hay más preocupación por el andamiaje que por las personas.

Se atiende más al funcionamiento regular que a la vida (y a la alegría de vivir).

4. *Proliferación de leyes*, reglamentos y normas detalladas. Cuando se debilita la tensión del «soplo» original, se tiende a sustituirlo con los códigos. Al disminuir la fuerza del Espíritu, pasa al primer plano el orden, la disciplina externa. Cuando «amaina» el viento impetuoso de la locura evangélica, se levanta el aire helado del formalismo.

5. *Los carismas individuales son mirados con suspicacia.* La originalidad es combatida y sofocada. La diversidad es juzgada como mal. La diferencia se ve como peligro, no como riqueza. La uniformidad del comportamiento exterior se sobrepone a la verdadera unidad de los corazones en Cristo.

La profecía tiene mala fama.

El conformismo domina incontrastado.

La intolerancia impide la manifestación de las divergencias más legítimas.

Falta un verdadero pluralismo de experiencias.

Se desaconseja todo riesgo de búsqueda.

La «marca institucional» tiende a anular la variedad de los «rostros» expresada por la acción multiforme del Espíritu.

La lista podría continuar todavía largo rato.

Pero los males denunciados me parece que son suficientes para subrayar la gravedad y el dramatismo de una ausencia.

No queda más que convencerse de la urgencia de abrir de par en par las puertas al desconocido que «se hace sentir», sobre todo cuando no está.

Entonces entra él. Después de la interminable antesala.
No nos reprocha el largo olvido.
No nos echa en cara el desolador «estado de cosas».
Está demasiado ocupado.
Se ha puesto inmediatamente al trabajo.
Está haciendo «algo nuevo».

La sorpresa de la novedad

Muéstrate propicio a tu pueblo, Señor,
y a quienes has iniciado en los misterios del reino
concédeles abandonar el pecado
y pasar a una vida nueva

*(Oración después de la comunión
del decimosexto domingo del tiempo ordinario)*

Boga mar adentro, o sea, una barca se ha hecho para navegar

Domingo-Lunes

Cuando acabó de hablar,
dijo a Simón: boga mar adentro (Lc 5, 4).

Era una barca, una vieja barca ¹.

Era una barca, una hermosa barca.

El que la había construido estaba práctico en las cosas del mar, amaba el mar.

Era una vieja y hermosa barca. Hacía tiempo que estaba amarrada al muelle del puerto. Alguna vez se separaba perezosamente de la orilla para dar un corto paseo por la bahía.

La vida a bordo no carecía de un cierto estilo. Se intentaba luchar esforzadamente contra la monotonía. Poco a poco los oficiales se habían ido ataviando con uniformes y galones: negros, blancos, violaceos, rosa. Algunos añadían lentejuelas, armiño y condecoraciones. Las relaciones entre oficiales superiores y subalternos estaban reguladas por un rígido ceremonial de ampulosos y serviles ritos y zalemas.

En suma, la vida a bordo no era realmente muy incómoda: todo lo que había que hacer —o que evitar— estaba recogido en reglamentos muy detallados que se observaban escrupulosamente.

Naturalmente, estaban también los marineros. En realidad no se los veía mucho en cubierta, trabajaban sobre todo en las bodegas

1. Es una parábola que tomo casi íntegramente de J. Bouchaud, *Los cristianos del primer amor*, Madrid 1972.

o en la sala de máquinas, aun cuando resulta demasiado evidente que la atención y el cuidado de los motores es más bien algo secundario en una barca que no abandona nunca el puerto.

Puesto que el reglamento era más o menos siempre el mismo, el aprovisionamiento idéntico siempre, el chapoteo en el puerto y el clima del país siempre igual, para... tener ocasión de intercambiar ideas de cuando en cuando, se recurría a pintar de nuevo alguna parte de la barca. Y las buenas venerables señoras que el domingo, después de vísperas, paseaban por el muelle, seguían repitiendo: «Oye, mira aquella barca, es mi preferida. Ya forma parte del paisaje. *Es una barca fiel; no se mueve nunca*».

Un día murió el capitán. Ateniéndose rigurosamente a las prescripciones de un artículo del reglamento interno, los oficiales de uniforme rojo (casualmente casi todos los oficiales de uniforme rojo se encontraban entre los más antiguos de carrera y también de edad) se reunieron para elegir al nuevo capitán. Eligieron a un viejo gordo, del que muchos de ellos se habían reído en algunas ocasiones en el pasado.

Poco faltó para que se produjese un motín a bordo. Se decía: «Es demasiado viejo. No es lo distinguido que se necesita. Nos exponemos a desacreditarnos. Algunos murmuran porque hasta mantiene relaciones amistosas con algunos oficiales de las barcas enemigas. Es una elección desafortunada». Menos mal que uno más sensato calmó el malestar afirmando en alta voz: «No se podía haber hecho una elección mejor. Estad tranquilos, será un capitán de transición». Y, para tranquilizar la propia conciencia, muchos repitieron: «Es cierto, será un capitán de transición».

Después, el viejo subió fatigosamente las escaleras que conducían al puesto de mando.

Pidió un poco de tiempo para ambientarse. La vida a bordo no cambió mucho hasta el día en que llegó una orden de la cabina de mando que dejó atónitos hasta a los más íntimos colaboradores: «Levar anclas y vamos mar adentro». Uno de los presentes, pensando en un golpe de ingenio, tuvo la presencia de espíritu de preguntar: «¿Hemos entendido bien? ¿Quiere repetir?». Y el capitán repitió: «He dicho, mar adentro».

Entonces el murmullo se convirtió en unánime clamor: «Está loco. Quiere hundir la barca y a nosotros con ella».

En verdad, muchos se alegraron, sin darse perfecta cuenta de lo que podría suceder. Algunos oficiales en uniforme marrón o rojo, cargados de condecoraciones, permanecieron impertérritos... o casi. Conocían bien el arte de gobernar la barca. Habían visto cosas más raras durante su carrera. Sabían muy bien cómo tramarse la acostumbrada broma que habría permitido a la barca separarse

del muelle, para embarrancar antes de cruzar la barrera del puerto. El capitán ignoraba estas astucias. No había, pues, motivo para preocuparse. Sería una vez más, un corto paseo por la bahía.

Todos a bordo, se parte, la barca abandona el puerto, y, entre el general estupor, navega de veras hacia alta mar.

Unas fuertes sacudidas. El mar abierto. Entonces se comenzó a entender que era verdaderamente bello estar todos juntos y, aun siendo muchos y de diferentes criterios, trabajar unidos.

Después las olas se hicieron más altas.

El cielo se nubló.

La tierra desapareció en el horizonte.

Y llegó la noche.

Y la tempestad se desencadenó.

Entonces todos cayeron en la cuenta de que las reglas válidas para la vida consuetudinaria del puerto no servían para la navegación en alta mar.

Algunos se precipitaron bajo cubierta, gritando y suplicando.

—¡Volvamos al puerto, que nos hundimos!

Otros se aferraban adonde podían: atacados de fuertes mareos. Los discursos pronunciados en la recepción antes de abandonar el puerto se habían olvidado ya: ahora no eran ya capaces ni de hablar ni de caminar. Les costaba trabajo aun el sobrevivir.

Otros se arrojaron al mar, para salvarse solos. Pero, caso curioso, entre los que dieron el salto algunos protestaban: «esta barca no se mueve apenas». Y otros en cambio: «esta barca corre demasiado». Es decir, abandonaban la misma barca por motivos opuestos.

Otros siguieron navegando, afirmando con decisión:

—En fin de cuentas, una nave está hecha para navegar. Vamos adelante, pues. Nuestra barca no está vacía: llevamos un tesoro de paz para los pueblos de todo el mundo, llevamos un tesoro de pan y un tesoro de libertad para todos los oprimidos de la tierra. Quien construyó esta barca la ha estructurado de forma que pueda transportar precisamente esta preciosa carga. ¿Cómo podemos llevar a término nuestra misión, si no tenemos la voluntad de afrontar las tormentas?

Entonces sucedieron cosas extrañas.

Se cruzaron con otras barcas que, cuando estaban parados en las tranquilas aguas del puerto, eran consideradas como «enemigas». Al principio, se limitaron a prudentes intercambios de informaciones meteorológicas, después se pasó al intercambio de víveres, y al fin con algunos, se pusieron de acuerdo en seguir la misma ruta. Y, durante el viaje, cayeron en la cuenta de que se trataba de naves hermanas que deploraban el haber con-

siderado como «enemiga» la antigua barca. No faltó algún oficial del estado mayor que seguía murmurando:

—Es una humillación. Estamos cambiando nuestra fisonomía. ¿Qué se dirá de nuestra barca cuando regresemos al puerto?

Algún joven marinero y —caso notable— casi todos los grumetes, replicaban sencillamente:

—Quien construyó la barca amaba el mar... y ahora estamos finalmente en mar abierta.

La barca, superando otras borrascas, continuaba su viaje, cuando el viejo capitán murió. Todo el mundo lo lloró.

El capitán que le sucedió era relativamente más joven. Muy experto, conocía bien la situación. Se había hecho notar por la audacia de sus decisiones, que escaseaban durante el tiempo en que la barca permanecía parada en el puerto. Volvió a repetir como su predecesor: «Adelante, a todo vapor».

A veces la tripulación parecía desconcertada. Algunos suspiraban:

—¿Llegaremos alguna vez a volver finalmente a la seguridad de nuestro viejo puerto?

El capitán, en cambio, murmuraba para su colete palabras distintas: «Un estado mayor formado a la medida para la vida del puerto, no es apto para la de alta mar».

Poco a poco comenzó a cambiar a los hombres y a transformar las estructuras.

En la barca en la que los marineros se veían solamente en raras ocasiones, comenzaron a desaparecer los uniformes y los marineros a subir uno a uno al puente. Codo con codo, cada uno en su puesto, un pueblo entero comenzó a luchar para salvar la barca y conducirla a su destino.

Y tal vez un día próximo, en aquella barca habrá solamente dos categorías de personas: los que trabajan unidos, sea cual fuere el puesto que ocupan, y los que renuncian o se resignan, sea cual fuere el motivo.

Muchos, ahora, comienzan a recordar de nuevo la primera tripulación de la vieja barca, cuando no había todavía insignias: ni rojas ni marrones, ni blancas ni negras, ni ornamentos ni uniformes; la primera tripulación guiada por la pasión del único amor, de la misma fe, del mismo ardor, de un idéntico mensaje.

Iglesia de hoy, vieja barca que me gusta ver en medio de la tormenta ¿no eres, quizás, más que ayer, la iglesia de Cristo, la iglesia de aquel hombre que amaba el mar?

El profeta recuerda... el futuro

Martes-Miércoles

Lo viejo ha pasado, mirad,
existe algo nuevo (2 Cor 5, 17).

Una iglesia que se mueve, más aún, que comienza de nuevo a moverse —la iglesia es piedra, roca, pero roca que camina— obliga también a la vida religiosa a moverse, a ponerse en camino, rompiendo las amarras del inmovilismo.

La primera fidelidad es la fidelidad a la vida. Ahora bien, la vida no es posible sin cambio, transformación o renovación.

La fidelidad fundamental es fidelidad al movimiento.

Sin novedad las cosas no permanecen «como son». Se deterioran.

Sin mudanza la vida «no se conserva». Muere.

Frecuentemente, sin embargo, esta exigencia de novedad es anulada, mortificada por otros valores que arbitrariamente se presentan como opuestos. Veamos algunas de estas falsas antinomias.

1. Tradición y novedad

Muchos rechazan la novedad en nombre de la tradición.

Estos, con frecuencia entienden equívocamente el término tradición. Y esto sobre todo de dos maneras.

a) *Confundiendo la tradición con las tradiciones.* Y aquellas a las que apelan, casi siempre, son las tradiciones de ayer (las

«novedades» de ayer, si bien se mira) sin ninguna referencia a su origen.

Me toca muchas veces tener que leer los textos de las primeras constituciones de algunas órdenes religiosas. Encuentro sorpresas increíbles. Cuanto bastaría para hacer saltar, clamorosamente, ciertas costumbres codificadas, ciertas tradiciones a las que muchos (preocupados por el «espíritu» del instituto) se refieren continuamente.

En muchos casos, la vuelta a los orígenes podría constituir la más desconcertante fuerza revolucionaria, podría representar la más sensacional y «escandalosa» novedad.

¡Cuántas verdaderas enormes sorpresas nos reserva un atento estudio de los orígenes!

Cierta gente «apegada al pasado», en realidad está apegada —a veces morbosamente— a un pasado demasiado reciente.

La tradición hay que buscarla mucho más atrás en el tiempo.

Es necesario remontarse siguiendo el filón original hasta la fuente principal. Y no partir de ciertas balsas secundarias, de ciertas enseñadas o remansos bastante próximos.

b) *Manteniendo un concepto estático de la tradición.* Para ellos la tradición es solamente objeto, libro, cosa que hay que conservar, costumbre que hay que mantener. Sin comprobar nunca su actualidad ni controlar su validez.

En cambio, como hemos precisado ya, la tradición es fuente, realidad dinámica.

No se debe confundir la tradición con la arqueología. Ni el espíritu con el museo.

La verdadera fidelidad no es la de la piedra por el lugar que ocupa, ni la de la momia por el sarcófago en que se halla colocada, sino que reclama más bien la imagen de un río que, en su corriente, arrastra, transporta, abandona, deposita mucho material, y se enriquece con abundantes aportaciones.

La tradición no es fixismo, sino enriquecimiento continuo.

La tradición, lejos de ser enemiga de la novedad, tiene necesidad de contar con ella para ser auténtica.

En esta perspectiva, resultan falsas y hasta ridículas, ciertas etiquetas aplicadas a las personas en una cómoda clasificación: tradicionalistas y progresistas.

Yo reprocho casi siempre a los tradicionalistas el ser *demasiado poco tradicionalistas*. Ya sea porque —como he observado— su tradición se remonta a ayer o anteayer, ya, sobre todo, porque aman tan poco la tradición que quieren... acabar con ella. De hecho la «cierran» en el pasado y la niegan la aportación del presente

y del futuro. Su tradición es una tradición «corta», terminada, empobrecida.

Y discuto también a algunos progresistas el derecho a llamarse progresistas. En cuanto que el suyo es un progresismo que pretendería partir de cero, rechazando desdeñosamente lo que de *válido*, de *actual* y de *verdadero* ha sido descubierto en el pasado.

Tratemos de entendernos acerca de la realidad de la tradición.

«En sentido general, *tradición* significa la suma de todos los conocimientos, actitudes e instituciones conquistadas y transmitidas, en los diversos procesos, de generación en generación. La tradición asegura el progreso de lo que comenzó una vez y *hace posible un punto de partida en el que lo que es nuevo puede encontrar su inserción*. Por otra parte, no obstante, la tradición se encuentra siempre en peligro de perder su apertura y su disponibilidad a cuanto está por venir, y, por lo mismo, en peligro de conducir a una rigidez en cuanto a lo que ya ha sido.

La aprobación auténtica del material transmitido y la selección de lo que debe ser conservado para un tiempo futuro indeterminado, debe verificarse con un talante crítico, es decir, teniendo conciencia del condicionamiento histórico de lo que ha acontecido en el pasado. Mientras que la tradición, en el continuo fluir de la historia está sometida a una mutación lenta, las revoluciones interrumpen este proceso, sin que ni siquiera ellas puedan verificarse fuera de la tradición»¹.

En definitiva: una tradición sin novedad es una tradición pobre.

Y una novedad que no se inserte en el tejido *vivo* de la tradición significa un progreso muy limitado.

2. Memoria e imaginación

También aquí tenemos dos realidades que, en vez de integrarse mutuamente, demasiado frecuentemente se encuentran en oposición.

Y este es un pecado contra el Espíritu santo. De hecho el Espíritu prometido por Jesús, desarrolla a la vez las dos funciones: de memoria y de anticipación.

«El Espíritu santo *os irá recordando* todo lo que yo os he dicho» (Jn 14, 26).

1. V. Truhlar, *Lessico di spiritualità*, Brescia.

«Mucho me queda por deciros, pero no podéis con tanto ahora. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os irá guiando en la verdad toda... y os interpretará lo que vaya viniendo» (Jn 16, 12-13).

El Espíritu, pues, nos hace *mirar atrás para recordar*, pero nos obliga también a *mirar hacia adelante para inventar*.

La memoria no puede recostarse en el pasado en sentido nostálgico. Debe, en cambio, actuar de manera que el pasado reviva en el presente y prepare el futuro.

La memoria no debe hacer al hombre esclavo del pasado, sino libre para el hoy.

Leon Bloy tiene una definición fulgurante: «Profeta es aquel que recuerda el futuro». He aquí acordados los dos términos opuestos: memoria y anticipación.

Sin imaginación, la memoria se convierte en prisión.

Sin memoria, la imaginación ofrece el peligro de hacernos girar a «lo loco».

A ciertos nostálgicos del pasado desearía solamente *recordarles* algunas verdades elementales.

a) Nuestro poder de conservación es rigurosamente proporcional a nuestra capacidad de renovación y de recreación.

b) Es una piadosa ilusión creer que el apergaminamiento y la rigidez de las formas exteriores sirva para mantener intacto el espíritu y para difundir fielmente el contenido del mensaje. La vida viene protegida y garantizada solamente por la vida, no por las formas exteriores.

c) La visión del pasado es justa y obligada. Es útil. Pero debe ser *operativa, no contemplativa*.

d) Un terreno incapaz de hacer germinar nuevas semillas es inepto también para conservar y alimentar las plantas antiguas que ya contiene.

En otras palabras: no se trata, como se oye decir desde muchos sitios, de «salvar lo salvable».

Para salvar el presente, hay que garantizar el futuro.

La verdadera adhesión al pasado se demuestra... mirando hacia adelante.

Si se ama de verdad el pasado, es necesario preocuparse del porvenir.

Será oportuno, como conclusión, *recordar* (he aquí una vez más la memoria) a los fundadores y su fervorosa inventiva.

Pero, por favor, no nos limitemos a admirar la imaginación de los fundadores.

Los ejemplos de los santos, también en este sector, hay que imitarlos, no solamente recordarlos.

«La iglesia se sirve de la memoria de los santos más frecuentemente, no para invitarnos a la creatividad, sino para obligarnos a la conformidad» (H. Cox). A lo más, se tolera una imaginación *reproductiva*, no la *productiva*.

No basta una fantasía «celebrativa». Es necesario una fantasía productiva.

Todo profeta, hemos dicho, piensa en el futuro. Nos recuerda el futuro.

Lo que se nos entrega es el futuro.

El concilio ha sido un comienzo del futuro. «El futuro ha comenzado ya», también para la iglesia.

No podemos admitir —como alguien ha observado, más bien con amargura— que el futuro haya terminado ya.

No temas, que yo estoy contigo...

¿No os acordáis de lo pasado, ni caéis en la cuenta de lo antiguo? Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha ¿no lo reconocéis?

Sí, pongo en el desierto un camino, senderos en el páramo (Is 43, 5, 18-19).

Habían salido de Milán el 14 de septiembre del 73. Eran cuatro jóvenes. Querían atravesar Africa en automóvil. Y estaba en medio naturalmente el desierto. El desierto es paso obligado para toda empresa digna de este nombre.

Fueron vistos por última vez en Tamanrasset, en el Sahara argelino. Aquí tomaron la pista para In Guezzan, 410 kilómetros. Nunca llegaron.

Los encontraron, después de cinco meses de afanosa búsqueda en el desierto. Muertos por la sed.

El automóvil sin neumáticos, quemados evidentemente para lanzar una última y desesperada señal. El radiador, con el tapón destornillado. Desmontada también la batería y quitados todos los tapones. Vacío hasta el frasco de champú.

¿Cómo ha sido posible una tragedia de esta magnitud?

Abandonaron sin darse cuenta la pista principal, quizás por cansancio, tal vez a causa de una tempestad de viento que borró toda señal. Y se encontraron, en un momento determinado, en una complicada enrucijada de caminos de la que no pudieron salir.

«¿Dónde hemos venido a parar?», se dirían al comienzo.

Pero no había que preocuparse excesivamente por ello. Tenían comida suficiente, agua en abundancia y mucha gasolina.

«Pero ¿es posible que no consigamos salir fuera de este laberinto? Probemos con calma. Intentémoslo por esta otra parte».

Intentan descifrar afanosamente la endiablada maraña de huellas de neumáticos, visibles sobre la arena, que llevan a todas partes y a ninguna.

Un alucinante columpiarse entre la esperanza y la cólera, entre el optimismo y los temores, mientras los tanques de gasolina comienzan a disminuir, después de tanto dar vueltas en el vacío.

Y la obsesión de que el agua se acaba.

«Sigamos, no perdamos la cabeza. Alguien tiene seguramente que venir a buscarnos».

La brújula no es de fiar, porque está influida por los campos magnéticos.

Las estrellas son una referencia para la orientación, ciertamente, pero sirven para caminar «hacia», no para llegar a *un lugar* determinado. Para llegar a *un lugar* hace falta conocer el desierto. En otro caso, se puede pasar junto a un oasis sin advertirlo siquiera.

Extremo recurso, las gomas del coche. Se queman durante la noche para dar una señal de la presencia de los extraviados. La columna de humo, en aquella inmensa extensión sin obstáculos, sería advertida a muchos kilómetros de distancia.

«Es imposible que nadie se dé cuenta de nuestra presencia».

Agotada finalmente la gasolina, comienza la *espera estática* de la llegada de los hipotéticos salvadores.

Es ya la desesperación sin horizonte.

Consumida el agua del radiador, bebida también la de la batería con el ácido dentro, se pega la gente hasta al frasquito de champú.

Al llegar este momento probablemente habían ya perdido la razón. Al menos es de creer que hayan sucedido así las cosas. Sería efectivamente una idea insostenible imaginarse a cuatro jóvenes, todavía lúcidos, conscientes que, en vez de sus salvadores, ven acercarse a sus esqueléticos cuerpos a la muerte, en el desierto hostil.

Por favor, no tengo intención de establecer un paralelo entre el trágico episodio de los cuatro jóvenes milaneses perdidos en la inmensidad del Sahara y la vida religiosa de hoy.

Sin embargo, los responsables reconocen que nos encontramos en medio de una verdadera crisis.

Hay desorientación.

Sopla un viento de desconfianza.

Domina la incertidumbre.

Es difícil ver con claridad.

«¿Dónde vamos a parar?».

«¿Cómo salir de una crisis como esta?».

Pienso que, para salir, será necesario ante todo, *estar bien dentro*. O sea, vivir dolorosamente, intensamente, responsablemente, esta crisis. Afrontar valerosamente sus causas, valorar con sentido realista sus consecuencias, discernir con lucidez todos los elementos, reconocer honestamente las *propias culpas*. Y no lanzar alegremente fáciles acusaciones aproximativas a derecha o a izquierda, contra esto o contra aquello, ensañándose acaso con factores secundarios, o tomando los efectos por las causas. Tampoco proponer apresuradamente soluciones simplistas y consolatorias.

Algunos señores parecen estar preocupados, obsesionados, por salir de la crisis, sin haberla vivido hasta el fondo, sobre todo sin haberse visto envueltos existencialmente en ella. Incluso sin haberla entendido.

Para salir fuera, es necesario estar dentro, totalmente. No asistir, desde fuera, en actitud de suficiencia como juez o como médico que posee las recetas milagrosas para todos los males.

En situaciones como estas no sirven de mucho los mapas geográficos del pasado. Por lo menos, no bastan. Hay circunstancias nuevas, imprevistas. Hay fenómenos inéditos. Hay obstáculos que no estaban previstos por los expertos.

No se dan explicaciones viejas a problemas nuevos.

No existe una solución *standard* para circunstancias muy diferentes entre sí.

No hay una respuesta segura, válida para todos los casos.

La ilusión más peligrosa, en estas circunstancias, es la de permanecer en actitud pasiva o rasgarse solamente las vestiduras por el «escándalo» esperando a que alguno nos revele desde arriba el camino cierto, bien señalizado, que ofrezca todas las garantías. Y hasta que venga a tomarnos de la mano y nos acompañe y nos lleve en volandas al verdadero destino.

No. El camino se descubre solamente caminando.

¡Ay del que se quede parado en una encrucijada de caminos sin decidirse nunca a explorar alguno!

El conocimiento del camino se realiza al caminar. No antes.

El camino verdadero no se descubre sentado a la mesa, o en los libros, o por medio de interminables discusiones. Se descubre solamente después de haber decidido valientemente salir a campo abierto y caminar explorando.

Ciertamente, hay peligros.

Pero el peligro mayor en una situación tan dramática ¿no es por ventura no querer hacer frente a los peligros?

Ciertamente es una aventura.

Pero la fe ¿no es acaso la más incómoda o exultante de las aventuras?

La fe no es un viaje turístico, organizado, con programas muy detallados.

La fe nos ofrece una única seguridad: que alguien, en medio del desierto, no nos pierda de vista.

No viene a consolarnos, a darnos seguridades, no.

Hace algo mejor.

Nos abre un camino.

Un camino nuevo.

El camino de la salvación en medio del desierto.

No puede uno equivocarse.

Algo extraño. Es el camino de nuestro riesgo.

Y la palabra se hizo carne,
acampó entre nosotros (Jn 1, 14).

El poeta inglés W. H. Auden, en su poema de navidad titulado «For the time being» (*Para hoy*), presenta a los tres magos intentando precisar los motivos del viaje que los conducirá a Belén.

El primero dice:

—Debo saber cómo *ser verdadero* hoy. Por eso sigo la estrella.

El segundo explica:

—Quiero descubrir cómo *estar vivo* hoy. Por eso sigo la estrella.

El tercero confiesa:

—Tengo necesidad de descubrir cómo *amar* hoy. Por eso sigo la estrella.

Al concluir la *entrevista* los tres afirman a coro:

—Debemos descubrir cómo *ser hombre hoy*. He aquí por qué seguimos la estrella.

Me parece que este es el problema de fondo, la búsqueda decisiva en que está llamada a comprometerse la vida religiosa: *cómo ser hombre religioso hoy*.

Toda la dificultad está obviamente en el *hoy*.

Puede resultar fácil ser religioso de una manera abstracta, intemporal, separado de las exigencias del propio tiempo.

Basta adaptarse a un modelo standard, válido para todas las estaturas y todas las épocas.

En realidad, cuando algunas personas religiosas hablan de «comportamiento de religioso» se refieren habitualmente a un modelo, a un tipo estereotipado, a una imagen del «religioso ideal» fabricada y conservada en su cerebro. Y tal imagen es, frecuentemente, la adecuada a los propios gustos, a las propias costumbres, a las propias perezas, a las propias simpatías o alergias.

Pero el *ser religioso* no puede ser una fórmula prefabricada que existe en el cerebro de alguno o de muchos.

Es una realidad dinámica, en movimiento, comprometida, sorprendente, que debe existir en el calendario.

Y el calendario señala años que se aproximan velozmente al 2000.

Por lo cual no puedo ser religioso hoy como la habría podido ser hace cincuenta años, o cien años, o cinco siglos.

Ser religioso hoy quiere decir ser «signo» para los hombres de mi tiempo.

El «signo» de mi vida debe ser leído, descifrado, entendido por los hombres que viven en el mundo de hoy.

Mi vida debe «hacer impacto», o sea, decir algo, a los hombres de hoy, no a los del medioevo (los cuales, entre otras cosas, no tienen necesidad de ello, en cuanto contemplan ya —hay que esperarlo— un signo muy diferente, más aún, contemplan, poseen una realidad definitiva).

Mi existencia, pues, aun siendo portadora de algunos valores inmutables, debe insertarse en una «dinámica de lo provisional». Y yo estoy obligado a buscar, incansablemente, el modo diferente, nuevo, de presentar esos valores, de modo que resulten «significativos» en el mundo en el que he sido llamado a vivir mi vocación.

Yo *soy* en la medida en que *soy para* mis contemporáneos.

Esta es, sencillamente, la ley de la encarnación.

Cristo, encarnándose, no encarnó un tipo abstracto de hombre. Sino que se hizo «este hombre», en un determinado tiempo, en medio de un pueblo determinado, formando parte de una determinada familia, en un momento histórico y cultural bien concreto y preciso.

La vida religiosa, como la iglesia, no puede ser «una entidad abstracta» que aletea por encima de los hombres y de los acontecimientos humanos, sino que debe insertarse en medio de ellos, compartiendo su condición de ellos.

No puedo confundir la vida con una determinada *forma de vida*.

No puedo responder a una pregunta de hoy con una respuesta de ayer. Debo ser actual. Y esto no significa seguir los caprichos de la moda, ni siquiera que se trate de una simple cuestión de método o de táctica apostólica para ser más eficaz.

Ser actual es la única manera de ser fiel a los valores eternos.

«Hoy el cambiar no es una excepción. Es la regla. Podrá parecer una paradoja, pero el único medio de ser *testigo* de lo que no cambia es tener el valor suficiente de manifestarlo de una manera viva en una sociedad en transformación» (Jesús Álvarez Gómez).

Mi identidad la encuentro en relación con mi capacidad de respuesta a las exigencias de mi tiempo.

Un carnet de identidad, un documento para acreditar la personalidad, no es válido sin fecha.

Y no sirve para nada. Ni siquiera ante aquel Dios que se ha comprometido a salvar al hombre, *hoy*.

La sorpresa de la palabra

Dios vive en su santa morada;
Dios prepara casa a los desvalidos,
libera a los cautivos y los enriquece

(Antifona de entrada del
decimoséptimo domingo del tiempo ordinario)

El mundo tiene necesidad de palabras

Domingo

Al principio ya existía la Palabra.
Y la Palabra era Dios.
Ella contenía vida (Jn 1, 1, 3).

«Nuestro tiempo, inundado por ríos de palabras, ha perdido la atención a la palabra. Por eso utilizamos palabras significantes carentes de relación con el sentido, el contenido y la esencia de las cosas significadas»¹.

Y después de haber perdido la atención a la palabra, hemos terminado lógicamente e inevitablemente por perder la fe en las palabras.

Nuestra mentalidad occidental nos lleva a considerar las palabras exclusivamente en relación con el pensamiento que expresan.

El espíritu hebreo, en cambio, concibe la palabra como una realidad viviente, que tiene ya en sí misma vida, movimiento, actividad.

El término hebreo *dabar* no indica *palabra-pensamiento*, sino *palabra-acción*, palabra-cosa, o sea, palabra que es «acontecimiento», suceso, «cosa que acaece», hecho.

Por eso los hebreos —como todos los pueblos semitas, por lo demás— tenían una fe especial en la palabra hablada. La cargaban de una realidad dinámica, de una fuerza y una potencia creadora.

1. G. Vannucci, *Meditazioni cristiane*, Torino.

«En la Biblia, la creación viene presentada como un discurso de Dios, cuyas palabras, a medida que son pronunciadas, se espesan en creaturas» (G. Vannucci). El «habla», y sus palabras *son* la luz, el firmamento, los animales, las montañas, el hombre. El mundo es precisamente el resultado de este discurso de Dios, la evidencia de su palabra creadora.

«La realidad y el poder de la palabra se fundan en la personalidad que las pronuncia; la palabra es una liberación de energía psíquica, y cuando es pronunciada con poder engendra la realidad que significa» (J. L. MacKenzie).

En esta óptica de palabra-poder podemos comprender la importancia que tenían para los orientales, las bendiciones y las maldiciones. En el mismo momento en que eran pronunciadas resultaban irrevocables, imparables.

«La palabra de Dios no es solamente una enseñanza o una fuerza que instruye: es una orden, un imperativo creador porque es un acontecimiento temporal que se inserta en la historia.

Cuando Dios habla, el hombre queda existencialmente envuelto. Esto es muy claro en los profetas. Ezequiel devora el rollo sobre el que están escritas las palabras de Dios.

Pero su palabra es creíble porque es creadora. El habla y nace el mundo, habla y sanan los enfermos, habla y el pan se multiplica, habla y los pecados son perdonados, habla y los muertos vuelven a vivir»².

La palabra de Dios es siempre eficaz, produce siempre algo, nunca cae en el vacío.

«Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos,
y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
para que dé simiente al sembrador
y pan para comer,
así será mi palabra, la que salga de mi boca:
que no tornará a mí de vacío,
sin que haya realizado lo que me plugo
y haya cumplido aquello a que la envié» (Is 55, 10-11).

Por eso se puede decir que la palabra de Dios es siempre sacramental. Realiza de hecho lo que significa.

Por todo esto nos damos cuenta de cómo hoy hemos vaciado las palabras de su verdad más esencial, de su realidad más íntima, de su fuerza más transformadora.

2. J. Arias, *Parola come liberazione*: La Roca, 2-3 (1974).

Hemos desacralizado las palabras.

Hemos aprendido, por desgracia, a prostituir las palabras.

He aquí por qué los hombres de nuestro tiempo se han cansado de palabras. Y piden «hechos, no palabras».

Es necesario liberar la palabra. Resituarse nuestras palabras junto a la palabra que es vida. Para que las palabras vuelvan a decir algo. Y vuelvan a hacer algo.

El mensaje de Dios iba cundiendo (Hech 6, 7).

Hay un momento en la misa, muy esperado y muy temido, que me llena de alegría y de temor al mismo tiempo.

Leo el evangelio del día y termino: «Palabra de Dios».

Luego me toca a mí.

Después de la palabra del Señor, mi palabra.

En aquel momento, yo, sacerdote, soy el hombre de la palabra. Pero debo servir a esta palabra, la debo transmitir con mis palabras. Y las palabras de un hombre son siempre pobres palabras.

Advierto cada vez, dolorosamente, la desproporción.

Palabra del Señor.

Y ahora, hermanos, perdonadme si debo anunciaros esa palabra con mis pobres palabras.

Se apodera de mí el deseo de callar, de ir a esconderme.

O, por lo menos, de ponerme de rodillas.

Me doy cuenta de que esa palabra *choca* habitualmente, con mis resistencias, mis insuficiencias, mis oscuridades.

Por eso me adelanto a excusarme, pido perdón porque solamente estoy en condiciones de ofrecer lo que queda después de aquel choque doloroso, lo que queda de la palabra después del impacto con mi miseria.

Y solamente después de esta confesión liberadora es cuando encuentro valor de seguir adelante y continuar hablando.

Ciertamente, yo pienso que el servicio fundamental que podemos prestar a la palabra es el sufrimiento que provoca en nos-

otros. Sufrimiento ante la desproporción. Malestar por la insuficiencia.

Esta palabra juzga y pone en crisis nuestras pequeñas palabras. Nos hace descubrir nuestra espantosa insuficiencia.

Esta palabra me hace mal, me hiere en lo profundo de mi ser, porque me revela ante todo mi pobreza de instrumento. Es reveladora de mi traición de mensajero. Ya desde el comienzo, naturalmente.

Nunca he comprendido que uno pueda sentirse seguro, a sus anchas, hasta satisfecho al «manejar» la palabra.

En definitiva, el mensajero, para ser fiel, debería callar o... simplemente balbucir.

Ciertamente, por lo menos, ser humilde y discreto.

Un mensajero se hace creíble no si aparece triunfante, sino si muestra las heridas, se queda como aplastado bajo el peso de una aventura demasiado grande para él.

Esto es lo que quería decirte: no seas demasiado despreocupado al manejar la palabra.

Pide excusas por tener que hacerlo.

No tengas miedo de reconocer la desproporción abismal entre tus palabras y la palabra.

Hazte perdonar, con el sufrimiento y la humildad, la palabra que debes servir, de la que debes ser anunciador.

El único modo de no traicionar la palabra, consiste en declarar abiertamente que solamente ella ofrece todas las garantías. Mientras que las nuestras no ofrecen más garantía que la de la fragilidad. «Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que esta fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros» (Cor 4, 7).

Solamente limpiando con dolor nuestras palabras de toda jactancia y seguridad, podremos ponerlas a disposición de la palabra.

Entonces también nuestras palabras, pobres y miserables comenzarán a brillar.

Pero no serán ya nuestras.

Las palabras lanzadas al viento llegan muy lejos

Martes

Por eso, encargados de este servicio por misericordia de Dios, no nos acobardamos: al contrario, hemos renunciado a tapujos vergonzosos, dejándonos de intrigas y no falseando el mensaje de Dios; en vez de eso, manifestando la verdad, nos recomendamos a la íntima conciencia que tiene todo hombre ante Dios (2 Cor 4, 1-2).

Hay algunos que creen en sus propias ideas.

También yo alguna vez creo, qué caramba.

Pero no hay derecho a creer en todas nuestras ideas.

Por lo demás, es necesario verificar cuáles son realmente *nuestras*. Para que lo sean, se necesita bastante tiempo. El tiempo de la reflexión, de la asimilación personal, de la maduración. Sobre todo, el tiempo de la «paciencia» (también en el sentido literal del término, *padecer*).

Y de esto es de lo que quería hablarte hoy.

Te es lícito creer en una idea solamente si has pagado por dicha idea el precio de la búsqueda, de la paciencia, de la esperanza.

Se puede decir también a este propósito, recogiendo una fórmula famosa: «Creo en la esperanza».

Permitidme que aporte también aquí mi experiencia.

A veces me resulta difícil hablar. Me veo obligado a realizar un tremendo esfuerzo. Tengo que esperar, verdaderamente, contra toda esperanza.

Me sucede, en ciertas circunstancias, que encuentro en la trayectoria de mi mirada —experimento una alegría inmensa en co-

Martes

59

municarme mirando a la cara a las personas, tengo entonces la impresión de que las palabras pasan a través de los ojos — encuentro, digo, rostros sombríos, ceñudos, indiferentes, aburridos y hasta hostiles. Como un muro de desconfianza levantado contra mis palabras.

Y me veo obligado, alguna vez, a explorar como un mendicante un determinado auditorio hasta que logro encontrar un rostro «acogedor», dos ojos «hospitalarios».

Y también otra cosa. Me viene la tentación de decir: «no vale la pena insistir», «no se consigue nada», «palabras desperdiciadas», «no cambia absolutamente nada en ciertas cabezas y ciertos corazones».

Llevas años insistiendo en determinados temas, remachando ciertos clavos fundamentales, intentando transmitir lo que más te preocupa.

Y luego tiene lugar regularmente el incidente, se verifica puntualmente el episodio que contradice brutalmente aquello que te has afanado en inculcar, que defrauda radicalmente tu esperanza.

Y siempre las mismas personas, siempre los mismos equívocos de fondo, siempre las mismas historias humillantes, siempre los mismos prejuicios indestructibles.

No has organizado nada.

No has conseguido nada.

Entonces vienen ganas de renunciar. La palabra se hace inútil. Están ahí los hechos para demostrarlo con su despiadada lógica.

Y, sin embargo, *la prueba de la inutilidad es precisamente la decisiva para la palabra.*

Seguir sembrando, aun cuando no despunte nunca sobre la tierra dura de la indiferencia general, un hilillo verde prometedor.

Seguir golpeando sobre ciertos clavos, aun cuando tengas la impresión de hacer consquillas a un peñasco de granito.

Seguir esperando, aun cuando los hechos te contradigan.

El profeta es *el hombre de la impaciencia* (porque tiene que comunicar una palabra que le explota dentro y no puede depositarla en los armarios de la oportunidad), pero es también *el hombre de la paciencia incansable* (porque sabe que la palabra debe pudrirse en la oscuridad, en el rechazo, en la incomprensión, y en el sufrimiento).

Verdadero profeta es aquel que está dispuesto a romper las prórrogas de los cálculos y de las tácticas humanas, pero tiene también el coraje de las prolongadas y extenuantes esperas.

Todavía más: «La vocación del profeta se acredita cuando un individuo se olvida de sí mismo para dejar hablar solamente al amor probado en la humildad» (P. Talec).

Este es el precio de la paciencia.

Por lo cual, puedo decir que creo solamente en aquellas ideas en favor de las cuales me encuentro en condiciones de entregar el precio de mi esperanza.

Ciertamente no serán muchas las ideas en las que creo. También porque el costo resulta casi siempre espantoso.

Estar seguro de la cosecha, *porque* me encuentro habitualmente con las manos vacías.

Es una empresa que corta la respiración. Pero precisamente cuando se tiene la impresión de malgastar las fuerzas, suena la hora de hablar.

Cuando parecen arrojadas al viento, las palabras llegan lejos.

Cuando se experimenta la dolorosa sensación de que *no entran*, las ideas ganan terreno.

Cuando parece que no cambia nada, las palabras inician su acción silenciosa y revolucionaria, transformadora en profundidad.

Cuando resulta inútil, la palabra se hace fecunda. Fecunda por nuestra esperanza.

Las palabras que no funcionan

Miércoles

El domingo nos reunimos a partir el pan; Pablo les estuvo hablando y, como iba a marcharse al día siguiente, prolongó el discurso hasta media noche. Había lámparas en abundancia en la sala de arriba donde estábamos reunidos.

Un muchacho, de nombre Eutiquio, estaba sentado en la ventana. Mientras Pablo hablaba y hablaba le iba entrando cada vez más sueño; al final, vencido por él, se cayó del tercer piso abajo. Lo levantaron ya cadáver, pero Pablo bajó, se echó sobre él y, abrazándolo, dijo: —No os alarméis, que tiene aliento.

Volvió a subir, partió el pan y cenó. Estuvo conversando largo hasta el alba y, por fin, se marchó. Por lo que hace al muchacho, lo trajeron vivo, con gran alivio de todos (Hech 20, 7-12).

La palabra puede provocar también sueño.

Y esto sucede a veces independientemente de la duración del discurso.

¿Quién no ha tenido la dolorosa experiencia de las «palabras que no funcionan?».

Un individuo puede decir entonces las cosas más verdaderas, pero nadie las cree.

Se entusiasma, pero nadie lo toma en serio.

Habla con unción, y encuentra solamente la indiferencia general.

Dice cosas justas, y sin embargo sus palabras tienen un no sé qué de desentonado, de falso.

Aduce los argumentos más convincentes, y únicamente suscita irritación.

Si, sucede frecuentemente que nuestras palabras no funcionan.

bien. Y, sin embargo, aparentemente todo es perfecto, todo marcha. Pero las palabras siguen obstinadamente sin funcionar.

Vienen pronunciadas con facilidad. Lo malo es que no entran, no penetran.

Son indudablemente las palabras aptas, que expresan verdades santas, verdades como puños. Lo malo es que no llegan a nadie, no hacen impacto.

Son hasta brillantes, colocadas una detrás de otra de forma seductora. Pero ni siquiera suscitan un relampagueo de interés en las sombras que se le enfrentan.

No hay nada que hacer. Las palabras no funcionan.

Y vienen ganas de tomarla con la indiferencia del otro, con la hostilidad preconcebida, la ignorancia, la mala voluntad y una cantidad de otras cosas que se refieren siempre, indefectiblemente, a los destinatarios de nuestras palabras.

Vienen deseos de tronar contra la insensibilidad de los otros.

En realidad, las palabras no funcionan cuando nacen de la costumbre y no son confirmadas por la convicción, por la autenticidad de nuestra existencia.

Acuden a los labios, por un proceso casi automático —en ciertas circunstancias, a ciertas personas, para determinados problemas, se dicen tales determinadas palabras, se ofrecen tales determinadas respuestas—; pero no brotan del hondón de una persona, de la densidad de una vida, de la intensidad de una convicción.

Las palabras no funcionan cuando «se repiten», mientras que deberían nacer, brotar fatigosamente, dolorosamente, poco a poco, como nuevas, como si no se hubieran pronunciado nunca antes.

Las palabras, aun las verdaderas, no funcionan porque no es «verdadera» la persona que las dice.

Los otros son refractarios a nuestras palabras, porque nosotros somos refractarios a la acción transformante, revolucionaria de las palabras que pronunciamos.

Nuestras palabras, aun las más convincentes, son regularmente desatendidas porque ha disminuido nuestra credibilidad.

Los otros no toman en serio nuestras palabras porque somos nosotros los primeros en no tomárnoslas en serio.

Los otros no nos toman en serio, porque nosotros mismos no nos tomamos en serio.

Y entonces es inevitable que alguno nos oiga distraído, que muchos se adormezcan, que algunos se marchen decepcionados.

La palabra suscitadora de vida se convierte en palabra de muerte o de... sueño. Sueño y muerte, entre otras cosas, se asemejan.

Es necesario tener el coraje de comprobar antes si acaso las palabras no están ya «adormecidas» dentro de nosotros. Por lo cual, nacen anémicas, sin vigor, mortecinas, ricas solamente de sonido y carentes de aquel timbre, de aquella carga que comunica la vida y la pasión.

En suma, *palabras muertas de sueño* antes todavía de ser pronunciadas.

Y lo trágico es que si alguno se precipita desde un tercer piso, vencido por el aburrimiento o por el cansancio de la desilusión, nosotros, a diferencia de Pablo, no sabemos siquiera pronunciar la palabra que le restituya la vida.

«La muchacha no está muerta. Duerme».

Para nosotros no hay diferencia. Puede incluso ser peor.

Ante ciertos sueños de los que somos responsables, nuestras débiles palabras se manifiestan impotentes.

Jueves

Los guardias contestaron:

—Nadie ha hablado nunca como ese hombre (Jn 7, 46).

«Sí, soy músico. Efectivamente... amo el silencio». Así explica su arte el célebre director de orquesta Herbert Von Karajan.

Algo parecido nos debería suceder también a nosotros cuando hablamos.

La pasión de la palabra arde solamente en quien tiene el gusto del silencio.

El hombre de la palabra es, ante todo, el hombre del silencio.

«Calla mucho para tener algo que decir que merezca ser escuchado. Pero calla también para escucharte a ti mismo» (Lanza del Vasto).

Frecuentemente admiramos las «palabras valientes». Pero olvidamos que, antes de tener el coraje de las palabras, los verdaderos profetas tienen el coraje del silencio.

En el silencio es donde nosotros nos apoderamos de la palabra, la hacemos nuestra, carne de nuestra carne.

En el silencio es donde la palabra se *incorpora* a nosotros, se encarna en nosotros. Y la palabra madura. Y nosotros maduramos con ella.

En las profundidades del silencio es donde la palabra alcanza su propia fuerza creadora.

En el desierto del silencio y de la soledad es donde la palabra encuentra la propia fecundidad.

En el «tiempo», en la medida del silencio, es donde la palabra descubre su propia nota justa, su propio timbre personal.

Con el demasiado hablar, las palabras acaban por perder su tono original, su eficacia.

«Medita, oh silencioso, en la fuerza de las palabras, conserva la potencia de las palabras no dichas» (Lanza del Vasto).

El silencio no es ausencia de la palabra. Es, por el contrario, palabra presente, «preparada», palabra que espera, palabra que se hace penetrante, explosiva.

Yo advierto la presencia de la palabra, su urgencia, su mensaje, su esencialidad arrolladora, más en ciertos silencios que en ciertos discursos.

Quien habla debería preocuparse, antes que de las palabras, de la propia capacidad de silencio.

El silencio es el argumento más convincente, la credencial más segura, el pasaporte más válido para toda palabra.

Sin silencio, decimos muchas cosas. Pero nuestras palabras no dicen nada. Se niegan a «hablar».

«Me he desposado con la palabra», afirma con orgullo Jean Cardonnel. No olvidemos, sin embargo, que la palabra es fecundada por el silencio, no por otras palabras.

Nuestra palabra, en este mundo dominado por el ruido, llegará a su destino, no si ha competido con los *decibelios* en continuo aumento, sino solamente si logra hacer un pacto más bien comprometido para entablar una estrecha alianza con el silencio.

«Mejor callar y ser que, aun hablando, no ser. Hermosa cosa es enseñar, si el que habla, obra además. Hay, pues, un solo maestro, que habló y cumplió lo que había dicho; y las cosas que él hizo callando son dignas del Padre. Quien posee realmente la palabra de Jesús puede percibir también su silencio, para que sea perfecto, a fin de que obre a través de las cosas de que habla y a través de las que calla sea reconocido» (Ignacio de Antioquía). Esta consigna es verdaderamente admirable: «a fin de que obre a través de las cosas de las que habla y a través de las que calla sea reconocido». Por consiguiente, los documentos de identidad, los signos de reconocimiento consisten sobre todo en el silencio.

Y el mismo Ignacio tiene una máxima que puede parecer hasta irrespetuosa: «Cuanto uno ve que un obispo calla más, tanto mayor respeto habrá de tenerle». Naturalmente, la observación se puede aplicar a todos, no solamente a los obispos.

El hombre que calla es uno que respeta y que se hace respetar.

El silencio es el que justifica la palabra, le confiere las credenciales de atendibilidad, y le confiere una extraordinaria eficacia operativa.

Hemos citado a Ignacio de Antioquía, mártir, Sus singulares teorías sobre el silencio no las desmintió ni siquiera a la hora de

la muerte. Conjuraba en efecto a los fieles de Roma a no decir palabra en el camino de su martirio. «Puesto que, si vosotros calláis conmigo, yo seré una palabra; pero, si vosotros amáis mi carne de nuevo, yo me convertiré solamente en un sonido». Tenemos aquí una observación muy interesante. En ciertas circunstancias decisivas, la verdadera palabra es la del silencio. La otra es, simplemente, *sonido*.

Verbo crescente, verba deficiunt. Por una vez el latín es insustituible. Crece el Verbo, y nuestras pobres palabras, naturalmente, decrecen. Tienen que ir a esconderse.

A esconderse en el silencio.

No todos son capaces de criticar

Viernes

Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, será que sois bastardos, no hijos...

En el momento ninguna corrección resulta agradable, sino molesta; pero después... los resarce con el fruto apacible de la honradez. Por eso fortaleced los brazos débiles, robusteced las rodillas vacilantes, plantad los pies en sendas llanas para que la pierna coja no se disloque, sino se cure (Heb 12, 8, 11-13).

«Todos son capaces de criticar».

Por el contrario, no.

No todos son capaces de criticar.

La crítica es un compromiso extremadamente difícil.

En realidad, poquísimos están en condiciones de cumplirlo decentemente.

Para criticar hay que tener los ojos muy abiertos. Y muchos, en cambio, consideran que es mucho más cómodo tenerlos cerrados, más todavía, cosidos con el hilo de la conveniencia.

Para criticar es necesario ser hombres libres. Pero son muy pocos los que se encuentran verdaderamente tales.

Para criticar se necesita valor. Y muchos tienen solamente el valor de tener miedo.

Para criticar es necesaria la inteligencia, o sea, la capacidad de penetrar en las cosas profundamente. Y mucha gente se contenta con quedarse en la corteza, en la superficie, en el barniz de todo.

Para criticar es indispensable tener una pasión, o sea amar hasta la locura un ideal, en virtud de lo cual no se puede consentir que tal ideal sea escarnecido, empobrecido, deformado; y por eso se saca del propio corazón, del propio amor decepcionado, la fuerza de gritar alto, no por un gusto cualquiera, sino por un

sufrimiento atroz. Y, en cambio, ciertos cometidos contables de la caridad no son capaces de indignación por la sencilla razón de que los ideales y los valores los llevan solamente pegados a la piel, o, a lo sumo, ordenados en la zona del cerebro, pero no ciertamente en lo profundo del corazón. Son incapaces de indignación, porque son incapaces de entusiasmarse, de arder.

Para criticar se necesita, sobre todo, una dosis excepcional, desmesurada de amor. El amor es la línea de demarcación entre una crítica demoledora y una crítica constructiva. Esta última no es —como piensan algunos cultivadores del desorden establecido— una crítica de guante blanco, de bellas maneras. Puede ser también ruda, áspera, incómoda, pero es una crítica justificada por el amor, que encuentra en el amor su razón de ser y de... gritar.

Nadie ha amado nunca la «casa del Padre» como Cristo. Por eso ha criticado (y con qué argumentos contundentes) a los mercaderes que habían puesto allí su tienda.

Nadie ha amado como él la verdad. Por eso criticó con inaudita violencia la hipocresía de los fariseos.

Los profetas de todos los tiempos parecen también exagerados en su lenguaje. Excesivos, como es «excesivo» su amor.

Quitémonos, de todos modos, de la cabeza que la crítica haya de ser sin dolor, aséptica, moderada, diplomática. Quien la quiere así es solamente porque le tiene alergia. Y tiene alergia porque no admite el ser discutido.

Algunos ven siempre y por todas partes solamente «crítica corrosiva», «demoledora», porque tienen un miedo cerval a ver derrumbarse ante sus ojos el castillo de las propias ilusiones y deshacerse la fachada que cubre el propio vacío.

Por supuesto, si tengo la cara fea, la culpa es naturalmente del espejo.

Si tengo fiebre, la culpa es del termómetro.

Si tengo un absceso, la culpa es del cirujano que hunde despiadado el bisturí.

Si el tiempo es malo, la culpa es de los meteorólogos.

Si las cosas van mal, la culpa es del incordiante, del agua-fiestas que, en vez de darme la seguridad, como suena la canción de que «todo va bien, señora baronesa», me está haciendo crítica demoledora.

Demasiado fácil.

Ciertamente, demasiado fácil decir que la crítica es una cosa fácil.

En realidad, para criticar, es necesario ver las cosas como son y verlas como deberían ser.

¿Queremos probar?

Es más respetuosa la bofetada

Sábado

Me he desahogado con vosotros, corintios; siento el corazón ensanchado. Dentro de mí no estáis estrechos, sois vosotros los de sentimientos estrechos. Pagadme con la misma moneda... Por eso, aunque os causé pena con mi carta, no lo siento (2 Cor 6, 11-13; 7, 8).

Otra vez en torno a la crítica.

Fuera, barramos de una vez los equívocos.

Pocos son capaces de criticar, como por lo demás, pocos son capaces de dejarse criticar.

El que critica lo hace porque toma en serio a las personas, las estima, las ama.

El que acepta ser criticado, lo hace porque desea ser tomado en serio, estimado, tratado como adulto y responsable.

Me sucedió una vez que tuve que oír a un anémico defensor de la inutilidad, más aún, de los daños de la crítica y de la utilidad del caramelo.

Le escuché atentamente mientras hablaba, aconsejaba, dirigía. Envolverte, melifluido, con expresivos guiños. Una cosa absolutamente nauseabunda.

No, mucho mejor una bofetada que tal tipo de dulzura programada.

Mucho más saludable un puñetazo que no aquellos confites pegajosos.

Mucho más «respetuoso» un grito que aquellas frases acarameladas.

Mucho más constructiva una crítica... «demoledora» que aquellas expresiones «edificantes».

Solamente si se toma en serio a las personas y los ideales que deberían encarnar, está uno en condiciones de criticar.

Solamente si se está acostumbrado a ponerse en discusión uno mismo, se tiene el coraje de regalar remordimientos también a los otros.

Solamente si se tiene la costumbre de recitar en alta voz el «mea culpa», se tiene libertad para gritar también contra las deficiencias de los demás.

Querría terminar con una cita de san Agustín:

«La diversidad de las intenciones hace diversas las acciones. Tratándose objetivamente de la misma cosa, si la medimos considerando la intención, resulta que en un caso se debe amar y en otro se debe condenar; ahora se debe glorificar y luego detestar. Tan grande es el valor de la caridad. Mirad que ella sola es el criterio para discernir y distinguir los actos humanos.

Decimos esto tratando del caso de acciones efectivamente semejantes. Tratando de acciones objetivamente diferentes, nos encontramos con un hombre que se irrita por razones de caridad y con otro que se enternece por un motivo injusto. El padre pega al muchacho y el rufián lo acaricia. Si presentas estas dos cosas, azotes y caricias ¿quién no escogerá las caricias rechazando los golpes? Pero si miras a las personas, la caridad golpea y la iniquidad acaricia. Tened presente aquello que queremos subrayar: que no se puede valorar lo que hacen los hombres, si no se parte de la actitud radical de la caridad. Efectivamente se pueden hacer muchas cosas, aparentemente buenas, pero que no proceden de la raíz de la caridad. Y, sin embargo, dado que hasta las flores tienen espinas, hay cosas que parecen duras, crueles, pero que se hacen para enseñar, bajo el impulso de la caridad. De una vez para siempre, lo que te está prescrito es un precepto breve: ama y haz lo que quieras. Si callas, guarda silencio por amor; si perdonas, perdona por amor; que haya una raíz de caridad; de tal raíz no puede brotar más que bien»¹.

Agradecemos a san Agustín el habernos recordado que también la crítica puede ser un *servicio de caridad*.

La sorpresa de la libertad

Oh Dios, dignate libramme;
Señor, date prisa en socorrerme.
Que tú eres mi auxilio y mi liberación:
Señor, no tardes

(Antifona de entrada del
decimooctavo domingo del tiempo ordinario)

1. S. Augustinus, *In epistolas Joannis*, 7, 7-8; P.L. 35, 2033.

La libertad de ser «requerido»

Domingo

Porque así lo quiere Dios: que, haciendo el bien, le tapéis la boca a la estupidez de los ignorantes; y esto como hombres libres; es decir, no usando la libertad como tapadera de la villanía, sino sirviendo a Dios (1 Pe 2, 15-16).

Lo reconozco, me cuesta trabajo abordar el tema de la libertad.

No porque no crea en ella. Al contrario, para mí la libertad es un valor fundamental.

No porque no ame la libertad. Más todavía, para mí amor y libertad son dos realidades inseparables.

Vacilo al hablar de este tema porque me doy cuenta de que la palabra libertad, para no ser vana debe encontrar una acogida, una simpatía, una «complicidad» por parte de quien escucha.

Nunca como en el caso de la libertad es necesario sintonizar con la longitud de onda de una «pasión» común.

No se puede enseñar, demostrar o explicar la libertad.

Para que esto suceda, sin embargo, es indispensable que el germen esté ya depositado en el corazón, que la exigencia sea «sentida» en la profundidad del ser.

El lenguaje de la libertad puede ser *entendido* solamente cuando dos personas *comparten el mismo amor*.

Es un lenguaje que tiene sentido solamente entre enamorados.

Los indiferentes, los extraños, no comprenden nada. Incluso se escandalizan.

Perdón por el largo preámbulo.

Quería solamente decirte que, si sigo adelante, es porque *creo*, desde luego, en la libertad, pero además en *tu* gusto por la libertad.

La palabra libertad, apenas viene pronunciada, evoca indefectiblemente, en ciertas personas, pensamientos... feos.

Su imagen se asocia instintivamente en ciertos cerebros a las acciones más reprobables.

Si uno dice: «quiero ser libre», alguien piensa inmediatamente: «éste tiene intención de hacer algo malo».

El equívoco más usual, respecto a la libertad, consiste en colocarle en un lugar que no es el suyo.

Se dice «libertad», y hay quien piensa: «hacer lo que uno quiera». O todavía más: «hacer lo que nos gusta».

Pero la libertad esencial, auténtica, antes que en la línea del hacer, hay que situarla *en la línea del ser*.

Yo soy libre de ser lo que debo ser.

La libertad es la posibilidad de realizarse según la *verdad* de la propia persona, según la propia voluntad, según la trayectoria de la propia vocación.

En este sentido, soy libre de hacer no todo lo que quiero, sino todo lo que cabe en la línea de mi ser personal.

En una perspectiva cristiana, *libertad es la posibilidad de hacer aquello a lo que Dios me llama.*

Posibilidad de realizar con lucidez y valentía, aun en medio de infinitos obstáculos e inevitables dificultades, el designio de Dios sobre mi vida.

El cristiano es un ser «condenado» a la libertad. Libertad, precisamente, de ser lo que debe ser según el proyecto de Dios sobre él. Notemos enseguida: el proyecto de Dios. Cuántas veces, en cambio, nosotros sofocamos la libertad de los demás porque tenemos la pretensión de que los otros se realicen según el proyecto que nosotros llevamos en la cabeza.

En suma, la libertad es inseparable de la vocación personal. Va unida a la orientación fundamental de la propia vida.

Por eso es verdaderamente libre, no quien tiene la posibilidad de hacer lo que le parece, sino el que logra rechazar todo lo que le impide ser él mismo, o que le hace simplemente un «sí mismo» disminuido. Y logra elegir, en cambio, lo que le ayuda hacerse a sí mismo en plenitud.

Un esquiador no se siente privado de libertad por el hecho de no poder deslizarse sobre la arena de la playa.

Un piloto aéreo no se siente menos libre por el hecho de que le sea negada la posibilidad, mientras vuela, de darse un chapuzón en la piscina.

Ni un escritor se siente esclavo porque no puede hacer de carnicero.

En otras palabras: tengo el derecho de no sentirme libre solamente cuando hay algo o alguien que me impide ser yo mismo, que no me permite ser aquello a lo que estoy «llamado».

Por consiguiente, no «hagas aquello a lo que te arrastran tus instintos», sino «haz aquello a lo que te inclina tu llamada personal».

«Haz valientemente aquello a lo que te sabes llamado por tu Dios. La libertad se encuentra tan ligada a la posibilidad interior que permite a cada cual realizarse en su verdad, escogiendo siempre el hilo directo de la propia vocación fundamental»¹.

«El hombre es un ser mandado que adquiere significación cuando percibe el mandato. Sin esta conciencia, el hombre se queda espiritualmente vacío, ni creativo, ni responsable» (A. J. Heschel).

El discurso sobre la libertad comienza aquí, En esta conciencia de ser «requerido».

Por lo cual, la libertad no es un gusto, una vocación, sino un compromiso concreto.

Piensen lo que quieran los superficiales, el que ama la libertad ama un camino difícil.

No busca soluciones fáciles. Al contrario, reivindica una incómoda responsabilidad.

El que ama la libertad no ama la vida cómoda.

Al contrario, la vida se hace difícil. (Y a esto se debe añadir que también los demás piensan en hacérsela difícil. Hay una especie de crueldad general contra el hombre libre).

1. J. M. R. Tillard, *Vita religiosa progetto di libertà?*, número especial de Religiose oggi, agosto 1973. La línea de estos primeros capítulos sobre la libertad sigue, a veces a la letra, este óptimo estudio.

La liberación es un acontecimiento religioso

Lunes

A vosotros, hermanos, os han llamado a la libertad (Gál 5, 13).

Noticia de crónica. Una célebre bailarina entra en un convento. Un periódico lanza este título: «Renuncia por Dios a su libertad».

Nosotros instintivamente decimos: «No es verdad. No se renuncia a la propia libertad».

Nosotros, inmediatamente protestamos: «Estos no entienden nada».

De acuerdo. Pero el testimonio que ofrecemos ¿es propio de personas libres, «liberadas»?

¿Y por qué no siempre conseguimos ofrecer esta demostración convincente, dando razón así el equívoco aludido?

Tal vez no hemos asimilado el profundo sentido de la libertad cristiana.

Tratemos, pues, de establecer algunas ideas fundamentales.

1. Dios es el que nos libera

La liberación es un acontecimiento religioso. Porque solamente Dios es el que transforma a los esclavos en seres libres. El Exodo explica esta realidad.

Conviene partir de esta realidad para descubrir el sentido profundo del primer mandamiento que el pueblo recibe en el de-

Lunes

77

sierto: «No habrá para ti otros dioses fuera de mí» (Ex 20, 3). Porque solamente yo te he hecho libre.

Este mandamiento funda la libertad del hombre. «Solamente en la medida en que yo tengo a Dios por mi absoluto, un absoluto que me supera infinitamente y por el cual no me sentiré nunca limitado, yo no tendré ningún otro ídolo, ningún mito que me esclavice» (D. M. Turolde).

En el arduo camino de la libertad, Dios nos libera de los lazos de las cosas accesorias, para concentrarnos en la *única cosa necesaria*.

Si nos centramos verdaderamente en el único necesario, somos libres de las necedades, de las mezquindades, de las pequeñeces y las habladurías.

Por consiguiente Dios es el que nos libera.
Dios es vida y vivir significa ser libres.

2. Cristo nos otorga la libertad

También ha venido Cristo para darnos la libertad.

Salvándonos, nos libera precisamente de la esclavitud del pecado.

«Pues sí, os lo aseguro: quien comete el pecado es esclavo... Si el hijo os da la libertad, seréis realmente libres» (Jn 8, 34, 36).

Y este don representa un compromiso... de mantenerlo. «Para que seamos libres nos liberó Cristo; conquen manteneós firmes y no os dejéis atar de nuevo al yugo de la esclavitud» (Gál 5, 1).

San Pablo se da cuenta perfectamente de la responsabilidad que implica este don: «Todo me está permitido».

—Sí, pero no todo aprovecha. Todo me está permitido, pero yo no me dejaré dominar por nada» (1 Cor 6, 12).

Como se ve, volvemos al punto precedente. Ser libres, en sentido religioso, significa proclamar lo absoluto de Dios.

Martes

Ese Señor es el Espíritu, y donde hay Espíritu del Señor, hay libertad (2 Cor 3, 17).

San Agustín habla de la conquista de la libertad como de «unidad re-encontrada de la persona». El hombre lacerado, dividido, «atomizado» a causa del pecado, recobra la propia integridad a través de la liberación.

La libertad resulta el signo más evidente de la unidad re-encontrada.

Pero la libertad, en una persona, está siempre en relación dialéctica con otros valores. Veamos algunos.

1. Verdad y libertad

Cristo proclama solemnemente: «Yo soy la verdad» (Jn 14, 6).

Si uno es amigo de la libertad, se convierte en persona libre.

«Si vosotros sois fieles al mensaje mío, sois de verdad mis discípulos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32).

Y más todavía:

«¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír ese mensaje mío. Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis realizar los deseos de vuestro padre. El fue un asesino desde el principio, y no estaba con la verdad porque en él no existe verdad. Cuando dice la mentira le sale de dentro, porque es falso y padre de la mentira» (Jn 8, 43-44).

Hay, pues, una doble ecuación establecida por Jesús. Verdad igual a libertad. Mentira igual a esclavitud. Y todavía más, a homicidio. O hijos de Dios o hijos del diablo. O reino de verdad y libertad o reino de las tinieblas y esclavitud.

Cristo viene a liberar a los hombres de las tinieblas revelando la verdad.

Satanás, para mantener a los hombres en la esclavitud, los mantiene en la mentira.

Aquí la aplicación es demasiado evidente: el «signo» de la liberación lograda es nuestro amor a la verdad.

Una persona falsa, insincera, no es libre.

2. Libertad y caridad

«A vosotros, hermanos, os han llamado a la libertad; pero que esa libertad no dé pie a los bajos instintos. Al contrario, que el amor os tenga al servicio de los demás» (Gál 5, 13-14).

La libertad característica del cristiano es la libertad de amar.

«Dios solo es libre, ya que él solo es absoluto. Y nosotros nos liberamos en la medida en que amamos» (Lanza del Vasto).

Una expresión concreta del amor hacia el prójimo es, precisamente, el servicio. Y este servicio nace, paradójicamente, exactamente de la libertad. Nos lo revela san Pablo con una expresión fulgurante: «Soy libre, cierto, nadie es mi amo; sin embargo, me he puesto al servicio de todos» (1 Cor 9, 19).

Por algo el itinerario de liberación que narra el Exodo ha sido sintetizado así: «de la esclavitud al servicio».

El servicio, paradójicamente, es el signo de haber sido realizada la liberación de la esclavitud.

El servicio por amor, se entiende.

Un pastor israelita de la edad media rezaba así: «Señor del mundo, tú sabes que si tú tuvieras animales y me los confiaras para guardarlos, yo que soy guarda de animales ajenos por un salario, guardaría los tuyos *porque te amo*». He aquí el paso a la libertad de servir a través del amor.

El cristiano es un *detenido*. Obtiene de Dios y retiene la libertad de amar como Dios ha amado» (P. Talec).

Dios, en su infinita libertad, nos ha amado haciéndose nuestro «siervo».

«...El hijo del hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mt 20, 28).

El lavatorio de los pies ha quedado como uno de los gestos más significativos de la libertad de Cristo.

Dice san Agustín: «La libertad es un placer. Mientras que tú haces el bien por miedo, no gozas de Dios. Mientras que estés obrando como un esclavo no puedes disfrutar. *Que Dios te fascine y entonces serás libre*».

Y en esta exultante perspectiva de libertad, suena la frase famosa: «Ama y haz lo que quieras».

Si Dios es amor, tú que amas eres libre de hacer lo que quieras. Porque no harás otra cosa más que aquello que el amor (o sea, Dios) te pida.

«Allá donde se hace sentir el soplo de la libertad comienzan a ser mal vistas las cadenas» (J. Moltmann).

Las cadenas molestan: esta es la señal de que pasa el «soplo», es decir, el Espíritu.

Cristo modelo de libertad

Miércoles

¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?... Porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho (Jn 13, 12, 15).

Cristo no se contenta con concedernos el don de la libertad, a través de la salvación, que nos arranca de la esclavitud del pecado.

Se nos ofrece también él mismo como modelo de libertad.

«Cristo, hombre libre», se ha dicho con una fórmula lacónica.

1. *Una libertad exigente*

a) La libertad de Cristo está inserta en la trayectoria de la voluntad del Padre.

Cristo es libre, porque, después de haber comprendido el sentido de la propia misión y haber aceptado las correspondientes responsabilidad y consecuencias («Aquí estoy yo para hacer tu voluntad, Dios mío», Heb 10, 7), llega hasta el fondo, rechazando decididamente todo aquello que podría apartarlo de su camino.

De manera especial rechaza todo lo que le llevaría a escabullirse del camino de la cruz, camino que él escogió libremente para salvar al mundo.

Las tentaciones del desierto no eran más que «atajos» (el atajo de la facilidad, de los «milagritos»: «di que estas piedras se

conviertan en pan»; el atajo de lo espectacular, del éxito fácil: «tírate abajo... encargará a sus ángeles que cuiden de ti»; el atajo del poder: «te daré todo esto», Mt 4), propuestos por el demonio para desviarlo del incómodo camino del Calvario.

También Pedro, llevado de su ingenuo amor, termina por *intentar* a Cristo con la misma intención de alejarlo de la cruz (y es especialmente significativo que precisamente por ello se gane el título de «Satanás»).

b) Sus decisiones son siempre dolorosas y están determinadas por la opción fundamental de su vida, que con frecuencia es sometida duramente a la prueba de los acontecimientos.

No debemos pensar que la humanidad de Cristo esté como previamente programada por la divinidad. «En cuanto hombre, Jesús participa de la ley normal del comportamiento humano. Esto exige que la opción central de la vida sea revisada sin cesar, reinterpretada a la luz de las circunstancias, oxigenada por el ímpetu de la convicción» (J. M. R. Tillard, *o. c.*, p. 10).

c) La libertad de Jesús pasa a través de la duda, la lucha interior, el sudor de sangre en Getsemaní. Es una libertad duramente «probada».

d) Seguir la voluntad del Padre no significa, pues, seguir los propios caprichos.

Cristo nos demuestra concretamente que la libertad es siempre exigente, que su ejercicio es más bien... costoso.

«Jesús es soberanamente libre porque es totalmente pobre de sí mismo» (Tillard).

En él hay solamente lugar para la voluntad del Padre y el servicio a los demás.

«Yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre» (Lc 2, 49). Y de los hombres.

En la verdadera libertad solamente no hay sitio para el yo egoísta.

2. *Una libertad valiente*

La libertad de Cristo es una libertad que desafía la común mentalidad de los ambientes políticos y religiosos de su tiempo.

Ama la compañía de los «publicanos» (considerados como públicos pecadores). Y llega a elegir a uno de ellos como apóstol.

Se sienta a la mesa con los pecadores en sus casas. Con grave escándalo de los bienpensantes.

Acepta el homenaje de una mujer de mala fama.

Perdona a la adúltera que, según la ley, debería ser apedreada.

Quebranta frecuentemente la ley del sábado, en nombre de la superior exigencia del amor.

No vacila en entretenerse en un largo coloquio con la samaritana.

Y, al final, regala el paraíso a un delincuente común.

Todos éstos son gestos de libertad, que provocan estupor, desconcierto, escándalo e irritación.

3. *Una libertad «premiada»*

Y todos estos gestos de libertad, este desafío constante al buen sentido común, llevan a Cristo hasta... la cruz.

La cruz es el «premio», el resultado de la extraordinaria libertad de Cristo. Yo diría que es su final inevitable.

En verdad que la libertad no es un programa de facilidades. ¿Estás dispuesto a seguir este ejemplo?

Los fundadores aseguran a la iglesia el misterio de la libertad

Jueves

Los dones son variados, pero el Espíritu es el mismo; las funciones son variadas, aunque el Señor es el mismo; las actividades son variadas, pero es el mismo Dios quien activa todo en todos. La manifestación particular del Espíritu se le da a cada uno para el bien común. A uno, por ejemplo, mediante el Espíritu, se le dan palabras acertadas...; a otro, un mensaje inspirado (1 Cor 12, 4-8, 10).

Cuando se predica el retorno al «espíritu de los fundadores», pienso que no se debe descuidar el *Espíritu de libertad*, al que los fundadores de las órdenes religiosas obedecieron.

En el antiguo testamento, reyes y profetas, se enfrentan y... chocan continuamente. El progreso del pueblo de Dios acontece a través de la fecunda tensión que se produce entre estas dos actitudes y estos dos comportamientos.

En la iglesia está siempre viva también y es actual la dialéctica entre *instancia institucional* e *instancia profética*.

Yo creo que los fundadores, en la vida de la iglesia, encarnan claramente el momento profético.

Son los servidores, soberanamente libres, de aquel Espíritu que sopla donde, como, cuando y cuanto quiere.

Quiero decir que los fundadores ejercen en el interior de la iglesia y por la iglesia, el ministerio, o *el servicio de la libertad*.

Ellos fueron innovadores, porque eran libres.

«Observemos la historia. Descubrimos que la mayor parte de los grandes fundadores no pertenecen a la jerarquía y que pocas veces ésta se encuentra en el origen de sus obras. A veces ignora estos inicios, o aun desconfía de ellos. En la mayor parte de los

Jueves

85

casos la jerarquía no hará más que acoger e integrar, en la vida de las iglesias, las iniciativas procedentes del Espíritu, ordenándolas así al bien de todos los fieles» (J. M. R. Tillard, *o. c.*, 55).

Es un hecho que no fue la jerarquía la que empujó a Antonio y a Pacomio hacia el desierto, la que pidió a Benito que fundara un monasterio, la que convenció a Francisco que enviara a sus *minores* por los campos para que vivieran como los más pobres entre los pobres y anunciaran el evangelio a aquellos a los que la iglesia oficial había descuidado.

No fue la jerarquía la que propuso a Charles de Foucauld «inventar» la contemplación apta para el hombre de la calle y «gritar» el evangelio predicándolo con la vida.

«En otro contexto diferente, un Savonarola o una Catalina de Siena encuentran en su profesión religiosa la libertad necesaria para denunciar, en el nombre del evangelio, inaceptables desviaciones, así como un Bartolomé de las Casas hace otro tanto, en nombre de la justicia y del respeto a los derechos del hombre. Más cerca de nosotros, los primeros fermentos del movimiento litúrgico o del movimiento ecuménico — dos preciadas joyas de la iglesia contemporánea — han hecho su aparición en monasterios o comunidades piloto, frecuentemente sospechosos para la jerarquía. Recuérdese la carta del obispo Groeber, de Friburgo, ante las primeras experiencias litúrgicas alemanas, y las dificultades del P. Lambert Beauduin en la tarea ecuménica. También es conocido el papel que han desempeñado los religiosos en la pastoral obrera» (J. M. R. Tillard, *o. c.*, 57).

El ministerio de la jerarquía y el de los religiosos son muy distintos y se completan mutuamente.

Ciertamente los religiosos no pueden reducirse a ser meros ejecutores de las decisiones de la jerarquía. Harían traición a su carisma peculiar: el profético. Que es el de la anticipación.

La misma iglesia tiene necesidad de estos «apasionados del evangelio», de estos «locos», de estos soñadores, de estos irresistibles «hijos del viento».

Y éstos, por su parte — según la aguda observación de un historiador moderno —, no teniendo nada que perder, se encuentran mejor dispuestos que otros a arriesgarlo todo.

Al lado de los fundadores y de los religiosos, colocamos también al papa Juan, este hombre extraordinariamente libre que, precisamente porque era libre, tuvo el coraje de liberar a la iglesia del inmovilismo, del miedo y de la pereza.

Como se ve, no faltan ciertamente los ejemplos de libertad. Antiguos y modernos.

Quizás escasean las personas valerosas, dispuestas a imitarlos.

¿No soy yo libre? (1 Cor 9, 1).

El sociólogo Max Weber propone una distinción muy importante entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad.

Se trata de dos actitudes distintas respecto a las exigencias evangélicas.

Ética de la convicción: es propia de los que se encuentran en una situación tal de «liberación» que pueden vivir el mensaje evangélico hasta sus últimas consecuencias, sin transigir, sin compromisos, sin acomodaciones. O sea, viven del todo según sus propias convicciones.

Ética de la responsabilidad: están sometidos a ella aquellos que, dada su situación («tengo familia», dicen) se ven obligados a contar previamente con una determinada realidad muy concreta que les impide obrar del todo y radicalmente según las exigencias evangélicas. Y deben, por eso, limitar el alcance de sus aspiraciones, y mitigar el impulso de sus ideales. En suma: sus convicciones deben contar con una realidad que, muy frecuentemente, las reduce y disminuye.

Digamos inmediatamente que estas dos actitudes no son absolutamente contradictorias de manera neta y definitiva.

También la ética de la convicción sufre inevitables condicionamientos por ciertas situaciones particulares.

Y, por otra parte, la ética de la responsabilidad no es que se pliegue al compromiso habitual y a las soluciones fáciles —por lo demás, hay siempre una justificación—, pero debe tender a su-

perar, en cuanto sea posible, los diversos condicionamientos y a adecuarse, en los límites de su propia realidad, a la ética de la convicción.

La ética de la convicción debe conservar el propio «espacio de libertad» para mantenerse como tal.

Y la ética de la responsabilidad tiene el deber de conquistar un espacio cada vez mayor de libertad.

Sin embargo, conserva todo su valor el hecho de que los religiosos, dada su forma peculiar de vida, deberían ser los típicos representantes de la ética de la convicción.

Los votos, de manera particular, tienen la misión principal de «liberar» a una persona a fin de hacerla totalmente disponible para vivir las exigencias evangélicas.

El religioso elige vivir en un estado en el que «la actitud radical es la norma»¹. El radicalismo es el «estado de vida» del religioso.

Sobre todo, el sermón del monte representa el término de comparación de la verdadera libertad propia de la vida religiosa.

El proyecto religioso está ordenado a una existencia en la que el sermón de la montaña puede ser vivido con más realismo. Uno se hace religioso por el evangelio» (Tillard).

Es lo que se llama, comúnmente, *radicalismo evangélico*.

Muchos teólogos hoy ven precisamente en este radicalismo evangélico lo específico de la vocación religiosa en relación con las otras vocaciones en la iglesia.

El P. Tillard propone este ejemplo que me parece muy significativo:

«*Fui extranjero y me recogisteis.* Demanda evangélica de la hospitalidad a la que la antigua tradición monástica se mostraba escrupulosamente atenta. Abundan los testimonios a este propósito. Nuestra pobreza, pensada para liberarnos del temor exagerado de ver desaparecer al huésped con nuestra caja fuerte y nuestra vajilla de plata, nuestro celibato que nos enseña a no temer por la virtud de los habitantes de la casa delante del desconocido que llama a la puerta (¿para qué sirve, si no?), deberían permitirnos vivir serenamente este consejo de la hospitalidad. Una familia no puede obrar del mismo modo: tiene sus problemas económicos, la preocupación por los hijos, la necesidad de salvaguardar la propia intimidad, la necesidad de practicar una cierta prudencia. La comunidad religiosa, en cambio, debería sentirse en con-

1. J. M. R. Tillard, *Le fondement évangélique de la vie religieuse*: Nouvelle Revue Théologique, noviembre 1969.

diciones de llegar hasta el fondo en la exigencia evangélica del amor a los hombres».

Y concluye, con una pregunta bastante inquietante: «Pero, seamos sinceros, ¿es así hoy?».

Por consiguiente, como hemos dicho en una meditación anterior, repitamos: debemos ser *libres para proclamar lo absoluto de Dios*.

Ahora añadimos: *libres para el evangelio*. O sea, para vivir hasta el extremo límite las exigencias más comprometedoras del sermón de la montaña.

En conclusión, el problema de la libertad, en la vida religiosa es un problema de espacio.

Espacio para Dios, el único necesario.

Espacio para el evangelio.

La esclavitud, más que un estado, es una mentalidad

Sábado

He bajado para librarle de la mano de los egipcios (Ex 3, 8).

Recuerdo una conversación mantenida una tarde, en el pasillo de un tren abarrotado de gente, con un conocido psicólogo.

Tratando de mantener un precario equilibrio, en pie, entre bolsas, paquetes y maletas, me acaloraba hablando del *instinto* de libertad propio del hombre.

El docto intelectual me respondió bondadosamente, pero con firmeza:

—Te engañas, amigo. El hombre no nace libre. Nace con el instinto de las cadenas, con un deseo loco de prisión, con la que-
rencia irresistible de tener un amo. El hombre puede solamente «devenir» libre. Pero cuánto trabajo para infundirse este gusto por la libertad.

Estoy cada vez más convencido de que el amigo psicólogo tenía razón.

Se ha observado agudamente que la «esclavitud, más que un estado, es una mentalidad».

Algunas personas no son libres y no lo serán nunca, no porque no puedan serlo, sino porque no sienten este deseo.

Releamos el Exodo, por favor. Se necesitan más de cuarenta años de escuela obligatoria en el desierto para hacer que los is-

raelitas abandonen la mentalidad de la esclavitud (cuántas lacrimosas lamentaciones, cuántas nostalgias durante aquellos años) y lograr que adquieran la mentalidad de pueblo libre.

Algunos etólogos han observado este increíble fenómeno. Un oso blanco fue adquirido por un circo en un zoo y liberado en un gran recinto. Pues bien, muy pronto advirtieron que el animal, aun contando con gran espacio a su disposición, continuaba recorriendo un pequeño trayecto de pocos metros. Un trayecto exactamente igual a la longitud de su antigua jaula del zoo.

Se llegó a intentar la experiencia de arrojarle la comida a dos metros de la barrera de la hipotética jaula. Algo inaudito: el oso no traspasaba aquel límite imaginario. No probaba bocado, hasta el punto de dejarse morir de hambre.

La jaula se le había metido ya en la cabeza.

Las barras las tenía definitivamente en el cerebro.

Así sucede con ciertos hombres. Llevan las barras dentro, en su propio espíritu.

Aun disponiendo de un espacio de libertad, no lo ven. No han adquirido la mentalidad de hombres libres.

Y descubren límites, muros, impedimentos en todas partes.

Hasta una puerta abierta de par en par representa, para ellos, una barrera insuperable.

Un amigo muy querido, en cambio, me confesaba que había encontrado la propia dimensión de libertad en una cárcel. «He hecho el desconcertante descubrimiento de ser libre mientras recorría los tres metros y medio por dos de aquella sórdida celda».

En consecuencia, no esperes que sean los otros los que te regalen la libertad. Este es un don que nadie te hace. Ni podrá hacerlo nunca.

El carnet de ser libre no deben otorgártelo los otros. Si esperas este obsequio gratuito corres el riesgo de permanecer siempre en el punto de partida del viaje de la vida. Serás un niño titubeante y miedoso.

La libertad no es un don. Es un precio que hay que pagar.

«La libertad no es una cosa que se pueda recibir como regalo. Se puede vivir también en un país bajo régimen dictatorial y ser libre, con una simple condición, basta que se luche contra la dictadura. El hombre que piensa por su cuenta y conserva el corazón incorrupto es libre. El hombre que lucha por aquello que él considera justo, es libre. Por el contrario, se puede vivir en el país más democrático del mundo, pero si uno es interiormente perezoso, obtuso, servil, no es libre; pese a la ausencia de toda restricción violenta, se es esclavo. Este es el mal, no hay que men-

digar de los demás la propia libertad. La libertad hay que tomársela, cada cual en la proporción que pueda»¹.

La libertad es una conquista. Muy laboriosa.

«La píldora de la libertad no ha sido inventada todavía. La única esperanza que nos queda es comprobar que la búsqueda de la libertad está todavía a nivel de artesanía, es decir, en el ámbito del ciclo productivo individual» (P. Balestro).

En compensación, si eres verdaderamente libre, ningún verdugo podrá arrebatarte nunca este tesoro inapreciable.

Solamente tú puedes conquistar tu libertad.

Y solamente tú puedes perderla.

1. I. Silone, *Vino e pane*,

Decimonovena semana

La sorpresa de lo humano

Dice el Señor:
«El pan que yo daré es mi carne
para la vida del mundo»

*(Antifona de comunión del
decimonoveno domingo del tiempo ordinario)*

Dios no tiene miedo de aparecer «demasiado humano»

Domingo-Lunes

Lo que existía desde el principio, lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos —hablamos de la Palabra que es la vida, porque la vida se manifestó, nosotros la vimos— (1 Jn 1, 1-2).

Sucede a veces que se oye calificar (mejor dicho, descalificar) algunas conductas con esta frase poco benévola:

—Esa persona tiene un comportamiento *demasiado humano*.

Yo, por más que lo pienso, no llego a convencerme exactamente de que un comportamiento pueda ser «demasiado humano».

Por mi parte, observo más bien, con una cierta frecuencia, comportamientos *demasiado poco humanos*.

Y quiero citar, en apoyo de mi impresión, el testimonio directo de una religiosa: «A menudo nos encontramos con mujeres consagradas *no adultas*, pueriles, demasiado monjas y poco mujeres, tal vez dulzonas o acaso amargadas».

Evidentemente estamos pagando las consecuencias de una secular y obstinada prevención respecto a lo *humano*.

Se olvida que también lo humano está incluido en la salvación realizada por Cristo. Y por consiguiente lo humano ha sido afectado también por la gracia. Y a pesar de esto, en ciertos ambientes religiosos, lo humano es todavía sospechoso o incluso objeto de difamación.

Se olvida que lo humano, si es auténtico, no puede menos de ser bueno.

Por desgracia, hay todavía en circulación espiritualidades que operan dicotomías arbitrarias entre cuerpo y alma, materia

y espíritu, y no advierten que el origen de estas teorías es platónico, no ciertamente cristiano. No tienen conciencia de que descartan con desenvoltura (quiero decir: profanan) la encarnación, o sea, la realidad de un Dios que no tuvo miedo de aparecer «demasiado humano».

Se ha dicho, con una bella expresión, que Cristo es «el rostro humano de Dios».

Con Cristo, la *humanidad de Dios* irrumpe en la historia.

La humanidad de Cristo es el sacramento de Dios: signo visible y tangible de la plenitud de vida del Padre que él nos viene a revelar.

«Quien me ve a mí está viendo al Padre» (Jn 14, 9).

«Todo momento humano de Cristo asume una fracción de vida y de historia, en la que el Dios escondido desciende para hacerse discurso, experiencia, sufrimiento, amor, libertad, amistad, contradicción, salvación del hombre. Así todo gesto, toda palabra, hasta el silencio del hijo del hombre es como una ventana abierta a la inefable e inagotable humanidad del hijo de Dios. En Cristo el enigma divino del hombre se abraza con el misterio humano de Dios»¹.

La humanidad de Cristo es el lugar (hoy se diría *lugar teológico*) en el que Dios encuentra concretamente al hombre.

Este «Dios con nosotros» es, ante todo, un Dios que se ha hecho como uno de nosotros. Para que nosotros pudiéramos estar con él y ser como él.

«Dios se ha hecho portador de la carne para que el hombre pudiese llegar a ser portador del Espíritu» (Atanasio de Alejandría).

Cristo es plenitud de humanidad en la que habita la «plenitud de la divinidad».

«A diferencia de algunas religiones que veían en los animales y en las plantas la «imagen», es decir, el signo visible de la presencia de Dios, la Biblia declara que el hombre es esta «imagen» de Dios. Solo Cristo, precisará después el nuevo testamento, es la imagen perfecta de Dios, es decir, el signo máximo manifestador de Dios» (D. M. Turollo).

Todo hombre, a imitación de Cristo, está llamado a devenir un momento viviente de Dios en el mundo y en la historia. Todo hombre deviene una imagen de Dios.

En consecuencia, Cristo, el máximo «signo» manifestador de Dios, no ha sentido reparo en aparecer «humano».

1. U. Vivarelli, *Come Cristo incontra: Servitium* 1 (1974).

Es humano («¿demasiado humano?») cuando «se conmovió profundamente» ante la tumba del amigo Lázaro. «¡Mirad cuánto le quería!» (Jn 11, 33, 35).

Es humano cuando se deja vencer de la compasión delante de la muchedumbre que está como «rebaño sin pastor», y con su milagro desafia la fría contabilidad de Felipe.

Es humano cuando se complace en verse asaltado por los niños, a despecho de las protestas de sus discípulos. «Dejad que se me acerquen los niños y no se lo impidáis...». «Y tomándolos en brazos»... (Mc 10, 14, 16).

«La auténtica humanidad de Cristo se estremece con terrible indignación y vibra con inéditas delicadezas: las contradicciones no hacen más que expresar la tensión de un corazón enamorado del Padre y del hermano hombre. Intransigente respecto a la verdad del reino, se siente inundado de compasión para con la carga diaria de la vida» (U. Vivarelli).

«Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde: encontraréis vuestro respiro, pues mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11, 28-30).

Llevado de su amor obstinado y paciente, nunca se cansa de entender, perdonar y esperar la hora de la revelación y de la salvación que llama al corazón del hombre en fechas, itinerarios y ocasiones irrepetibles.

Es humano cuando se sienta a la mesa con tipos no demasiado recomendables.

Es humano cuando se sienta sobre el brocal de un pozo porque está cansado y tiene sed. Y se lo dice a una mujer no muy recomendable que ha venido allí a parar.

Es humano cuando cree en la amistad hasta el fin, aun a la vista de la traición: «Judas, ¿con un beso entregas a este hombre?» (Lc 22, 48).

Es humano cuando su indignación asume vibraciones de cólera.

«Echando en torno una mirada de ira y dolido de su obstinación» (Mc 3, 5).

Intentemos deducir, de estas premisas, algunas conclusiones prácticas.

1. Una consagración, para ser auténtica, y por consiguiente válida, debe ser total. Es la persona en su totalidad y en su integridad la que se consagra a Dios, no una parte (la «espiritual») de ella.

Para darse, para consagrarse al Señor, es necesario «poseerse». A un individuo que ha perdido la propia identidad humana, no le queda nada para adorar a Dios. Una sombra, una larva, un fantasma —digamos también, un ser neutro— no puede adorar a Dios.

Un don «empobrecido» del elemento humano no es ya un don al Señor. Sino un hurto.

A Dios no le puede agradar la consagración de un individuo vaciado de su sustancia humana. No sabe que hacer con una consagración «disminuida».

2. No se construye el cristiano, el religioso, despreciando al hombre.

El hombre religioso no puede fabricarse en los laboratorios espirituales, en donde queda fuera («Está severamente prohibido el acceso a los ajenos a la obra») el elemento humano, o donde es admitido a regañadientes, a condición de que permanezca tranquilo en un rincón y no perturbe la marcha de las operaciones sobrenaturales.

No, no podrá existir nunca el hombre cristiano y religioso si no existe la persona.

Sin una robusta calidad humana, la calidad religiosa resultará siempre precaria, poco convincente, hasta desagradable: un velo que encubre precisamente la nada, el vacío. Puede decir las cosas más justas y más sublimes, pero sus palabras parecerán fuera de tono.

El elemento humano no debe pagar la cuenta del elemento sobrenatural. En caso contrario, se «venga» y las consecuencias serán desastrosas aun en el terreno espiritual.

En otras palabras: la gracia no se inserta en las ruinas de la naturaleza, ni el hombre religioso se construye sobre las ruinas del hombre a secas.

El que se hiciera la ilusión de fabricar un hombre cristiano prescindiendo de la base humana o minimizándola, o peor aún, saqueándola, se encontraría a corto plazo ante el mayor fracaso: no ha obtenido un cristiano y, en el camino, ha desaparecido el hombre. Nos encontramos entonces ante un ser amorfo, vacío de consistencia, lo mismo humana que auténticamente espiritual, bajo el signo de la ambigüedad, de la evanescencia, de la falsedad. Algo que ha sido definido hablando de religiosas, con una frase que suena con el chasquido de un latigazo: «caricatura de mujer vestida de monja»².

2. E. Christoph, *La vera donna nella vita religiosa*, Torino.

3. También los hombres tienen derecho a recibir el don de un ser vivo y entero, no un maniquí religioso.

Si falta el hombre, no podemos encontrar tampoco al cristiano.

Si falta la humanidad, se desvanece el instrumento, el nexo de unión con el resto.

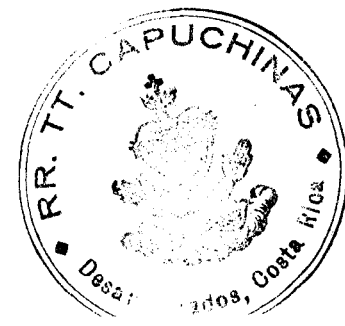
Un signo, para ser signo, no debe permanecer oculto. No debe desaparecer.

Ahora bien, es precisamente nuestra humanidad la que «significa» o señala una realidad superior, por la cual ella misma está penetrada y transfigurada.

La persona, lo humano es la primera y más legible revelación para los hermanos.

«Cuanto más santa es una mujer es más mujer» (L. Bloy). Para que en el mundo influya lo sobrenatural, influya la gracia, es necesario que influya lo humano.

En el mundo y en los conventos, naturalmente.



Una mujer completa ¿quién la encontrará?
Es mucho más valiosa que las perlas...
Se cife con fuerza sus lomos
y vigoriza sus brazos (Prov 31, 10, 17).

Un religioso me convence solamente si tiene espina dorsal.

Una espina dorsal reacia a doblegarse con las acostumbradas reverencias. Pero lo suficientemente firme para soportar con desenvoltura el peso de los contratiempos, las incompresiones, los diversos incidentes previsibles, y las dificultades de cualquier tipo.

Poseer una espina dorsal significa ser una persona fuerte. Y una persona fuerte quiere decir ante todo que no es un niño.

Tener espina dorsal quiere decir saber lo que se quiere y por qué.

Tener espina dorsal quiere decir asumir las propias responsabilidades. La responsabilidad de callar, cuando es el caso, de hablar, cuando sea necesario, y de actuar, cuando llega la hora.

Tener espina dorsal quiere decir ser capaz de guardar un secreto.

Quiere decir asumir un compromiso y mantenerlo hasta el fin, no para dejarlo a la mitad, apenas se presente un minúsculo obstáculo.

Darse cuenta de que una persona crece no solamente deglutiendo alimentos pasteurizados, sino también devorando bocados amargos.

Convencerse de que las contradicciones, las penas, la ingratitud de los demás, los reproches inmerecidos, el trabajo no apreciado, no son cosas excepcionales, sino que constituyen *lo normal* en la vida de cualquier ser humano sobre la tierra. Si le tocan a uno en suerte, no debe sentirse por ello un mártir.

Ser un hombre de carácter quiere decir que hay que demostrar concretamente que los proyectos se realizan con la voluntad tenaz y no con veleidades o con... suspiros.

Quiere también decir estar dispuesto a encajar los golpes más duros sin ir lloriqueando a todo el mundo, sin informar a todas las agencias para que difundan la noticia.

Quiere decir tener unas espaldas bastante anchas para aguantar no solamente los aplausos y aprobaciones, sino también las más duras repulsas.

Me encontré ayer con un santo varón. Vive ocupado todo el santo día en un trabajo ingrato, cansadísimo, que consume cantidad de energía y sobre todo de paciencia. Precisamente acababa de decirle una persona con la que derrocha cuidados y atenciones, un egoísta que no hace más que pasear por el mundo un «yo» inmenso, descarado e insoportable: «Usted no sabe siquiera lo que es la caridad».

Me ha hecho este comentario:

—¿Qué quiere? Hay que contar también con estas desagradables sorpresas. Es una medicina amarga, pero sirve para robustecerse.

¿Un héroe el que obra así?

No, sencillamente un varón fuerte, con una vigorosa espina dorsal.

Un cristiano, un religioso me convence en cuanto tal solamente si me convence como hombre.

Un cristiano me convence solamente si me convence de que posee una espina dorsal, gracias a la cual se mantiene derecho y recto.

«Un cirio encendido no puede sustituir a una espina dorsal» (L. Rosadoni).

Yo me siento tranquilo solamente cuando encuentro a un hombre fuerte. Porque sé que también el cristiano puede vivir tranquilo... en tal compañía.

Lo torcido no puede enderezarse (Eclo 1, 15).

El que anda sin tacha será salvo,
el que va oscilante entre dos caminos, caerá en uno de ellos (Prov 28, 18).

«El hijo de Dios ha venido a salvar al hombre que él ha creado, no a una larva o a una sombra.

Aquellos que se consideren cristianos deben preocuparse por realizarse también como hombres.

La caridad se vuelve hipocresía cuando faltan la lealtad y el espíritu de justicia.

Cualquier virtud cristiana apesta como el pescado podrido, si no se injerta en el tronco de las virtudes humanas» (L. Rosadoni).

Esto vale, naturalmente, no sólo para los cristianos, sino también para los religiosos.

Sin un crecimiento armónico de las virtudes sobrenaturales y las humanas, el religioso será siempre un *inmaduro*. Inmaduro también en la vertiente espiritual. Porque, si falta la inserción en un terreno humano adecuadamente preparado, toda construcción sobrenatural se queda como suspendida en el aire.

Es algo artificioso, precario. Una edificación postiza. Poco creíble. No hay que fiarse, porque se trata de un producto averiado.

Veamos, pues, algunas de estas virtudes humanas que impiden que las otras despidan mal olor.

Rectitud

Se ha advertido de manera un poco impertinente, que, «a veces son más apreciados los cuellos torcidos que las almas rectas». Es necesario reconocer honestamente que la observación da en el blanco.

Añado, por mi parte, que el cuello torcido, casi siempre, acompaña a un comportamiento... no recto.

De todos modos, es una piadosa ilusión pensar que, si nuestra actitud es poco recta en relación con el prójimo, puedan serlo nuestras relaciones con Dios en la oración.

Las líneas torcidas de nuestros pensamientos, palabras y conducta no se enderezan, como por encanto, cuando entran en contacto con Dios.

Pero ¿qué quiere decir una persona «recta»?

Para mí es alguien que va derechamente a su objetivo, sin desviarse con maniobras poco limpias.

Es una persona que, no teniendo nada que ocultar, está siempre en condiciones de «dar cuenta» a quien quiera que sea de sus propios actos. No guarda en su propia personalidad un «doble fondo», donde oculta las intenciones reales, en contradicción con las que declara.

Es una persona «segura», de la cual uno se puede fiar siempre. Porque en sus propósitos la injusticia no encuentra sitio en absoluto. Su balanza está siempre «contrastada», es objetivamente exacta, honesta.

En otras palabras: rectitud significa trasladarse de un punto al otro por el camino más corto, más recto, a pecho descubierto.

Cuando se tiene necesidad de esta persona se sabe dónde encontrarla. Está comprometida ciertamente a caminar por el trayecto derecho. Pasa ciertamente por el camino real, no a través de senderos misteriosos.

Y Dios se deja también encontrar gustosamente de una persona recta.

Sus citas e invitaciones tienen lugar solamente en el camino de la honradez.

Si tenemos necesidad, pues, de Dios, de su ayuda, no hay más que caminar siempre recto.

En cambio, cuando tenemos la presunción de «arreglarnos» con nuestros procedimientos más o menos pícaros, con nuestras maniobras mezquinas, y después resulta que nos encontramos en turbios conflictos o complicaciones, entonces es absurdo pretender encontrarlo a nuestra disposición.

Ni vale «torcer» el cuello para encontrarlo.

Con la bendición de los rectos, la ciudad se eleva; la boca de los malos la destruye (Prov 11, 11).

Si tu hermano te ofende, ve y házselo ver, a solas entre los dos. Si te hace caso, has ganado a tu hermano (Mt 18, 15).

La noticia es cierta. La existencia del «silbido que mata» ha sido confirmada por los sabios. La máquina que lo produce se encuentra en Marsella, en los laboratorios del «Centro nacional de investigaciones científicas».

Este «silbido» mortal puede alcanzar y matar a un hombre en un radio de ocho kilómetros (por ahora).

«Se trata —ha dicho el profesor John Connel— de uno de los ingenios más mortíferos que el hombre haya inventado nunca. He estado presente en algunos experimentos y he visto cobayos sacudidos por espasmos inimaginables, que, después de haber perdido totalmente el sentido del equilibrio, vomitaban los mismos órganos de su cuerpo, si no llegaban a morir por infarto de miocardio o por la explosión de las pequeñas arterias del cerebro».

Por consiguiente, se ha comprobado que el ruido mata de verdad y de un modo desgarrador.

Lo que desconcierta en este *asesino* es que se trata de un infrasonido. O sea, esta onda acústica homicida te llega a traición, es... silenciosísima, porque tiene una frecuencia (menos de 20 Hz) inferior a la sensible a la percepción del oído humano.

Existe, pues, un silbido que mata.

No ha sido descubierta hasta nuestros días. Pero existía y actuaba desde milenios.

Entre los hombres en general, y en las comunidades en particular, el arma que mata es el *infrasonido*. La palabra «no dicha». Quiero decir, la palabra que no llega al legítimo destinatario.

Se susurra, se habla, se critica asperamente, se pronuncian palabras ardientes. Pero siempre a las espaldas de la «víctima». La persona interesada es la única, la pobre, que no sabe nada nunca, porque la comunicación no llega hasta ella.

Le llegan solamente los «infrasonidos»: un clima gélido, hostilidad, desconfianza, indiferencia. Pero no la noticia clara, la acusación precisa.

Y precisamente éste es el silbido que mata.

Si eres una persona madura debes demostrarlo con tu lealtad.

Debes tener el valor de tus actos, ante todo.

Pero debes tener también el valor de tus propias palabras.

Si hay algo que no marcha, da la cara a la persona interesada. Habla abiertamente con ella. Aclara valerosamente hasta los asuntos más delicados.

No mates enviando mensajes silenciosos de odio, de resentimiento, de sospechas.

No te limites a «hacer que entiendan», a poner mal gesto, a mostrarte enfadado, ofendido u hostil.

No «te desahogues» con los que no tienen nada que ver. Expláyate con toda claridad solamente con la persona directamente interesada.

Procura tener presente en suma que el silbido del infrasonido mata dos veces. O sea, a la persona contra la cual se dirige, pero también a la persona que lo utiliza. Más que una muerte rápida, en tal caso, nos encontramos con una devastación lenta, pero inexorable de la personalidad. De cualquier manera, las víctimas son siempre dos: una a la llegada y otra a la partida.

Por eso, ten el valor de tus palabras.

Palabras claras, sencillas, aun las duras, no deben necesariamente matar ni siquiera herir. Deben simplemente apartar —alguna vez quizás dolorosamente, pero saludablemente— los obstáculos que impiden a dos personas el verse, el mirarse a los ojos. En suma, la palabra limpia el terreno de obstáculos.

«Felicidad es poder decir la verdad sin hacer llorar a nadie» (F. Fellini).

No exaspera, ni lleva cuentas del mal (1 Cor 13, 4-5)

En nuestro breve análisis de las virtudes humanas, después de la rectitud y la lealtad, señalamos el *equilibrio*.

Un señor, se dirige una mañana en compañía de un amigo a comprar un periódico.

Saluda muy efusivamente al vendedor. Este responde con un gruñido.

El comprador, como si nada hubiera oído, le pregunta por su salud, por la familia, por el trabajo. El dueño del quiosco, casi molesto, se limita a emitir secos monosílabos.

Al regresar, el amigo, un poco desconcertado, le pregunta:

—¿Te trata siempre tan mal?

—Por desgracia, sí. Todos los días lo mismo. Y ya hace cinco años que lo trato.

—¿Por qué entonces sigues mostrándote tan amable con él?

—No quiero que sea él el que decida cómo debo comportarme.

Me parece una respuesta que hay que meditar con atención.

El problema del equilibrio se encuentra entero aquí.

Una persona adulta, madura, debe ser siempre dueña de los propios actos y los propios gestos.

Y ser dueño de sí quiere decir:

1. El comportamiento de los demás no debería influir nunca en nuestro comportamiento ni siquiera condicionarlo.

En cambio, demasiadas veces, nuestras acciones, más que acciones son *re-acciones*, o sea, respuestas a las provocaciones que nos vienen de fuera.

Si uno se porta amablemente conmigo, también yo le trato lo mismo.

Si el superior me trata con una cierta frialdad, yo hago que baje inmediatamente al menos en veinte grados la temperatura de mi saludo.

Si alguien me sonríe, le respondo con rostro alegre.

Si me encuentro con una mirada dura, yo muestro un ceño que tira para atrás.

No, ser dueño de los propios actos significa, por el contrario, querer firmemente ser yo el que decida mi comportamiento y mis reacciones, partiendo de lo que soy, de lo que quiero ser, de lo que es justo, de lo que es bello, no mirando a lo que hacen los demás.

2. Para ser en verdad dueños de nuestros actos, no basta que decidamos nosotros libremente. Es necesario asegurar que sea la *parte superior* de nosotros mismos la que mande y ordene. Por consiguiente, no los instintos ni tampoco el humor.

En nuestra casa debe decidir la inteligencia y mandar la voluntad. No la parte emocional.

En este sentido, una persona equilibrada consigue estar serena, aun cuando, dentro, se agiten tumultuosamente diversidad de elementos de tormenta.

Aparece tranquila, afable, paciente, aun cuando sus nervios estén a punto de romperse por la excesiva tensión ¹.

En definitiva, ser equilibrados significa, analizando a fondo, permanecer fieles a sí mismo. Persentir un sí mismo siempre igual, y no sujeto a las... variaciones meteorológicas de los humores, de las lunas o de otras circunstancias marginales.

Alguno podría objetar: pero apareciendo distinto de como soy por dentro, me acostumbro a la hipocresía, no soy auténtico.

No debemos olvidar la responsabilidad que tenemos respecto a los demás. No nos pertenecemos. Estamos expropiados por utilidad pública.

1. A este propósito es necesario aclarar, con todo, que, en una comunidad, el trabajo, la distracción, el reposo, la distensión, los horarios deben asegurar y favorecer el equilibrio de los individuos. No basta proponerse que las personas sean «equilibradas». Es necesario garantizar las condiciones de vida para que puedan serlo de verdad.

Los otros tienen derecho a poder disponer, habitualmente, de lo mejor de nosotros mismos.

Un signo, para ser tal signo, debe permanecer siempre igual. Y estar presente siempre. Y ser siempre lo mismo.

Un signo variable, ocasional, no es ya un signo. Puede convertirse en engaño (aquí es donde se sitúa la mentira).

Sin olvidar, además, que si nos esforzamos por aparecer serenos aun cuando no lo estemos, este esfuerzo casi siempre logra eliminar la tempestad que se oculta en nuestro interior.

En determinadas circunstancias, obrar «como si» (como si tuviera paz, como si tuviera esperanza, alegría, etc.) quiere decir encontrarse en el buen camino para conseguir de verdad lo que nos falta.

Un hombre libre

Sábado

Hablad y actuad como quienes van a ser juzgados por una ley de hombres libres (Sant 2, 12)

¡Qué sorpresa cuando se encuentra a una persona libre!

Pero es una sorpresa no demasiado frecuente.

Es difícil encontrar a un hombre libre porque es difícil (aun cuando sea bello, como dice Kierkegaard) ser hombre. Y una persona lo es en cuanto que es libre.

A un hombre libre se le reconoce porque únicamente se dobla frente al querer de la propia conciencia.

«No es dueño más que el que gobierna la conciencia del otro» (F. Camon).

Por desgracia, muchos abandonan frecuentemente y con gusto en manos de otros el gobierno de la propia conciencia.

A un hombre libre se le reconoce porque no se preocupa de los juicios ajenos.

Sus actos y sus palabras no están condicionados por la aprobación de los demás.

Respetuoso con las opiniones de todos, ciertamente. Pero nunca esclavo de los juicios (o prejuicios) de los otros.

«Y ¿por qué motivo mi libertad va a tener por juez la conciencia de otro?» (1 Cor 10, 29).

Uno se da cuenta, en fin, de que un hombre es libre, porque es celosísimo guardián de la libertad... de los demás.

No defiende solamente la propia libertad.

Respetar y defender también la libertad de los hermanos.

Al verdadero amante de la libertad se le reconoce sobre todo porque «salta» y reacciona cuando está en juego la libertad ajena.

Libertad, es bueno recordarlo, «significa siempre libertad del que piensa de manera distinta» (Rosa de Luxemburgo).

Te dejo con un augurio. Lo tomo de un aforismo griego: «Libre de ser feliz y feliz de ser libre».

Carta abierta de un laico que cree y espera

Acepta, Señor, nuestros dones,
en los que se realiza un admirable intercambio,
para que, al ofrecerte lo que tú nos diste,
merezcamos recibirte a ti mismo.

*(Oración sobre las ofrendas del
vigésimo domingo del tiempo ordinario)*

Lo tenemos todo, pero nos falta el resto

Domingo

Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: sólo una es necesaria (Lc 10, 41).

Hermanos:

Es necesario que me presente primero. Soy un laico de los que llaman «comprometidos», una etiqueta, que en mi caso indica sencillamente que *me comprometo* a ser cristiano, y no sé si lo lograré algún día.

Me hacen sonreír, más que indignarme, ciertos personajes del mundo católico que alardean con jactanciosa seguridad: «yo soy un cristiano convencido», o también: «soy católico cien por cien». Dichosos ellos.

Por mi parte, estoy convencido solamente de que quizás no basta una vida entera para llegar a ser verdaderamente cristiano. A menos que se entienda por cristianismo la *horrible charlatanería* de que habla Kierkegaard.

No tengo títulos especiales para dirigirme a vosotros de manera pública. Lo hago solamente porque me ha invitado a ello el «aguafiestas» que es mi amigo el reverendo Sandro.

No soy un especialista o un perito en la materia. No he leído nunca un tratado teológico sobre la vida religiosa ni siquiera uno de los muchos libros repletos de problemas vuestros, de tantos como llenan nuestras librerías.

Sin embargo, con el simple título de miembro del pueblo de Dios, del que formo parte como vosotros —aunque con distin-

tas funciones — me decido a interpelaros en un clima de franqueza y de sencillez.

No esperéis cumplidos de mí. No sirvo para ello. El incensario, cuando era monaguillo, lo utilizaba gustosamente tan sólo para cometer toda suerte de travesuras y lanzar a la garganta y a los ojos de mi viejo párroco la mayor cantidad posible de humo, con peligro de asfixiarle.

Pero, no tengáis miedo, no me presento tampoco esgrimiendo amenazadoramente un *dossier* lleno de terribles acusaciones o implacables requisitorias. Conozco demasiado bien mi debilidad, todos los días compruebo por experiencia mis miserias, para considerarme con derecho a mostrarme despiadado frente a las inevitables debilidades de los demás.

Hablaremos de ello con calma, en estilo evangélico de caridad y comprensión, aunque también con sinceridad y sin falsos pudores.

En mi ambiente, las actitudes con relación a vosotros adoptan en síntesis dos tendencias.

Hay algunos que ya no esperan nada de vosotros, porque consideran que la vida religiosa es algo anacrónico y superado, por lo menos en sus formas tradicionales.

Y hay otros, por el contrario, que cargan sobre vuestros hombros muchas esperanzas y os atribuyen no ligeras responsabilidades.

Yo pertenezco a esta segunda categoría.

Por eso me hago portavoz de tantos hermanos en la fe que esperan y exigen algo de vosotros, de vuestro testimonio.

Trataré de expresar concretamente estas aspiraciones.

Me viene al recuerdo la frase *reveladora* que Cristo dirigió al joven rico: «Te falta una cosa».

Precisamente, también yo quiero rogaros que nos digáis, o mejor, que nos deis *lo que nos falta*.

Os ruego que pongáis atención en no decirnos lo que ya sabemos y no ofrecernos la mercancía que ya tenemos en abundancia nosotros.

Yo pienso que vuestro testimonio, en el mundo actual, deberá comenzar solamente después de un cuidadoso inventario de lo que hay en el almacén. Evaluando lo que ya tenemos, no correréis el riesgo de ofrecernos aquello que no necesitamos, y de dejarnos en cambio sin los géneros de los que desgraciadamente estamos escasos.

Me permito recordaros solamente algunos productos de los que hay superabundancia.

El mundo de hoy está lleno de eficacia, de rendimiento, de obras.

Colmadísimo de apariencias.

El tener ocupa inmensidad de almacenes.

El hacer no falta en verdad.

Como tampoco faltan las discusiones a todos los niveles, las charlas, las incoherencias, las infidelidades, las mentiras en toda una gran variedad, los arrivismos, los subterfugios, las maniobras más o menos limpias.

Por eso mismo os suplico ardientemente, aun cuando nos mostremos insaciables a este respecto, no atendáis nuestras reclamaciones. Negadnos, con firmeza, un suplemento, una añadidura de las demasiadas cosas que ya tenemos (y que nos «tienen» prisioneros).

No descendáis al plano del rendimiento, de la eficacia, del hacer, de las obras, del poseer.

Y no soñéis tampoco en hacer la competencia en cuanto a las cosas.

No tengáis miedo decepcionarnos en este campo. Ni escuchéis los gimoteos (retóricos e interesados) de algún trombón que, en nombre del bien, os utiliza para sus fines particularísimos.

Dadnos exclusivamente lo que nos falta.

Limitaos a ofrecernos aquello de lo que hay penuria en nuestra triste civilización de la opulencia.

Proveednos de aquel *suplemento del ser* del que nuestro extenuado «hacer» tiene necesidad.

Vuestra función profética en la iglesia me parece que consiste esencialmente en esto: *revelar y producir lo que le falta a gente que se cree poseerlo todo*. Denunciar los remiendos y los agujeros que tenemos en nuestros elegantísimos y riquísimos vestidos.

Alguien ha dicho: «el hombre actual lo tiene todo y nada más».

Debéis ser vosotros los que nos hagáis sentir la nostalgia de ese «algo más» —que es «lo más», lo esencial— de lo que, en nuestra inconsciencia y en nuestra embriaguez consumista, estamos pobres.

Convenceos de que somos ricos de todo. Y pobres... de lo demás.

De este «lo demás», ha de quedar claro, que debéis ocuparos vosotros. Pertenece a vuestra misión específica.

Pero, por amor de Dios, no aumentéis aquel «todo», del que ya estamos saturados.

Manteneos firmemente, valientemente, insistiendo en «lo demás».

De lo contrario, la saciedad y la correspondiente náusea os envolverá también a vosotros en sus efectos desagradables.

En otras palabras: esperamos que nos infundáis el gusto de algo distinto. No que añadáis más cosas a los platos ya colmadísimos de nuestras trágicas «comilonas».

La salvación no está en *añadir* algo, más cosas.

Sino en hacernos caer en la cuenta de... algo distinto.

(Continuación)

No os resignéis a convertirlos en un elemento del paisaje religioso

Lunes

¿Se puede saber qué es esa nueva doctrina que enseñáis? Porque estáis metiendo conceptos que nos suenan extraños y queremos saber qué significan (Hech 17, 19-20).

Hermanos:

He oído decir muchas veces que los religiosos deben ser el ala que arrastra a la iglesia, y no deben dejarse remolcar. Que la vida religiosa debe ir en vanguardia, y no quedarse agazapada en la retaguardia.

Muy bien. Por lo poco que yo he podido leer, me parece que algunos fundadores dieron violentos empujones al carro de la iglesia, y no siempre se atrajeron las bendiciones de los *responsables*, que, en cambio, amaban el balanceo tranquilizante de una plácida y solonienta marcha de simple desplazamiento, permitida y hecha posible gracias a algunas componendas y humillantes peajes, regularmente pagados.

Muchos fundadores han arrojado pesadas rocas en las aguas estancadas de la cristiandad, perturbando con el estrépito escandaloso el sueño de muchas «buenas conciencias».

Ahora bien, sería el colmo que sus hijos y herederos se dejaran alinear en la retaguardia e integrar en un sistema de falsas seguridades y de un orden que no es ciertamente el de las bienaventuranzas evangélicas, o de una prudencia demasiado humana.

Sería ciertamente escandaloso que los que están encargados de arrastrar a los otros se convirtieran en la parte frenante del convoy.

Creedme, hermanos, tengo miedo de que, a fuerza de hacer cálculos, consultar horarios, estudiar itinerarios y discutir programas de viaje, acabéis perdiendo el tren de la historia.

Tampoco vuestros fundadores subieron al tren de la historia, es más, ni siquiera tuvieron la preocupación por alcanzarlo afanosamente. Por la sencilla razón de que... se le adelantaron.

Ellos no iban al paso de los tiempos.

Obligaban a los tiempos a ir a su paso. Y era un paso que cortaba la respiración, os lo aseguro.

Ellos no se contentaban con estar presentes a la llamada de la historia.

Hacían la historia.

Moveos, pues, por caridad.

No os resignéis a convertirlos en un elemento estable, tranquilizador, del paisaje católico.

Habéis de ser personas humanas en movimiento.

Abrid caminos nuevos.

No os quedéis esperando órdenes de arriba. Desempeñad tareas de estímulo, y veréis algo maravilloso.

Inventad situaciones distintas de las acostumbradas.

Arriesgaos a soluciones valerosas.

No debéis ser como los encargados o guías que nos acompañan en las visitas a los museos para hacérselos admirar. Deseamos que seáis exploradores de tierras desconocidas hasta ahora.

Hacednos sentir el atractivo fascinante de la aventura y no nos decepcionéis con la tristeza y el aburrimiento de ciertos encuentros entre personas de bien.

La contaminación peor es la de las «cosas acostumbradas».

Hoy se usa mucho la palabra «disponibilidad».

Yo, en cambio, desearía pedirlos que seáis un poco menos disponibles. Quiero decir —entendedme bien— que hasta ahora sabemos todos demasiado bien dónde podemos encontrarlos.

¿No sería la ocasión, por fin, de que no os dejaréis encontrar fácilmente y que nos obligaseis a buscarlos... en otra parte, más allá, más adelante?

¿Será demasiado pedirlos disponibilidad para el riesgo, para la aventura, para las sorpresas, para lo insólito?

¿Es demasiado, es excesivo esperar de vosotros la disponibilidad para las anticipaciones?

Nuestra caravana no tiene necesidad de ser guardada y servida por guardias y policías.

Tiene necesidad de tener alguno más adelante.

Solamente así nos sentiremos más seguros.

Todos vosotros, pienso yo, tenéis miedo de estar retrasados respecto a vuestro tiempo.

Pues bien, id delante.

(Continuación)

La vida religiosa como señal de stop

Martes

Su paradero es la ruina, honran a Dios con el estómago y ponen su gloria en sus vergüenza, centrados como están en lo terreno (Flp 3, 19).

Hermanos:

De acuerdo, pues, en no perder el tren de la historia (la ley de la encarnación debería tener también hoy toda su validez, si no me equivoco).

Sin embargo, en este momento, me siento en la obligación de manifestaros otra exigencia, aparentemente opuesta: no os afanéis por correr demasiado, no persigáis todos los trenes desenfrenados por el ruido de la publicidad.

Lo paradójico de la vida religiosa —y la paradoja debería ser vuestro pan cotidiano— me parece que hay que colocarlo en estas dos exigencias, a primera vista contradictorias: anticiparse a los tiempos y presentarse como señal de parada.

Pensemos, hermanos, que el mundo corre, corre cada vez más de prisa. Velocidad de vértigo. Ritmos frenéticos en todos los campos.

La máquina del mundo, bajo el impulso del progreso, ha entrado en una pendiente vertiginosa.

Ahora bien, vosotros no debéis correr detrás del mundo, sino que tenéis la misión de detenerlo.

Yo veo la vida religiosa también como señal de stop, de escándalo. Como enorme e inquietante punto interrogante.

Tened el valor, hermanos, de detener al hombre de hoy y de decirle a la cara algunas cosas que, en su carrera atolondrada, ha olvidado.

Decidle que correr no quiere decir crecer.

Que el verdadero progreso no consiste en caminar más de prisa, sino en un desarrollo armónico de la persona.

Que las verdaderas empresas no son los vuelos espaciales, en particular cuando hay que pagarlos con vertiginosas caídas de alma.

Decidle que, con tanto correr, se ha hecho distraído y atolondrado. No piensa ya en sí mismo, en las propias exigencias profundas. No se da cuenta del otro y de la presencia de los otros.

Decidle que, a fuerza de correr, no puede ya pararse. Y por lo mismo no es ya capaz de conocerse y de re-conocerse. Incapaz de silencio, de maravilla, de apreciación y de oración.

En su furor consumista y eficientista, ha perdido los valores gratuitos, la contemplación y la adoración.

Decidle que, en su carrera desenfundada, ha dejado atrás el espíritu (alguien ha observado que el hombre de la civilización de la opulencia ha dejado morir el espíritu por una causa muy trivial: la indigestión). Por eso ha terminado por perderse a sí mismo, por extraviar la propia identidad. Se ha convertido en un ser disminuido. El instinto espiritual, demasiado tiempo reprimido, sofocado, provoca en él desequilibrios y aberraciones alucinantes.

Decidle que, a fuerza de proponerse metas indignas de él, ha perdido la alegría, a la que encuentra miserables sucedáneos en los placeres, en el alcohol, en la droga.

Decidle que el aumento de conocimientos es útil solamente si va unido con un progreso de la conciencia. Que el aumento de poder se hace peligroso, si no va acompañado de un aumento de cordura. Que el progreso técnico se convierte en clamoroso fracaso, si no encuentra una auténtica dimensión humana.

Decidle que la hipertrofia de los valores utilitarios (consumo, ganancia, placer, poder), con la consiguiente anulación de los otros valores, termina por empobrecer al hombre.

Decidle, finalmente, que, corriendo, ha perdido el sentido, el por qué, la dirección, y el significado de su carrera.

No sabemos adónde vamos, pero seguimos yendo igualmente, y cada vez más de prisa.

Recuerdo la escena de un film que quizás vosotros no hayáis visto: «La clase obrera va al paraíso». El protagonista, un joven obrero alienado por un trabajo deshumanizante, va a ver a un viejo compañero encerrado en un hospital psiquiátrico. De pronto le pregunta brutalmente:

—Dime, Sebastián, ¿qué hiciste para volverte loco?

El otro esboza una tímida sonrisa y luego explica, resignado:

—Mira, llegó un momento en que ya no podía más. Todos los días los mismos gestos, repetidos millares de veces. Me sentía yo mismo como una máquina también. Tenía que funcionar y nada más, sin saber por qué. Me vinieron ganas de agarrar por el cuello al ingeniero y gritarle: «Dime para qué sirven estos tornillos. Hace treinta años que hago tornillos, pero nunca me habéis explicado para qué diablos sirven, dónde van a parar. ¿Con estos malditos tornillos se construyen carretillas, aeroplanos o carros armados? Tenéis que decírmelo de una vez». Pero nada. Trabajar y se acabó. Producir y *nada* más. Sin preguntarse por qué. Por eso yo tenía metido en la cabeza aquel runrún que me atormentaba, que cada vez me entraba más hondo en el cerebro como una perforadora, y todavía hoy no me ha pasado. Todavía hoy agarraría por el cuello al ingeniero. Por eso me tienen encerrado aquí dentro. No hay nada más que esto. Pero yo quiero saber *por qué*, tengo derecho a ello, me lo tendrán que decir de todas maneras un día u otro.

Ciertamente, hermanos, todos nosotros somos un poco como Sebastián. Nos agitamos mucho, trabajamos. Estamos atrapados por un engranaje que nos tritura.

Al menos vosotros procurad deteneros. No os pongáis a correr también vosotros.

Para hacer, para correr, somos ya demasiado buenos nosotros. No nos imitéis en esto.

Decidnos más bien «porqué».

Dadnos el sentido de nuestro «hacer», de nuestro correr.

Además de ser una señal decisiva de stop, vuestra vida debe darnos indicaciones precisas sobre la dirección de nuestro camino.

Hoy la crisis más grave es la crisis de significación.

¿Queréis ayudarnos? ¿Consentís en que busquemos juntos?

(Continuación)

Miércoles

En esto conocerán que sois discípulos míos (Jn 13, 35).

Hermanos:

El signo se ha hecho para que sea reconocido.

Señal de movimiento o señal de stop, la vida religiosa debe hablar un lenguaje apto para ser entendido por aquellos a los que se dirige.

Para darse a entender no hay más que hablar la lengua del lugar.

¿No os ha sucedido nunca encontraros en aquel inmenso hormiguero que es la ciudad de Tokio, sin saber una palabra de japonés, sin poder descifrar un solo rótulo escrito en aquellos caracteres imposibles, y entretener durante más de una hora a un taxista al que no podréis dar a entender ni siquiera el nombre del hotel? A mí me ha sucedido una vez que me encontraba allá por motivos de trabajo y os aseguro que fue una experiencia tremenda.

Es, pues, una cuestión de lenguaje.

Es cuestión de «reconocimiento».

Me diréis: tenemos nuestro hábito y por él se nos distingue. El hábito que expresa nuestra pertenencia a Cristo, nuestra conversión, nuestra separación del mundo, nuestra pobreza. El hábito que manifiesta hasta nuestra pertenencia a un determinado instituto y que, con ello, subraya la variedad de las familias religiosas.

De acuerdo. Pero precisamente en ello puede ocultarse un gran peligro.

Quiero decir el peligro de la excesiva facilidad, de la evidencia gritada, proclamada.

Lo que es demasiado ruidoso puede resultar sospechoso. Sabe un poco —perdón— a propaganda.

Para mí resulta mucho más eficaz un signo discreto que me sugiere, me deja intuir una determinada realidad, mejor que un signo que me la impone por la fuerza, me la despliega al viento con excesiva evidencia, como con prepotencia.

Una señal demasiado manifiesta termina por no ser verdaderamente significativa.

Y además el hombre moderno mira con suspicacia los uniformes. Encuentra que subyace debajo un engaño. Tiene miedo de ser burlado. Teme que se le quiera dar por descontada una realidad que, por el contrario, hay que demostrar. Teme que se le quiera imponer apresuradamente un aspecto exterior que acaba por dispensar del esfuerzo de ser consecuentes interiormente.

En suma: que os esforzáis por «aparecer» sin preocuparos de «ser». Que tengáis prisa de hacer aceptar a ojos cerrados aquello que hay que comprobar con hechos concretos.

Cuidado, que con esto no quiero decir que tenga nada contra el hábito religioso.

Solamente pretendo ponerlos en guardia a fin de que no os fiéis con excesiva seguridad del mismo para hacerlos «reconocer». Si es verdad que el hábito *no hace* al monje, es también verdad que *tampoco lo hace reconocer* (al menos que uno se contente con exterioridades).

Entendámonos. Es un juego de niños subir a un tren o a un autobús, echar una mirada en torno, y decir con absoluta seguridad: «¡Hombre, una monja!» ¡Qué diablos! El vestido os denuncia inmediatamente, os impone a la general atención. Y todo acaba aquí.

En cambio, qué hermoso sería que no se os pudiera reconocer al primer golpe de vista, sino que se os descubriera de manera inesperada.

Acercarse a una persona, hablar con ella, observar su vida, notar algunas decisiones suyas, captar algunas actitudes que parecen paradójicas, sentir un cierto atractivo misterioso, y de pronto una sospecha que surge: «¿no será acaso una monja?».

Y también: quedar impresionado por un determinado tipo de relaciones, un cierto aire de familia, por un clima de espontaneidad, de comprensión y armonía: «Mira cómo se aman esas personas». Y *por este signo* —no por llevar el mismo hábito— entender que pertenecéis a la misma comunidad.

¿Me decís que soy ingenuo?

Bueno, pido perdón, he precisado desde el principio que no soy un entendido en problemas religiosos. Simplemente he manifestado una exigencia mía personal. Tomadla en lo que vale.

Quería decir: que vuestra diferencia respecto a nosotros hay que colocarla a un nivel interior, no en un plano externo.

Es cosa demasiado fácil el ser «diferentes» externamente.

Una diferencia demasiado exteriorizada acaba por no ser significativa, por no decir nada. No se pone ya atención en ella, uno se acostumbra. O, por lo menos, hay el riesgo de que algunos entiendan una cosa distinta de aquello que se quiere en realidad manifestar.

Por mi parte, repito, me gustaría poderos «reconocer» por los valores que me presentáis, por los ideales ennoblecedores que me sugerís, por el mensaje evangélico que ilumináis con vuestro testimonio, por el estilo de vuestra caridad.

Me gustaría poderos reconocer por el deseo de horizontes ilimitados, por la nostalgia de cosas grandes que suscitáis en mi interior.

Me gustaría poderos reconocer por el bacilo de insatisfacción, por el deseo de algo distinto y mejor que me transmitís... por contagio.

(Continuación)

Sin misterio no se entiende ya nada

Jueves

No acertando a explicárselo, se preguntaban atónitos:

—¿Qué quiere decir esto? (Hech 2, 12).

Hermanos:

Desearíamos, pues, reconocer por los valores que nos proponéis, por los ideales que nos sugerís, por los *sueños* que infundís en nuestro ánimo.

Todo esto es posible solamente si guardáis en vuestra vida una *zona de misterio*.

No os preocupéis por explicar detalladamente vuestra existencia.

No tenéis necesidad de justificaros excesivamente.

No debéis cultivar la obsesión de demostrar vuestra utilidad en la sociedad actual (¿y si vuestra utilidad consistiera precisamente en aparecer inútiles?).

No andéis preocupados por pedir salvoconducto de circulación a ciertos sabihondos y asépticos maestros (también a los de clergyman). Resistid la tentación de entrar en los esquemas preparados desde el exterior.

Tratad de *ser*. A los otros —con sus profesorcitos a la cabeza—, no les quedará más remedio que levantar acta, si son capaces de ello, de una realidad que se burla de sus doctas «instancias» y de sus complicadas clasificaciones.

No debéis pedir a nadie el permiso de vivir.

Somos nosotros, si acaso, los que estamos obligados a tener en cuenta vuestra vida. Y tanto mejor si salimos con los huesos rotos y la conciencia magullada.

Entrad libremente a perturbar nuestra circulación, a estropear nuestros trapicheos, a volver del revés nuestras cuentas.

Ya lo he dicho: más que explicaros, debéis ser un grande e inquietante punto de interrogación para todos nosotros.

La vida del mundo moderno se está haciendo cada vez más prosaica.

La realidad dice aquello que tiene que decir y nada más.

Cada cosa en su sitio, ordenada debidamente, etiquetadas cuidadosamente (la etiqueta de la propia utilidad).

Todo organizado, regulado «more geométrico». También el hombre resulta una cosa en medio de las cosas, engranaje de una máquina inmensa e implacable en sus exigencias funcionales y sofisticadoras. Domina una gigantesca *computadora* dentro de la cual son introducidas —como fichas perforadas, como números— también las personas. Sufrimos el imperialismo de una racionalidad que no tolera rebabas, programa hasta los sentimientos y ahoga la originalidad.

La funcionalidad mata el corazón.

La vida se empobrece trivializándose.

El misterio ha desaparecido, después de haber sido sospechoso por largo tiempo, burlado y desacralizado.

Por eso es necesario que vuestro testimonio constituya un reto valiente a la racionalidad, a la funcionalidad y a la aridez matemática del mundo moderno.

Devolved el misterio al centro de nuestra vida. De otro modo, la confusión resultará espantosa. Sin misterio, no entenderemos ya nada.

Más que de admiraros, tenemos necesidad de permanecer desconcertados, inseguros, perturbados por causa de vuestro testimonio.

Vuestra existencia, más que el signo de exclamación en la vida cristiana, debe ser el signo de interrogación que nos pone a todos en discusión.

Comenzaremos a entender algo decisivo cuando nos demos cuenta de que no conseguimos ya comprenderos del todo.

No nos hacen falta demostraciones.

Tenemos necesidad de inquietudes.

¿Lograréis superar las fronteras de una realidad que nos ahoga con sus despiadadas exigencias, y obligarla a decir algo que hasta ahora se ha guardado siempre dentro? ¿Obligaréis a la realidad a revelarnos aquellos secretos que ha ocultado siempre, también porque nosotros nos contentábamos con muy poca cosa y nos quedábamos en las apariencias?

¿Conseguiréis ofrecernos *una poética de la vida religiosa*, en este mundo que ha desahuciado el misterio y desterrado la poesía?

(Continuación)

Si en los conventos hace frío, el mundo tiritita

Viernes

Purificados ya internamente por la respuesta a la verdad, que lleva al cariño sincero por los hermanos, amaos unos a otros de corazón e intensamente.

Así, pues, despojados de toda maldad, de toda doblez, fingimiento, envidia y de toda maledicencia... (1 Pe 1, 22; 2, 1).

Hermanos:

A veces, en mi ambiente, corren ciertas historias más o menos simpáticas a cuenta vuestra. Mi mujer misma, que es como de familia en algunos conventos, y se ha convertido no sé cómo en la confidente de no pocas religiosas, intenta ponerme al corriente de algún episodio que se refiere a este campo: pequeñas rivalidades, celotipias mezquinas, chismes, aversiones, resentimientos, piques, incomprensiones, incidentes diversos. En suma, todo un muestrario de miserias a las que no son inmunes tampoco los monasterios.

Os confieso que estas historias no consiguen provocar mi curiosidad. No me interesa en absoluto conocerlas.

Y esto no porque no me interesen. Me interesan ciertamente, como interesan a todo el pueblo de Dios.

Pero el hecho es que no tengo necesidad de conocerlas. Las «siento» dentro de mí. Las sufro en mi carne. Me atacan como *virus* invisibles, pero reales y... activos.

Ciertas historias no necesito conocerlas. Sufro sus consecuencias.

Podría decir, parafraseando a Bernanos, que, si en vuestros conventos hace frío, yo tiritito y castañeteo los dientes.

Si entre vosotros se libran pequeñas guerras, quizás a alfilerazos, por necedades particularistas, yo me encuentro lleno de heridas.

Quiero decir que todo lo que sucede en el secreto de vuestras casas, tiene una repercusión... al aire libre; en el vasto campo de la iglesia y del mundo.

Por lo cual, vuestras discusiones, vuestras divisiones, vuestros altercados se hacen de dominio público, aun cuando permanezcan cuidadosamente secretos.

Cuando paso al lado de los altos muros que rodean vuestros edificios, no puedo dejar de sonreír. Me digo a mí mismo: levantadlos todavía más altos, todo lo que podáis, reforzadlos, multiplicad las rejas, retiraos de la vista, encerraos en vuestras clausuras. Todo será inútil. Lo que acontece ahí dentro, sale fuera y nos alcanza, quizás sin saberlo ni vosotros ni nosotros. Se hace «cosa pública».

Los resultados, buenos o malos, se advierten «fuera»; no hay duda.

El clima que domina en vuestros conventos tiene una influencia determinante en el clima del mundo.

Hasta una minúscula discusión que tenga lugar en vuestros ambientes «protegidos», en vuestras estancias guateadas, provoca destrozos en el exterior.

Nada queda circunscrito al perímetro de vuestros sagrados recintos. Todo explota, se propaga, se dilata, llega muy lejos.

El aire que respiramos nosotros los comunes mortales, depende también de vosotros.

Los pequeños episodios de vuestra crónica cotidiana influyen en la gran crónica, como leemos (y leéis, según espero) en los periódicos.

Vuestras pequeñas «historias» desembocan en la historia del mundo.

Las violencias, las discriminaciones, las injusticias, los racismos, las torturas, los escándalos, el odio, las prepotencias, no son simplemente feas y horribles cosas que se encuentran en el mundo. Pueden tener raíces también... en vuestros parajes, en territorio consagrado.

Por consiguiente, la atmósfera de fraternidad que existe entre vosotros contribuye a mejorar las relaciones entre los hombres.

Por el contrario, los desgarramientos, las divisiones y caprichos de vuestras comunidades no hacen más que agravar el general malestar.

Lo mismo en un caso que en otro, vosotros «intervénis» en todo lo que sucede en el mundo. Sois responsables.

No os hagáis la ilusión de estar y ser «separados». Entre vosotros y nosotros existen lazos invisibles, misteriosos, pero reales. Y cualquier cosa «pasa» a través de vuestros altos y espesos muros, se filtra por vuestras fuertes rejas.

Si en vuestros conventos se vive para cosas grandes, yo me siento bien y estoy dispuesto a afrontar las aventuras más excitantes.

Si, al contrario, os perdéis en «pequeñas historias», yo me encuentro mezquino, pequeñito. No me reconozco ya.

Cuando, en vez de crecer en el amor, os replegáis sobre objetivos triviales, os situáis en posiciones de componenda, os comprometéis en operaciones secundarias y os endurecéis en el juego de los particularismos y de los despechos, sabed que nosotros nos damos cuenta en seguida.

Y no dejaremos de pedirlos... la compensación de daños y perjuicios.

(Continuación)

No se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende un candil para meterlo debajo del perol, sino para ponerlo en el candelero y que alumbre a todos los de casa (Mt 5, 14-15).

Hermanos:

Una última cosa. Cuando pienso en vosotros, me parece que puedo identificaros como a «personas que llevan hasta el fondo las exigencias evangélicas». No sé si mi definición puede ser más o menos aceptada por los especialistas. Por lo demás, no importa contar con autorizados avales. Os veo así desde mi modesto observatorio privado, y me basta.

Pero me parece que algunos teólogos llaman a esto «radicalismo evangélico», y que sitúan precisamente en este «radicalismo» la especificidad de vuestra vocación respecto a las diferentes vocaciones dentro del pueblo de Dios.

Quiero precisar todavía que este «llegar hasta el fondo» no lo veo como clasificación vuestra exclusiva, una especie de coto de caza para almas privilegiadas que tienen una peculiar predisposición al heroísmo. Como si vosotros fuerais los «especialistas del último grado» del mensaje evangélico. Mientras que nosotros, pobrecitos, que padecemos vértigos, debiéramos contentarnos con arrastrar los groseros zapatones por la fangosa llanura de este mundo.

Ya sé que alguno de vosotros conserva todavía en la cabeza estos esquemas simplistas, según los cuales, los cristianos estarían divididos en dos categorías: primera y segunda clase.

Una tía mía monja me suelta, de cuando en cuando, la frase, «vosotros los seglares», lo cual incluye, si no el desprecio, ciertamente la clasificación, es decir, la condena a un escalón más bajo.

En resumidas cuentas, nosotros deberíamos contentarnos con hacer lo estrictamente necesario para salvarnos, mientras que vosotros voláis por un espacio mucho más elevado, noble y comprometido.

No, no logro realmente «digerir» esta división.

Para mí, vosotros sois personas que «me sirven de signo». Es decir, que me indican aquello que también yo —en mi situación concreta y con mis peculiares responsabilidades laicales— puedo y debo hacer.

No sois para mí como alpinistas que suben tan alto, que desaparecen a la vista de los comunes mortales. Sino más bien exploradores valerosos que se encargan de abrir un camino que yo también debo recorrer.

Me gusta que vosotros llevéis hasta las últimas consecuencias las exigencias de Cristo. Pero este hecho, lejos de llenarme solamente de estremecida admiración, me afecta de cerca, me interesa, se refiere a mí personalmente. También yo, efectivamente, debo intentar llegar hasta el fondo.

Y vosotros estáis ahí, deberíais estar ahí, precisamente para demostrar que ello es posible.

Por eso, os pido: no os quedéis a la mitad del camino, no os contentéis con cualquier cosa, rechazad las cosas a medias. De lo contrario, justificaríais mis cansancios, mis negativas, mis componendas, mis dimisiones.

Sed de verdad las personas de lo absoluto. Haced locuras. Realizad las empresas más imposibles. Dadlo todo.

Hay ya demasiada gente por el mundo que se contenta con poco, que abandona ordinariamente la tarea a medio camino, que procede con extrema cautela, que se limita a hacer lo ordinario de todos los días, que mide y calcula los propios esfuerzos, que no se expone demasiado, que no se las navega del todo mal.

Al menos vosotros demostradnos que, cuando uno se decide en serio a hacer algo serio, sólo tiene derecho a descansar... después de haberlo hecho. Que un camino, sobre todo si es difícil, se ha hecho para caminar por él, no para acampar. Que un compromiso se acepta para cumplirlo en su totalidad, cueste lo que cueste, y no para andar con pasteles y componendas a su costa. Que el mensaje de Cristo se nos ha comunicado para tomarlo en serio, y no para organizar sobre la cuestión charlas más o menos inteligentes.

Al menos vosotros demostradnos que el evangelio no es una burla, que el cristianismo es una cura radical.

Esto es todo lo que espero de vosotros.

No me digáis que soy exagerado. Ni siquiera que es «muy cómodo» para mí hablar de esta manera.

Tened presente que espero de vosotros ni más ni menos, la ilustración práctica de aquello que yo también estoy «llamado» a hacer.

Si he sido demasiado exigente con vosotros, sabed que ello resultará en perjuicio mío, sobre todo si respondéis a mis aspiraciones.

En suma, si sois lo que debéis ser, entonces, todo se acabó para mí. Y no será fácil, ciertamente.

Fraternalmente, en el común compromiso de «conversión»,

Angelo N.

La comunidad en diálogo, o sea la sorpresa de lo «diverso»

Inclina tu oído, Señor, escúchame,

(Antifona de entrada del
vigésimoprimer domingo del tiempo ordinario)

El que responde antes de escuchar se busca necesidad y confusión (Prov 18, 13).

Los psicólogos nos aseguran que una de las interacciones (literalmente, interacción igual a acción recíproca) fundamentales de carácter psico-social es dada por las actitudes de *expresividad* y *receptividad* innatas en cada persona.

Todo individuo, para sentirse realizado, tiene necesidad de poderse expresar y, al mismo tiempo, de poder recibir las aportaciones ajenas. La «comunicación» es dada precisamente por este «intercambio» entre palabra y escucha, que produce un enriquecimiento recíproco.

«En la interacción personal del hablar y del escuchar se produce un enriquecimiento de la personalidad, tanto de quien se expresa cuanto del que recibe esta expresión. La expresión tiene efectivamente un valor de autocomprensión, ya que en el proceso de ideación se formulan y se insertan una serie de valores y de interpretaciones que producen una dinámica de identificación de la misma persona.

Expresarse es encontrarse a sí mismo en los otros. De aquí la necesidad de un clima de relaciones personales en el que la expresión sea posible. Además, la expresión es el vínculo de la intercomunicación y, por eso mismo, representa el factor decisivo de cohesión en la comunidad»¹.

1. V. J. Sastre, *Psico-sociología de la comunidad religiosa en la realidad de la iglesia*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 23.

En pocas palabras, para expresarme, yo no debo tener en cuenta solamente a los demás, sino ante todo a mí mismo. «La expresión tiene un valor de autocomprensión» también porque, debiendo transmitirlos a los otros, yo debo ante todo aclararme a mí mismo ciertos contenidos, ciertos valores, o sea, me veo constreñido a colarme a mí mismo en lugar de ellos.

La segunda vertiente dialéctica de la expresión es la receptividad. El enriquecimiento y la autocomprensión de la persona se realiza igualmente en la acogida de la expresión de los otros.

La persona se comprende a sí misma comprendiendo a los otros. Se entiende entonces cómo la receptividad es otro valor fundamental que se debe encontrar en la comunidad. Por consiguiente, la capacidad de recibir el aporte de los valores personales que se comunican en la expresión del otro es una dimensión fundamental en el desarrollo de la persona y de la comunidad.

La dialéctica de la comunicación es importante precisamente para la cohesión de la comunidad. Wiener escribía en 1955: «Solamente la comunicación puede hacer a un grupo capaz de pensar, ver y operar unido» (V. J. Sastre, *o. c.*, 24).

El diálogo en una comunidad desempeña precisamente esta función indispensable de comunicación articulada en los dos sentidos de expresividad y receptividad o, si preferimos, más simplemente, de palabra y escucha.

Hecha esta presentación teórica del problema, descendamos inmediatamente al terreno práctico, señalando algunas sugerencias elementales.

1. Desconfía de aquellos que se limitan a hablar del diálogo, que hacen teoría sobre el diálogo. Un individuo es capaz de diálogo, no cuando habla brillantemente del tema, sino cuando lo practica realmente. Al hombre de diálogo se le ve *en acción*.

2. La virtud fundamental del diálogo es la humildad, que me hace reconocer que tengo necesidad de los otros. La humildad que es la verdad me propone esta verdad esencial: yo tengo necesidad de las ideas, de las experiencias, de los puntos de vista de los otros, de compararme con el que es distinto. Yo me enriquezco en cuanto me abro a la aportación de los otros.

3. Para dialogar no basta la boca. Se necesitan sobre todo los oídos. Se ha observado agudamente que «algunos tienen esta idea de la conversación: hablar consigo mismo en presencia de los otros».

Ahora bien, para dialogar, es necesario demostrar esencialmente una extraordinaria capacidad de escucha.

Aquel a quien, por el contrario, le gusta *escucharse*, se revela constitucionalmente inepto para el diálogo. He leído en un anuncio publicitario: «Has tenido demasiado tiempo la boca abierta. Por eso se te han cerrado las orejas».

Es inútil añadir que cuando se cierran los oídos, el resultado inevitable es el empobrecimiento.

Se levantó Balaam de madrugada, aparejó su asna y se fue con los jefes de Moab.

Cuando iba, se encendió la ira de Yahvé, y el ángel de Yahvé se puso en el camino para estorbarle. El montaba la burra y sus dos muchachos iban con él. La burra vió al ángel de Yahvé plantado en el camino, la espada desenvainada en la mano. La burra se apartó del camino y se fue a campo traviesa. Balaam pegó a la burra para hacerla volver al camino.

Entonces Yahvé abrió la boca de la burra que dijo a Balaam:

—¿Qué te he hecho yo para que tú me pegues con ésta ya tres veces? Respondió Balaam a la burra:

—Porque te has burlado de mí. Ojala tuviera una espada en la mano; ahora mismo te mataba.

Respondió la burra a Balaam:

—¿No soy yo tu burra y me has montado desde siempre hasta el día de hoy? ¿Acaso acostumbro a portarme así contigo?

Respondió él:

—No.

Entonces abrió Yahvé los ojos de Balaam que vio al ángel de Yahvé de pie en el camino, la espada desenvainada en la mano; y se inclinó y postró en tierra. El ángel de Yahvé le dijo:

—¿Por qué has pegado a tu burra con esta ya tres veces? He sido yo el que he salido a cerrarte el paso, porque delante de mí se tuerce el camino. La burra me ha visto y se ha apartado de mí tres veces. Gracias a que se ha desviado, porque si no, para ahora te habría matado y a ella la habría dejado con vida.

Dijo entonces Balaam al ángel de Yahvé:

—He pecado, pues no sabía que tú te habías puesto en mi camino (Núm 22, 21-34).

Sucede.

Sucede que la burra vea lo que el dueño fogoso no ve.

De manera que la burra es más inteligente que el «animal racional» que la monta.

De manera que el ángel del Señor da la razón a la burra y se la niega a Balaam.

Quizás convenga partir de este episodio bíblico para entender la actitud de humildad que requiere el diálogo y los riesgos y las sorpresas que el diálogo comporta.

Hay individuos que cuando invitan: «vamos a dialogar», en realidad piensan: «ven acá que te enseñe».

Su punto de partida es ya equivocado. Porque parten de su incurable «complejo de cátedra» o «complejo de maestro». El diálogo para ellos es un simple medio, es una astucia, quiero decir un truco, para enseñar a los otros. Antiguamente se subía a la cátedra y se hacía descender la lección desde aquella altura sin que nadie respirase. Hoy se ha puesto de moda esta «táctica» moderna y debemos adaptarnos. Pero la actitud de superioridad y presunción es siempre la misma.

Estos están convencidos de que el diálogo les resulta útil solamente en el caso de que consigan «amaestrar» a los otros, y hacerles aceptar las propias ideas, la propia indiscutida doctrina.

Si no pueden adoctrinar, el diálogo es un fracaso y «no se consigue nada».

No, el diálogo no es «ven, que te voy a enseñar», sino «ven, que aprendamos juntos».

Pero esto presupone la convicción de que todo interlocutor es un con-discípulo. Más aún, que puede enseñarnos bastante.

Cualquier persona puede enseñarnos algo.

Un célebre aforismo hebreo suena de este modo: «Con mis maestros he aprendido mucho, con mis colegas más, con mis discípulos muchísimo».

Y un proverbio italiano dice con crudo realismo: «El papa y un campesino, si se juntan, saben más que el papa solo».

Como se ve, dialogar significa aprender juntos. O, si se prefiere, *buscar juntos*.

«¿Tu verdad? No, la verdad.

Y ven conmigo a buscarla.

La tuya guárdatela» (A. Machado).

Cualquier herida, pero no herida del corazón (Eclo 25, 12).

El diálogo debe ser una búsqueda, no una batalla.

Preciso inmediatamente: con esto no quiero decir que el diálogo vaya a consistir en prometer el oro y el moro, en decir cosas sabidas, esconder las diferencias que puedan molestar a los otros, en suma, en hacerse cumplidos mutuamente o ponerse de acuerdo acerca de ideas respecto a las cuales todos están ya de acuerdo. No. Un verdadero diálogo implica siempre contrastes, tensiones, puntos de vista distintos. Y ¡ay! si no fuera así. Sin embargo, la confrontación abierta, y hasta ardorosa no debe desembocar en batalla o riña encrespada. La diferencia entre combate y búsqueda no hay que fijarla en la presencia o la ausencia de contrastes, sino en la actitud fundamental del diálogo.

Tratemos de presentar un pequeño esquema.

1. Diálogo como combate

Motivo inspirador: pretender el monopolio de la verdad e imponerla a los otros. La meta deseada es hacer que prevalezca el propio punto de vista, la propia mentalidad, las propias ideas. *Imponerse* es la palabra clave.

Requisitos de idoneidad: a) *Inteligencia.* Que se utiliza exclusivamente para convencer a los otros, vencerlos, sostener las propias tesis, humillar, nunca para comprender a fondo la posición

de los demás. b) *Ligereza y falta de honradez* al considerar o referir la opinión ajena. «He dicho una cosa, has entendido otra y has referido otra todavía distinta» (Rabino Israel Bal-Sem Tob).

Armas disponibles: la boca.

Táctica; juego partidista. O en este grupo o en el otro. O con nosotros o contra nosotros. No se intenta descubrir la validez de una idea, sino de averiguar su procedencia, establecer a qué partido se inclina quien la presenta (viejo, superior, joven, cabeza loca, etc.).

«Habla el rico, y todos se callan,
y exaltan su palabra hasta las nubes.

Dice estúpideces y le justifican.

Habla el pobre y dicen: ¿Quién es éste?» (Eclo 13, 22-23).

Manipulación de personas, ideas, libros y palabras.

Consecuencias: facciosidad, sectarismo, unilateralidad, prevenciones, piques, defensa apasionada de algo o de alguien (quién de alguno muy próximo, o sea, el propio yo), gregarismo, liderazgo, susceptibilidad.

Característica fundamental: agresividad.

Conclusión: ¿Quién ha vencido? ¿Quién ha prevalecido? ¿Qué hemos obtenido? Basta, algunas veces, la satisfacción de «haberle dicho cuatro verdades a alguien».

2. Diálogo como búsqueda

Motivo inspirador: Consciencia de una verdad que nos supera, que no se posee nunca de una vez para siempre, acerca de la cual todos pueden proporcionar indicaciones.

Por consiguiente, las palabras clave son: buscar juntos, intercambio, comunión.

Requisitos de idoneidad: a) *Inteligencia:* «como voluntad de participación y de acogida» (Onimus). Estar con... Vivir lo que los otros viven. Compenetrarse con su mundo, con su pensamiento, asimilarlo. b) *Honestidad:* hábito de referir exactamente el pensamiento ajeno.

Arma disponible: El oído.

Táctica: reconocer abiertamente la necesidad que se tiene del otro, de todos sin distinción ni discriminaciones o prejuicios.

Característica fundamental: carga interior, no agresividad.

Conclusión: insatisfacción, inseguridad, sentido de los propios límites, del camino todavía por recorrer, de una organización siempre provisional. Deseo de llegar más allá. Es la verdad la que nos impulsa a buscar siempre, no a vivir de rentas.

Y al final *se cuentan los muertos* y se hace el inventario de pérdidas.

Para haber vencido, se necesita haber matado la propia pre-sunción, las propias seguridades falsas, haber perdido la propia tranquilidad, los propios prejuicios.

Confirmación fundamental sobre todo: ¿amo todavía a estas personas, no obstante la diversidad de ideas? ¿Amo como antes y más que antes a aquel hermano que se ha atrevido a contra-decirme?

Es justo que quede con heridas, con brechas en el cerebro.

Lo malo sería si quedasen heridas en el corazón (acaso fomen-tando rencores, despechos, murmuraciones, resentimientos, de-seos de revancha).

Muchos oyen, pocos escuchan

Miércoles

No apaguéis el Espíritu, no tengáis en poco los mensajes inspirados; pero examinadlo todo, retened lo que haya de bueno (1 Tes 5, 19-22).

«El que no sabe dialogar es un fanático: ni se conoce a sí mismo ni conoce a los otros. Quien no ha sido nunca contradicho, aunque fuera el mismo rey, permanecerá siempre siendo un hombre sin educación, un inculto, un impuro, incapaz de auténtico conocimiento» (Platón).

En el diálogo, lo hemos subrayado ya, hay una precisa *responsabilidad de escuchar* por parte de todos. Lo cual, indudablemente, implica una *capacidad de escucha*.

De hecho «escuchar no es sinónimo de estar callado. Significa, en cambio, participar activamente en aquello que se escucha. Y no es fácil»¹.

Una escucha correcta comporta un doble análisis:

— del *sentido literal* de los términos empleados por quien habla;

— de la *intención de fondo*, del espíritu, del propósito que mueve al orador a hablar. Y para ello no basta ya un discreto conocimiento lingüístico. Se necesitan dotes de intuición, de introspección psicológica, de participación humana.

«El auditorio en general *oye*, en el sentido físico del término, pero difícilmente *escucha*, y más difícilmente todavía *comprende*»

1. A. Conquet, *Saper ascoltare*, Torino. Todo el capítulo sigue casi a la letra las ideas de este precioso volumen.

(A. Conquet). A esta amarga conclusión se ha llegado, por ejemplo, en los Estados Unidos, como resultado de investigaciones realizadas sobre el «rendimiento» de los discursos. Después de los «tests» verificados entre los oyentes, se ha podido comprobar que solamente el 25 por ciento de los mismos *comprende* el significado de un discurso.

Se pueden dar algunas normas prácticas para la escucha.

1. Adoptar una *actitud activa*. No hay que limitarse a ser como un muro sobre el que rebota el sonido. Hace falta una actitud interior de curiosidad, de disponibilidad, de participación viva, abierta, cordial.

2. *Mirar a la cara a quien habla*. A la actitud interior de participación debe corresponder una actitud exterior, que es la expresión de aquella particular tensión interna.

3. Ser *objetivos en la escucha*. Resulta indispensable por lo mismo sintonizar con la longitud de onda de quien habla. «Cuando se escucha, se escucha siempre a *alguien*; una persona única en su ser y en su modo de pensar. Su mensaje no es idéntico al de ningún otro. Y vosotros sois *diferentes* de él, inevitablemente. Por eso no os apresuréis a juzgar lo que él dice a la luz de *vuestro* pensamiento, sino esforzaos por interpretar, por comprender exactamente lo que *él* quiere decir a la luz de *su* pensamiento. Sin este esfuerzo, no existe objetividad, ni comprensión, ni escucha» (A. Conquet).

4. Identificar y *seguir las ideas principales* o el pensamiento central del discurso.

5. *Reaccionar críticamente*, o sea, cotejar las tesis mantenidas por quien habla con las propias convicciones. Pero es necesario *saber distinguir los hechos de las opiniones*. Y, respecto a las opiniones, poner atención en no transformarlas apresuradamente en juicios tajantes, sin la motivación adecuada y la conveniente documentación.

6. Al final, *recapitular*, sintetizar, deducir las conclusiones.

Un experimento útil, a propósito del diálogo, para «formar» a todos en la escucha, puede ser el «juego de la respuesta en círculo», propuesto por el profesor americano Carl R. Rogers.

Se trata de lo siguiente. Si una discusión está adoptando un tono demasiado vivo, se nombra un moderador del debate, que concederá la palabra por turno a los presentes *durante un tiempo que se fija* y habrá de respetarse rigurosamente. Cuando llega su turno, Feliciano expone su punto de vista. Después le tocará a Justino, después a Florián, a Benedicto, a Fortunato, a Jacinto, a Mario. Pero Justino no podrá exponer su propio pensamiento antes de haber resumido sintéticamente el punto de vista expresado por Feliciano. Y lo mismo hará Florián respecto a lo que diga Justino. Y así sucesivamente.

De este modo todos los participantes están *obligados* a escuchar de veras la intervención de los otros (mientras que, por el contrario, muy frecuentemente, se espera solamente el propio turno, preocupados exclusivamente de lo que uno ha de decir); y se ven obligados a frenar el propio ímpetu polémico para comprender a fondo lo que el otro dice.

Todo intento de deformar el pensamiento de quien ha hablado primero, minimizando algunos aspectos y subrayando demasiado otros, es inmediatamente denunciado y rectificado por el interesado. No solamente esto, sino que, como la regla del juego obliga a cada cual a hablar solamente cuando le llega el turno, el peligro de choques personales bajo el impulso de la pasión queda muy disminuido.

Por mi parte, deseo solamente sugerir una reflexión que puede resultar muy saludable.

Probemos a pensar cuanto tiempo dedicamos, cuando escuchamos una idea o una propuesta contraria a las nuestras, a encontrar los argumentos con qué refutar tal opinión, demostrar que es falsa, inactual o inoportuna (Tengamos presente que nuestra capacidad de diálogo se verifica ante todo acerca de lo *diferente*). Y cuánto tiempo, en cambio, empleamos para descubrir en las palabras ajenas al menos una parte, un fragmento de verdad o de utilidad.

¿No es verdad que, con frecuencia, agotamos todo nuestro tiempo y nuestras energías en el esfuerzo por contradecir, no dejando ni siquiera un pequeño margen para tratar de entender y de acoger?

Nos empeñamos en seguida, con una especie de sacro furor, en demostrar que fulano de tal se equivoca. Y no tenemos la honradez de explorar primero por si acaso tuviera algo de razón.

Probemos, en consecuencia, a controlar nuestra real capacidad de escucha.

Démonos cuenta de que precisamente la escucha es uno de los signos más evidentes de respeto al otro. Es, en definitiva, una forma muy importante de caridad.

Sin verdadera y profunda capacidad de escucha, nos quedamos en «subdesarrollados». Y no sólo intelectualmente.

Nada se resuelve ocultando la suciedad bajo la alfombra

Jueves

Enseñaos y aconsejaos unos a otros lo mejor que sepáis... Y cualquier actividad vuestra, de palabra o de obra, hacedla en honor del Señor Jesús (Col 3, 16-17).

Todavía algunas reflexiones sobre el diálogo en el interior de la comunidad religiosa.

1. Todos deben tener la posibilidad de expresarse. Y consiguientemente todos han de responsabilizarse en este sentido. Es necesario, por ello, que algunos —los acostumbrados a desempeñar la parte del león— se vean coartados en sus pretensiones de protagonistas absolutos, para que se conceda tiempo y espacio a los demás miembros de la comunidad sin excluir a ninguno.

Para otros, acaso, será necesaria la labor opuesta de aliento y estímulo. En especial, si se trata de individuos tímidos, inseguros, con «complejos de inseguridad» más o menos justificados, por razón de cultura, de insuficiente preparación intelectual o de precedentes «escarmientos». Para ello es importante el empeño de los demás, de tal manera que estos más «débiles» se puedan encontrar cómodos, y también los que tienden a quedarse al margen. Hay que ponerlos en condiciones de expresarse con la mayor espontaneidad, y de sentirse seguros del respeto de todos.

Puede haber finalmente alguno que no participa activamente en el diálogo por cálculo o por razones oportunistas. Tiene miedo de exponerse, de comprometerse... hace el pillo, permaneciendo

en una actitud cauta, pasiva, de suficiencia, o acaso reserva de ordinario sus preciosas intervenciones para... después, en los pasillos, en los rincones ocultos, en los círculos cerrados, para murmurar, charlar, gesticular su propia disensión, refunfuñar su desacuerdo, poner los puntos sobre las íes, esclarecer (siempre en la oscuridad, sin embargo), hacer presente (pero cuando muchos están ausentes), desahogarse (delante de pocos íntimos, no obstante) discutir (pero en voz baja).

Estos deben de convencerse de que su comportamiento está más próximo de la cobardía que de la prudencia. Más cerca del hurto que de la caridad. Obrando así privan a la comunidad de su aportación concreta y leal.

El daño, por lo demás, se vuelve sobre su propia personalidad, que queda deteriorada por este estilo «catacumbal» (en el peor sentido del término). De hecho el rechazo de la cooperación —también en el diálogo— se traduce en un estado de insatisfacción que engendra el aumento peligroso y creciente de la agresividad.

2. Deben, pues, hablar todos. Pero no basta. Hay que garantizar también la posibilidad de decirlo todo, o sea, de expresar hasta el fondo el propio pensamiento, en edición original e íntegra.

Hay que manifestar el pensamiento tal como es, no como agradaría a algunos.

«Muy frecuentemente la capacidad de expresión se encuentra bloqueada por situaciones nacidas de diferencias de mentalidad. Hay temas de los que no se puede hablar, actitudes que no se pueden manifestar. Todo se interpreta a través de *clichés*. El mismo lenguaje pierde sentido porque se entiende no lo que se dice, sino lo que *se quiere decir*» (V. J. Sastre).

O hay una comunicación seria, honesta, o todo resulta una ficción. Y se termina perdiendo tiempo y alentando las hipocresías más socorridas.

No es lícito echar fuera palabras y «retirar» cuidadosamente el propio verdadero pensamiento. No es honesto «desenvainar» las frases y enfundar cuidadosamente la propia persona.

En el diálogo hay que garantizar el derecho-deber de expresarse a sí mismo hasta el fondo, no solamente una parte.

O se expresa uno totalmente o se hace academia estéril.

Con esta finalidad se deben poder afrontar también los argumentos «incómodos». Con sencillez y claridad. En un clima de fraternidad y de lealtad. Sin dureza, pero también sin acrobacias dialécticas. Sin malicia, pero también sin falsos pudores.

Tengamos presente que nada resuelve ocultar la suciedad debajo de las alfombras.

3. Algún responsable, después de más o menos tentativas no logradas, desearía eliminar el diálogo en su comunidad.

«Se termina siempre con discusiones y litigios. Hay ofensas mutuas. Se falta a la caridad. No se saca nada en conclusión. Todavía no estamos maduros».

Yo, modestamente, pienso que para que una cosa o una persona madure, no es el mejor modo arrancar la planta.

Si el motor chisporrotea, y el coche da bandazos, no me parece que la mejor solución sea eliminar el vehículo y caminar a pie.

No, el instrumento hay que *revisarlo* y *ajustarlo*, por medio de numerosas y pacientes pruebas, no dejando de usarlo.

Los inconvenientes hay que comprobarlos, identificarlos, clarificarlos, denunciarlos y corregirlos finalmente mediante repetidas pruebas. Se experimenta, una y otra vez, hasta que el inconveniente desaparezca y todo funcione correctamente.

Es necesario acostumbrarse al diálogo, familiarizarse con él. Y esto requiere tiempo y buena voluntad.

El diálogo no se improvisa. Tampoco funciona sin tropiezos. Se requiere una aplicación asidua, obstinada, no tímidas tentativas, abandonadas apenas se perfila en el horizonte la tempestad.

En cuanto al «no se saca nada en conclusión», esta valoración me parece superficial e injusta.

No es que el diálogo deba llevar siempre a conclusiones prácticas, a resultados brillantes.

Hay un intercambio, una circulación de ideas, un empeño común, un esfuerzo de conocimiento recíproco, una búsqueda sincera de la verdad. Y ya esto no es poco, independientemente de los resultados.

Y además Cristo ha asegurado: «Donde están dos o tres reunidos apelando a mí, allí en medio de ellos estoy yo» (Mt 18, 20). Esto vale, me parece, no solamente para la oración. Cuando algunas personas se juntan, no para dominar, para brillar, para imponerse, para afirmar el propio yo, sino *para buscar la verdad en su nombre* (en el nombre de aquel que es la verdad) hace ya real la presencia del Señor.

¿No es este el resultado más decisivo?

He leído en alguna parte esta parábola. La verdad es como una estupenda vidriera (una de esas vidrieras policromas que se admiran en las catedrales góticas). Un mal día la vidriera se ha

caído, se ha hecho pedazos, literalmente ha quedado reducida a polvo.

Cada uno de nosotros se inclina y recoge afanosamente un pedacito de cristal. El propio fragmento de verdad. ¿Y qué hace? Se sirve de él como de un arma. Lo clava en los ojos del vecino («Tengo yo razón»).

Hay que hacer algo mejor, por el contrario. Reconocer que nuestro fragmento no es la verdad. Yo, hermano, tengo necesidad de tu pedazo, lo mismo que tú tienes necesidad del mío. Pongámoslos juntos. Pidamos la ayuda de todos. Cada uno debe aportar el propio pedazo. Gracias a un trabajo paciente volveremos a componer la vidriera.

Inclinémonos, pues, y unamos los diversos fragmentos. Solamente cuando todos hayan puesto su parte, la vidriera será recompuesta y a través de ella volverá a lucir el sol.

El diálogo, pensándolo bien, no es más que esta fatigosa y gozosa tarea «en común».

Estoy seguro solamente de aquello
que no he encontrado todavía

Viernes

Yo amo a los que me aman
y los que me buscan me encontrarán (Prov 8, 17).

Respetar las ideas del otro. Especialmente si no son parientes de las tuyas, si no pertenecen a la misma familia de las elaboradas por tu cerebro. Sobre todo si resultan desconocidas.

Que dos ideas semejantes, cuando sucede el encuentro, se reconozcan, se hagan cumplidos y simpaticen inmediatamente, es más que natural.

Pero que dos ideas opuestas, al encontrarse, en vez de ignorarse, se esfuercen por conocerse mejor, en vez de intercambiar puñetazos, se cambien atenciones y delicadezas, en vez de insultarse, se respeten, es un milagro. El milagro de la inteligencia.

Una persona inteligente se conoce por la hospitalidad señorial que ofrece a las ideas extrañas, diferentes, contrarias que vienen a llamar a su puerta. No las trata como intrusas, tampoco las humilla obligándolas a una inacabable antecámara —quizás en un oscuro cuchitril—, o tal vez las dedica una molesta y apresurada atención. Sino que las considera al menos «a la par». Las tiene en cuenta. Les da permiso para hurgar en todos los rincones, para explorar en todos los escondrijos, para poner en discusión las propias, cómodas y precedentes clasificaciones.

Una persona inteligente se distingue no por el apego a sus propias opiniones, sino por la atención que presta a las de los otros.

Conozco a un enanito intelectual (arrancado ¡ay de mí! a un trabajo manual hacia el que tenía una irresistible inclinación) que divide a las personas en dos categorías: las *inteligentes*, las que comparten sus ideas (o, más frecuentemente, sus no-ideas); y las *deficientes* o *aniñadas*, que tienen la imperdonable temeridad de pensar de distinta manera.

Lo grotesco de la situación es que los más avisados se sienten honrados de pertenecer a la categoría de los «deficientes». Si el enanito intelectual no los clasificara como deficientes, tendrían miedo de serlo de verdad.

Pon atención, pues, en no utilizar tus ideas como metro para medir la inteligencia ajena.

Procura, más bien, medir tu inteligencia por la capacidad de sostener una comparación abierta, honesta, seria y respetuosa con las ideas «diferentes».

Una persona que trata a patadas o maltrata de cualquier manera el pensamiento «ajeno» que viene a estorbar la perezosa tranquilidad de su casa, a perturbar sus desmadradas costumbres mentales, a destapar la olla de sus seguridades, se engaña pensando que es el dueño que defiende sus propias «posesiones». En realidad es un pobre, un pordiosero que defiende la propia miseria. Y no se da cuenta de que arroja de su casa a eventuales bienhechores.

La verdad no tolera cerraduras, cerrojos y cláusuras herméticas. La verdad puede habitar también en nuestra casa. Pero quiere ventanas y puertas abiertas de par en par, en todo momento.

Ama los encuentros.

Le agrada lo imprevisto.

Se familiariza con el extraño.

Y si nosotros «cerramos» para protegerla, ella se queda ya libre fuera.

Y si nos peleamos por defenderla, ella mira desde lejos divertida. El asunto no le concierne.

Aquello es un choque de egoísmos, una riña de debilidades, una pelea de miedos, una batalla de pobreza.

La verdad no se entrega al más fuerte, al que sale victorioso de aquella riña. Sino solamente a quien la busca incesantemente, pidiendo continua y pacientemente informaciones.

Adelante, pues. Procura ser tan inteligente que dudes de tu inteligencia.

Procura estar seguro solamente de aquello que no has encontrado todavía.

Para cambiar ideas es necesario tenerlas

Sábado

El Señor mismo creó la sabiduría,
la vio y la contó
y la derramó sobre todas sus obras,
en toda carne conforme a su largueza,
y se la dispensó a los que le aman (Eclo 1, 9-10).

No hay que tener miedo de cambiar de ideas respecto a algún tema determinado.

Las ideas están para ser profundizadas, defendidas, conservadas, pero también... abandonadas, en el caso de que se presenten otras mejores, «recomendadas» por válidas razones que las apoyen.

Si alguno cambia de opinión o de ideas, no me escandalizo. Quiere decir simplemente que está acostumbrado a pensar.

Lo importante es conservar la capacidad de reflexión, no conservar las opiniones adquiridas.

Lo esencial es mantener en funcionamiento el juicio crítico, no mantener en vida, acaso con ayuda de la respiración artificial del fanatismo y de la intolerancia ideísta, asmáticas y tísicas.

La mayor incoherencia no es la del que cambia de ideas, sino la del que no cambia nunca solamente porque se encuentra bien, tranquilo, protegido, cómodo, resguardado al calor de una mentalidad que no quiere poner en discusión porque sería muy incómodo.

Para cambiar de ideas, es necesario tener ideas.

Mucha gente no cambia nunca porque carece de ideas. Y entonces se aferra a su miserable puñado de lugares comunes, prejuicios y formulitas y lo defiende con uñas y dientes y ¡ay! de quien lo toca.

¿No has notado nunca que los más empedernidos defensores de las propias ideas son aquellos que no las tienen?

Una persona inteligente, acostumbrada a pensar, a razonar, es siempre abierta, tolerante y está dispuesto a aprender, a modificar el propio juicio.

Solamente los pobres de ideas (que no hay que confundir naturalmente con los «pobres de espíritu» de las bienaventuranzas evangélicas) se muestran testarudos, intolerantes, agresivos, incapaces de movimiento intelectual.

El fanatismo es siempre fruto de un estado de miseria intelectual, que conduce a la exasperación y a la violencia.

La magnanimidad, en cambio, es signo de riqueza interior.

Hay que prestar atención al caso, porque la esclerosis más peligrosa es la de las ideas.

Uno se hace viejo en el mismo momento en que los canales mentales pierden elasticidad y tienden a «cerrarse».

Cuando las ideas son un capital que hay que conservar, y no ponerlo en libre circulación por la vida, estamos desahuciados.

Semejamos al avaro que acumula tesoros y los guarda celosamente y los defiende con suspicacia, en vez de utilizarlos para vivir.

El conservador-avaro es un triste individuo que reúne y colecciona.

Y en realidad no se trata de reunir, sino de asimilar. Es necesario, por consiguiente, eliminar, deshacerse de cosas, profundizar, comparar, ponerse en discusión, verificar, experimentar, aprender, modificar.

Hay un recambio de las ideas, tan importante como el de las células. Para que el organismo esté vivo, demuestre deseos de vivir y no propenda a la vocación de momia, colocada antes de tiempo en el sarcófago del propio y complaciente inmovilismo.

Observa que, para las ideas, el peor pecado es el de la costumbre. Se siente uno a gusto con las propias opiniones, no porque está convencido, sino porque está habituado a ellas.

Uno se aficiona a ellas, se habitúa, se siente cómodo con las propias ideas y está en peligro de ahogarlas a fuerza de caricias.

Y atrancamos la puerta para que nadie nos las robe o para que no entren otras intrusas a traer confusión.

Tú, en cambio, abre de par en par puertas y ventanas. Procura aire y espacio a tus ideas. No las mantengas aisladas. Oblígalas

a la compañía, a la ruda experiencia de las amigas y, sobre todo, de las enemigas. Obra de modo que pasen la mayor parte del tiempo con las otras. Que no formen capillita, grupo cerrado, gueto. A fuerza de vivir solamente con las semejantes, las ideas se hacen sectarias (y esto es una gran maldición).

Tiene que haber en este campo, una especie de lucha por la supervivencia. Al aire libre, en contacto con los problemas reales, en el choque con las realidades concretas, en el roce con la diversidad, en la comparación con *lo distinto*, las ideas más robustas resisten y son en definitiva las que te ayudan a vivir. Las otras, las frágiles, las que tienen necesidad de protección, es mejor perderlas si no quieres perder el camino. Son solamente lastre que retrasa tu marcha y te obliga a faltar a todas las citas, con Dios y con el tiempo.

Hay algo peor que traicionar el propio pensamiento. Y es obligarlo a estar encerrado, en la prisión de los prejuicios.

La peor traición no es la de cambiar de modo de pensar, sino la de dejar enmohecer el pensamiento.

Recuerda que tus ideas deben ser alimentadas continuamente con fuertes dosis de novedad, de diversidad y de reflexión. Solamente así serán verdaderamente «tuyas». Crecerán fuertes, sanas y estarán en condiciones de defenderse al sol.

En este campo la defensa más segura contra los ladrones es la acogida.

Mantén puertas y ventanas de tu mente abiertas de par en par. Las ganancias compensarán abundantemente las pérdidas.

Alguien ha dicho: antes de cerrar una puerta ten cuidado, porque probablemente las cosas que dejas fuera son muchas más en número y más bellas e importantes que aquellas que te haces la ilusión de guardar dentro.

Vigesimalsegunda semana

La comunidad que ora

Ten piedad de mí, Señor,
que a ti te estoy llamando todo el día

*(Antifona de entrada del
vigesimalsegundo domingo
del tiempo ordinario)*

¿Cuál es la verdadera oración?

Domingo

Eran constantes... en las oraciones (Hech 2, 42).

Entre los muchos falsos dilemas que dominan la problemática actual, uno de los más repetidos es ciertamente el que concierne a la oración: ¿oración personal u oración comunitaria?

Según algunos, la única oración auténtica sería la personal: de tú a tú con el Señor, la cabeza entre las manos, con la posibilidad de expresarte espontáneamente, libre de todos los esquemas prefabricados.

Según otros, en cambio, se ora solamente si se «dicen las oraciones», si se hacen «prácticas» comunes, si se recitan determinadas fórmulas.

Los primeros hacen coincidir necesariamente la «interioridad» con la oración privada.

Los otros identifican la oración con decir «determinadas cosas», a tiempo fijo y de la manera establecida.

Los unos acusan a la oración comunitaria de formalismo, mecanicismo y extrinsecismo. Y es necesario confesar que existe también este peligro. «El orar no es ya una atención a Dios, sino una tasa que hay que pagar a plazo fijo». Además: «Cuando la oración está dictada a plazos, todo marcha bien si uno se encuentra en casa, y la jornada se desarrolla normalmente. Pero cuando se va de viaje... Si falta una verdadera relación con Dios, un viaje, una permanencia fuera del propio ambiente muestran inevitablemente la ausencia prácticas del diálogo con Dios. Dios está ausente de la vida»¹.

1. A. Levi, *Missione a Ninive*, Torino, 86-87.

Los otros, por el contrario, acusan a la oración personal de intimismo, sentimentalismo y dulzonería. Y ciertamente hay que estar en guardia contra estos riesgos. Como es necesario combatir también contra el peligro de confundir la exigencia de la oración con el «deseo», su fruto con los consuelos sensibles que se experimentan. Por lo cual, si en el primer caso se puede cometer el error de orar solamente en tiempos fijos, en el segundo se cae en el error contrario de orar exclusivamente «cuando uno tiene ganas».

De todos modos, la oposición tal como viene presentada está absolutamente fuera de lugar.

La cuestión, de hecho, habría que llevarla a otro terreno: el de las relaciones entre persona y comunidad.

Los términos de la tensión no son tanto interioridad y exterioridad (éste es un falso dilema) como, más bien: persona y comunidad.

En este caso se descubriría —como hemos observado ya más veces— que la persona tiene necesidad de un espacio de silencio, de soledad, de cara a cara consigo mismo y con Dios, para poder abrirse a los otros, establecer relaciones con los otros, entrar en comunión con los otros.

La soledad reclama la comunión. Y la comunión tiene necesidad de la soledad. Hay un «poseerse», un «encontrarse» que suponen la base indispensable para «darse». Y hay un «darse» sin el cual no se realiza la persona, o sea, no se posee verdaderamente.

Los dos términos son interdependientes.

Y, ya en un polo ya en el otro, es el mismo Dios el que se encuentra. Y es un amor único el que mueve.

En otras palabras, la oración comunitaria debería sostener y alimentar la oración personal. Y viceversa.

Las dos son necesarias.

Su relación no es excluyente, sino complementaria e inclusiva.

Habiendo precisado esto, tratemos de fijar algunos puntos acerca de la realidad de la oración comunitaria.

1. Una comunidad religiosa, como hemos subrayado muchas veces, tiene su propia razón de ser en Dios, el único necesario. El es el motivo fundamental para «estar juntos».

Ahora bien, es lógico que las personas convocadas por él, llamadas por él a vivir como hermanos, a ser signos de su amor, se *renueven juntos en la fuente*, también en la oración. Para reforzar la propia *koinonia*, para consolidar y hacer cada vez más profunda la fraternidad.

2. Pero la oración común no sirve solamente para alimentar y hacer crecer una comunidad. Sirve también para manifestar la realidad de la *koinonia*. En este sentido, la oración pública resulta una «confesión» del propio ser. La asamblea orante se convierte en «confesante» de la propia fe.

«El creyente tiene necesidad de manifestar, de realizar externamente lo que cree, lo que le arde en el corazón. Debe compartir visiblemente con los hermanos y manifestar con palabras, gestos y situaciones su pertenencia al Señor»².

Una comunidad mantiene su propia identidad en cuanto se esfuerza también por garantizar una *visibilidad* de lo que se profesa en el corazón.

Como el trabajo y la comida en común, y compartir los bienes, también la oración común expresa la realidad fundamental del «estar juntos por amor a Cristo», eso que se expresa con el verbo «compartir». La oración comunitaria se convierte así en signo inteligible de este compartir.

3. La oración comunitaria desempeña además una *función de suplencia*. Y es, sustancialmente, un acto de fe en la fe... del otro.

«Con la oración común ellos confiesan también que se reconocen como hermanos, fuera de los vínculos de la carne y de la sangre, que creen los unos en los otros, que tienen fe en la fe de los otros. Cuántas veces los cristianos se lamentan de que no saben orar, de que no tienen deseo de hacerlo, casi de que no pueden hacer brotar de su corazón un grito llamando a Dios, de que no sienten en sí mismos ninguna resonancia de la oración que hacen. Pues la oración común está allí al servicio de este malestar personal.

Aceptar agregarse a los hermanos que oran, aceptar que los otros dialoguen con Dios con el fervor que nos falta a nosotros, aceptar que nuestra atonía espiritual encuentre suplencia en la presencia de otros hermanos orantes, es un signo de comunión, de confianza en los otros, además de ser un esfuerzo por dialogar con Dios.

Ponerse, pues, junto a los otros, ofrecer la propia sequedad espiritual, el silencio interior, y acaso callar, pero estar allí en la oración comunitaria, significa ponerse en la presencia de Dios, significa esforzarnos por aceptar el don de quien viene a través de los otros, miembros con nosotros del único cuerpo, en la comunicación con Dios. Así nuestra eventual deficiencia encuentra compensación en la comunidad» (E. Bianchi).

2. E. Bianchi, *Il corvo di Elia*, Torino, 141.

4. Es otra vez Enzo Bianchi el que subraya otro aspecto fundamental de la oración común.

«Unirse a la oración de Cristo es ante todo dar un paso hacia esta unidad, hacia este acuerdo que será la situación de los hombres en el reino.

La oración así nos impulsa y nos debe impulsar hacia la unanimidad haciéndonos sentir las mismas necesidades, denunciando a Dios las mismas carencias, expresando las mismas peticiones.

Esto es posible por la fe al ser hijos de un único e idéntico Padre.

Padre. Esta palabra es el motivo de nuestra oración común. Padre. Nosotros somos hijos que están juntos. ¡Cuán bello es que los hermanos estén juntos! Y estar juntos es signo de la bendición de Dios, y condición para aceptarle. Cada uno al decir: ¡Padre! con esta palabra tan cargada de significado, se convierte. La necesidad «mía» se cambia en «nuestra»; «su» petición se hace «nuestra»; el pecado de «ellos» es pecado «nuestro».

De esta manera se evita pedir a Dios cosas opuestas. Recordemos tantas peticiones como se hacen opuestas unas a otras, sin ponerse de acuerdo. ¿Cómo podría escucharlas Dios? En cambio, si los creyentes piden las mismas cosas, significa que están dispuestos a colaborar, a estar juntos y a comprometerse para obtenerlas. Así las oraciones personales sostenidas por un esfuerzo semejante muy difícilmente pueden ser individualistas.

Una sola oración, una sola petición, una sola alabanza, una sola acción de gracias, una sola eucaristía. Sin esta unidad que se realiza en la oración común de dimensiones abiertas, somos como Caín y Abel delante de Dios: dos cultos, dos altares. Y el fruto entonces como ahora será la guerra entre hermanos».

Para concluir: no se trata tanto de saber cuál es la verdadera oración. Lo importante es que *la oración sea verdadera*.

Para serlo, debe expresar la verdad de una persona (oración personal), o la verdad de una comunidad (oración comunitaria).

En un caso y en el otro, el elemento clave es la vida ³.

Si no hay una persona auténtica, la oración resulta desentendida. Es ilusoria.

Si no hay verdaderas relaciones fraternas, la oración es falsa. Es un engaño.

3. La relación entre oración y vida se expone, desde distintos puntos de vista, en el bello tratado de G. Barra, *Pregare di piú per amare di piú*,

Cuando expresa lo que uno es, lo que tiende a ser (personalmente y comunitariamente), entonces la oración es «verdadera».

De otro modo, si se queda fuera del ser, fuera de la fraternidad la oración queda fuera de... Dios. No tiene nada que ver con él. Mejor: él no desea tener nada que ver con semejante oración «extraña».

Una comunidad capaz de todo

Lunes

Al terminar la oración, retrembló el lugar donde estaban reunidos, los llenó a todos el Espíritu santo, y anunciaban con valentía el mensaje de Dios (Hech 4, 31).

Una comunidad que ora es capaz de todo.
Capaz de todo con Dios.

Es una comunidad fuerte con Dios. Fuerte con la fuerza del número. Fuerte con la fuerza del propio acuerdo, de la propia complicidad, de la propia cohesión, de la propia unidad.

Este secreto fue enseñado por el mismo Cristo. Fue él en persona el que nos reveló cómo se puede ser «irresistibles» con Dios. «Os lo digo otra vez: Si aquí en la tierra dos de vosotros se ponen de acuerdo, cualquier asunto por el que pidan les resultará, por obra de mi Padre del cielo, pues donde están dos o tres reunidos apelando a mí, allí en medio de ellos estoy yo» (Mt 18, 19, 20).

Una comunidad que ora, pues, es consciente de que puede forzar la mano a Dios. De que puede arrancarle cualquier cosa.

No puedes decirnos que no.

Somos muchos, estamos juntos, nos amamos.

Te presentamos estas peticiones en las que nos hemos puesto de acuerdo. Y también nuestros corazones están de acuerdo.

No puedes negarnos nada.

Y además, mira quién está en medio de nosotros.

Pero una comunidad que ora, además de ser capaz de todo, es una comunidad de la que se puede esperar todo.

Una comunidad que ora es capaz de todas las sorpresas.

Lunes

165

Nunca se sabe lo que puede hacer. Hasta dónde puede llegar. Qué efectos puede desencadenar.

No se ora solamente para «pedir gracias».

Se ora para entender.

La gracia más grande que el Señor puede concedernos es la de *hacernos entender*.

Y, frecuentemente, en su paciente pedagogía, él comienza haciéndonos entender que no comprendemos nada. Que no sabemos propiamente nada. Que nos equivocamos siempre respecto de él.

«No sé ya lo que sé», decía san Juan de la Cruz.

Ciertas personas dan la impresión de saberlo siempre todo, o por lo menos demasiado, únicamente porque no oran bastante.

Solamente con la oración caen en crisis nuestras seguridades.

«Si, en la oración se borra lo que se cree saber acerca de la vida, porque la vida con Dios nos enseña siempre algo muy distinto. Nos es arrebatado nuestro saber. Se hace uno verdadero. La oración da una lucidez asombrosa. La que es propia de la humildad que, como se dice comúnmente, es la verdad. He aquí por qué el hombre actual rechaza el formalismo en el que todos nosotros podemos ser sorprendidos en flagrante delito, al decir lo que es necesario decir, bajo pretexto de que está establecido así.

En la oración no se trata de decir palabras, sino de dejarse apresar por la palabra» (P. Talec).

Dejarse instruir por la palabra.

En este sentido *la oración nos evangeliza*.

Así entonces una comunidad, instruida por la oración, cristianizada a través de la oración, se transforma, se hace imprevisible. Capaz de todo.

Sí, de una comunidad que ora hay que esperar lo todo.

En la oración, la fantasía triunfa sobre la realidad

Martes

Si algo puedes, ten lástima de nosotros y ayúdanos. Jesús le replicó: —¡Ese «si puedes»! Todo es posible para el que tiene fe (Mc 9, 22-23).

Es verdaderamente una pena grande que la imaginación no haya sido acogida todavía, con todos los honores, en el estrecho círculo de las virtudes.

Es un pecado imperdonable que ciertos predicadores, carentes de imaginación, se hayan dedicado con ensañamiento a poner en guardia contra esta facultad, a denunciar despiadadamente sus crímenes, sus peligros, sus seducciones, y sus desviaciones. Y no se hayan preguntado nunca: «¿No podrá servir por ventura para algo bueno la imaginación?».

La imaginación ha sido demasiado tiempo vista como sospechosa, difamada. En el mejor de los casos, ha disfrutado de una libertad vigilada, que, en la práctica, le ha impedido todo movimiento.

Sobre todo, ha sido inutilizada.

Una sarta increíble de pecados de omisión se deben, no tanto a falta de buena voluntad, como a falta de imaginación. Baste pensar, por ejemplo, en el amplio mundo de la caridad.

En el mundo actual se ha descubierto el papel decisivo de la imaginación como factor de progreso. Decía el célebre cirujano de los trasplantes de corazón, Chr. Barnard: «La imaginación es una facultad misteriosa, una fuerza que nos empuja a aventurarnos en territorios desconocidos. Casi siempre es la imaginación

Martes

167

la que hace de explorador predecesor de la ciencia. La fantaciencia nació antes de los vuelos espaciales».

En otras palabras: para ciertas conquistas, la ciencia ha recibido el primer impulso e inspiración de la imaginación. Los hombres de ciencia no han sido más que ejecutores de órdenes. Se han limitado a hacer posible, a traducir a la realidad lo que había sido «descubierto», «inventado» por gente que, gracias a una imaginación ardiente, parecía vivir fuera de la realidad.

Yo espero con ansia el día en que también en el calendario litúrgico de la vida religiosa sea reconocida como virtud importantísima la imaginación.

Aquí desearía limitarme a sugerir la función que la fantasía puede desempeñar en el campo de la oración.

Afirma el famoso médico americano De Bakej: «El único obstáculo para que el hombre alcance ciertas metas es la falta de imaginación».

Y es una verdad que adquiere toda su evidencia especialmente en la oración.

«La oración da forma a la fantasía humana. Orando, el hombre muestra que no es esclavo del pasado, de lo «sucedido», del destino»¹.

He aquí cómo puede y debe entrar la imaginación en algunas formas tradicionales de oración.

1. Oración de súplica o de petición

En este caso quien ora se coloca, gracias a la imaginación, en una situación futura diferente, mejor que la actual. Quiere algo que no tiene, o pretende liberarse de algo que actualmente le estorba, le hace mal.

Sobre todo, la imaginación le ayuda a verse «distinto» de como es. Por eso ora al Señor, para tener la fuerza de escapar de la prisión de aquello que es y de llegar al «mundo nuevo» de lo que debería ser.

Los santos estaban dotados de imaginación en un nivel extraordinario. No sólo para sus obras externas. Sino precisamente para la realización interna de la santidad. De hecho no se han aceptado como eran, con sus limitaciones, sus defectos y su debilidad, sino que se han inventado «diferentes», «otros distintos».

1. H. Cox, *Las fiestas de locos*, Madrid 1972.

2. Oración de intercesión

Interceder, en sentido literal, significa *dar un paso* en favor de alguno.

Cristo es el intercesor por excelencia. Es aquel que ha orado al Padre, no quedándose donde estaba. Ha dado el paso de la encarnación. Ha venido a nuestra situación, ha entrado en ella completamente, la ha asumido, la ha compartido, la ha tomado sobre sí y la ha llevado a Dios. Se ha observado justamente que a Job le faltó precisamente este intercesor. Contaba con molestos consoladores, pero no con intercesores. Le faltaba uno que pusiera una mano sobre sus espaldas y otra sobre las espaldas de Dios.

Por consiguiente, en la oración de intercesión, el que ora se pone dentro de la piel del otro, que generalmente se encuentra en una situación dolorosa y angustiado por grandes dificultades.

«La oración en tal caso envuelve la imaginación a dos niveles. El que ora debe identificarse emotivamente con el otro y debe además imaginar un futuro en el que sus necesidades hayan sido satisfechas» (H. Cox).

La oración de intercesión se convierte así, con la ayuda de la imaginación, en una de las formas más altas del amor.

3. Oración de penitencia

«Si reflexionamos atentamente, descubrimos aquí también la presencia de la imaginación. Orar para obtener el perdón quiere decir verse a sí mismo en perspectiva de futuro y buscar conscientemente un nuevo rol. Es obrar «como si» no estuviéramos ligados al pasado y, de este modo, ser totalmente libres. El aspecto objetivo del concepto cristiano de arrepentimiento está constituido por el hecho de que el futuro no es simplemente la continuación del pasado; podemos contar con lo imprevisible y lo inesperado. Los hombres, más que ser esclavos de trágicos pecados, son libres de comenzar *ex novo*. Penitencia significa simplemente partir en una nueva dirección. Esto no puede acontecer en un mundo gobernado por la necesidad inexorable, sino más bien en un mundo abierto y rico de infinitas posibilidades» (H. Cox).

El mismo autor que he citado más veces hace observar que la oración, de este modo, resulta un puente hacia el futuro. No es una evasión del mundo, sino el primer paso en la obra de su «reacción».

Teniendo presente todo esto, yo veo la imaginación como pariente próximo de la esperanza.

El hombre de esperanza no es un optimista superficial que vive en las nubes de lo irreal.

Es, por el contrario, uno que ve mejor que cualquier otro la realidad. También la más dolorosa, la más decepcionante, la más incómoda, la más mortificante.

Pero no tiene miedo por ello.

De hecho ve, *más allá* de la realidad, algo distinto que no existe todavía, pero que puede existir.

Cuando parece que no hay nada que hacer, cuando parece que todo se encuentra terminado, organizado de manera definitiva e inmutable, él logra ver *algo que puede suceder*, que puede comenzar.

Bajo la capa de hielo de la imposibilidad, él ve despuntar el retoño de la posibilidad.

Nadie ve mejor que el hombre de esperanza. De hecho no se limita a ver la realidad, sino que descubre también lo que está oculto por la realidad, lo que hay más allá. Intuye, inventa lo que está del lado de allá del muro del impedimento.

La realidad, demasiado frecuentemente, nos decepciona. Pues bien, el que espera no permite que la realidad le niegue la razón. Le lanza un reto.

El desafío de la imaginación.

Y la oración constituye una de las armas más eficaces de este loco desafío.

Con la oración es posible verdaderamente inventar y construir un «mundo nuevo». Dentro de nosotros y fuera de nosotros.

Con la oración logramos quitar la razón a la realidad más humillante, oponernos a las situaciones más imposibles.

En la oración nuestra imaginación se une a la fantasía de Dios.

Y entonces brota la desconcertante sorpresa del milagro más sensacional.

«Habitualmente se dice: No señalemos límites a la Providencia. A mí me gustaría decir: No pongamos límites a la fantasía de Dios» (N. Fabbretti). Tampoco a la nuestra, naturalmente.

La comunidad se construye en torno a la mesa

Miércoles

Eran constantes... en el partir el pan (Hech 2, 42).

1. Eucaristía, sacramento de unidad

Si la comunidad debe tender, para realizar su propio fin esencial, a la comunión de las personas, esta comunión, o sea, esta unidad profunda, se construye y se consolida sobre todo en torno a la mesa eucarística. La eucaristía es el sacramento de la unidad por excelencia.

En la eucaristía la fraternidad religiosa se encuentra así en contacto, sacramental pero verdadero, con el propio eje.

La cena tiene como efecto el volver a unir sólidamente a cada uno de los miembros, perdonados sus pecados, con el Padre y con los hermanos. Y esto precisamente a través del contacto con Jesús resucitado, fuente de la nueva vida.

Justamente se ha observado —P. Tillard— que nosotros, demasiado influenciados por una exigencia de intimidad, y pretendiendo ser una asamblea que se siente «unida», no concedemos suficiente importancia al *valor reconciliador* de la eucaristía en el centro de nuestros conflictos y de nuestras tensiones.

La tradición antigua, en cambio, veía precisamente en la invitación a celebrar en común el memorial del Señor un signo de acogida y de hospitalidad, expresión por excelencia de *comunión de fe a despecho de contrastes y divisiones*.

Miércoles

171

Esto debe valer indudablemente también para la pequeña célula de la iglesia que es la fraternidad religiosa.

«Vivir juntos la eucaristía, comulgar en el mismo pan, mientras que en la vida cotidiana nuestras opciones y nuestros puntos de vista nos ponen en oposición entre nosotros, no equivale necesariamente a una mentira que nos hiciera indignos del sagrado banquete. Al contrario, este acto puede aun proclamar, con una fuerza superior a nuestras palabras, cómo nuestras diversidades y divergencias tienen su raíz en una misma voluntad de comunión en el evangelio, y en la óptica de un mismo proyecto» (Tillard).

Los hermanos que han celebrado juntamente la eucaristía no pueden ya transformar en *no-amor* sus oposiciones. O sea, la eucaristía hace que nos amemos, no obstante las divergencias y los conflictos cotidianos.

Con tal que, naturalmente, la eucaristía no se celebre como un simple rito, sino como el *acontecimiento* del encuentro comunitario con el Señor.

2. Eucaristía, sacramento de la unidad y de la diferenciación

Si se piensa bien, la eucaristía, que es el sacramento fundamental de la unidad, y consiguientemente de la comunidad-comunión, además de realizar la unidad, contribuye a realizar la... diversidad.

En realidad el pan que se recibe no produce efectos uniformes. No produce un tipo standard de cristiano, y por consiguiente tampoco de religioso. Pero estimula, potencia, robustece, favorece y desarrolla las dotes de cada uno. Acentúa con su fuerza vital, las características peculiares de cada uno.

«Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur». O sea, lo que es recibido se recibe según la estructura típica del que lo recibe.

En suma: la eucaristía produce comunión entre las personas, pero subrayando y desarrollando la fisonomía peculiar de cada una de las respectivas personas.

3. Eucaristía y acción de gracias

Es otro aspecto importante que hay que poner también de relieve, en la eucaristía, es el de la *acción de gracias*.

Si es verdad que todo bautizado debe bendecir y alabar al Señor por las maravillas de su amor, con mayor razón el que elige

centrar la propia existencia en dar testimonio del Dios de la reconciliación —locura del agape del Padre— tiene el deber de procurar dentro de sí un espacio de bendición y de alabanza.

El proyecto religioso implica una dimensión fundamental de adoración existencial.

4. Eucaristía y paz

Cristo en la eucaristía nos da la paz. Es nuestra paz.

En el mundo, cuando los llamados grandes hacen la paz, se preocupan de... separarse netamente, de establecer límites precisos. O sea, la paz es posible solamente alejándose, poniendo distancia entre los individuos. Es una paz de separación.

En la eucaristía, en cambio, el fruto de la paz es la proximidad, la con-vivencia, el estar juntos a pesar de las dificultades. O sea, una paz construida continuamente a través de la lucha contra los egoísmos y los instintos de separación.

5. Eucaristía y compromiso de comunión

«Comer el pan a traición», con referencia a la eucaristía, significa, para una comunidad religiosa, no comprometerse a realizar la unidad, la comunión con todos. Comer el pan de Cristo, de hecho, implica el deber de construir el cuerpo de Cristo en la comunidad, «lugar» de su presencia real. De lo contrario, sería de verdad «comer el pan a traición».

Los primeros cristianos, cuando hablaban del cuerpo de Cristo pensaban en la iglesia.

Así, a fin de evitar confusiones y ambigüedades, decían «el verdadero cuerpo de Cristo», para designar al pueblo de Dios. Y decían «el cuerpo místico de Cristo», para designar el pan eucarístico.

Se trata de una cuestión de lenguaje, pero que puede ser muy significativa.

Durante la misa, el sacerdote nos presenta la hostia con estas palabras:

—¡El cuerpo de Cristo!

Y nosotros respondemos:

—¡Amén!

Ahora bien, este amén no es simplemente un acto de fe (creo que éste es verdaderamente el cuerpo de Cristo; creo que Cristo está realmente presente en el signo de este pan), sino que es ade-

más un compromiso de comunión (asumo la responsabilidad de «construir» el cuerpo de Cristo en la comunión con los hermanos).

Sobre este amén se construye la iglesia. Y también la comunión.

Un cántico que brota de las disonancias del dolor

Jueves

Y con sus llagas hemos sido curados (Is 53, 5).

Le arrestaron el 11 de septiembre de 1973. Era el más célebre cantante compositor chileno. Las canciones de Víctor Jara estaban en la boca de todos.

Le cortaron las falanges de los dedos. Después le arrojaron la guitarra sobre el regazo y le dieron la orden:

—¡Toca!

Y él, con las manos sangrantes, horriblemente mutilada, comenzó realmente a extraer los conocidos acordes de su guitarra.

Su esposa lo encontró, algunos días después, entre centenares de muertos en la fosa común del cementerio de Santiago. Tenía el pecho lleno de agujeros de balas, y las manos, amputadas por las muñecas.

Sus compañeros de prisión en el famoso estadio de triste memoria han atestiguado que hasta el día de su ejecución, Víctor Jara, con los muñones apoyados sobre las cuerdas de la guitarra, había seguido cantando sus canciones para animar a los compañeros de desgracia.

Considero que la imagen del guitarrista chileno torturado traduce de una manera eficaz la acción liberadora que Cristo desempeña en la eucaristía.

Cristo, nuestra pascua, nuestro «paso» de la esclavitud a la libertad.

Jueves

175

Cristo es el cantor de nuestra libertad.

Pero su canto nace del desgarramiento de su cuerpo en la cruz. Su poesía brota de su sacrificio.

El *pan* que nos alimenta nos transforma en creaturas «nuevas», nos sostiene a lo largo del fatigoso camino de nuestra liberación, es ofrecido a través de una «pérdida» total de sí mismo.

El *vino* del cáliz que nos da alegría, que infunde en nuestras venas el canto de la esperanza, es ofrecido después de haber sido exprimido atrozmente en el lagar de la pasión.

La *vida* nos llega a través de la muerte de su autor, sobre el monte de la calavera.

La *medicina* de nuestra debilidad es extraída de las heridas de un hombre «despreciado y rechazado por los hombres» (Is 13, 3).

El *sacramento de la unidad* es fruto de un cuerpo lacerado, desarticulado, desgarrado.

Nuestra soledad viene colmada por la *presencia* de uno que ha vivido la angustia del abandono («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

Así, pues, el maravilloso canto de la liberación, en la eucaristía, no es un canto patético, sentimental. No es un cántico fácil, «ligero».

Es un cántico arrancado de la carne viva.

Unámonos, pues, a este cántico maravilloso. Pero no olvidemos de qué desgarramientos, de qué llagas, de qué atroces disonancias nacen tales acordes.

¡Cuántas cosas es la oración menos oración!

Viernes

No basta decirme: ¡Señor, Señor! (Mt 7, 21).

Hay los que no oran.
Y los que creen que oran.
No sé exactamente quién será más peligroso.

Cuando veo a ciertas personas
capaces de sutiles crueldades,
increíbles durezas,
desagradables perfidias,
devotamente arrodilladas,
tengo que luchar para no desear...
dos palmos de mecha y un kilo de dinamita (si basta).
Pero éstos son los profanadores de la oración.

Una oración individualista, intimista,
que nos vuelve sordos
al grito del hermano,
no es oración,
es su odiosa caricatura.

Cuántas cosas es la oración,
menos oración.

Viernes

177

Si ves a alguien que ora
por un sentido del deber,
y luego se siente satisfecho
por haberse «quitado una preocupación» y cumplido una «práctica»
por haber hecho una prestación gravosa,
no equivocarse, por favor.
Eso no es oración,
sino polvorienta burocracia,
rígida fiscalización,
miserable contabilidad del espíritu.

Y si ves a algún «hombre de oración»,
que no tiene respeto a los demás,
que profana a los hermanos,
que vomita charlatanerías, calumnias, chismes y sospechas,
que se hace cómplice de injusticias,
y, sin embargo, en la iglesia aparece «muy piadoso»...
no te engañes, te lo recomiendo mucho.

Aquellos gestos, aquellas genuflexiones, aquellos suspiros
son actos sacrílegos
y aquellas oraciones
son blasfemias.

Desconfía de quien ora de cierta manera.
No te dejes engañar
de aquellos que creen, se hacen la ilusión, se jactan, fingen
orar.

Pero desconfía también de los que no oran.
No te dejes encantar por sus discursos inteligentes,
por su terminología abstrusa,
por su problemática elegante,
por sus perspectivas, naturalmente muy «amplias».

Esos son pobres,
no obstante los andrajos vistosos
que exhiben como banderas,
no obstante los libros, las disquisiciones, la jerga,
y la problemática
que no ayuda a vivir.

Pobres que muestran
el desolado paisaje
de su miseria.

Trata de ser inteligente.

Hay una oración que es liturgia blasfema.

Pero hay también una ausencia de oración que es publicidad del vacío.

No debes elegir entre dos males, dos máscaras, dos caricaturas, dos falsificaciones.

Trata más bien de inventar tu oración.
La verdadera.

El hijo levanta la cabeza

Sábado

Mirad, no recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuelva al temor; recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar: ¡Abba! ¡Padre! Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (Rom 8, 15-16).

«Señor, tú eres el único necesario.

Eres también el inapresable.

Eres inevitable, y sin embargo te evades.

Conoces y practicas todos los juegos: el escondite y la gallina ciega.

Nos reventamos a fuerza de buscarte a tientas. Te cambiamos por otro, o acaso aceptamos a otro en tu lugar.

Después, cada poco tiempo, cuando el juego ha durado bastante, de suerte que ya no resulta absolutamente juego y de pronto la angustia nos sube a la garganta, se nos pasa el deseo de jugar. Se nos cae la venda. Ha oscurecido. Estamos solos.

¿Dónde me encuentro? El mismo mundo familiar se ha disipado. Todos los compañeros han desaparecido. ¿Dónde han ido a parar?

Me dejo caer a lo largo de la pendiente. Tengo deseos de llorar.

Dios mío ¿qué calor es este que siento deslizarse por las mejillas?

Sí, lloro. Me siento perdido.

En ese momento, cuando creo haber llegado al fondo de la desesperación, de golpe, sucede como si alguien se hubiera colado detrás de mí... una presencia infinitamente dulce y tranquilizadora.

Por muy grande que sea la negrura de la noche, no tengo ya miedo.

¿Me he dormido quizás sin darme cuenta?

¿He soñado acaso?

¿No es quizás tu mano que se ha posado sobre mis espaldas, furtiva y ligera como un pajarillo?

Pero ya no está.

Me vuelvo. Tiendo la mano en la noche. Nadie.

Y, sin embargo, no me siento ya solo»¹.

He aquí cómo la oración alivia nuestra desolación, rompe el cerco de nuestra soledad, exorciza nuestros miedos.

El abismo de nuestra angustia es rasgado por estos relámpagos imprevistos. Que nos revelan una presencia. Discreta pero real, escondida pero eficaz.

Bastan pocos momentos. Una sensación rapidísima.

Pero ya no me siento solo.

Me encuentro seguro. Protegido por esta presencia. Con la seguridad de que basta alargar la mano en la oscuridad... y alguien se acerca.

A través de la oración redescubro mi condición de «hijo». Y entonces me están permitidas todas las audacias, resultan legítimas las esperanzas más desbocadas.

«No me queda más que aprender, que comenzar a aprender a vivir con la cabeza inclinada ante un Dios que me quiere con locura, o también con la cabeza levantada como un hombre que lo ha perdido todo menos la paternidad divina» (L. Rosadoni).

La comunidad que escucha

Dice el Señor:

Yo soy la luz del mundo,
el que me sigue no camina en tinieblas,
sino que tendrá la luz de la vida.

(Antífona de comunión del
vigésimotercer domingo del tiempo ordinario)

1. R. L. Bruckberger, *Lettre ouverte à Jésus-Christ*, 156.

Dios dialoga con un pueblo

Domingo-Lunes

Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta del agua. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la ley de Moisés que Yahvé había prescrito a Israel. Trajo el sacerdote Esdras la ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era el día uno del mes séptimo.

Leyó una parte en la plaza que está delante de la puerta del agua, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón; y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la ley. Esdras el escriba estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión...

Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo — pues estaba más alto que todo el pueblo — y al abrirlo el pueblo entero se puso en pie. Esdras bendijo a Yahvé, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: ¡Amén! ¡Amén!; e inclinándose, se postraron ante Yahvé, rostro en tierra... Los levitas explicaban la ley al pueblo que seguía en pie.

Y Esdras leyó en el libro de la ley de Dios, aclarando e interpretando el sentido para que comprendieran la lectura.

Entonces Nehemías, el gobernador, y Esdras, el sacerdote escriba y los levitas que explicaban al pueblo dijeron a todo el pueblo: Este día está consagrado a Yahvé vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis; pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la ley. Díjoles también: Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado.

Porque este día está consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahvé es vuestra fortaleza. También los levitas tranquilizaban al pueblo, diciéndole: Callad; este día es santo. No estéis tristes.

Y el pueblo entero se fue a comer y beber, a repartir raciones y hacer gran festejo, porque habían comprendido las palabras que les habían enseñado (Neh 8, 1-12).

La Biblia es palabra de Dios. En ella Dios rompe el silencio, interviene y se pronuncia.

En la Biblia, Dios no habla tanto de sí mismo, cuanto del hombre. O mejor: habla de sí mismo en relación con el hombre.

«La última palabra de la Biblia no es un vértice especulativo o estético. Sino que viene pronunciada cuando Dios en Jesucristo (su Verbo y su palabra), dice su amor al hombre del modo más claro, definitivo y comprometido» (A. Levi).

Este discurso de Dios es dirigido esencialmente a un pueblo. Interlocutor de Dios es no tanto cada individuo, cuanto un pueblo.

No debemos considerar la Biblia como un libro de respuestas, donde cada cual puede encontrar sus propias ideas y todo aquello que le acomoda para la propia cultura religiosa o la propia devoción.

La Biblia «se empobrece» cuando se convierte en objeto de una investigación individualista. No olvidemos que la Biblia es el libro de una comunidad, de un pueblo, y no puede ser bien entendida si no en el ámbito eclesial. O sea, en el seno de una comunidad, de un pueblo.

Por consiguiente, *palabra de Dios*. Pero también *palabra con Dios* de toda una asamblea.

Un ejemplo característico y sugestivo de esta lectura «popular» de la Biblia nos lo ofrece el texto de Nehemías que hemos citado al principio.

En él se describe el acto inaugural de la nueva comunidad israelita después del regreso del destierro ¹.

«Se inicia aquel día una nueva fase histórica para todo Israel, un tiempo de una más marcada presencia de Dios en medio de su pueblo, merced a la palabra. Y esto sucede con la descripción de una liturgia solemne a la que es convocado todo el pueblo, no sólo los hombres, sino también las mujeres y los niños. Es un día profético que ilustra la condición sacerdotal y profética de todo el pueblo, y no sólo de los destinados al culto» (E. Bianchi).

No existe ya el templo. Destrucción. Ruinas. Recuerdos atroces de humillaciones y sufrimientos.

No queda ya nada.

Pero queda la palabra de Dios.

Y basta ésta para reunir a los dispersos. En torno a la palabra de Dios se *re-construye* un pueblo. Se re-compone una comunidad, se re-forma, re-encuentra la propia identidad en torno a la Biblia.

Por primera vez se nos da noticia de la construcción de un ambón, de un facistol para el que debe proclamar la palabra.

Después de una bendición solemne, comienza la lectura. Y es una lectura continua que se prolonga por todo el día.

1. Tomo las siguientes observaciones de una hermosa obra de E. Bianchi, *Pregare la parola. Introduzione alla lectio divina*, Torino.

Después de los sucesivos párrafos, se van traduciendo las palabras hebreas para el pueblo que conoce solamente el arameo.

Sigue, después, la explicación, la interpretación, a cargo de Esdras y de los levitas.

Y se registran las reacciones del pueblo frente al anuncio de la palabra: *temor y alegría*.

La palabra de Dios, como una espada de doble filo, es una palabra que penetra, desgarrar, hace daño.

Es la palabra de un juez, que pone al descubierto las obras, hasta las intenciones secretas de los corazones.

Es una palabra «reveladora», en cuanto revela, ante todo, la confusión que hay dentro de nosotros. Arranca el velo de nuestras apariencias, arroja la máscara de nuestras hipocresías.

Delante de la palabra uno se queda al descubierto, indefenso. Y la actitud natural es la de temor.

Cada vez que se establece un contacto con Dios, el hombre no puede menos de reconocer la propia miseria y arrepentirse, como Isaías, hombre de labios impuros, advirtiendo, casi «sintiendo» la santidad divina.

Pero la palabra de Dios desemboca también en un llanto saludable.

Es una semilla echada en el surco de la amargura, fecundada por las lágrimas, que conduce a una cosecha en la alegría.

«No os entristezcáis, porque la alegría del Señor es vuestra fuerza».

Y la alegría del Señor deriva, me parece, de haber re-encontrado un pueblo. Un pueblo que es «suyo», que le pertenece. Una comunidad construida por su palabra, con la cual él puede contar en todo momento.

Toda liturgia auténtica resulta, así, una fiesta.

La fiesta es una «afirmación celebrativa». Es un gozoso «sí», dicho a la vida.

Nuestras liturgias (permítaseme esta digresión) frecuentemente pecan por exceso de compostura, de buena educación. Han perdido su dimensión de «fiesta» con la parte correspondiente de «exceso» que la distingue.

Antiguamente, las asambleas cristianas no se contentaban con cantar. Gritaban. El *alleluya*, de manera particular, tenía el carácter de *grito de multitud*.

Un grito entusiástico que «señala» la llegada de Dios, de su palabra.

No, la fiesta no debe desaparecer de nuestras asambleas. Si muriese la fiesta, querría decir que se ha apagado la palabra de Dios.

Martes-Miércoles

Te busco de todo corazón...
 En mi corazón escondo tus consignas...
 Mi alegría es el camino de tus preceptos
 más que todas las riquezas...
 Medito tus decretos,
 y me fijo en tus sendas.
 Tu voluntad es mi delicia,
 no olvidaré tus palabras...
 Abreme los ojos y contemplaré
 las maravillas de tu voluntad...
 Correré por el camino de tus mandatos
 cuando me ensanches el corazón...
 A medianoche me levanto para darte gracias...
 Yo meditaré tus decretos.
 Cuánto amo tu voluntad,
 todo el día la estoy meditando...
 ¡Qué dulce al paladar tu promesa:
 más que miel en la boca!...
 Lámpara es tu palabra para mis pasos,
 luz en mi sendero...
 La explicación de tus palabras ilumina,
 da inteligencia a los ignorantes...
 Me adelanto a la aurora pidiendo auxilio,
 esperando tus palabras... (Sal 118).

Hay una profecía de Amós siempre de actualidad:

«He aquí que vienen días
 —oráculo del Señor Yahvé—
 en que yo mandaré hambre a la tierra,
 mas no hambre de pan ni sed de agua,
 sino de oír la palabra de Dios» (Am 8, 11).

Una comunidad es tal en cuanto tiene hambre y sed de la
 palabra de Dios.

Es de desear que también hoy se pueda advertir con frecuencia el fenómeno que Gregorio Magno observaba en ciertos monjes: «Veo con frecuencia que algunos se dan con tanto empeño a la *lectio divina*, que les lleva hasta elevar un sacrificio de lágrimas al Señor, ofreciéndose a sí mismos como víctimas por medio de este sagrado llanto. Su vientre está tan lleno de la Biblia y las entrañas tan saturadas de la palabra de Dios, que el ánimo queda recogido en Dios en el llanto y en su santa memoria».

No causa asombro entonces que Atanasio confíe precisamente este importantísimo trabajo al monje: «No dejes ni de día ni de noche de leer la palabra, y sea tu tarea la meditación de las divinas Escrituras».

Que se trate de algo que trae al pensamiento la imagen del comer nos lo confirma con mucho realismo la aventura acaecida a Ezequiel, que se vio obligado nada menos que a engullir el libro.

«Me dijo: Hijo del hombre, ponte en pie que te voy a hablar. El espíritu entró en mí como se me había dicho y me hizo tenerme en pie y oí a alguien que me hablaba. Me dijo: Hijo de hombre, escucha lo que te voy a decir, no seas rebelde como esa casa de rebeldía. Abre la boca y come lo que te voy a dar. Yo miré: una mano estaba tendida hacia mí, y tenía dentro un libro enrollado. Lo desenrolló ante mi vista: estaba escrito por el anverso y por el reverso... Y me dijo: Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel. Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo, y me dijo: Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy. Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel» (Ez 2, 1-10; 3, 1-3).

El abad Pambo acostumbraba a decir: «La boca de mis monjes es santa porque su coloquio con Dios es continuo».

Aun cuando hayamos subrayado, en el capítulo precedente, la primacía de la lectura litúrgica, o en cualquier caso la lectura comunitaria de la palabra de Dios, no debemos descuidar el hecho de que esta palabra exige también un contacto personal. Trátemos, pues, de fijar algunas actitudes.

1. Atención

En la liturgia de la iglesia ortodoxa, mientras se eleva el libro con el texto evangélico, suena solemne el aviso: «Prestad atención; es Dios el que habla».

Y cuando Dios habla, es necesario hacer dentro de nosotros un espacio de silencio para que él pueda encontrar donde colocar su mensaje. «Ojalá escuchéis hoy su voz» (Sal 94, 8).

Escucha esta palabra como si fuera pronunciada hoy por primera vez.

«Dios no espera que nosotros añadamos palabras al texto, sino que espera nuestro corazón» (San Agustín).

Antes de hacer discursos eruditos, recuerda que debes «acoger».

De este modo una comunidad, un individuo, según la fulgurante expresión de Clemente Alejandrino, se hace *teodidacta*, o sea instruido por Dios, alumno y escolar de su palabra.

Por medio de la atención quedamos «colgados del amor de Dios» (Gregorio Magno).

2. Asiduidad

No basta picar de aquí y de allá. Es necesario alimentarse intensamente y continuamente.

No podemos contentarnos con hojear, pasar la vista rápidamente por unas páginas al azar.

Hace falta una búsqueda asidua, una lectura constante, un contacto habitual.

Es necesario leer y releer la Escritura a fin de que penetre el espíritu y el cuerpo del creyente.

San Jerónimo, experto en la materia, asegura: «La lectura trae consigo la asiduidad, la asiduidad lleva consigo la familiaridad, y la familiaridad produce y aumenta la fe».

«No podemos ser distraídos espigadores de la Biblia, sino que es necesario sumergirse en ella, incorporarse a ella, adquirir tal familiaridad con ella que lleguemos a poseerla en lo más profundo de nosotros mismos y a retenerla en la memoria. Está claro que el cántico del *Magnificat* brotó de quien tenía el corazón lleno de la Escritura y resulta como el fruto de un corazón bíblico. Así nosotros, ya sea por medio de la oración, ya sea por una vida robusta de fe, tenemos necesidad de tal asiduidad que nos ponga en sintonía con el espíritu de la Escritura» (E. Bianchi).

3. Asimilación

Para que se convierta en verdaderamente *nuestra*, forme parte vital de nosotros, carne y sangre de nuestro organismo, hay que asimilar la palabra. Lo cual comporta una acción característica que Pacomio llamaba *ruminatio*; rumiar, triturar, masticar la palabra.

Pero el venerable elogia a un monje «cuya boca rumiaba sin parar la palabra sagrada».

Es la operación por medio de la cual se asimila la palabra leída, oída, entendida. Es gustar y ver cuán bueno es el Señor (Sal 33, 9).

«La lectura aplicada (la *ruminatio*) difiere de la simple lectura, como la amistad, del encuentro pasajero, y como el afecto nacido de frecuentes contactos, de un saludo fortuito. Un pasaje de la Escritura hay que asimilarlo, hay que grabarlo en la memoria, debe ser objeto de una incesante rumia» (Guillaume di St. Tierry).

Aquí, pues, además de la atención, debe intervenir la memoria. La lectura se hace de este modo comida y bebida en la prolongada reflexión contemplativa.

Como se ve, no se trata de un trivial hecho nemotécnico, sino de *memoria del corazón*.

«Que te agraden, Señor, las palabras de mis labios y el susurro de mi corazón» (Sal 219).

4. Eficacia

Pero la palabra es también y sobre todo proclamación eficaz, poder de Dios, capacidad creadora.

«Al oírnos predicar el mensaje de Dios, no lo acogisteis como palabra humana, sino como lo que es realmente, como palabra de Dios, que despliega su energía en vosotros los creyentes» (1 Tes 2, 13).

La palabra no se limita a proporcionarnos información. Es causa de un acontecimiento dentro de nosotros. Realiza lo que significa. Hace lo que proclama.

Por lo cual el discípulo de esta palabra, no es simplemente «uno que sabe», sino «uno que hace».

«Buscad en la lectura, encontraréis con la meditación; llamad en la oración, entraréis en la contemplación». Pero no basta. Es necesario estar disponibles para «caminar».

Abrir la palabra y leerla, según una bellísima expresión de san Jerónimo, significa «tender las velas al Espíritu santo sin saber a qué puerto arribaremos».

Justamente se ha dicho que «es necesario estar en pie ante la Biblia» (A. Levi). O sea, frente a Dios se está siempre con el pie en el estribo. Se es siempre «enviado». Dios crea al hombre, pero crea también la autonomía del hombre. Y esta autonomía le compromete, le crea no pocas dificultades.

La palabra de Dios en último análisis, es una palabra que «da que hacer».

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para tener la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde está escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí
porque él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres...
Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor (Is 71, 1-2).

Enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él empezó a hablarles:

—Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje (Lc 4, 16-21).

En la sinagoga de Nazaret, Jesús nos ofrece un ejemplo el más convincente de lectura de la palabra.

Aquella liturgia es verdaderamente «ejemplar», no solamente porque Cristo realiza en sí lo que las Escrituras profetizaban, sino porque *refiere al momento actual la palabra de Dios*.

«Cuando Cristo lee el párrafo de Isaías 61, lo traslada a la hora actual, y los oyentes entienden que aquella palabra de Isaías, vieja de siglos, encuentra su hoy en la proclamación de Jesús. Y la gente queda asombrada ante aquel hoy, pero esto es lo que nosotros debemos hacer cada vez que practicamos la *lectio divina*, de lo contrario nos situaremos en un terreno especulativo, si no arqueológico. «Hoy se cumple» esta profecía: si sabemos comprender así la palabra antigua, la hacemos actual, contemporánea,

y comprendemos qué es lo que significa la palabra de Dios en toda su fuerza. En el *hoy se cumple* hay algo más que la comprobación de que la profecía se hace realidad en Cristo. Todo creyente, sacerdote y profeta, cualidades esenciales e imprescindibles para tener la fuerza y el derecho de hacer la *lectio divina*, tiene en Cristo la capacidad para ofrecer un "hoy" al texto.

En la iglesia hay siempre un hoy; porque la iglesia es pueblo sacerdotal, cuya misión primera es el anuncio de la palabra, es decir, la actualización de las Escrituras.

En toda *lectio divina*, en relación con nuestra fe, el texto se despliega ante nuestros ojos y Cristo lo presenta a nuestros corazones. El, a través del poder del Espíritu santo, nos lo hace sentir actual hoy en proporción de la fe personal, de la intensidad de la invocación, de la oración común. He aquí por qué la *lectio divina* debe ir precedida de un esfuerzo de oración. El comentario no es lo más importante, es más importante prepararse con corazón libre a leer la palabra. Entonces Cristo se hace presente y él mismo anuncia su palabra, él mismo nos la explica...

En realidad, si la palabra es palabra de Dios, y los oyentes la escuchan a la luz de la fe, entonces en virtud del esfuerzo del espíritu, la palabra se ve, es decir, se ve dentro de nosotros y nosotros la sorprendemos en su profundidad, con una visión íntima, tal como ella es verdaderamente, palabra de Dios que se nos enfrenta, que nos interpela, que nos inicia en el misterio, que predispone toda nuestra realidad a la concentración en Cristo. No solamente Cristo está presente, no solamente se le escucha, sino que *se le ve*. Se necesita ciertamente una capacidad de escucha» (E. Bianchi).

Pero para hacerla actual, o sea, referirla a hoy, es necesario leer dicha palabra a la luz de los «hechos» de nuestro tiempo.

De esta manera se realiza la paradoja: la palabra ilumina el hoy, y el hoy arroja luz sobre la palabra. La palabra nos ayuda a entender el hoy. Y el hoy centra la palabra, nos hace descubrir toda su densidad, todas sus implicaciones, toda su actualidad.

«Por una parte, la experiencia de la existencia humana tiene sed de la luz de la palabra revelada; por otra, la revelación de la palabra no puede ser entendida hoy más que partiendo de una precomprensión que es, lógicamente, nuestra experiencia de la existencia. El evangelio no opera más que a partir de la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y del mundo» (E. Schillebeeckx).

Ciertas lecturas de la palabra de Dios, en el interior de comunidades religiosas, me parecen con frecuencia anodinas, hasta triviales, decididamente decepcionantes. No se apartan mucho

de las conocidas y aburridas «consideraciones piadosas». No hay ni una nota de originalidad. Algo artificial, que deja indiferentes, y a veces hasta llega a irritar.

¿Por qué esta «impersonalidad», esta ausencia de vida?

La razón se descubre fácilmente. Se trata de comunidades que permanecen «extrañas», por un mal entendido sentido de la «fuga del mundo», a los grandes problemas que preocupan en nuestro tiempo.

Parecen que viven en otro mundo.

Lo que sucede más allá de los muros del convento parece que no les concierne. No encuentra un verdadero eco de resonancia, de sufrimiento, de participación auténtica, de solidaridad, de comprensión, en los corazones de los que «están dentro», bien protegidos del hielo y del fuego de las «cosas del mundo».

Y esta ausencia de la vida se paga, precisamente, en la lectura de la palabra de Dios.

La inexperiencia respecto a los problemas de los hombres, engendra también inexperiencia respecto a las «cosas de Dios». Porque «las cosas de Dios», las cosas que Dios siente de cerca, son las cosas de los hombres, sus angustias, sus sufrimientos, sus esperanzas, sus luchas.

Si permanecemos sordos a las noticias que llegan del inmenso mundo, la Biblia, aun cuando interrogada insistentemente, tiene bien poco que decirnos.

Si permanecemos neutrales, lejanos a los problemas del propio tiempo, la Escritura —que nos presenta a un Dios, mezclado en la marcha de un pueblo; próximo a los pequeños, a los que no tienen voz, a los oprimidos, participe de las luchas de liberación— se queda ante nosotros como un libro casi impenetrable.

Si se permanece ausente de la historia, la Biblia se convierte a lo más en un libro de devoción (que hay que usar, entre otras cosas, con las debidas cautelas, por razón de las numerosas páginas «poco edificantes»).

Si uno se sitúa al margen de la vida, la palabra de Dios resulta amordazada, aun cuando la tengamos siempre en la boca.

La palabra revela toda su riqueza solamente si se encarna en el hoy.

La palabra es vida solamente si se confronta con la vida.

La palabra manifiesta su fuerza solamente si es incitada por los acontecimientos.

Algún teólogo aconseja, como método de meditación, sostener en una mano el periódico y en la otra la Escritura.

La sugerencia, aun cuando no haya que tomarla necesariamente al pie de la letra, tiene una especial validez, porque sub-

raya eficazmente la relación entre la palabra de Dios y la realidad del hombre actual.

Una comunidad «cerrada» no se da cuenta de que sobre todo «cierra» el libro santo.

«La primera comunidad cristiana nos da un ejemplo de fidelidad a la Biblia, en el método y además en el contenido. La primera comunidad demuestra que la Biblia *no es solamente inspirada sino también inspirante*. Con la Biblia la comunidad se compara, se ve en tal espejo, y lee a la luz de los grandes hechos que Dios ha realizado en el pasado los nuevos e increíbles acontecimientos.

Donde la página bíblica leída y repasada, resonaba y prometía, allí la comunidad cristiana quitaba el polvo, examinaba y profundizaba. Y frecuentemente eran los pasajes más oscuros de los más oscuros profetas los que daban esta nueva aguda resonancia, los que hacían exclamar: "Estos son los tiempos anunciados por el profeta". "Estos son los días". "Llega la hora y es ésta"» (A. Levi).

Esto es posible solamente cuando uno no es un «emboscado» respecto a la vida del propio tiempo.

Así pues, si aceptamos la confrontación entre palabra de Dios y acontecimientos de la crónica diaria, entonces nuestra acción tendrá fuerza incisiva en el mundo. Descubriremos de nuevo nuestra función de luz, sal y fermento. La vida religiosa volverá a ser «signo de contradicción», piedra de escándalo.

No se trata realmente —como alguien afirma con ironía simplicista— de «ponerse de rodillas ante el mundo», sino más bien de ser la conciencia crítica de la sociedad. Pero, para desempeñar este papel de «conciencia», es necesario estar dentro. La conciencia forma parte integrante de un organismo. No se queda orgullosamente fuera.

«Solamente presentándose en la sociedad como un grupo incapaz de adaptarse plenamente —y sobre el que la integración moderna de todos con todos no hace mella— éstos entran en una competición tensa pero fecunda con esta sociedad. Solamente si su resistencia los hace aparecer como grupo no asimilable, pueden resultar para esta sociedad, en medio de la misma, *un fuego de inquietud* constante que nada podría apagar ni reducirlo al reposo de la asimilación» (J. Moltmann).

«Desposeído de un pasado que de un modo o de otro realmente le perteneciera, y acreciendo de una visión del futuro que sea realmente satisfactoria, el hombre occidental o se gasta y se marcha en un oscuro presente sin salida o se agota en la frenética búsqueda de metas que se le transforman en ceniza entre sus manos» (H. Cox).

¿Estamos en condiciones de entregar al hombre actual su auténtico pasado y su futuro?

La palabra de Dios, leída hoy, nos ofrece esta extraordinaria posibilidad.

«No se trata ni de *fuga* ni de *desprecio*, sino de una crítica positiva, de un recuerdo de las exigencias de Dios en pleno compromiso humano. Ahora bien, en una vida religiosa, tal rotura crítica y exigente pertenece al propio dinamismo del «seguimiento de Cristo».

Ser llamado por el Espíritu a «seguir a Jesucristo», no equivale para el religioso a romper la solidaridad con el mundo, sino a romper con la resignación frente al mundo tal como es y como quiere ser, para *arrastrarlo en una fuga hacia adelante* hacia aquello que Dios quiere que sea.

En un mundo secularizado, presente activamente en la aventura humana en comunión con todos los cristianos, atento a cumplir lo que le pide de modo especial su vocación de hombre, el religioso es aquel que, aun trabajando por forjar según sus limitadas posibilidades al hombre según Dios, no deja de recordar que el Espíritu de Dios es de una libertad que se resiste a toda resignación y esclavitud, también a la de una inmersión sin horizontes en el progreso por el progreso, en el bienestar por el bienestar.

En pocas palabras, él *recuerda que Dios sueña grandes cosas para el hombre*¹.

Las sorpresas del evangelio

Sábado

Les decía:

—A este hombre lo van a entregar en manos de los hombres, y lo matarán; pero después que lo maten, a los tres días resucitará.

Ellos no entendían sus palabras...

Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa les preguntó:

—¿De qué discutíais por el camino?

Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más grande (Mc 9, 31-34).

Y acontecen también estas sorpresas.

Se sigue a Cristo. Se le conoce. Se pertenece a él. Se ha dejado todo por causa suya.

Pero, de golpe, se descubre que está uno... lejísimo de él.

Se va por el mismo camino, y sin embargo se marcha en distintas direcciones.

Como sucedió a los apóstoles.

Cristo marcha hacia el Calvario.

Y ellos caminan entretenidos en medir la propia grandeza.

El habla de su pasión.

Y ellos se pelean por estúpidas cuestiones de vanidad.

Han pasado largo tiempo en la escuela del maestro. Pero, después de tanto tiempo, hablan un lenguaje absolutamente distinto del suyo.

«¿De qué ibais discutiendo por el camino?».

Y no tienen el valor de responder. De manifestar el contenido de sus discusiones.

Algo parecido nos puede suceder también a nosotros.

1. J. M. R. Tillard, *Essere religiosa oggi: Consacrazione e Servizio* (1974).

«¿De qué ibais discutiendo?».

¡Ea! Tengamos por lo menos el coraje de declarar la materia de nuestras reflexiones, de nuestras discusiones, de nuestras preocupaciones.

Debemos ciertamente tener el valor de reconocer cuán mezquinas y «pequeñas» son las cosas de las que nos ocupamos demasiado frecuentemente, en comparación con las cosas que él lleva en el corazón.

Frecuentemente las cuestiones que nos dividen y enfrentan son verdaderamente banales, y estúpidas en relación con el contenido del «mensaje».

Remoloneamos, perdemos el tiempo, nos consumimos en estas humillantes faenas de retaguardia, mientras él marcha hacia su «hora». Que es la hora decisiva para el mundo.

Nosotros nos perdemos, nos ahogamos en nuestras «pequeñas cosas», mientras que él va a «perderse» por la salvación del hombre.

He aquí las sorpresas que nos reserva el evangelio.

Tengamos la honradez de contar con el evangelio y comparar.

Nuestras revisiones de vida hagámoslas valerosamente a la luz del evangelio.

Puede suceder que entonces caigamos en la cuenta de que, aun cuando nos consideremos «religiosos ejemplares», no somos todavía ni siquiera cristianos.

Nos hacemos la ilusión de progresar por el «camino de la perfección». Pero tenemos necesidad urgente de ser «evangelizados».

La comunidad que personaliza

Sé propicio a nuestras súplicas, Señor,
y recibe con bondad las ofrendas de tus siervos,
para que la oblación que ofrece cada uno en honor de tu nombre
sirva para la salvación de todos

(Oración sobre las ofrendas del
vigesimalquarto domingo del tiempo ordinario)

La comunidad no debe formar hombres en serie

Domingo

El amor no es mal educado... (1 Cor 13, 5).

«La comunidad hace vulgares». Esta acusación se viene repitiendo con bastante frecuencia. Y hay que reconocer que ciertos estilos de uniformidad, de nivelar a todos, de achatamiento general, la justifican plenamente.

La única objeción que se puede presentar es que una comunidad que hace a todos iguales puede ser cualquier cosa menos una comunidad evangélica. Es una parodia de la comunidad.

En efecto, una comunidad auténtica se da cuando «personaliza».

Una comunidad digna de este nombre representa la consagración de la persona (que no significa, lo repito de nuevo, consagración del individualismo).

En una verdadera comunidad una persona debe encontrar el espacio (¡y las ayudas!) para realizarse en su unicidad.

El buen funcionamiento de una comunidad no se mide por el hecho de formar una serie de personas iguales, refinadas, sin características particulares, sin relieve, bien acabadas y barnizadas por la llamada «compostura religiosa», sino por su capacidad de producir —¡y aceptar!— personalidades fuertes.

La comunidad firma su propia ruina, cuando, siguiendo un modelo de espiritualidad abstracta, se fabrican individuos en serie sin preocuparse por cada persona, sin atender a los problemas vivos y a las exigencias esenciales, sin cuidar las cualidades peculiares de cada uno.

Una verdadera comunidad, sin embargo —ya lo hemos dicho—, se preocupa de «personalizar».

¿Pero qué es una persona?

La antropología nos enseña que en la persona se encuentran dos niveles:

— un nivel de autoposesión, autodominio, por el que la persona se salva de disolverse en un «todo impersonal»;

— un nivel de apertura a los otros, de referencia a los otros, con los que la persona tiende a formar un «nosotros».

Por eso el «hecho comunitario» se da al integrarse estas dos dimensiones: el *poseerse* y, al mismo tiempo, el *abrirse* a un «tu» (lo que implica acoger, aceptar al otro).

Añadimos inmediatamente: aceptar al otro como un «tu» significa reconocerlo como sujeto y no como objeto o cosa. Por tanto no puedo cosificarlo, instrumentalizarlo, manipularlo, despersonalizarlo.

«Jamás podrá resultar una comunidad de la unión de una persona y cincuenta objetos. La «objetuación» —por utilizar un neologismo eficaz de Laín Entralgo—, de los otros hace imposible la relación interpersonal y también la comunidad. La comunidad sólo es posible dentro de la radical aceptación de los demás como un «tu», como muchos «tu» verdaderos. Pero la aceptación pura de los otros como un «tu» supone la aceptación radical de su intimidad como intocable; por lo tanto, el supremo respeto a la *mismidad del otro*¹.

Con otras palabras. El hecho comunitario es posible solamente cuando el yo y el tú se afirman plenamente, más allá de cualquier «egoísmo» y de cualquier «cosificación» o instrumentalización.

La intercomunicación supone un encuentro entre sujetos y desemboca en la intercomunicación.

Todo esto está sintetizado maravillosamente en unos versos del poeta Machado:

«Enseña el Cristo: a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro.

Dijo otra verdad:
busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás».

Para esto es necesario tener mucha lucidez e inteligencia.
Inteligencia de amor, por supuesto.

1. L. Gutiérrez Vega, *Antropología y teología de la comunidad*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 153.

En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo...
(Hech 4, 32).

La posibilidad o imposibilidad de realizarse en el ámbito de la comunidad como personas, por supuesto también bajo el aspecto humano, implica necesariamente el problema de la vocación. Se ha afirmado con mucho acierto que «la vocación no es otra cosa que el itinerario personal por el que el hombre va respondiendo a la llamada de Dios. Ahora bien, la realización plena de esta vocación lleva consigo una cierta madurez humana. Cuando esta madurez humana se siente amenazada por un sistema de relaciones impersonales y descomprometidas, corre peligro la misma persona y se pierde la capacidad de respuesta a la vocación a la que ha sido llamada»¹.

De la preocupación por favorecer las relaciones interpersonales nace la fuerte discusión —todavía en curso— entre *macrocomunidad* y *microcomunidad*. Al margen de los juicios de valor que puedan darse (las primeras —rechazadas especialmente por los jóvenes— no garantizarían la posibilidad de relaciones personales propias de una comunidad cristiana; las segundas constituirían un terreno favorable para la manifestación de tensiones determinadas sobre todo por factores emocionales), me parece que el problema se plantea exclusivamente con referencia al número.

1. V. J. Sastre, *Psico-sociología de la comunidad religiosa en la realidad de la iglesia*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 15.

Es verdad que el número en una comunidad es un factor importante, pero no determinante. No se puede asegurar que, creando comunidades pequeñas, se consiga necesariamente una vida de comunión profundamente evangélica...

En realidad, se deben «combinar» otros numerosos elementos, para lograr una comunidad que sea personalizadora y no masificadora.

Empecemos, en primer lugar, por analizar los diversos tipos de «grupo» (incluso simplemente desde un punto de vista humano), para saber en qué perspectiva hay que encuadrar una comunidad auténtica ².

1. El grupo-masa

En él predomina la homogeneidad, la irreflexión, la irresponsabilidad. En la masa se dan sobre todo los fenómenos de sugestión y contagio que, unidos a la irreflexión e irresponsabilidad, hacen que la masa sea manejable, moldeable, conducible por cualquier líder.

En la masa se da: gregarismo, uniformidad, inercia, pasividad, exaltación momentánea, entusiasmo pasajero, volubilidad de humores. Y si es manejada sin escrúpulos, se producen reacciones inconscientes.

Efectos: la masa no personaliza, no responsabiliza, no libera. Ignora fundamentalmente a las personas (anonimato).

La masa es útil exclusivamente como mano de obra dócil.

La masa es fundamentalmente sentimental y emocional.

2. El grupo-organización

En él se mira ante todo la función que el individuo desempeña en el grupo.

Predomina el valor de la eficacia. Limitada a su capacidad funcional, la persona pierde su valor personal, y está permanentemente amenazada por la instrumentalización.

Esto produce, entre otras cosas, *fenómenos de discriminación*; se rechaza o se soporta con dificultad al inútil, al enfermo, al anciano, al débil.

2. En este capítulo y en los tres siguientes sigo casi a la letra el estupendo estudio de C. Schram, *Las relaciones interpersonales en la vida de comunidad*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 251-263. Me he permitido adaptar el texto, en algún punto, y añadir alguna sugerencia personal.

Efectos: cosifica la persona en vez de enriquecerla. Las personas pasan a ser piezas de una gigantesca máquina (colegio, hospital, empresa editorial, etc.). Las estructuras (horarios, reglamentación, códigos) están al servicio de la eficacia, y no al del desarrollo de las personas.

3. El grupo-comunidad

En él se realiza el hombre, se responsabiliza, se le asume como persona, se le respeta, se le educa, se le ama como es —con su debilidad o con su fortaleza, con sus cualidades y sus limitaciones, con su pobreza o con su riqueza—, porque el valor supremo reconocido por todos es su condición de persona humana libre, responsable, consciente.

Sólo la comunidad es capaz de asumir a los débiles y reconocer lo indispensables que son los «inútiles».

Solamente la comunidad es capaz de reconocer la *actividad* de quien, por enfermedad, no puede ya hacer nada.

Las relaciones son interpersonales, profundas.

Efectos: personaliza a los individuos, los hace crecer en libertad y responsabilidad; los hace seguros, con conciencia del propio valer; estimula a abrirse a los otros; favorece la madurez en un clima de confianza, de respeto, de aceptación y comprensión.

Has hallado gracia a mis ojos, y yo te conozco por tu nombre (Ex 33, 17).

La capacidad de una comunidad para «personalizar» depende, obviamente, de la manera como se considera al *otro*.

Las relaciones interpersonales se caracterizan, precisamente, por la perspectiva en que nos colocamos en relación al tú.

Veamos algunos tipos de estas relaciones, según el «tratamiento» que recibe el «otro».

El otro puede ser *tratado* como número, como objeto útil, como extraño, como persona, como prójimo.

1. *El otro como número*

Los seres humanos son reducidos a la categoría de número.

Uno vale lo mismo que el otro y por consiguiente pueden ser sustituidos indiferentemente. En una comunidad, entonces, se tienen fichas intercambiables.

A todos se da el mismo tratamiento. Homogeneidad. Anonimato. Impersonalidad.

Valor supremo: La uniformidad. Y para conseguirla, se pone en primer término el horario, las normas, el reglamento. Que ya no están al servicio de la persona, sino que se convierten en «fin». En suma, el hombre para el sábado.

La persona, es dominada, manejada, «diluida» en la masa hasta perder su rostro auténtico, característico. No se tienen en

cuenta sus posibilidades, sus carismas. Lo esencial es que no salga de su casilla, de la fila, que no sobresalga.

A la persona se la convierte simplemente en objeto de prohibiciones y de órdenes. Se le inculcan ideas, se la somete al «lavado de cerebro». Es controlada, alienada.

2. *El otro como objeto útil*

Cuando en un grupo lo que se valora es la *función*, el hacer, entonces la persona viene considerada como «fuerza». Y tenemos su *utilización* o instrumentalización.

Un individuo vale no por lo que es sino por lo que rinde.

La relación, en este caso, es siempre superficial, *interesada*.

Poniendo el acento en el hacer, la persona se convierte en pieza de un engranaje al que debe subordinarse. Lo importante es que la máquina funcione.

En muchos casos el personaje enmascara la persona.

Valores supremos: La eficiencia, el rendimiento, los resultados, la disciplina, la organización, los aplausos, el trabajo.

3. *El otro como extraño*

No se acepta al que es diferente. El diferente se convierte en un mal.

El otro asume así los rasgos del «enemigo» y como a tal se le combate, o se le aleja, margina o ignora.

Cuentan las simpatías, las afinidades.

En este caso, se puede vivir muy cerca, pero se excava con relación al otro una distancia abismal.

La indiferencia se convierte en el arma más eficaz para eliminar al otro. En efecto, se le niega el derecho de existir en cuanto otro, o sea, *diferente*. Y así se libera uno de su molesta presencia. Se dan cerrazonas mentales, rechazos del corazón que equivalen —aunque ello se haga irreprochablemente— a una verdadera y propia supresión física de la persona.

El *valor supremo* está marcado por el *conformismo*.

La intolerancia —manifiesta o solapada— domina en este tipo de relaciones. La persona, en todo caso, desaparece como ser libre, autónomo, dotado de una personalidad propia.

Se reconoce solamente al otro... si no es sí mismo, o sea, si abdica de su propia identidad personal para aceptar exclusiva-

mente mis ideas, mi mentalidad, mis puntos de vista, incluso mis antipatías, mis caprichos (o los del grupo).

La conclusión es aquí muy fácil.

¿Cómo te gustaría ser «tratado» en el ámbito de la comunidad? ¿Como número, como objeto útil, como extraño?

Si no te agradan estos tres tipos de «trato», mira que tampoco debes reservarlos para el *otro*.

El descubrimiento de la persona

Miércoles

Vosotros sois todos hermanos (Mt 23, 8).

Se dan defectos de... vista evangélica, en virtud de los cuales me sucede que considero al hermano como número, como objeto útil o como extraño. Pero, por fortuna, el ojo puede funcionar también perfectamente. Y, en este caso, logro ver al otro como persona y como prójimo.

4. *El otro como persona*

Se reconoce y se asume a la persona como tal en una actitud de respeto, de aceptación, de libertad, de responsabilidad, de conocimiento, de lucidez y de amor.

El *valor supremo* es el *respeto*. Respetar significa en último término, personalizar.

«Respetar (=personalizar) es dejar al otro ser él mismo, pensar, opinar, expresarse, elegir, optar y decidir por sí mismo en libertad responsable. Personalizo cuando comprendo, acepto, confío y me abro a los demás; cuando acojo y sintonizo afectivamente, cuando dialogo sin imponerme, cuando me abro y entrego al otro sin posesividad, ni necesidad de dependencia, cuando aprecio sin adulación, sirvo sin servilismo y le digo la verdad libre y desinteresadamente, cuando estimo y le admito sin envidias, cuando le acepto como es, sin paternalismos ni re-

chazo. Sólo un trato personal estimula a ser, a crecer, a mejorarse, a amar, a hacer, a arriesgarse, a corregirse, a sentirse seguro»¹

5. El otro como prójimo

Sin una «visión» cristiana de la persona, sin un reconocimiento del otro como persona (véase el punto anterior) no hay posibilidad de «tratar» al otro como prójimo. La caridad, al margen de esta relación personal, puede convertirse hasta en una forma de egoísmo y de búsqueda de sí mismo, o de dominio sobre los demás.

Considerar al *otro como prójimo* no es una consideración estática, la comprobación de un dato que está ahí. Es, por el contrario, un compromiso concreto, una realidad dinámica, una meta que hay que alcanzar. El otro se hace prójimo sólo cuando yo suprimo las distancias que me separan de él. Con otras palabras: *no me lo encuentro prójimo*. Hago de manera que lo sea acercándome a él.

La «proximidad» (el otro como prójimo, en cuanto yo me he hecho próximo) tiene sentido solamente en Cristo Jesús. El, la cabeza, los demás somos miembros y hermanos en él.

Amar, perdonar, olvidar, curar, disculpar, prestar atención, estimular, darse... son acciones que, al aproximarse al otro, me aproximan y asemejan a Cristo.

Valor supremo: darse.

Para terminar, leamos en Pablo (1 Cor 13) cuáles son las actitudes concretas de esta visión del otro como «prójimo».

Sobre todo caigamos en la cuenta de que estas relaciones «personalizantes» se van tejiendo no desde una mesa sino a lo largo de un camino...

La abolición de las distancias no es una labor de estudio.

Es una cuestión de... pasos.

1. C. Schram, *Las relaciones interpersonales en la vida de comunidad*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 257.

No os estiméis en más de lo que conviene, sino estimaos moderadamente, según la medida de la fe que Dios otorgó a cada uno (Rom 12, 3).

1. Obstáculos

Para la creación de relaciones interpersonales, en una comunidad, puede haber dos clases de obstáculos:

a) *De tipo personal*. Carácteres difíciles: irritabilidad, individualismo, gregarismo, doblez, hipocresía, desequilibrios varios.

Personas llenas de problemas sin resolver: inmadurez afectiva, inseguridad, problematización exasperada y consentida.

Personas absorbentes, totalitarias, irrespetuosas, puritanas, que tienden a imponer el propio modo de ser, de pensar y de obrar.

Actitudes negativas: intransigencia, terquedad, rigorismo, pesimismo, superficialidad, desinterés sistemático, antipatías cultivadas.

b) *De tipo ambiental*. Autoritarismo de algunos superiores. Hipertrofia de las estructuras que ahogan la espontaneidad de las personas. *Sobreprotección* que infantiliza e irresponsabiliza. Rechazo del mundo externo. Desinterés por los acontecimientos de la historia y de la vida de cada día. Insensibilidad frente a los problemas actuales. Terquedad. Patriotismos. Dificultad para comunicarse a un cierto nivel de profundidad.

Predominio de elementos difíciles, por lo cual la mayor parte de las energías hay que emplearlas en evitar desastres.

Atmósfera de temor que inhibe y paraliza.

2. Exigencias

Para establecer verdaderas relaciones interpersonales es necesario, sobre todo, evitar los inconvenientes ya denunciados más arriba. Además, positivamente, han de asegurarse algunas exigencias fundamentales.

a) *Por parte de la persona.* Lo primero, que sea persona. Es decir, madura, consciente, libre, responsable, formada para el respeto, la apertura, el diálogo.

Con voluntad, más que con posturas reactivas de base emocional incontroladas.

Con lucidez en sus motivaciones, en sus decisiones y en sus actos.

Capaz de intimidad y de interioridad.

Capaz de silencio y de soledad.

Capaz para aguantar sin dramatizar.

Capaz de guardar un secreto.

Serena, no atormentada, ni angustiada ni obsesivamente preocupada.

Abierta a la amistad.

Dispuesta a comprometerse, a colaborar.

Con suficiente control y dominio de sí misma.

Con sentido del humor.

b) *Por parte de la comunidad.* Un profundo respeto a la persona. Conocimiento de las leyes psicológicas más elementales. Confrontación valiente y lúcida con otros grupos. Voluntad para saber experimentar. Pluralismo de experiencias. Estructuras flexibles y adaptables a las diversas situaciones y exigencias personales.

Capacidad para superar las tensiones y conflictos inevitables, sirviéndose incluso de ellos como de un elemento de crecimiento y de maduración.

c) *Exigencias sobrenaturales.* «Una voluntad sostenida y fortalecida por la gracia para vivir el misterio de la caridad cristiana. Una visión sobrenatural de las personas que estimule a la comunión, al diálogo, a la unidad, a la circulación y participación de todos los bienes y dones naturales y sobrenaturales. Una respetuosa aceptación de la pluralidad y complementariedad de los carismas con que el Espíritu enriquece a la comunidad. Exige una espiritualidad para el amor fundamentada teológicamente en el misterio trinitario y el misterio de la iglesia y de Cristo, sacramentalmente en la eucaristía centro y fuente de toda vida comunitaria profunda. Esta espiritualidad supone un serio tra-

bajo ascético personal y unas sinceras revisiones comunitarias en las que la corrección fraterna y el mutuo estímulo tengan sentido.

«Exige también un serio cultivo de la oración personal y comunitaria en contacto con la palabra de Dios. Sin oración no hay óptica cristiana del prójimo ni perdón. La generosidad, la autenticidad de las revisiones y correcciones se vuelven impracticables pese a la buena voluntad.

Sólo desde el misterio cristiano se puede hablar de una mentalidad común y de una voluntad común orientada hacia los mismos fines y tareas. Sólo la comunidad de fe produce una comunión de anhelos, simpatías e ideales que hace entusiasmarse al grupo por los mismos valores fundamentales»¹.

1. C. Schram, *Las relaciones interpersonales en la vida de comunidad*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 261-262.

Donde está el espíritu de Señor hay libertad (2 Cor 3-17).

Se ha dado un gran paso, en el camino de la vida religiosa, con la adopción (o descubrimiento) de formas más democráticas de participación en elecciones, consultas, decisiones, etc.

Es motivo de gozo.

La invocación al Espíritu santo se hace más creíble y legítima cuanto más se ofrece a este Espíritu la posibilidad de manifestarse a través de un espacio debidamente amplio, a través de un pueblo, una comunidad, y no sólo a través de algún canal obligado.

Pero no pueden ignorarse los problemas que están sobre el tapete. Apuntamos solamente dos.

Estilo de libertad. Y estilo de claridad.

Así pues, la primera gran dificultad es la de la *mentalidad democrática* o del ejercicio de la libertad.

Tengo la impresión de que en muchos institutos se han adoptado formas, métodos, estructuras democráticas sin preocuparse, al mismo tiempo, de estimular, educar, animar y hacer progresar en *la masa* una verdadera mentalidad democrática.

Con otras palabras, se les ha facilitado un instrumento sin preparar adecuadamente a las personas para usarlo. Quiero decir: sin descubrirles su belleza, sus motivos profundos, su utilidad y sus fines.

Así, no es raro descubrir a personas que se encuentran con papel y lápiz entre manos sin saber usarlos con plena conciencia y absoluta libertad.

Hay quien obedece a sugerencias infantiles, a consideraciones oportunistas, a miedos injustificados, a miramientos fuera de lugar. (Y después aquél queda mal... Pobrecillo después de tantos años no me parece justo... No hay que crear divisiones... Quién sabe lo que pensará el superior si se adopta una decisión contraria a su punto vista... ¿Por qué hacer sufrir?... Se ha hecho durante tanto tiempo así, que no veo por qué ahora hemos de tener tanta prisa... A fin de cuentas no podemos quejarnos mucho... He oído todas estas frases, con pequeñas variantes, en diversas ocasiones).

Todo esto demuestra que muchos individuos no saben aprovechar de una manera correcta el instrumento que se les ha puesto en las manos. Se diría que no saben qué hacer con él... No han asimilado una verdadera mentalidad democrática, una verdadera libertad evangélica. Obedecen a sugerencias demasiado humanas (¡Y la pena es que el alibi ha sido facilitado por el espíritu religioso!). No han descubierto aún la belleza de la libertad de los hijos de Dios. Confunden el miedo con la prudencia, el cálculo con la ponderación, el respeto humano con la docilidad, el oportunismo con la obediencia, la pereza con la fe.

¿Qué hacer? ¿Volver hacia atrás? No faltaría más. Se trata, por el contrario, de ir más adelante. No contentarse con modificar los procedimientos y las estructuras, sino hacer crecer también a las personas en un clima de mayor responsabilidad, espontaneidad y consciencia.

Me atrevo a sugerir especialmente:

1. Dar el sentido de la libertad. Lo que significa, también, convicción de tener que responder, esencialmente, a la propia conciencia.

2. Favorecer los intercambios, la libre circulación de ideas, una información completa. Hemos de conocernos mejor. Por eso es necesario multiplicar las posibilidades de encuentros. Y, sobre todo, favorecer la libre confrontación de opiniones, de puntos de vista, de posturas.

3. Desenmascarar la hipocresía de quien tiene siempre en los labios el peligro de las divisiones para... dejar las cosas como están, para no tocar posiciones cómodas, o para no ser sometido jamás a discusión.

La unidad no tiene nada que temer de la vida, de la claridad, de la libertad.

Es cierto que la unidad exige sacrificio, paciencia, trabajo, renuncia a los egoísmos de toda clase.

Pero el precio de la unidad no podrá ser jamás el silencio cómplice o la aceptación de las peores distorsiones e irregularidades.

Una unidad mantenida a base del juego de los compromisos, de la costumbre y de los subterfugios, de las restricciones mentales, del lenguaje ambiguo, ciertamente no es la unidad querida por Cristo.

Mucho mejor algunas laceraciones dolorosas, algunas comprobaciones molestas, algunos comprometidos exámenes de conciencia, que no las rápidas vendas para cubrir, esconder, «no hacer sufrir», hacer callar.

Bajo aquellos espesos vendajes puede esconderse y avanzar la infección.

Mucho mejor el bisturí, que ciertas pomadas que solamente dan la ilusión de un alivio inmediato, mientras el mal sigue oculto y puede explotar en cualquier momento con consecuencias irreparables.

La unidad, más que manteniéndose juntos, debe buscarse a través de un esfuerzo común de claridad, a través de un encuentro abierto, serio y honesto, a través de las más exigentes confrontaciones evangélicas, a través del respeto más escrupuloso a la justicia, siempre que, naturalmente, se dé de modo eficaz un gran ideal que atraiga y consolide esta búsqueda.

Es cierto que hace falta delicadeza y caridad. Pero la caridad más grande, en una comunidad ¿no es acaso la de actuar de modo que todos... puedan ver claro y obrar según conciencia?

Sólo cuando todos hayan contribuido, libre y conscientemente, con inteligencia y preparación, en la parte que les corresponda, también el espíritu completará la obra.

Pero no nos engañemos pensando que el Espíritu va a suplir nuestros miedos, vilezas o cálculos.

El Espíritu de verdad ama a los valientes que asumen, lúcida-mente, las propias responsabilidades.

Si invocamos la luz de lo alto, intentemos al menos no fabricar pantallas de defensa.

La luz, como la verdad, no es precisamente una comodidad sino un grave riesgo y un laborioso compromiso.

Quien va a derecho, va seguro,
quien va con rodeos, pronto es descubierto (Prov 10, 9).

El otro soporte, adquirida una mentalidad y un estilo de libertad, que sean la expresión de una auténtica responsabilidad comunitaria, me parece que es el *uso correcto de los medios a nuestra disposición*.

Echo fuera inmediatamente lo más desagradable. Así me explico mejor.

Observando ciertos comportamientos, tengo la impresión de que bastantes personas religiosas han aprendido, con una rapidez asombrosa, los subterfugios, los recursos, quiero decir los «trucos», de los procedimientos democráticos más gastados. Todo ello antes del uso leal, honesto, legítimo, limpio de la democracia.

O sea, el contrabando antes que el comercio autorizado.

Han copiado las formas peores de la democracia: procedimientos desenvueltos, una especie de terrorismo ideológico-religioso ejercido contra los más débiles, tácticas extorsionistas, clientelismo, favoritismos, propaganda hecha con métodos discutibles (por no decir algo peor), maniobras pícaras más que hábiles, tácticas de... acorralamiento, formas de presión indebida, intrusiones descaradas, pesados condicionamientos de diversa especie. Con otras palabras: baja política.

Como si uno hubiese aprendido, al estudiar una lengua extranjera, sobre todo las palabrotas.

O también, usase el automóvil esencialmente para sobrepasar los límites de velocidad.

O estudiase las leyes para descubrir el modo de eludirlas.

O hubiese aprendido el uso de la balanza solamente para robar en el peso.

Si, en el primer caso, el problema consistía en el sentido de la propia libertad y responsabilidad, aquí el problema está en el respeto a la libertad ajena.

No será superfluo recordar que en ningún caso el fin justifica los medios. Y cuanto más alto es el fin, tanto más «limpios» deben ser los medios empleados para conseguirlo.

Una causa que necesita ser sostenida con ciertas operaciones poco limpias, ella sola se descalifica.

La deshonestidad es deshonestidad aunque se emplee por un motivo (considerado) santo.

La deslealtad sigue siendo deslealtad aunque se ponga al servicio del espíritu religioso.

El engaño no puede adquirir el carnet de nobleza o la aureola de santidad por el hecho de que sea empleado para el bien (o para aquello que nosotros tenemos por tal...).

El truco siempre será truco y jamás ejercicio de virtud.

Una maniobra poco clara siempre será una maniobra poco clara, y nunca podrá aspirar a que se la ascienda a «práctica ascética».

Si se acepta el juego democrático, es necesario respetar escrupulosamente sus reglas (que, a veces, para nuestro orgullo, son más difíciles que ciertas mortificaciones).

¿No estará también en este campo la vida religiosa llamada a ser «signo»? Signo de corrección, de seriedad, de limpieza y honestidad...

Así pues, mentalidad democrática no sólo para sí mismos, sino también para los demás.

Escrupulosos para guardar las reglas de juego, también en el caso en que los resultados no sean de nuestro agrado (no hay que apelar a la libertad, cuando obtenemos de ella una ventaja personal, y anularla o condicionarla cuando proveemos que no va a ir de acuerdo con nuestros gustos y con nuestra mentalidad...).

Si la libertad, como hemos dicho, no es un *confort*, sino un pesado riesgo y un incómodo compromiso, este compromiso debe traducirse también en un estilo de fidelidad y de respeto a las reglas.

Hace falta tener una cara muy dura si, después de haber organizado nuestros enredos, osáramos aún pedir la ayuda de Dios...

El, para intervenir, necesita un terreno libre de estorbos, limpio de astucias.

Quiere, sobre todo, *ver claro* en todo aquello que hemos hecho.

Y es probable que lo vea claro sólo si lo ven claro *todos* aquellos que están alrededor nuestro...

El, entre otras cosas, es mucho más exigente.

Será, por ello, oportuno que antes de someternos a su examen, empecemos a dejarnos examinar por aquel que está cerca de nosotros y en condiciones para ver claro.

Vigesimoquinta semana

La comunidad que «sale»

Yo soy la salvación del pueblo —dice el Señor—.
Cuando me llamen desde el peligro,
yo les escucharé, y seré para siempre su Señor

*(Antifona de entrada del
vigésimoquinto domingo del tiempo ordinario)*

Cuando el caballo se deja arrastrar por el carro...

Domingo

...Reunieron a la comunidad, le contaron lo que Dios había hecho por medio de ellos... (Hech 14, 27).

En una novela de Dickens se narra el siguiente episodio: Mister Pickwick sube a una carroza de alquiler y, durante el viaje, queda impresionado por un extraño fenómeno que no logra explicarse. Pide aclaraciones al cochero:

—Por favor, buen hombre, ¿cómo es posible que un caballo tan esquelético y derregado logre arrastrar una carroza tan grande y pesada?

El cochero, con una sonrisa, pícara, responde con aire de misterio:

—Esto no es cosa del caballo, señor mío, sino del coche.

—¿Cómo dice?

—Mire Ud., pasa lo siguiente. Tenemos un par de ruedas estupendas. Y están engrasadas tan cuidadosamente que, apenas el caballo tira de las limoneras, las ruedas se ponen inmediatamente en movimiento... Y al pobre animal no le queda otro remedio que coger el trote, si no quiere ser arrollado por el carruaje...

El símil me parece bastante eficaz.

La vida religiosa debería ser como el caballo encargado de «tirar» de la carroza del mundo y de la iglesia.

¡Podría suceder, por el contrario, que fuera la carga... quien hiciera mover, empujar, animar al caballo!

Así, se invierten los papeles.

La carrera ya no está determinada por un empeño conscien-

te de anticipación, por la fidelidad al propio quehacer de guía, sino por el miedo a ser atropellados, adelantados.

Nosotros deberíamos ser los llamados a crear novedad, a producir eventos. Y en lugar de esto, a veces, nos dejamos sorprender por los acontecimientos. Y, a lo más, logramos *acomodarnos* con un trabajo enorme, y ni siquiera muy convencidos, con frecuencia imprevistos, con la única preocupación de no vernos orillados.

Con otras palabras: con demasiada frecuencia nos limitamos a «levantar acta» de lo que ha acaecido al margen nuestro, sin nosotros, e incluso contra nosotros.

En vez de tomar la iniciativa, padecemos la iniciativa ajena. Y nos vemos casi siempre obligados a estar a la defensiva.

Muchas conquistas de nuestro tiempo nos han visto no en el papel de protagonistas, sino en el pasivo, de espectadores distraídos, desconfiados y hasta hostiles (salvo la *apropiación*, en extremis, del riesgo y del trabajo ajeno, que no logra, sin embargo, hacer olvidar nuestras ausencias culpables).

Y precisamente a esas conquistas llegan a veces antes los códigos civiles. Mientras que nosotros, con un evangelio en la mano, vamos todavía renqueando y discutiendo... Nosotros que teníamos que adelantarnos a los demás.

«La religión ha de ser una fuerza transformadora de la vida del hombre en su mundo y por lo mismo, *la iglesia no puede contentarse con aparecer en escena cuando otras fuerzas han dado ya su forma a la vida moderna*. Debe ser fuerza poderosa que contribuya a la configuración misma de la vida»¹.

Esto es válido, con mayor razón, también para la vida religiosa.

Una fuerza tal de arrastre no puede limitarse a «engancharse» en el momento justo (si es que lo logra...).

Una fuerza transformadora no puede quedarse mirando —quizás juzgando y sentenciando— qué hacen los demás.

Un protagonista no puede entrar en escena —quizás a... recibir aplausos— cuando la representación ha terminado y se ha bajado el telón.

Efectivamente. Los apóstoles, el día de Pentecostés, no se contentaron con dejarse arrollar por los sucesos.

Sólo hay un medio para no dejarse «superar» por los acontecimientos, para no quedar al margen. Es el de crearlos.

1. J. Alvarez Gómez, *Las aspiraciones comunitarias de hoy, vistas a la luz de la historia de la vida religiosa*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 47. El subrayado es nuestro.

Cuando la fuerza creadora se convierte en fuerza embalsamadora

Lunes

Con los judíos me he hecho judío... Con los que están sin ley, me he hecho como quien está sin ley... Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos... (1 Cor 9, 20-22).

Hemos de tener el valor de averiguar las causas de nuestros retrasos en relación con la historia.

Entre muchas que se podrían dar, me limito a sugerir tres tipos de respuesta.

1. *Insuficiente sentido de la encarnación*

Se olvida que la fidelidad a la propia vocación es siempre doble: fidelidad a Dios, único necesario, y fidelidad histórica. Teniendo en cuenta que esta última solamente es posible a través de una actitud de encarnación en un determinado tiempo, en un determinado contexto histórico-sociológico-económico-cultural.

Una vida religiosa auténtica debe estar en situación de responder no sólo a las esperanzas de Dios, sino también a las esperanzas del mundo. Mejor: responder a las esperanzas de Dios, en un determinado momento histórico. O, si se quiere: responder a las esperanzas de Dios manifestadas a través de los «signos de los tiempos».

Por eso, la vida religiosa ha de estar sometida a una continua revisión de las formas de vida, que tienden inevitablemente a envejecerse, con el pasar del tiempo. Y no es que envejezca el ideal, sino su expresión concreta.

Es necesario, por tanto —como advierte I.-M. Congar—, no confundir la vida con una cierta forma de vida, que corre el riesgo de degenerar en costumbre, hábito y comodidad.

Es necesario, consiguientemente, una atenta re-interpretación de la vida.

«El ideal en cuanto tal no ha envejecido; lo que ha envejecido es la estructura en que él se apoyaba. Esto quiere decir que una institución religiosa, *vr. gr.*, la estructura comunitaria, es *actual* o *anticuada*, no por sí misma, sino por su relación a otras realidades cambiantes, y por lo mismo algunos elementos de la institución comunitaria, por ejemplo, deberán desaparecer o deberán ser puestos en un segundo plano, porque ya no sirven para que el ideal comunitario en cuanto tal sea eficiente en una situación nueva.

«Hay que *re-inventar* continuamente *las formas de la vida comunitaria*, eliminando compartimientos caducos para volver siempre a lo esencial, «al origen de toda vida cristiana y a la primitiva inspiración de los institutos religiosos» (PC 2) para que la comunidad religiosa siga siendo *testimonio, signo fácilmente legible*, para los hombres de buena voluntad de todo tiempo, y no se convierta en un *jeroglífico*.

Ahora bien, no cabe duda de que la actual estructura de la vida comunitaria ya no es *signo fácilmente legible*, sino más bien *jeroglífico*, para los hombres de hoy. Piénsese, por ejemplo, en el cúmulo de distinciones, más sutiles que reales, que se tienen que hacer al hablar de la pobreza colectiva de las comunidades religiosas de hoy. Y la razón de que la vida religiosa comunitaria de hoy no sea ese signo fácilmente legible, se debe sencillamente a que nuestra estructura comunitaria está profundamente impregnada de elementos que en su día fueron, sin duda, transmisores, signos legibles del evangelio, pero que no corresponden ya a la estructura social de nuestro tiempo»¹.

La comunidad religiosa, en cuanto estructura, no ha sido creada una vez para siempre. Se presenta con frecuencia a los religiosos la tentación de identificar el *substrato comunitario evangélico* con las *formas* o aspectos concretos que asume en un de-

1. J. Álvarez Gómez, *Las aspiraciones comunitarias de hoy, vistas a la luz de la historia de la vida religiosa*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 51-52.

terminado momento de la historia. Y las caídas en esta tentación no son tampoco esporádicas.

La vida religiosa jamás puede adquirir una forma, una figura definitiva. En efecto, el ideal del que se hace portadora debe vivirse, *encarnado* en cada momento histórico.

Hay algo permanente en la vida religiosa, y es el *elemento evangélico*. Pero permanente no quiere decir inmutable, invariable. Pues precisamente el elemento evangélico permanente es como una semilla que se echa en el surco, en situaciones diversas, en condiciones diferentes, para que germine, crezca y se desarrolle al ritmo de la historia.

2. *Ambigua apelación a los fundadores*

Es sorprendente cómo con demasiada frecuencia se apela a los fundadores (y, paradójicamente ¡a su espíritu!) para frenar e incluso paralizar el movimiento de la vida religiosa en relación al movimiento del tiempo presente.

Su fuerza creadora queda así reducida a forma... embalsamadora.

La referencia a los orígenes, así, se convierte en un recuerdo de «lo que ha sucedido», y no —como debería ser— de «lo que ha comenzado».

La apelación al pasado, en vez de alimentar la vida, termina por ahogarla.

Observa, agudamente, una religiosa: «No es verdad que nuestro fundador haya pasado ya. Somos nosotros quienes le hacemos hombre de otro tiempo, si seguimos haciendo lo que él ya no haría y no nos decidimos aún a hacer aquello que él ya habría hecho».

Sí, me parece que ésta es la perspectiva justa en la que es necesario colocarse. Estudiar lo que los fundadores harían hoy, en nuestro lugar, en esta situación concreta.

Solamente así puede restituirseles la *actualidad* a que tienen derecho.

Y se asegura la continuidad y vitalidad de su obra.

Mirad, el que habla en lenguas extrañas no habla a los hombres, sino a Dios, ya que nadie lo entiende; llevado del Espíritu dice cosas misteriosas. En cambio, el que predica inspirado habla a los hombres, construyendo, exhortando y animando. El que habla en lenguaje extraño se construye él solo, mientras el que predica inspirado construye la comunidad...

Si la trompeta da un sonido indistinto, ¿quién se va a preparar al combate? Pues lo mismo vosotros con la lengua: si no pronunciáis palabras reconocibles, ¿cómo se va a entenderse lo que habláis? Estaréis hablando al aire. Vete a saber cuántos lenguajes habrá en el mundo, y ninguno carece de sentido; de todos modos, si uno habla un lenguaje que yo no conozco, mis palabras serán un galimatías para él y las suyas para mí...

Supongamos que pronuncias la bendición llevado del Espíritu; ese que ocupa un puesto de simpatizante, ¿cómo va a responder Amén a tu acción de gracias, si no sabe lo que dices? Tu acción de gracias estará muy bien, pero al otro no le ayuda. Gracias a Dios hablo en esas lenguas más que todos vosotros, pero en la asamblea prefiero pronunciar media docena de palabras inteligibles, para instruir también a los demás, antes que diez mil en una lengua extraña (1 Cor 14, 2-19).

Desearía referirse a una última causa, además de los dos precedentes, acerca de los «retrasos» en la vida religiosa.

3. Equívocos sobre los «cambios»

Hoy muchos en la vida religiosa aceptan —aunque sea con algunas reservas, vacilaciones y lamentos— la idea de cambio.

Pero no se dan cuenta de que el cambio hay que insertarlo en una realidad que está sufriendo un proceso de incesante transformación.

Efectivamente, no basta decir que nuestra sociedad cambia continuamente. Los cambios que en ella tienen lugar son *rápidos, radicales y eficaces*.

Su rapidez resulta en «proporción geométrica» respecto a la realidad anterior, y su amplitud y profundidad son difícilmente mensurables.

«La humanidad se encuentra hoy en una nueva era de su historia, caracterizada por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Estos cambios nacidos de la inteligencia y del trabajo del hombre, vuelven a incidir sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos, individuales y colectivos; sobre su modo de pensar y reaccionar ante las cosas y los hombres. De ahí que podamos hoy hablar de una auténtica transformación social y cultural que influye también en su vida religiosa» (*Gaudium et spes*, 4).

Ahora bien, nuestros cambios no pueden ignorar este fenómeno.

«Se trata ante todo de conducir el esfuerzo de la imaginación hacia realizaciones, naturalmente nobles y altas, pero prácticas. Y, además, es necesario llegar prontamente a experimentaciones prudentes, que permitan construir, si no un modelo perfecto, por lo menos modelos utilizables. En una época en que todo evoluciona muy rápidamente, *es necesario anticiparse bastante* para tener tiempo de practicar experiencias significativas que, después de las oportunas adaptaciones, *resultan ejemplares, antes de encontrarse retrasadas*. Nada hay que posea hoy una fuerza de convicción más viva sobre la opinión, como las pequeñas realizaciones logradas, que fácilmente pueden darse a conocer pronto en círculos bastante amplios, gracias a los medios de difusión, rápidamente multiplicables»¹.

Si no se hacen a tiempo, se corre el peligro de que nuestros cambios respondan a exigencias de una situación ya superada por la realidad presente. Es decir, quedan «desfasados» respecto a la realidad que los ha provocado.

Y esto debería hacer reflexionar a aquellos que continúan repitiendo como un estribillo: «Vayamos con calma». «No hay prisa». «Es necesario ser cautos». Los tales no tienen en cuenta que no es posible darse el lujo de caminar a diez kilómetros por hora si se quiere alcanzar a una caravana que marcha a ciento. Prudencia, ciertamente. Pero unida a la puntualidad. Por otra parte, si la prudencia es un *medio* que nos ayuda a conseguir un

1. F. Bloch-Lainé, *Bâtir des utopies concrètes: Projet* (1970) 518.

determinado objetivo, la prudencia, en el mundo de hoy, debe sernos útil para caminar un poco de prisa.

De la misma manera, es necesario tener presente que los cambios no pueden «quedar organizados» de manera definitiva.

«Nos hemos renovado, y ahora estamos ya tranquilos, hemos cumplido con nuestro deber ante la historia». No es eso. Hemos de caer en la cuenta de que los cambios hay que insertarlos en una realidad que, entre tanto, no ha permanecido parada, sino que está en continua evolución.

Por eso algunos hablan, no sin razón, de «institucionalizar los cambios».

Lo cual quiere decir que la renovación debe ser la norma, no la excepción.

La encarnación, lo mismo que la historia, no es una cosa que sucedió. Es algo que ha comenzado y debe proseguir.

Cuando una comunidad descubre que una noticia no debe ser ocultada

Miércoles

Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Todos, desorientados y admirados... (Hech 2, 6-7).

Antes de la pascua, la comunidad apostólica se encuentra materialmente reunida en torno a Cristo. Vive con él, le sigue por los caminos de Palestina.

Después de la pascua, la presencia física de Cristo es sustituida por la comunión en el Espíritu.

Ahora bien, según cuanto nos refiere el libro de los Hechos de los apóstoles, la presencia del Señor *en espíritu* en la comunidad de los creyentes se realiza esencialmente a través de:

- la escucha asidua de la palabra
- la oración ininterrumpida
- la liturgia, principalmente el *memorial del Señor* o eucaristía.

Pues bien, esta comunidad, que constituye una verdadera fraternidad, no permanece cerrada en sí misma. No encuentra en sí misma la propia razón de ser. El «estar juntos» es en función de un testimonio, de un mensaje, o sea, de algo más y distinto.

El día de Pentecostés las puertas del cenáculo se abren de par en par. Y la comunidad «sale». Afronta el mundo exterior.

Es a este mundo al que es enviada. «Id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad» (Mc 16, 15).

El seguimiento de Cristo recibe de este modo como se ha observado — una *trasposición pentecostal*.

A Cristo no se le alcanza a través de un itinerario de perfección individual, sino haciéndonos por nuestra parte *itinerantes* por los caminos del mundo, al encuentro de todos los hombres, a los que se debe transmitir una noticia.

En esta dimensión apostólica, propia de la comunidad religiosa, se coloca la exigencia fundamental de encarnación que hemos subrayado en los capítulos anteriores.

«Cuando se verificó esta encarnación, la vida religiosa comunitaria fue signo transparente del reino. Cuando se perdió, se convirtió en jeroglífico hasta para los hombres de buena voluntad» (J. Alvarez Gómez, p. 60).

Refiriéndonos a la situación actual, debemos preguntarnos: ¿la organización, las estructuras de la vida comunitaria son hoy de tal condición que favorezcan la «inteligibilidad», o sea, la transmisión del mensaje evangélico?

El problema no está tanto en el contenido del mensaje, cuanto en la posibilidad y en el modo de transmisión en relación con las exigencias del mundo moderno. Para comunicar una noticia, no basta poseerla. Es necesario transmitirla en una determinada longitud de onda. Y para hacerlo, hace falta contar con los instrumentos necesarios.

Estoy plenamente de acuerdo con este juicio:

«Y, en el fondo de las cosas, no es que falte esta disponibilidad hacia los demás y en cualquier momento; lo que sucede es que esta disponibilidad tiene que estar filtrada a través de las costumbres, del reglamento, de la estructura comunitaria en una palabra. Es decir, hemos identificado la estructura comunitaria con el legalismo farisaico de un tiempo. Esta estructura comunitaria era válida dentro de la sociedad tradicional para traducir esa disponibilidad hacia los demás; pero ya no es válida en una sociedad estructurada de un modo diferente, como la nuestra»¹.

En conclusión: cuando se acentúa la distancia entre las estructuras de la sociedad moderna en general y la comunidad religiosa, entonces es el mensaje evangélico el que debe pagar el gasto. Porque queda inevitablemente alejado de los hombres a los que se dirige.

Debemos poner atención a fin de que nuestra separación del mundo no genere a su vez una separación entre el mundo y el evangelio.

La «fuga del mundo» no debe llevar a... ocultar la «noticia».

1. J. Alvarez Gómez, *Las aspiraciones comunitarias de hoy*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 72.

Cuando una comunidad tiene un centro pero también una salida

Jueves

Ni un solo día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, dando la buena noticia de que Jesús es el mesías (Hech 5, 42).

Creo que el término más expresivo para indicar la dimensión apostólica de una comunidad religiosa es «proyección».

Proyección sugiere la idea de un dinamismo centrífugo.

Implica un «centro» (la *verdad* de una comunidad, la verdad de su koinonía) y una «salida» hacia los otros.

Estas dos realidades están estrechamente ligadas y son interdependientes.

«No hay proyección apostólica de la comunidad, sino en la medida en que hay verdad y densidad y cristiana comunidad. A la inversa, no puede haber una sólida, verdadera y cristiana comunidad, sin una intensa y fecunda influencia apostólica»¹.

Cuanto más profundo y sólido es el centro, tanto más segura y decidida es la trayectoria de salida.

La vida religiosa es, por esencia *comunitaria*, pero también *comunicativa*.

Si falta la *salida*, la comunidad no hace más que girar en torno a sí misma (sus propios problemas, sus propias pequeñas cosas, sus propias exigencias). El ambiente se carga. La atmósfera que

1. B. Rueda, *Proyección y compromiso apostólico de la comunidad*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 271.

se respira allí está viciada. Falta la vida. Un «pequeño mundo» amputado del extenso mundo, envuelto en el aire acondicionado de un equívoco sobrenaturalismo. Quiero decir que se llega a un «individualismo comunitario».

Si falta el *centro*, la comunidad termina por girar en el vacío, aun cuando haga mucho ruido, y defraudar las esperanzas de los hermanos. Su actividad oculta la debilidad espiritual y se convierte en una forma de alienación.

Una comunidad cerrada sobre sí misma se reduce a un gueto y termina por empequeñecerse en preocupaciones mezquinas. Una comunidad pobre en su «centro» se convierte en una empresa pseudo apostólica para suministrar... vacío.

Hoy la vida religiosa se encuentra ante un doble riesgo. Evaporarse en un proyecto de relación con Dios y con la trascendencia, que deja libre casi todo el espacio de un auténtico compromiso por los hermanos. Y este espacio puede llenarse con toda clase de incoherencias, traiciones... y necesidades. O, en el extremo opuesto, consumirse en un activismo frenético que, con la obsesión de «dar», olvida *lo que hay que dar*, y se engaña con que la agitación exterior supla la pobreza interior.

Estos dos peligros opuestos se superan solamente en una visión completa y unitaria de la vida de comunidad, para la cual el «estar» (el centro) está en función de una concreta y dolorosa responsabilidad «hacia» los otros; y el *salir* resulta la «manifestación» obligatoria de lo que se posee en profundidad.

En suma: «ser». Pero también «ser para».

De esta manera ningún espacio queda descubierto: ni el interior, ni el del mundo exterior.

Si nos preocupamos casi exclusivamente de nuestro pequeño jardín comunitario, el mundo seguirá siendo un desierto.

Si descuidamos nuestro núcleo esencial, nos convertimos en apaleadores de viento.

«Si los cristianos pretenden vivir en comunión visible, esto no es un fin en sí mismo, no es para ser mejores juntos o para ser más fuertes, sino para ser verdaderos frente a los hombres, para ofrecer a todos los hombres un lugar de comunión.

Nuestra comunión es un fuego encendido en toda la tierra: quemémonos dentro»².

Thibon ha hecho observar que, para unir a los hombres, sirven las escaleras más que los puentes.

Yo pienso que son indispensables unas y otros.

Una comunidad sin *escalas hacia lo alto* se queda escuálida y vacía. Es simplemente una organización, una empresa.

Una comunidad sin *puentes hacia el otro* se convierte en un refugio, un club de iniciados, una sociedad de seguros, rigurosamente reservado a los socios inscritos. Un tétrico fortín que guarda a gente preocupada exclusivamente de su propia salvación.

Una comunidad que disponga de escalas y puentes bastantes no es una comunidad excepcional.

Es simplemente una comunidad preocupada de las conexiones justas.

2. R. Schutz, *Lotta e contemplazione*, Brescia.

Cuando una comunidad toma en serio la miseria

Viernes

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo (Lc 6, 36).

Bergson pedía para nuestro mundo tecnificado un «suplemento de alma».

Hoy, en un mundo deshumanizado, está surgiendo de manera dramática la exigencia también de un «suplemento de corazón».

Y la vida religiosa debe asegurar precisamente este suplemento de corazón, sobre todo mediante la misericordia.

«La ciencia ha provocado en la historia espiritual de la humanidad la aparición de un período glacial. No sabemos si las almas podrán resistir a clima tan rígido» (M. Mansuy).

El mundo moderno, más que cruel, es duro, funcional, y por consiguiente sustancialmente distraído e indiferente. Está apareciendo lo que se ha definido como «el monstruo frío».

En una sociedad fría, atolondrada, los hombres son solitarios, distantes, apáticos, extraños. El hacinamiento y la comprensión en los trenes, en los estadios, en las calles, en los locales públicos no hace a las personas más permeables las unas a las otras.

Los verdaderos encuentros resultan cada vez más difíciles.

Nos sentimos más lejanos, más extraños, más solos, en el caos del tráfico ciudadano que en medio de un bosque o en una montaña nevada.

El hombre ha suprimido prácticamente las distancias espaciales, pero se han abierto distancias abismales entre los corazones

Viernes

nes (soledad, anonimato, extrañeza). En ciertas grandes viviendas modernas se puede vivir en el mismo piso e ignorarse completamente.

No se cae en la cuenta de quién sufre.

Pensemos en la *deshumanización* de los hospitales. Lo cual quiere decir que, a un gran progreso técnico corresponde una espantosa carencia en materia de auténticas relaciones humanas.

Terapéutica de vanguardia, técnicas modernísimas, máquinas prodigiosas. Pero el enfermo se siente más solo que nunca, más... intruso que nunca. Tiene la impresión de verse reducido a un «caso clínico», a un número, hasta a un engorro y un estorbo.

Hay poca gente que le tome en serio como persona, además de ficha clínica, que sepa perder el tiempo con él, pensando en sus exigencias más profundas, además de su temperatura.

Y precisamente en este punto, en este aspecto espantoso de nuestra civilización, es donde se interfiere el reto y por consiguiente la actualidad de la misericordia. El reto de la bondad, de la atención, de la cercanía. Misericordia quiere decir «tomar en serio la miseria». Hacerse cargo del sufrimiento del otro. Ser co-partícipes del dolor del hermano.

El que sufre, el viejo, el pobre, el desesperado debe sentirse objeto de amor. Debe encontrar a su lado una persona de carne y hueso, no un ser exangüe, impasible. Una persona inclinada sobre él, que toma en serio su miseria, y le transmite un mensaje de bondad, le comunica una «buena noticia».

El que sufre tiene necesidad de encontrar a su lado un cristiano, religioso, dotado de sensibilidad, de atención, de respeto, que le da a conocer la «buena noticia» de que Dios no está lejano, impasible, insensible; sino que es un Dios que se ocupa de él, que le quiere de verdad. Y el tal cristiano no es más que un representante, un encargado del Dios, que es amor y misericordia.

De este modo la proximidad de una persona hace a Dios próximo.

En un mundo en el que cada vez se van haciendo más profundas y más largas las distancias entre Dios y el hombre, entre el hombre y su hermano, el cristiano testigo de la misericordia estará siempre de actualidad como el que «borra las distancias».

En un mundo en el que el hombre, a pesar del progreso y de la técnica, estará cada vez más solo, el cristiano testigo de la misericordia, tendrá siempre una misión indispensable: precisamente la de afirmar una presencia, una proximidad...

Una comunidad que «sale» al aire libre es una comunidad que tiene un corazón valeroso, que tiene coraje.

La mujer no tiene necesidad de promoción

Sábado

¡Qué grande es tu fe, mujer! (Mt 15, 28).

Hoy, al paso que la polémica acerca de la identidad de la mujer se hace cada día más incandescente, y desde distintas partes se mueven acusaciones concretas a la tradición cristiana como responsable del antifeminismo de la historia (una acusación, debemos reconocerlo, no siempre infundada), alguien ha hecho una pregunta provocativa: ¿era Jesús feminista o antifeminista?

Más allá de su evidente sensacionalismo, la pregunta nos estimula a precisar la actitud de Cristo en relación con la mujer, teniendo en cuenta el ambiente histórico-cultural en el que vivió y se formó¹.

Podemos anticipar inmediatamente una conclusión negativa: en los evangelios aparece evidente que Jesús no trata nunca a las mujeres como *seres inferiores*. Por lo demás, él era consciente de haber sido enviado sobre todo a algunas categorías de «seres inferiores» (mejor a aquellos que la mentalidad común consideraba «seres inferiores») como el pobre, el tullido, el leproso, el ciego, el publicano, cualquier tipo de pecador, para invitarlos a todos a la libertad y a la igualdad de los hijos de Dios.

Es cierto que el estatuto de la mujer en Palestina, en tiempos de Jesús, no era muy progresivo.

1. Utilizo, para este capítulo, el excelente estudio de L. Swidler, *Il Gesù degli Evangelii era femminista*, en *Crisi dell'antifemminismo*, obra en colaboración, Milano.

Las mujeres no tenían derecho a estudiar la *Torah* (o sea, la ley, la sagrada Escritura). Un rabino del siglo I, Eliezer, declara con excesiva crudeza: «Sería mejor quemar todas las palabras de la *Torah* antes que ponerla en manos de una mujer... El que enseña la *Torah* a su hija es como si la enseñara costumbres lascivas».

En el templo de Jerusalén las mujeres estaban confinadas a una zona periférica (el llamado precisamente atrio de las mujeres), que se encontraba cinco gradas más baja que la reservada a los hombres.

En las asambleas religiosas las mujeres eran simplemente «toleradas», y además clasificadas como los esclavos y los niños.

Un célebre *Proverbio de los padres* sonaba así: «Aquel que habla mucho con una mujer atrae sobre sí la desgracia, olvida las palabras de la ley y merece en suma el infierno» (hay que observar que este consejo o exhortación no tenía como objeto las relaciones demasiado libres entre los dos sexos, sino que se refería a la actitud del marido con su mujer).

«Un rabino consideraba deshonoroso para la propia dignidad y verdaderamente indigno dirigir en público la palabra a una mujer» (P. Ketter).

Por otra parte, toda la literatura rabinica proporciona un abundante florilegio de testimonios sobre la consideración... poco lisonjera en que se tenía a la mujer. He aquí, por ejemplo, algunos dichos que corrían en boca de todos.

«En el nacimiento de un niño todos se sienten felices, pero en el nacimiento de una niña todos se entristecen».

«Cuando nace un varón, la paz viene al mundo; cuando nace una mujer no sucede nada».

«Hasta la mujer más virtuosa es una bruja».

«Nuestros viejos maestros han dicho: Hay cuatro cualidades evidentes en las mujeres: son golosas, charlatanas, perezosas y celosas».

En confirmación de esta mentalidad, el judío, cuando oraba, agradecía de corazón a Dios estos tres inmensos beneficios: «Bendito sea el eterno que no me ha creado pagano. Bendito sea el eterno que no me ha creado ignorante. Bendito sea el eterno que no me ha creado mujer».

En el mundo israelita «la mujer vivía siempre bajo la tutela de un hombre: el padre o el marido, y en el caso de que fuera viuda, bajo la tutela del hermano del marido de la difunta. Entre los judíos de la época de Jesús la poligamia —y no la poliandria— era legal, aunque en la realidad era poco frecuente. Muy distinto, en cambio, era el caso del repudio legal que consistía práctica-

mente en un divorcio; el marido lo podía obtener muy fácilmente por medio de un acto judicial sencillísimo. Por el contrario, las mujeres no podían divorciarse de sus maridos» (L. Swidler).

En un contexto de tan marcada marginación, es ya sorprendente que los evangelios no presenten actitud negativa alguna de Jesús para con la mujer.

Y, en cambio, no falta algo todavía más revolucionario.

Cristo no duda en explicar el propio mensaje también a las mujeres, en elocuente oposición a la mentalidad de aquel tiempo, que consideraba «obsceno» enseñar la Escritura a las mujeres.

Incluso algunas mujeres se hacen discípulas suyas y le acompañan en sus viajes. «Después de esto fue caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea proclamando la buena noticia del reino de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres... que le ayudaban con sus bienes» (Lc 8, 1-3).

Cristo se detiene a conversar junto al pozo de Sicar, con la samaritana. Y el hecho resulta tanto más «escandaloso» cuanto que se trata de una persona a quien un *rabino* no debería dirigir nunca la palabra por dos motivos: porque era mujer y porque era samaritana.

Y precisamente esta mujer, no ciertamente sin mancha (tuvo cinco maridos y vivía a la sazón con uno que no era su marido), es la depositaria del «secreto» de su mesianidad y se convierte incluso en misionera en Samaria.

Además Jesús no concebía la misión de la mujer en términos restringidos. No la confinaba, según la costumbre del tiempo, únicamente a la cocina y a cuidar de la familia.

«En una visita a Marta y María (Lc 10), Jesús rechaza este cliché de forma muy directa. Marta desarrollaba un papel típicamente femenino. Como dice precisamente Lucas: Marta se distraía con el mucho trajín. Efectivamente se distingue mucho de María que asume extrañamente un papel masculino. Como dice Lucas: María se sentó a los pies del Señor para escuchar sus palabras. Parece que Marta reaccionó ante este hecho. Pensaba ella que María, al escoger el papel de la *intelectual*, había invadido el campo ajeno, y de hecho se queja del caso ante Jesús. Pero la respuesta de Jesús a la protesta de Marta es una repulsa a hacer entrar a todas las mujeres en el marco tradicional. El maestro trata a María ante todo como a una persona cuya facultad más elevada es la inteligencia, el espíritu; reconoce que ella es libre de escoger sus prioridades, más aún, reconoce que en el caso en concreto había elegido la parte mejor, y su aprobación llega hasta asegurar que esta parte mejor no le será quitada. Si tenemos pre-

sentes las limitaciones palestineses respecto a las mujeres que estudiaban la Escritura, la actitud de Jesús no puede menos de aparecer claramente revolucionaria. Difícilmente se puede imaginar cómo Jesús podría haber sido más claro en su insistencia al afirmar que las mujeres estaban llamadas a la vida intelectual y espiritual como los hombres» (L. Swidler).

En otra ocasión, Cristo no duda en quebrantar la ley mosaica para salvar de la lapidación a una mujer sorprendida en adulterio. Desmonta la trampa que le han tendido sus acusadores y no se deja envolver en el legalismo y las abstracciones.

Finalmente, en un ambiente que no consideraba como aceptable el testimonio de la mujer ante un tribunal, Cristo confía a una mujer, la ex-prostituta de Magdala, el mensaje del hecho más asombroso de su vida: la resurrección. «Anda, ve a decirles a mis hermanos...» (Jn 20, 17).

Creo que son suficientes estas citas para convencerse de que la decidida *actitud personalista de Jesús se extiende hasta la mujer* y forma parte esencial del evangelio, o sea, de la buena noticia.

Y es extraño que, olvidando esta clara posición de Jesús en favor de la dignidad y de la igualdad de la mujer, una cierta tradición cristiana, haya derivado hacia la vertiente opuesta, «descalificándola», abrazando de este modo posiciones netamente paganas.

Afortunadamente hoy la iglesia («esta madre tan masculina», ha dicho irónicamente alguien) está cayendo en la cuenta de haber caminado durante siglos con un solo pie (más bien con medio, si se considera la exclusión de los laicos), y advierte que tiene necesidad también de la mujer para «salir» al mundo a transmitir su mensaje.

Algunos, sin embargo, hablan de la «promoción de la mujer». La expresión es muy ambigua y refleja la secular desconfianza. No, la mujer no tiene necesidad de ninguna «promoción».

A lo más, es una determinada mentalidad la que debe ser promocionada. Siempre que sepa perder la costra de la ignorancia y de los prejuicios.

Vigésimosexta semana

Cartas escritas en papel de lija (I)

Todo lo que nos has hecho, Señor,
con juicio fiel lo has hecho;
puesto que pecamos,
obramos inicualemente alejándonos de ti

*(Antífona de entrada del
vigésimosesto domingo del tiempo ordinario)*

Cuando el espíritu no está disponible

Domingo

¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones,
no quiero oír la salmodia de tus arpas!
¡Que fluya, sí, el juicio como agua
y la justicia como un torrente inagotable! (Am 5, 23-24).

Reverenda hermana:

Cuando entoné el «Veni, Creator Spiritus», he sentido que un profundo escalofrío me recorría la espalda.

Estaba seguro que también usted cantaba. También usted invocaba, juntamente con las demás, al «Espíritu Creador».

Y precisamente por esto experimentaba en mi interior un profundo malestar. Me parecía que usted no tenía derecho a hacerlo. Que no debía unirse al coro.

Usted representaba la nota disonante. El «Veni, Creator Spiritus» no era para usted.

De todos modos, estoy seguro de que no ha sido escuchada. Trate de pensar y de recordar.

El día antes de la partida para esa asamblea, más bien importante para su instituto, se ha dejado escapar una intención muy significativa:

—Y ahora esperamos que será posible asestar una buena estocada a alguien que yo me sé.

Un propósito laudable, generoso, sin duda...

De hecho en los días precedentes al «Veni, Creator Spiritus», ha asestado usted más de una buena estocada. No demasiado elegantes, sino más bien decididamente groseras. Y todas han dejado huella.

Alguna persona salió con los huesos rotos. Y no solamente resultaron rotos los huesos.

Para completar la obra, algunas maniobras de pasillo demasiado al descubrirlo. Algún estraperlo bastante descarado. Y todo un juego sutil y pícaro de la más ambigua diplomacia.

Bastaba añadir alguna sospecha suplementaria, alguna cobarde habladuría, alguna insinuación bien calculada, y ciertas personas resultaban definitivamente liquidadas.

La obra podía decirse ya completa y rematada.

Un momento. Para completarla, según el programa oficial, quedaba todavía la invocación de la asistencia divina. Precisamente el «Veni Creator Spiritus».

No, reverenda hermana. Es inútil cantar. Inútil rezar en estas circunstancias.

El Espíritu no viene a edificar, no viene a crear nada sobre las ruinas de las personas. El es Espíritu de vida. El es amor. Y únicamente responde al llamamiento de la vida y del amor.

No es justo que nosotros hagamos nuestros «juegos» mezquinos, sin demasiadas sutilezas, que organicemos nuestros embrollos, con la más miserable astucia, y después tengamos el valor de pedir encima el visto bueno y la confirmación del cielo sobre la cantidad de equívocos y de porquería que hemos amontonado nosotros.

El se niega. No se siente interesado en el asunto. El no interviene, ni le importa.

Donde no hay lealtad, él está ausente.

Donde las cosas no están claras, él queda fuera.

Donde no hay caridad, él se marcha, nadie le puede encontrar.

Viene solamente a través de caminos derechos y luminosos, no a lo largo de los senderos tortuosos de las sospechas, de la animosidad, de los despechos y de las pequeñas rivalidades personales.

Lo repito, estoy seguro de que no la ha escuchado a usted.

Por lo demás, el Espíritu creador estaba ya comprometido a curar las heridas provocadas por sus «estocadas» («sana quod este saucium»).

Otra vez será, reverenda hermana.

Siempre que, entre tanto, usted consiga captar la nota justa. La del amor.

¡Seamos serios, o sea, riamos!

Lunes

Hay un tiempo para llorar
y un tiempo para reír (Ecl 3, 4).

Querida hermana:

Su carta me presenta una cuestión embarazosa: ¿Vale la pena dialogar con ciertas personas?... Por los hechos que me relata, por los temas de discusión que me indica, por las varias actitudes que señala, afirmo tranquilamente: no. No vale la pena. En ciertos casos, más bien, se tiene el derecho-deber de no malgastar ni siquiera un suspiro, no digo una frase. Y esto por... higiene de la vida religiosa. En nombre de la grandeza de un ideal que no puede rebajarse a ciertas mezquinas discusiones.

Me explico. El diálogo es necesario. Hay que practicarlo a todos los niveles, con paciencia, con obstinación y una gran dosis de humildad.

Es necesario dialogar para conocerse mejor, para comprenderse más, para aprender, para un libre intercambio de ideas.

Pero cuando uno advierte que el diálogo, para algunos, se convierte en un instrumento empleado cínicamente para comprometer a los demás en cuestiones fútiles, en batallas de cuatro perras, en discusiones pueriles, entonces la mejor aportación es la del silencio.

No nos dejemos atrapar en estúpidos altercados.

Evitemos la trampa de las menudencias.

Cada uno de nosotros recibe del Señor algunos dones. Inteligencia, imaginación, espíritu de iniciativa, capacidad de reflexión.

Pero estos dones hay que emplearlos en cosas que valgan verdaderamente la pena, gastarlos en pensamientos, sentimientos y actividades de una cierta categoría. Nuestras energías hay que aprovecharlas en el más grande ideal, no en ciertos objetivos miserables y ridículos.

De lo contrario, terminamos agotando nuestros recursos por motivaciones que no son dignas de nosotros ni del Cristo que nos llama.

No nos dejemos movilizar, pues, para combates de retaguardia.

No nos comprometamos en escaramuzas particularistas. Con el riesgo de encontrarnos sin fuerzas —ni voluntad— para combatir las verdaderas batallas. Porque ciertas luchas por motivos marginales tienen precisamente el trágico poder de «vaciarlos», de extenuarnos, de acobardarnos, de arrebatarnos la esperanza.

Con los enormes problemas que sacuden al mundo y a la iglesia, la vida religiosa no puede permitirse el lujo de enredarse en cuestiones de poco fuste.

Mientras se lucha por el pan, por el trabajo, por la justicia, por la dignidad, no tenemos derecho a enfrentarnos tercamente a favor o en contra de tradiciones secundarias e insignificantes.

Querida hermana, con ciertas personas que hacen sonar con pedantería ciertas teclas anacrónicas, es mejor ceder. Callar y amar. Pero no discutir.

«Dejad que los muertos entierren a sus muertos».

Algunas batallas son tan ridículas que resultan ya pérdidas de antemano, por el mismo hecho de combatir las.

Hay en la actualidad demasiado que hacer para ocuparse de semejantes niñerías.

Debemos «perdernos» en Cristo, no perdernos en estupideces (aun cuando se las quiera hacer pasar por «santas»).

A algunas personas, con sus prejuicios, sus pequeñeces formalistas, su mentalidad apergaminada, sus visiones asmáticas, sus horizontes estrechos, hay que compadecerlas, comprenderlas, pero *no hay que tomarlas en serio*. Cuidado con participar en sus «juegos religiosos». Se termina por perder el sentido y el gusto del camino.

Digámosles claramente: os respetamos y os amamos. Pero no podemos detenernos en vuestras «discusiones». Con todo el camino, que hay que recorrer. Y con tantas personas como esperan algo muy distinto de nosotros...

Querida hermana, cuando nos encontramos delante de ciertas necesidades, riamos del caso. Este es, créame, el único modo de ser serios.

Ya sé lo que voy a hacer... (Lc 16, 4).

Querida hermana:

Nuestro coloquio, lo reconozco, ha comenzado mal.

Mire, no hay nada que me irrite más que oír a una persona que, antes de hacerme una confidencia, se quiera asegurar:

—Bueno, le ruego: lo que voy a decirle debe quedar entre los dos.

O incluso, como me ha suplicado:

—Prométame primero guardar exclusivamente para usted todo lo que le voy a contar.

Usted probablemente no me conoce. Pero yo no hago ninguna distinción entre lo que escucho en confesión y lo que me toca oír acurrucado en una poltrona. Para mí el secreto no es un deber, sino un gozoso compromiso, lo mismo en un caso que en el otro. Y aun cuando no existiera una ley canónica que me lo impone, por ningún motivo traicionaría una confidencia recibida en cuanto tal.

Por eso le respondí fríamente:

—Yo no le prometo nada. Si no se fía, es usted muy libre de ir a llamar a otra puerta. Por lo demás, yo no la he llamado.

Usted permaneció en aquel saloncito, aunque ciertamente un poco molesta.

Pero desearía ahora comunicarle lo que sucedió... después.

Yo, naturalmente, aun oyendo hablar de su caso en diferentes ambientes, me he guardado mucho de todo comentario. He aparecido como si lo ignorase todo.

Pero me he dado cuenta de que usted había alardeado, evidentemente, de sus cosas ante muchísimas personas con una cierta obstinada complacencia (no sé si a todas las ha hecho prometer lo que pretendía de mí...). Y, entre paréntesis, algunas de estas personas no sé precisamente qué ayuda concreta le podrían proporcionar en su caso.

Hablar de ello, si, hablaban.

Pero hablaban porque usted antes había hablado demasiado. Había multiplicado desconsideradamente las confidencias. Y esto no consigo aceptarlo como bueno.

Me parece, querida hermana, que se debe tener un poco de pudor de los propios sentimientos, de los propios secretos, de los propios problemas.

Si yo vivo dolorosamente una cierta realidad, la guardo en lo más profundo de mi ser, no la lanzo como pasto a la curiosidad del primero que llega.

Hay una superficialidad de las propias confidencias que me preocupa también mucho, porque denuncia una superficialidad de los problemas, quiero decir una *vanidad de los propios problemas*, que puede llegar a complacerse en ellos, incluso a inventar falsos problemas, con tal de suscitar el interés en alguien.

Mire, hermana, si yo tengo alguna dificultad, si me encuentro en una situación enmarañada, acudo a un amigo, a un confesor. Me esfuerzo en exponerle claramente la cosa —lo más brevemente posible— y después oigo su consejo y pido luz para resolver yo tal problema, para tomar yo la decisión.

Si advierto que no me ha entendido, o ha errado en el diagnóstico —pero solamente en este caso— acudo a otro.

Pero no voy, uno después de otro, a cinco, diez o veinte sacerdotes. Ni por sueño se me ocurre volver a empezar con todos desde el principio la misma historia, con derroche de detalles insignificantes y confusos.

Ni me presento ante el primer llegado a explicarle mis cosas.

Tengo la impresión, hermana, que usted se hace la ilusión de resolver sus propios problemas hablando de ellos, ilustrándolos con pormenores y con pedantería.

No, los problemas no se resuelven hablando de ellos.

Y mucho menos se resuelven hablando a muchas personas de lo mismo. Diría más bien, que así se complican todavía más.

Está bien pedir consejo. Pero esto no quiere decir pasarse los años «exponiendo la situación».

La situación, una vez explicada y diagnosticada, hay que vivirla personalmente y personalmente resolverla. Los otros (poquísimos, y elegidos no obstante) nos pueden proporcionar alguna

indicación, sugerir algo, pero no pueden suplantar nuestras opciones responsables, nuestras decisiones personales, nuestra acción concreta.

Vea, hermana, es usted la que debe comenzar el trabajo. Su problema adolece de ser demasiado expuesto en público, dado en pasto a la curiosidad ajena. Y justamente requiere un poco de reserva. Exige ser protegido contra la indiscreción. Requiere ser custodiado con un velo de celosa atención. No gusta de ser parlotado.

Más bien él desearía ajustar las cuentas con usted, hermana. O sea, con la interesada. Pobrecillo, se ve siempre... endilgado a otros.

Ha esperado ya demasiado.

Dele gusto por fin.

Déjese encontrar.

Y resuélvalo de una vez.

Una solución equivocada se puede remediar siempre.

Solamente para los problemas «relatados» no hay ninguna esperanza.

Los problemas, si son reales, deben ser resueltos personalmente. No relatados.

Animo, probemos.

Demasiado tiempo para llegar a la puerta justa

Miércoles

¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre compasivo y Dios que es todo consuelo! El nos alienta en todas nuestras dificultades... Pues si los sufrimientos de Cristo rebosan sobre nosotros, gracias a Cristo rebose en proporción nuestro ánimo (2 Cor 1, 3-5).

Hermana:

La veo en la iglesia, con el rostro obstinadamente protegido por las manos, y el gesto frecuente, rápido, del pañuelo que es llevado los ojos.

Estoy al corriente de lo que le ha sucedido. El episodio ha sido verdaderamente desagradable. Estoy incluso seguro de que le ha sido inferida a usted una gran injusticia.

Por eso respeto sus lágrimas. No faltaría más. No somos de piedra.

No obstante, desearía presentarle a usted algunas preguntas que espero no le resulten indiscretas. Sobre todo porque tengo la impresión de que usted no se las ha hecho, como debería haber sucedido, perdone la impertinencia.

Así, pues, ¿cuánto tiempo ha empleado hasta llegar a la iglesia? Piense que la pregunta es importante. Reflexione en serio. Sea exacta en su respuesta, porque el detalle puede resultar definitivo.

Para ayudarla, le hago otra pregunta paralela. ¿A cuántas puertas ha llamado antes de buscar la de la iglesia?

Miércoles

251

¿Ha entendido al fin adónde quiero llegar? Menos mal. Así me siento más seguro para seguir adelante con el bisturí de mi pequeña encuesta-requisitoria.

Así que usted ha ido a buscar la limosna de un poco de ayuda, una brizna de consuelo de una media docena de hermanas. Ha narrado el hecho abominable a la mujer que viene a ayudar en el ropero, ha llamado por teléfono a la señora N («escuche lo que me sucede»), ha pretendido que la superiora escuchase inmediatamente sus razones para que le dijese, sinceramente (se pide siempre sinceridad en estos casos, con tal de que sea en la línea deseada), si tenía razón o no de encontrarse exasperada y humillada.

Muy bien, tenía usted necesidad de desahogarse y lo ha hecho sin cortapisas. Tenía necesidad de mendigar alguna palabra de consuelo y las ha obtenido en abundancia. Tenía necesidad de una determinada dosis de «razón» y se la han dado generosa e «imparcialmente».

Desde luego, todo esto es legítimo y humano. Lo entiendo perfectamente.

Lo que no llevo a admitir (perdone, yo soy un poco testarudo y... retrasado mental) es que al final de su itinerario, haya acudido *también* a la iglesia. Que se haya desahogado *también* con el Señor. Y que las lágrimas (por lo menos las que todavía le quedaban) las haya derramado *también* delante de él.

Vea, hermana, aquí está el núcleo de la cuestión.

El lugar que ocupa el Señor en nuestra vida.

O él es el primero, el único, el todo. O no es nada.

El no se resigna a ser «también». El se niega a ser algo así como un relleno o un suplemento.

O es solamente él, y entonces está bien, aun cuando usted esté mal.

Pero si es *también* él, esto es humillante y es un fracaso.

Para otra vez, hermana, enfile desde luego la puerta de la iglesia. Allí puede decirlo todo, desahogarse, llorar, lamentarse, protestar, justificarse, recriminar, hasta dar algún puñetazo. El lo acepta todo. El lo comprende todo. El lo compadece todo.

Pero es necesario que el desahogo sea «en exclusiva».

Es indispensable que la trayectoria no contemple etapas abusivas.

Hay que reducir al mínimo el tiempo del recorrido.

El médico no espera más que poderse ocupar de nuestras heridas.

Pero, por amor de Dios, no vayamos *también* a él, no llamemos a su puerta después de haber recurrido a los cuidados de otros.

«no autorizados», después de habernos dirigido ya a numerosos curanderos de pacotilla.

El no se contenta con añadir una pomada más, una venda suplementaria.

Quiere ser el primero en ver nuestras llagas. El primero en ser informado acerca de lo que nos ha sucedido. Y quiere ser el único que las cure. Con su método especial. O sea, tomándolas sobre sí.

Pero no tolera retrasos. No está dispuesto a recomponer las chapuzas que han preparado los otros.

Y ahora siga llorando, si quiere. Deje salir sus lágrimas, pero no por el incidente que le ha tocado, ni por la injusticia que le han hecho. Sino por lo que le ha sucedido a él, por la injusticia que ha tenido que soportar él, por haber sido defraudado a causa de su dolor «en exclusiva».

En otra ocasión, hermana, no le haga esperar tanto, por favor.

Una espina en la almohada

Jueves

La sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además de pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión (Sant 3, 17).

Querida hermana:

Después de aquella explosión de ira, usted estaba visiblemente satisfecha. Acalorada, pero satisfecha. Con los rasgos de la cara tensos, pero con la conciencia en paz.

Aquella escena violenta precisamente era necesaria. Y también las palabras duras. Defendía usted una causa justa, más aún la «santa causa» del espíritu religioso. Y tratándose de esto, hay indignaciones incluso obligadas, no solamente lícitas.

Pero me asalta la duda, querida hermana, de que usted tiene la tendencia a identificar demasiado aproximativamente el espíritu religioso con su mentalidad —perdón— más bien pequeña y formalista. Como si esto no bastase, usted realiza con desenfado la operación de ensanchar arbitrariamente el perímetro del espíritu religioso, hasta hacerle abarcar territorios, cosas, hábitos, actitudes, todo lo respetables que se quiera, pero que pertenecen al dominio de la «letra». Esa letra que, como dice el evangelio, mata.

Porque no me querrá decir que un detalle del hábito pertenezca al espíritu religioso. Y, sin embargo, de esto se trataba exactamente.

Créame, cuando se cae en estos equívocos, cuando no se tiene la honradez y el valor de distinguir entre lo esencial y lo secundario, entre valores auténticos y simples tradiciones pasajeras, entre espíritu y gustos personales, entre ideal y formas marginales, se

acaba por aceptar una mentalidad de cruzada absolutamente fuera de lugar y de tiempo. Se asemeja uno a un don Quijote que se estrella contra los molinos de viento. Con la diferencia de que él clavaba la lanza en las aspas de un molino, mientras que usted ha herido, humillado y ofendido, a una hermana huésped de su comunidad.

Una hermana que llega de un largo viaje, espera un abrazo de paz, un saludo gozoso, una acogida fraterna, no una mirada hostil de desaprobación y una violenta requisitoria por razón del hábito al que le falta un detalle (insignificante, además).

Usted, en cambio, en aquella persona, antes de reconocer a una hermana, ha visto a una «enemiga» del espíritu religioso. Buen modo en verdad de dar testimonio de hermandad más allá de todas las diferencias (¿se dio cuenta de que estábamos en el octavario de oración por la unidad de los cristianos? ¡Buena contradicción! Se reza por la unidad de las iglesias, y no llegamos a superar entre nosotros la barrera de una prenda de vestir, que se convierte en ocasión de «excomuniones» ridículas en su presunción. ¡Oh si comenzásemos con un poco de ecumenismo en nuestra casa, entre hermanas capaces de aceptarse y amarse en su diversidad!).

Ahora bien, creo conveniente introducir alguna espina en la almohada sobre la que se ha reclinado hoy su buena conciencia.

Usted, hermana, ha cometido un gran error. Ante todo porque el vestido de su hermana estaba de acuerdo con las nuevas normas de su instituto. Y —admitalo— para una que presume de defender «el espíritu religioso» es más bien grave no conocer el texto de las actas capitulares.

Pero, sobre todo, usted no ha obrado bien en conciencia, porque sus palabras han sido venenosas. Usted ha usado un lenguaje que ciertamente no tiene cabida en el código de la caridad. Y, como si no fuera bastante todavía, de un episodio insignificante en sí mismo ha extraído consecuencias y deducido sospechas verdaderamente injustas y duras.

Y ciertamente, con hábito o sin hábito, me parece que el amor debe estar por encima de todo. Al menos así está escrito en el evangelio. San Pablo, además, tiene una frase que parece acuñada adrede para su caso: «Revestíos... de sentimientos de misericordia y de bondad». Este es el verdadero hábito, el esencial que no debe faltar nunca. La caridad, sí, es una prenda de vestir indispensable. Si ésta falta, no nos queda ya nada.

La caridad, pues, está en el centro. Si está en el centro quiere decir que el resto —todo el resto— debe venir después. Depende de él.

Usted, en cambio, ha enarbolado como bandera al viento, por encima de todo, un pedazo de tela (que faltaba). Y, para hacer esto, ha pisoteado la caridad.

Una hermosa acción, en verdad. Reconózcalo.

Nada de estar satisfecha, querida hermana. Todo lo contrario. Con una docena de operaciones semejantes, habríamos estrangulado el espíritu evangélico con nuestros trapos.

¿No se daba cuenta de que, mientras reprochaba a una hermana aquella falta (presunta), usted no llevaba encima nada? Quiero decir, no llevaba encima nada de cristiana, no digo de «religiosa».

Perdone si he turbado la tranquila digestión y el sueño de su conciencia.

El hecho es que mi conciencia me está molestando siempre mucho con sus punzadas. Y no consigo entender cómo alguien pueda adormecerse tan fácilmente.

¿Acepta que tengamos algún remordimiento en común?

El privilegio de servir y la desgracia de ser servido

Viernes

Viernes

257

Yo estoy entre vosotros como quien sirve (Lc 22, 27).

Reverendísima hermana:

Al escribirle, me encuentro asaltado por una duda: no sé si debería acaso empuñar la pluma con guantes. Tratándose de usted, efectivamente, todo me trae a la imaginación un minucioso ceremonial, a la manera de las familias de la nobleza. Y uno tiene siempre miedo de desbarrar (además, yo, que no acabo de entenderme con determinadas etiquetas).

De todos modos, con usted, me encuentro acobardado. Conozco sus exigencias, sus —perdón— pretensiones, y no me encuentro en situación de satisfacerlas. Aun cuando pudiera, no lo haría. Nunca. Que quede esto claro.

Ahora me doy cuenta de que he arrojado fuera decididamente los guantes y que estoy utilizando la pluma como un escoplo. Ya que estoy en ello, con su permiso o sin él, golpeo fuerte.

Nadie le ha dicho nunca ciertas cosas. Pero no considero que éste sea un motivo válido para callarlas yo también.

Así, pues, usted ha sido particularmente desgraciada. Ha tenido y sigue teniendo dolorosos problemas con su salud, no obstante su edad relativamente joven. Sobre este particular, honradamente, nadie puede tener dudas.

Se ha encontrado y se encuentra en situación de tener constantemente necesidad de los demás. Digámoslo claro, de hacerse servir. Y esto no es una cosa agradable para nadie.

En cambio, se ha ido poco a poco haciendo increíblemente agradable para usted. Y ésta es su mayor desgracia, todavía más preocupante que la misma enfermedad.

Lejos de sentirse molesta, usted ha comenzado a adaptarse perfectamente a su situación. Se diría que el servicio de los demás se ha convertido para usted en su elemento natural, como el agua para el pez.

Lo malo es que (y ésta es la tercera desgracia) usted encuentra siempre, con extraordinaria facilidad, las personas que la sirven puntual y exactamente, que la dispensan de todo esfuerzo hasta el más pequeño, la complacen en sus justas exigencias y en sus caprichos, en las necesidades reales y en las inventadas o dramatizadas, en las pretensiones legítimas y en las absurdas.

¡Qué habilidad tiene para movilizar y manipular a estas personas! Alguna, pobrecilla, se hace la ilusión de ser la «buena samaritana» de turno, y no advierte que le está haciendo un pésimo servicio condescendiendo con todos sus antojos (lo que demuestra que el amor, aun el más generoso, si no va acompañado de la inteligencia, no hace bien a los individuos y corre el peligro de cometer daños inenarrables).

Viendo cómo «orquesta» su existencia diaria, he pensado siempre en usted como en una «princesa», rodeada de diligentes «damas de compañía». Y que no es solamente una impresión mía personalísima y... maligna, lo demuestra el hecho de que alguien, la primera vez que ha entrado en su «reino» —por un gesto de usted solamente, porque usted consigue reclutar aun a los individuos de paso— la ha definido inmediatamente de la misma manera: una princesa.

Usted tiene necesidad constantemente de tener gente a su alrededor. Y para todos hay un trabajo, una tarea, un oficio que desempeñar.

Cómo se las arregla para no dejar sin trabajo a ninguno, resulta para mí un misterio.

Ciertamente debe cansarse terriblemente con tanto mandar. Debe ser extenuante tener en la mano tantos hilos y organizar un servicio tan complicado.

Como si esto no fuera bastante, usted está también ocupada en quejarse, en descubrir deficiencias, en denunciar faltas. Hay siempre alguien o alguna cosa que no la satisface.

Y ésta es, reconózcalo, su mejor puesta en escena. Dar la impresión de estar descontenta, de encontrarse forzada, de soportar dolorosamente tal situación, de no ver la hora de salir de tal estado.

Una representación de esta categoría sería la cima del arte cómico, si no fuera el colmo de la hipocresía y de la injusticia. Si no fuera algo triste y penoso.

Para mí la inteligencia de una persona se demuestra también en el disgusto que experimenta en dejarse servir.

De este disgusto elemental, yo no advierto en usted la más mínima señal. Noto, en cambio, signos totalmente opuestos de la más gozosa satisfacción.

¡Vamos, hermana! No a todos se le concede, por desgracia el privilegio de servir, o sea, de imitar a Cristo en su actitud más evangélica.

Pero, desde el momento que usted no puede disfrutar —sin culpa suya— este glorioso privilegio, ponga al menos de su parte una pizca de sufrimiento, de vergüenza. Sea menos desaprensiva en hacerse servir.

No se engañe creyendo poder seguir a Cristo, mientras las «damas de compañía» sostienen por usted la cruz.

Pruebe lo hermoso que es —y hasta saludable— hacer alguna vez aquello que esperamos de los otros.

Arrójese del tren

Sábado

Hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios (1 Cor 1, 27).

Querida hermana:

Leyendo lo que me escribe (o lo que no me escribe), escuchando las cosas que me dice (o que no me dice), pienso con frecuencia que muchos directores espirituales desearían contar con una persona como usted a la que dedicar sus paternales atenciones: sin grandes problemas, ni siquiera un indicio de crisis de ningún género, luchando con modestas dificultades, en suma, cosas de ordinaria administración.

Todo marcha como la seda en su vida. Todo bastante tranquilo, regular, llano, sin sacudidas.

Pero tengo que decirle que hace algún tiempo, poco, me siento más bien perplejo con relación a usted. Advierto una extraña y confusa aprensión, como si un peligro oscuro la amenazara. Un peligro difícil de precisar, carente como aparece de contornos bien definidos y de elementos claros que lo hagan evidente.

De todos modos, últimamente, me parece que puedo fotografiar su situación con una imagen: usted viaja en tren. Se ha colocado en su asiento, que ha ocupado después de una decisión responsable. Y, desde este momento, se ha fiado completamente: en el vagón, en el puesto que ocupa, en el horario y en el reglamento señalado al viaje, en los raíles que llevan necesariamente en una determinada dirección, en los maquinistas y operadores que aseguran el regular y feliz desenvolvimiento del itinerario previsto.

Se ha abandonado, se deja transportar. Todo (o casi todo) debería marchar por sí mismo. Su misión se limitaría a «secundar» el dinamismo impuesto desde fuera.

Ahora bien, la vida religiosa no es en absoluto este «dejarse transportar» por un tren, por una estructura, por una organización.

El mal inicial consiste en creer que «se parte» una sola vez ya para siempre.

No hay una decisión de partir.

No hay una sola elección, la inicial.

No hay una respuesta que valga para siempre.

El «¡ven, sígueme!» no se limita a proponer un gesto aislado aun cuando sea extraordinariamente comprometido. Tampoco un desgarrón único, aun cuando fuera dolorosísimo.

El «¡ven, sígueme!» se hace sentir cada día, como el primer día. Y, cada vez, hay algo que dejar, hay lastre que arrojar lejos para que no se haga pesada la marcha, hay decisiones que adoptar con lucidez y coherencia, hay compromisos concretos que asumir valerosamente, hay riesgos que correr, hay sorpresas inimaginables a las que responder, hay citas e invitaciones incómodas, precisas, desconcertantes que respetar.

No, la vida religiosa no marcha por sí sola, una vez puesta en movimiento.

La castidad no marcha sola, la pobreza no marcha por sí misma, la obediencia no se cumple automáticamente, una vez pronunciados los votos.

Así como tampoco funciona solo el espíritu de sacrificio, una vez que hemos entrado en una vida que debería ser precisamente de sacrificio.

No camina por sí mismo el desinterés, una vez que «hemos renunciado a todo».

No marcha sola la generosidad, por el hecho de haber sido generosos en el momento de los comienzos.

Como no se logra sola la fraternidad, el amor, el espíritu de familia, por el hecho de que hablemos frecuentemente.

Ni tampoco se vive sin esfuerzo el evangelio.

No, nada marcha por sí solo en una vida religiosa auténtica.

El carnet de identidad hay que renovarlo cada día, hay que pagarlo regular y fatigosamente, convalidarlo con un compromiso de fidelidad al hoy de Dios, comprobarlo con una atención constante a las exigencias del propio tiempo, exhibirlo por medio de un testimonio luminoso de coherencia.

La vida religiosa debe ser creada e inventada cada día responsablemente.

Sus decisiones fundamentales hay que actualizarlas en cada momento de nuestra existencia.

Su autenticidad debe ser controlada regularmente después de las provocaciones de los diversos acontecimientos.

Hay siempre algún desprendimiento que realizar, alguna elección que hacer, algún «sí» que arrancar de nuestro yo en carne viva.

Y hay siempre alguna dirección «distinta» hacia la cual lanzarse.

La vida religiosa, aun a nivel personal, muere en el instante mismo en que cesa de inventar, de ser «nueva».

El que camina hacia adelante por virtud de la inercia, en realidad está parado.

El que se deja llevar dulcemente por el engranaje, no hace más que resbalar hacia atrás.

Por eso, hermana, es necesario, urgente, que usted baje del tren en el que se halla cómodamente instalada. Este convoy no conduce a ninguna parte. Su movimiento es ilusorio. No es más que el sucederse de maniobras en el depósito de la insignificancia.

Yo me agarro a la señal de alarma, por usted.

Arrójese abajo por la pendiente escarpada, no importa que se erione las rodillas.

Y después enfile resueltamente el sendero más difícil, el más oscuro y menos confortable que encuentre. Es sin duda el conveniente. Como brújula haga funcionar su corazón.

No se puede ser sujeto pasivo en la vida religiosa, sino sujeto activo, protagonista.

No es lícito hacerse la ilusión de seguir a Cristo, y en realidad no caminar hacia ninguna parte.

Solamente cuando se haya dado cuenta de que nada se hace por sí solo, sino que todo hay que pagarlo y conquistarlo fatigosa e incesantemente, usted podrá estar segura, porque entonces y solamente entonces, estará caminando con Cristo.

Vigésimoséptima semana

Cartas escritas en papel de lija (II)

Dios todopoderoso y eterno,
que con amor generoso desbordas los méritos
y deseos de los que te suplican;
derrama sobre nosotros tu misericordia,
para que libres nuestras conciencia
de toda inquietud y nos concedas
aun aquello que no nos atrevemos a pedir

(Colecta del vigésimoséptimo domingo del tiempo ordinario)

Dejando de ser indispensables nos hacemos valiosos

Domingo

Por mi parte, lejos de mí pecar contra Yahvé dejando de suplicar por vosotros y de enseñaros el camino bueno y recto (1 Sam 12, 23). (*Son palabras del viejo Samuel al despedirse del pueblo al que había guiado durante tantos años*).

Reverenda «ex»:

En un caso como el suyo sería demasiado fácil practicar la ironía. Y la pluma me empuja discretamente en esta dirección. Pero, por una vez al menos, resisto a la tentación e intento contrariar a la traviesa pluma.

El dolor — también un dolor, como el suyo, del cual no podemos estar de acuerdo si colocarlo o no en una perspectiva evangélica — es siempre dolor, y como tal hay que respetarlo.

¿Recuerda? Cada vez que nuestra discusión recaía sobre su responsabilidad y, digámoslo también, sobre el lugar importante que usted ocupaba, ante mis salidas bromistas, me repetía usted que yo no estaba en condiciones de intuir ni siquiera lejanamente cuánto le había costado aceptar aquel cargo, cuánto había sufrido al tener que cargar una cruz tan pesada.

Ahora, sin ninguna intención irónica, querría preguntarle: ¿el sufrimiento actual, quiero decir el de «ex», no es acaso más grave que el que experimentó con ocasión de la «promoción»? ¿La imprevista, aunque temida, liberación de la cruz, no le procura acaso un dolor más agudo que el dolor sentido ante la inesperada llegada de dicha cruz? ¿La sorpresa ha sido más dura ahora o entonces?

No quiero que me responda a mí. No tengo ningún derecho a saberlo.

Es usted la interesada, usted la que debe ver, controlar, verificar. Y deducir, naturalmente, las debidas consecuencias.

Yo creo que su situación actual la pone en una condición «privilegiada» (éstos, sí, son los privilegios que acepto).

Usted realiza la extraordinaria experiencia de la *no-indispensabilidad*.

Trate de vivirla hasta el fondo, radicalmente. Sin extender encima una fácil pomada consolatoria o ilusoria de esas que se encuentran en el mercado (también en el religioso).

A este propósito, no preste oídos, no tome en serio a los acostumbrados «siervos necios» (los hubo «durante» y los hay «después»; los tiene siempre, moviendo la cola, a sus pies, y ésta es su desgracia, créame), los que intentan dorarle la píldora con sus quejumbrosos lamentos y sus interesadas nostalgias (¡Ah, cuando estaba usted!... ¡Ah, si estuviera todavía usted!... Ahora es distinto... Todo está deshecho, por los suelos). Hágalos callar, por favor. Por su bien, desde luego.

Esfuércese, en cambio, por saborear hasta el fondo la amarga píldora de haber sido dejada al margen, de sentirse inútil, de ser olvidada, tratada sin excesivo miramiento.

¡Qué grande y saludable sorpresa, querida «ex», nuestra no-indispensabilidad!

El mundo, las obras, las iniciativas, las personas caminan hacia delante, también sin nosotros.

Los otros recogen los frutos que hemos sembrado nosotros. Pero recogen también —no lo olvidemos— los frutos de nuestros errores, de nuestras contradicciones, de nuestra testarudez.

Los otros *nos continúan*, obrando de manera diferente.

Venga, ánimo, tome la píldora. No la endulce de ninguna manera. Solamente saboreando toda su amargura, experimentará interiormente una dulzura indecible, una paz inalterable, una serenidad sin quiebras.

Animo, querida «ex».

Trate de estar alegre por el hecho de que nada se ha hundido, también sin usted. Que todo sigue adelante lo mismo. Que alguien prosigue su obra, pensando y actuando de manera distinta. Que «los siervos necios» finalmente guardan silencio.

En el mismo momento en que descubre la propia no indispensable, usted conquista la certeza de la propia valía.

Efectivamente, solamente cuando nos convencemos de ser inútiles, resultamos valiosos, más aún únicos a los ojos del Señor.

Es él de hecho —¿lo había olvidado quizás?— el que hace funcionar las obras, marchar hacia adelante las personas. Nuestra misión principal es esencialmente la de no estorbarlo demasiado con nuestra presunción y nuestras ridículas pretensiones de indispensable, y nuestros gestos de dueños del campo.

Dios tiene necesidad de usted, sobre todo ahora. Tiene necesidad de su silencio. De su modestia. De su pequeñez. De su estar al margen. Tiene necesidad, sobre todo, de su alegría, al advertir que, no obstante todo, el mundo no se ha averiado y la tierra prosigue girando regularmente...

Tiene necesidad de que usted repita, convencida: Es justo esto. Está bien así. Es útil para mí y para los demás.

Y también nosotros, querida «ex», que la hemos visto al frente de la tarea, ahora tenemos necesidad de este «servicio» importantísimo: el servicio de su *eclipse*, de su liquidación, de su desaparición evangélica.

También para nosotros usted resulta valiosa, me atrevería a decir insustituible, en la medida en que nos demuestra que no es indispensable.

Finalmente, también usted a nuestros ojos —a los ojos de Dios era ya así, antes que se convirtiera en «ex»— vale, no por el puesto que ocupa, sino *por el puesto que no ocupa*. O sea, vale por lo que es.

¿Está dispuesta a asegurarnos este servicio importantísimo?

La mujer necia es alborotada,
toda simpleza, no sabe nada.
Se sienta a la puerta de su casa,
sobre un trono, en las colinas de la ciudad (Prov 9, 13-14).

Reverenda hermana:

La imagen que yo tengo de usted es la de un rostro que se perfila, furtivo, tras los cristales de una ventana. Esta imagen no me ha abandonado nunca.

Yo mismo he hecho de ella un seguro punto de referencia. Cada vez que desemboco por la última curva, levanto instintivamente la vista hacia la ventana y la escena se repite, puntualmente, siempre la misma: una cortinilla que se ladea, un rostro escrutador que se pega al cristal, la cortina que vuelve a su sitio precipitadamente.

«¡Estamos!», comento con resignada ironía. «He sido dividido por el centinela, nada tengo ya que temer».

En realidad, la suya es una posición estratégica. Se asemeja a aquellas *torres de vigía*, cuyos restos se destacan todavía hoy a la entrada de ciertos puertos alpinos. Paso obligado de ejércitos, mercaderes, aventureros y... contrabandistas.

¡Qué desgracia para usted esa posición estratégica reforzada por su más que discreta curiosidad! (no he aclarado todavía si ha sido la posición la que ha agudizado la curiosidad, o si ha sido esta última la que le ha hecho elegir ese puesto de guardia).

Así usted está siempre en atalaya. Se ha convertido en la «monja a la que nada se le escapa». Los movimientos de todos están de-

bidamente vigilados, registrados, relacionados, interpretados y... comentados.

La vida de una casa, por desgracia, puede depender también de una ventana indiscreta.

Ciertos males, ciertas habladurías, ciertas insinuaciones, pueden arrancar también de una ojeada de pocos segundos.

La ruina de una persona, o de varias personas, puede comenzar en una mirada indagadora.

La paz de toda una comunidad puede verse comprometida por dos ojos empeñados en no dejarse escapar nada.

Algunas veces, hermana, tengo miedo por usted, miedo de usted.

Quizás usted no se da cuenta de lo peligrosa que es su posición.

Cuando una vida religiosa está limitada por el marco de una ventana, cuando un ideal se empobrece hasta aplastar la cara contra un cristal, cuando la atención está siempre dirigida hacia el exterior, cuando una mirada en vez de ser mirada de acogida, se hace suspicaz indagador malicioso, entonces hay que tener miedo. Entonces una persona es capaz de todo.

Comprenda, hermana, un corazón consagrado adquiere una potencia de amor formidable. Pero cuando ojos, imaginación, cerebro y oídos se bajan a nivel de curiosidad, chismografía y malignidad, entonces aquella potencia desmesurada se descarga sobre los objetivos elegidos con unas consecuencias devastadoras inimaginables. Es inútil hacerse ilusiones. Ciertas energías no quedan inutilizadas, no se guardan entre naftalina. O se utilizan para ideales de grandeza para los que nos han sido dadas, o se concentran en objetivos ruines sobre los que nos hemos replegado.

En el primer caso se obtienen los resultados más enaltecedores.

En el segundo, uno se convierte en peligro público.

Usted no es el centinela que protege la paz de los demás. Puede representar, por el contrario, un peligro para todos los que están dentro. Pueden ser el enemigo en casa, la fuerza disgregadora que opera desde dentro.

Ea, hermana, deje quietas las cortinas. Vuelva la espalda a todo lo que sucede fuera. La mirada, lúcida, escrutadora, penetrante, despiadada, suspicaz, enfóquela a las profundidades de sí misma. Advertirá cuántas cosas interesantes tiene que registrar, con cuántas sorpresas se verá premiada.

Y, después de estas exploraciones «en el interior», abra también hasta atrás la famosa ventana. Pero solamente para llenarse

del aire puro de nuestras montañas. Y para lanzar la mirada a lo lejos, mucho más allá de la última curva.

Todos esos horizontes son nuestros. Se nos ofrecen para que nos perdamos en ellos. No nos perdamos solamente en necedades. No nos contentemos con un pedazo de cristal. Con todo este espacio a nuestra disposición, sería en verdad un pecado imperdonable.

Y también esos caminos interminables son nuestros. Cuánto camino nos queda todavía por recorrer, hermana.

No debemos esperar a los otros en nuestro miserable punto de observación. Más allá, mucho más allá de la curva, hay alguien que nos espera. Alguien a quien no se puede encontrar en citas mezquinas.

Nunca es demasiado tarde para partir, hermana.

Verá cuántas sorpresas...

La distribuidora de oficios

Martes

Abrumáis a las gentes con cargas insoportables, mientras vosotros ni las rozáis con el dedo (Lc 11, 46).

Querida hermana:

Se lo confieso, pero cuando usted me «engancha», yo tiemblo. Sé ya lo que me espera.

Refunfuño para mí:

—Aquí se ve que hay que hacer algo. No sé todavía qué, pero ciertamente sé que debo hacerlo. No hay escapatoria.

La he bautizado (clandestinamente, por supuesto) «Sor convendría hacer».

Indefectiblemente al abordarme con su aire distraído, un poco soñoliento, usted se lanza al grano con su inconfundible acento de cantilena:

—¿Sabe? He pensado que convendría hacer.

Cuando usted piensa, la conclusión es indefectiblemente la de «convendría hacer».

¡Y estoy listo!

Y, como yo, muchos otros. Efectivamente he podido comprobar que muchas personas reciben habitualmente de usted la indicación de algo que «convendría hacer».

No hay modo de convencerla para que suavice sus pretensiones.

Usted es obstinada. Lo que quiere lo quiere (siempre de los otros, bien entendido).

Y lo quiere de una cierta manera. ¡Ay del que no lo haga en el modo que usted quiere!

Si, además, se trata de su «ídolo» (oh, no se ponga pálida, por favor, cada uno de nosotros tiene algún ídolo. Y por lo demás, estoy convencido de que cada cual tiene... las chifladuras que se merece), entonces sus insistencias, intrusiones y pretensiones resultan incluso asfixiantes para quien debe ejecutarlas.

Resulta petulante e indiscreta.

Sí, porque su estilo es precisamente lanzar ideas (y usted las lanza tan bien, que llegan muy lejos, de modo que usted no las vuelve a ver más, no se ocupa ya más de ellas) y propuestas, y luego quedar esperando a que todo sea realizado exactamente. Usted no mueve ni siquiera un dedo. Es natural, usted se ha esforzado ya indicando a los otros lo que *deberían hacer*, y no puede permitirse esfuerzos suplementarios, con grave daño —me imagino— de su salud, por la cual está siempre justamente preocupada.

Y también por el ídolo: usted predica la reverencia debida, la admiración ilimitada, el reconocimiento, organiza ceremonias y celebraciones, propone panegíricos.

Pero los gastos de las velas y del incienso (trabajo, tiempo, paciencia, sacrificio y obsequios diversos) los deben sostener los otros.

Usted, querida hermana, es generosísima con el trabajo ajeno.

Usted es buenísima, con la paciencia y sufrimiento de los demás.

Usted está muy disponible, con el dinero de los otros.

Usted es brillantísima con las cosas de los demás.

¿Es posible que no advierta la incoherencia de semejante actitud?

¿Es posible que no sienta un mínimo pudor que la obligue, al menos alguna vez, a remangarse y poner manos a la obra?

Vamos, hermana, pruebe a comprometer un poco menos a quien ya está demasiado comprometido y a comprometerse un poco usted misma.

Junto con las ideas, con las propuestas, ponga también un poco de iniciativa y actividad personal.

Junto con las palabras, y las quejas por las cosas que no funcionan, añada una buena dosis de hechos concretos (realizados por usted, se entiende).

Yo sueño siempre con el día en que me venga a comunicar triunfalmente:

—¿Sabe? He hecho tal cosa. ¿Qué le parece?

Entonces pensaré que finalmente se ha convertido en una persona seria y leal.

El paso del «convendría hacer» al «debo hacer» supone una etapa decisiva, un gran día, una fecha que hay que celebrar en la vida de una persona.

Los festejos en tal ocasión —no lo dude— correrán por mi cuenta.

Dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os expulsen y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa de este hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo (Lc 6, 22-23).

Querida hermana:

Si no fuera porque siento una alergia que en mí representa casi un factor biológico, contra cualquier forma de convencionalismo, debería comenzar esta carta diciéndole: me alegro mucho al oír que todo marcha bien. Me siento feliz por usted.

En cambio, no.

Estoy preocupado por usted, porque me dice que todo va bien. Lo siento de verdad. En su nuevo puesto de trabajo no podía sucederle nada peor.

Tengo la impresión de que, tratándose de los comienzos, usted ha sido particularmente desafortunada. Desafortunada por el hecho de que todo parece marchar a velas desplegadas.

Créame, hermana, para mí hay dos modos solamente de «ir bien». El uno peligrosísimo, el otro tranquilizante.

Cuando las cosas «marchan bien» porque hay aplausos, éxito, reconocimientos, logros, entonces quiere decir que las cosas van mal desde un punto de vista evangélico.

Cuando, en cambio, van mal porque nuestro camino está empedrado de dificultades, atascado de imprevistos de todas clases, obstruido regularmente por obstáculos de varias dimensiones, complicado por mil cosas desagradables, hecho impracticable por diversas incomprensiones, solamente entonces doy un gran suspiro de alivio: aquí, estoy seguro, las cosas «marchan bien».

Ahora bien, de su carta, saco la impresión de que usted se siente particularmente satisfecha porque la quieren, la estiman, la aprecian, reconocen sus cualidades y su dedicación no común.

Bueno, por favor, no quiero decir que sea un mal que los otros «comprendan» y «reconozcan». Todo lo contrario. Esto más bien habla a favor de la inteligencia y la sensibilidad de ellos.

Lo que puede ser malo es que la interesada caiga en la trampa de aceptar como metro para medir la propia autenticidad, y consiguientemente como motivo de satisfacción, el éxito, los reconocimientos y las aprobaciones.

Algunas frases de su carta manifiestan precisamente esta tendencia suya —actualmente sólo en estado germinal, por fortuna— a dar importancia a la apreciación ajena, a «sentirse querida» y aceptada.

Mire, yo conozco solamente una clase de personas más peligrosas que las que obran por motivos de interés económico. Y son los individuos preocupados por la propia «figura» por hacer buena figura. Estos son verdaderamente capaces de todo («buenos para nada, pero capaces de todo», diría Longanesi).

Las bajezas, las ruindades, las infamias, cometidas por culpa del dinero son menos que las cometidas por razones de prestigio personal.

Lo que puede llegar a hacer un individuo que *se empeña* en ser amado y apreciado, resulta muchas veces algo inexplicable, nauseabundo.

He tenido ocasión de estudiar de cerca este fenómeno, durante mucho tiempo por desgracia, y he sacado un asco invencible, una especie de obsesión que me asalta todavía hasta durante el sueño. Una cosa desagradable, créame.

Los compromisos, las concesiones, las hipocresías, las maniobras más desleales, las mentiras, las venganzas, las alianzas más disparatadas, los oportunismos más descarados, la manipulación más cínica de las personas, están a la orden del día.

Cuando despunta y se agiganta el arbolillo de la «buena figura», este crecimiento se paga, inevitablemente, con la pérdida

- de la propia libertad
- de la propia dignidad.

Se convierte uno en el personaje preocupado de forma patológica por quedar bien, carente en absoluto de substancia y de valor.

En un fante expuesto a la admiración general...

Para adormecer una conciencia, no hay narcótico más eficaz que los aplausos.

«¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Así es como los padres de éstos trataban a los falsos profetas!» (Lc 6, 26). ¿Entendido? Hay una relación bastante estrecha, establecida por Cristo, no por mí, entre el hablar bien general y el traicionar el mensaje.

Cuando se dan alabanzas y aplausos en abundancia, hay casi siempre mal olor de falso profeta.

El criterio para nuestra paz interior no hay que situarlo en ser amados, sino en *ser verdaderos*.

Demasiado frecuentemente la aprobación general se paga con la no autenticidad de nuestro testimonio, o con la renuncia a ser nosotros mismos.

En consecuencia, querida hermana, espero con ansia... malas noticias. Sería ya hora.

Dígame, por favor, que han aparecido en el horizonte de su vida negros nubarrones que no permiten presagiar nada bueno.

Solamente entonces podré congratularme con usted.

Y darle la seguridad de que todo finalmente, marcha bien.

Cuando no se tiene derecho a llorar

Jueves

Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados (2 Cor 4, 8).

Querida hermana:

Quizás espera usted que yo la compadezca, la consuele, le diga que me da pena pensar que va caminando inclinada, casi aplastada bajo el peso de una enorme cruz.

Ciertamente que le han sobrevenido desgracias en abundancia. Ha coleccionado una larga lista de desventuras en estos últimos tiempos. Muchas cosas se le han torcido decididamente. Me doy cuenta al leer su carta y releendo las precedentes.

Más aún, he llegado a dudar que todas le sucedan precisamente a usted. Cómo se las arregla para tropezar con tantos incidentes, resulta para mí un misterio. Me viene a la imaginación aquel amigo mío que, cada vez que se pone al volante de su auto, vuelve a casa al menos con el guardabarro abollado. Y la última vez que —quién sabe cómo— no le había sucedido nada, y estaba ya para correr a comunicárselo a su mujer, siempre preocupada por él, ha arrancado de raíz literalmente el parachoques delantero al entrar en el garaje.

Como ve, bromeo. Pero no consigo precisamente compadecerla.

He sido hasta cruel con usted, lo confieso. He juntado y he sumado sus «pequeños infortunios» recientes — todos los que me ha enumerado diligentemente, no ha omitido ni uno siquiera, créame — pero no he conseguido completar una cruz, no digo ya

colosal, ni siquiera de modestas proporciones. No había nada que hacer: una cruz digna de este nombre no se encontraba propiamente por ninguna parte.

¿Qué quiere, hermana? Cien «desgracias minúsculas», añadidas una a otra, no forman una gran desgracia insoportable.

Un millar de «pequeñas contrariedades», acumuladas, no forman un drama sobre el que haya razón para verter un arroyo de lágrimas.

Diez mil bobadas son siempre bobadas, y aun cosidas todas juntas no hay modo de componer una tragedia.

Un millón de «despreciables incidentes», reunidos, no logran hacer una montaña que nos cierre el camino. Se quedan siempre y solamente en «despreciables incidentes», o sea, precisamente incidentes que hay que *despreciar*, en los que no hay que reparar, y con los que hay que seguir adelante, derechos, nuestro camino.

Las cosas que le han sucedido, querida hermana, tomadas una por una, son verdaderamente «pequeñas cosas», todo lo desagradables que se quiera, pero, con todo, siempre «insignificantes», lo reconoce usted misma.

No veo por qué, amontonadas, hayan de crecer desmesuradamente y, sobre todo, producir consecuencias apocalípticas en su vida.

Si no la convencen mis sumas y mis cálculos, haga personalmente otro experimento que le quitará toda duda.

Pida el permiso a la superiora —quiero decir *la orden*— para salir a dar una vuelta durante un día, durante una semana, o un mes si llega el caso.

Entre en ciertas pobres viviendas. Frecuente algunos hospitales. Dé vueltas por los corredores de algunos asilos de ancianos.

Tome conciencia aunque sólo sea de una de tales situaciones. Recoja uno solo de esos dramas. El que salga.

Después ponga al lado si quiere la lista completa de sus desgracias.

Y por último decida, libremente, si hay razón precisamente para llorar, para lamentarse, o para dramatizar, como lo hace habitualmente, su propia situación «insostenible».

La dejo con unos versos del escritor cubano José Martí:

«Cuando otros lloran sangre, ¿qué derecho tengo yo a llorar lágrimas?».

Y para esto, ¿quién tiene aptitudes? Porque no vamos comerciando con el mensaje de Dios, como hace la mayoría, sino que hablamos conscientes de nuestra sinceridad, conscientes de que lo hacemos delante de Dios, bajo su mirada, en unión con Cristo (2 Cor 2, 16-17).

Querida hermana:

Usted me pone en un fuerte apuro. ¿Qué debo hacer? ¿Dejar de escribir libros? ¿O dejar de escribirle a usted? ¿O no es acaso más sencillo que usted no lea en adelante lo que escribo?

¿Debo adaptar mi conducta al papel impreso? ¿O forzar al papel impreso a copiar mi conducta? ¿O sea, primero escribir y después vivir lo que escribo, o primero vivir y después escribir?

Ciertamente usted no me ayuda mucho a deshacer este nudo más bien enredado, que sin embargo es obra de sus manos.

Pero vayamos con orden, intentando descubrir el hilo conductor de su polémica.

Hace algún tiempo, usted me lanzó un reto: «Veré si es como escribe en los libros». Después de nuestro coloquio, he obtenido la certeza de que aquella frase que me había dejado perplejo, era simplemente una extorsión.

En realidad, a usted no le interesaba comprobar la coincidencia entre el escritor y el sacerdote. Tenía necesidad solamente de que mi «personaje» coincidiese con el que usted tenía en su cabeza (y que le resultaba —digámoslo también— muy cómodo).

A usted le urgía únicamente que, lo mismo el sacerdote que el escritor, estuviesen de su parte, es decir, de parte de sus ideas, de su mentalidad, de sus «manías», de sus prejuicios, hasta de sus resentimientos contra ciertas personas.

Yo no me presté a su juego, demasiado descubierto (¿qué quiere? considero la libertad como un bien demasiado precioso para venderla por un plato de... aprobaciones entusiastas). Y usted quedó decepcionada.

También yo, ciertamente, me sentí decepcionado por usted. Así estamos empatados.

Me di cuenta efectivamente, que usted pertenece a aquella clase de personas que piden consejos «desapasionados», a condición de que estén en la línea de las decisiones que ya han tomado.

Las personas como usted no tienen necesidad de colaboradores, sino de cómplices. No busca amigos, sino papagallos. No tiene necesidad de remordimientos, sino de confirmaciones. No necesita luz, sino humo (preferentemente el del incienso).

Usted no busca un guía, sino *alguien que le dé la razón*.

No quiere la sinceridad, sino la seguridad y la convivencia.

No exige una leal confrontación de ideas, sino una aprobación de la postura adoptada.

No he necesitado hacer un gran esfuerzo para comprender cuál era la apuesta que estaba en juego con usted.

Si hubiera aprobado sus criterios, aceptado a ojos cerrados sus —digamos— ideas, compartido sus puntos de vista, reavivado su ya demasiado hirviente iracundia, justificado sus opciones, hubiera sido calificado por usted ciertamente como «un sacerdote abierto, comprensivo, sincero, cercano a nuestros problemas, humano, disponible, valiente, etc.».

Pero, en cambio, como he tenido el valor elemental de mantener mi libertad, me he ganado la nota de «enorme decepción».

Y no me disgusta del todo, créame.

Puedo equivocarme también —nunca he tenido la garantía de la infalibilidad—, pero no estoy dispuesto a ser *teledirigido* por nadie.

Puedo también cometer notables errores al hablar de una forma determinada. De todos modos, no me doblegaré nunca a «hablar según las órdenes recibidas», o sea, a decir solamente aquello que a cierta gente le gusta oír.

Así pues, si usted espera que le dé seguridades, para otra vez acuda a alguien que no la decepcione.

Yo tengo el maldito vicio de decepcionar al que espera de mí cosas programadas anticipadamente según la comodidad propia (lo mismo intelectual que moral).

Después de esta «enorme desilusión» que le he producido —de la cual no logro arrepentirme en absoluto— ha venido su segunda flecha envenenada: «No vale eso de escribir tantos libros. Hacen falta hechos».

Y, al menos en este punto, estoy de acuerdo con usted.

Sé muy bien que, en la vida, hay algo mucho más importante que los libros.

Estoy más que convencido de que no seré juzgado a base de letra impresa.

No me cuesta trabajo reconocer que son los hechos lo que cuentan, no la palabrería (esto a parte de que, para mí, también las ideas son «hechos»; y que las páginas escritas no son necesariamente palabrería, en particular si brotan de un sufrimiento, de un amor, de una profunda urgencia y provocan un gran esfuerzo interior).

De todos modos, yo... no sé hacer otra cosa. Me limito a hacer aquello de que me siento capaz. Muchos realizan, afortunadamente, cosas bastante más importantes, bellas y útiles. Y es justo que sea así.

De todas maneras, podemos llegar a una solución satisfactoria para los dos.

Veamos. Usted vive, usted realiza «hechos». Y yo escribo todo lo que veo en usted, todo lo que aprendo en la escuela de sus obras.

¿Acepta esta forma de colaboración?

Repartiremos a medias, naturalmente, los derechos de autor.

Pero tenga en cuenta que no hemos de decepcionar a ninguno. Usted —afortunada— con su vida. Yo —pobre de mí— con la pluma.

Sábado

Respondió Moisés ante Yahvé: Si los hijos de Israel no me escuchan ¿cómo me va a escuchar Faraón, a mí que soy torpe de palabra? Pero Yahvé habló a Moisés y a Aarón, y les dio órdenes para los hijos de Israel y para Faraón rey de Egipto, a fin de sacar del país de Egipto a los hijos de Israel (Ex 6, 12-13).

Querida hermana:

He releído en estos días sus cartas por orden cronológico. He podido «reparar» así la génesis y el desarrollo de la crisis. Me ha sido posible también intuir el desenlace, que a usted le parece ya inevitable.

Su último escrito me confirma que en su conciencia ha sonado ya, imperiosa, la señal de partida hacia el éxodo; por lo cual debería ser inminente el decisivo paso... del mar Rojo.

«No hay ya nada que hacer».

«Estoy cansada ya de luchar sin que se vea un brillo lejano de esperanza en el futuro».

«No vale la pena insistir con ciertas personas».

«No encuentro ningún motivo válido para seguir sufriendo de esta manera».

«Determinados criterios son inexpugnables y contra ciertas resistencias no es posible siquiera el rasguño. Sigo golpeándome la cabeza contra un muro macizo y hostil».

«Algunas hermanas se marchan, descorazonadas y desengañadas. No pocas veces son de las mejores. Muchas otras se quedan, pero la suya no es tanto una reacción de fidelidad, como de resignación y de cobardía».

«Tengo la impresión de haber quedado sola para librar una batalla ya perdida desde el principio».

He espulgado, al azar, algunas frases de usted.

Y le confieso fraternalmente que comprendo muy bien sus motivaciones. Las comparto. Podría aún añadir otras, ya que conozco más que discretamente esa situación que para usted se ha hecho intolerable.

Reconozco que ciertas torpes resistencias, cierta ceguera ante los problemas de nuestro tiempo, cierta ignorancia presuntuosa de las exigencias más vivas de la vocación religiosa en el mundo de hoy, cierta pereza presentada como prudencia, cierto descarado inmovilismo que se quiere hacer pasar como fidelidad, cierta incapacidad crónica para valorar las desastrosas consecuencias de un endurecimiento en formas superadas, en suma, cierta penosa y ridícula cerrazón al sople del Espíritu, provocan inevitablemente crisis como la suya.

Crisis que no es el debilitarse del amor a un ideal, sino desilusión al ver un ideal empobrecido en su ímpetu dinámico, ideal que se mantiene alejado del contacto con la realidad concreta y actual, deteriorado por una estructura esclerotizada. Digámoslo claramente: un ideal traicionado.

Su sufrimiento es el de los enamorados engañados. Es el sufrimiento de quien «ve» un campo inmenso de posibilidades, y está obligado a vivir en una estructura sofocante, donde falta el aire, escasea la luz, se siente el olor a mohoso, y el Espíritu está racionado en pequeñas dosis —según mezquinos criterios jurídicos o contables— como si fuera una medicina peligrosa. Es el sufrimiento del que ve a la muchedumbre acampada en recintos de seguridad individualista, sin ganas y de moverse, paralizada por la costumbre, protegida por la tibieza de la «letra».

Sí, querida hermana, ha sonado la hora del éxodo. Ha madurado el tiempo de la partida, de la liberación.

Ciertas situaciones son insostenibles desde todos los puntos de vista.

Pero precisamente aquí, me parece que se sitúa su error.

El éxodo es la aventura de un pueblo, no de una persona individual «más abierta» que las otras. Un pueblo lento, que se resiste a caminar, alérgico al cambio, incapaz de mirar hacia adelante, siempre dispuesto a lamentarse, lloriqueando, recordando las seguridades de un pasado de esclavitud. Un pueblo que hace todo lo posible por no dejarse liberar.

Y, no obstante, la tierra prometida debe alcanzarla una entera comunidad —siempre recalcitrante— no solamente un guía «iluminado». Más aún, precisamente el guía, el conductor, deberá contentarse con ver desde lejos la tierra «que mana leche y miel», sin poner los pies en ella (pero no importa, porque aquella tierra la poseía ya en su corazón).

He aquí su misión, hermana. Una empresa difícil de estímulo, de animación, de concientización, de molestia, de provocación, de excitación a caminar. No ciertamente de «fuga hacia adelante». Es la multitud la que debe pasar el mar Rojo. Si usted se contenta con pasarlo sola, no realiza ciertamente una empresa heroica. Heroísmo es la paciencia obstinada, la fidelidad puesta a dura prueba por la insensibilidad ajena, el sufrimiento que compensa la lentitud de la caravana, el gusto por la libertad inspirado incansablemente a todos, el sentido del movimiento transmitido como por contagio aun a los más recalcitrantes.

Si pasa usted sola, no resuelve nada. Más aún, corre el peligro de hundirse en el anonimato, en la insignificancia: de ser engullida por el aislamiento. Y los otros se quedan donde estaban.

Mucho mejor cien pasos dados en compañía de los demás, que mil kilómetros recorridos abandonando a los otros a su propio destino.

Querida hermana, aun comprendiendo los motivos de su ardiente desilusión, de su lacerante sufrimiento, yo sigo convencido de que se podrá hacer algo útil solamente desde dentro, no desde fuera. Permaneciendo, aun en el dolor, con los demás, no alejándose de ellos.

No se salva la casa de los ladrones yéndose lejos.

Recuerde, también Dios tenía válidos motivos para estar descontento de los hombres.

Tampoco él estaba nada satisfecho, al ver cómo iban (o no iban) las cosas en el mundo.

También él estaba decepcionado, desengañado del hombre.

Hubo un tiempo en el que el Señor «no podía ya más». Hubo un tiempo en que cayó en la cuenta de que «no había ya nada que hacer».

Pues bien, precisamente entonces, al llegar «la plenitud de los tiempos», cuando Dios mismo no podía ya más, decidió... hacerse hombre.

Cansado de la tierra, vino a plantar aquí su propia tienda.

Comprobando que no había ya nada que hacer, descendió a compartir nuestra pobre condición humana.

He aquí lo que sucede cuando Dios ya no puede más: nos lo encontramos más cerca, en medio de nosotros, uno de nosotros.

Y si nosotros somos pesados, lentos, caprichosos, él carga con nosotros y nos lleva a todos en su propia cruz.

Esta es, hermana, la «fuga» que el Señor la propone: la fuga de la encarnación.

La misa de la monja

Dios soberano,
te pedimos humildemente que
así como nos alimentas con el
cuerpo y la sangre de tu Hijo,
nos hagas participar de su naturaleza divina

(Oración después de la comunión del
vigésimoctavo domingo del tiempo ordinario)

Culpables por no haber hecho nada malo

Domingo

Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante vosotros hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra,
obra y omisión

(De los ritos iniciales de la misa)

No os pedimos perdón, hermanos, por el mal que os hemos hecho.

Os pedimos perdón, más bien, por *el mal que no os hemos hecho*.

Sí, nos sentimos culpables porque no os hemos hecho ningún mal.

Porque no os hemos inquietado.

Porque no os hemos incomodado.

No hemos quebrantado vuestra paz.

No hemos desmenuzado vuestras seguridades.

No nos hemos interferido en vuestro horizonte.

No hemos estropeado vuestras plácidas digestiones.

No hemos perturbado vuestro sueño.

No os hemos obligado a levantar la cabeza hacia lo alto.

No hemos alborotado vuestra existencia.

No hemos puesto patas arriba vuestros valores.

No os hemos complicado la vida.

No os hemos creado problemas.

No os hemos regalado remordimientos.

El pecado que nos pesa en nuestra conciencia es precisamente el de haber sido inocuas.

El verdadero mal de la vida religiosa es la insignificancia.

Hemos sido personas demasiado buenas y modosas.

Hemos sido demasiado «razonables».

No hemos perturbado vuestro tráfico.

Hemos intentado pasar inobservadas. Así no os habéis dado cuenta de que existíamos, salvo por alguna finalidad utilitaria.

En suma, reconocemos haber faltado a nuestro concreto deber de ser piedras de escándalo, signo de contradicción fuego, que quema.

Por todo esto sentimos la necesidad de pedir os públicamente perdón.

Perdonadnos, hermanos, nuestra condición inofensiva.

Perdonadnos nuestras buenas maneras.

Perdonadnos nuestro buen sentido.

Perdonadnos nuestros cálculos humanos.

Perdonadnos nuestra compostura.

Perdonadnos nuestra alergia al riesgo.

Necesitamos urgentemente vuestro perdón, hermanos.

Después de lo cual, nos comprometemos a... no dejaros ya más en paz.

Se acabará vuestro descanso.

Nos convertiremos en peligro público.

Os procuraremos una enorme cantidad de molestias.

Os lo prometemos solemnemente.

Y vosotros, hermanos, orad para que podamos al fin haceros un poco de mal.

El evangelio tiene siempre una continuación

Lunes

Del evangelio según...

Y ahora me toca a mí.

Después de evangelio según Mateo, Marcos, Lucas y Juan, viene el evangelio según una monja desconocida como yo.

Cada uno de nosotros está encargado de transmitir esta buena noticia, de divulgar este anuncio.

El evangelio tiene siempre una continuación.

Es una historia que continúa.

Escucho el evangelio.

Y después voy a comunicarlo.

Debo «hacer saber».

Tengo el deber de informar.

Tengo el deber de transformar con la palabra.

«Mi Padre actúa siempre, y yo también actúo». Esta expresión de Jesús, referida por Juan, nos abre una perspectiva de exultante dinamismo. «El universo y el corazón de todo hombre —lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño— son un único taller en el que el Padre y la palabra plasman una nueva creación. La historia es un hacer del hombre *hecho* por Dios. El hacer de Dios es su múltiple hablar: provocación y escándalo, llamada y provocación. Así se manifiesta el comportamiento de Dios, más aún la fisonomía de Dios, en la existencia de cada uno y en la existencia del universo» ¹.

1. L. Rosadoni, *Il mestiere di essere vivi*, Torino.

«En tu corazón está la palabra de Dios. Ella excava esta tierra a fin de que brote la fuente», advierte Orígenes.

La palabra me viene confiada no para que me limite a hacerla objeto de estudio.

La palabra se me entrega no para mis transportes íntimos. Sino para que la «transporte» a los otros hermanos.

El comentario a la palabra de Dios no es solamente el del sacerdote, después de la lectura del evangelio.

Es indispensable mi comentario.

«El más bello comentario de la Biblia es la existencia del creyente» (L. Rosadoni).

También a mí, un día, se me pedirá cuenta de la suerte de la palabra. «¿Qué has hecho de mi palabra?».

El peor pecado es el de esconderla.

«Y la palabra se hizo carne» (Jn. 1, 14).

Y sigue haciéndose carne también en un pobrecito como yo.

Debo manifestarla, hacerla visible, quiero decir palpable.

«El pueblo vió la palabra», se escribe en el libro del Deuteronomio.

E Isaías habla de la «visión de la palabra de Dios» que él tuvo.

Esta palabra no ha de ser simplemente escuchada.

Debe ser «vista» por todos.

Yo traiciono la palabra cuando no la hago «visible» en mi existencia.

Mi vida, pues, es la «continuación» del evangelio de hoy.

Me siento rico aun cuando me encuentro con las manos vacías

Martes

Bendito seas, Señor, Dios del universo
por este pan,
fruto de la tierra y del trabajo del hombre,
que recibimos de tu generosidad
y ahora te presentamos:
él será para nosotros pan de vida.

Rito de preparación de las ofrendas.
Es el momento en que me siento rico.
Rico de lo que puedo ofrecer.
Rico por la alegría de poder dar algo, independientemente de la naturaleza del don.

También yo levanto las manos, juntamente con las manos del sacerdote, y tengo la impresión de que son consagradas.

Sí, la presentación de la ofrenda es el momento de la consagración de mis manos. Estas manos que encuentran su función más verdadera y más noble en el gesto de la ofrenda.

Las manos me han sido dadas para dar.

El que las usa habitualmente solamente para tomar, para tener, no ha aprendido todavía a utilizarlas, aun cuando tenga muchos años. Sobre todo, no ha gustado todavía la alegría más grande: la alegría de dar.

Nos preocupamos por enseñar a caminar. Y el día en que el niño da los primeros pasos señala un gran acontecimiento en la familia.

¿Por qué no se enseña, lo primero de todo, a utilizar las manos haciendo el gesto «justo» para el que han sido hechas? ¡Qué fiesta más grande, en la gran familia del mundo, si todos aprendiésemos, desde pequeños, a servirnos de las manos de la única manera «correcta», que es la manera de «dar»!

Nos preocupamos por las manos sucias.

En realidad las manos están sucias solamente cuando «retienen» algo.

La limpieza de las manos no es un hecho de higiene, es una cuestión de corazón.

No basta el agua. Ni siquiera el jabón. Es necesaria una operación que «frota y arranca» dentro.

Pero en la presentación de las ofrendas, me siento rico aun cuando me encuentro con las manos vacías. Lo que sucede frecuentemente.

Sé de dónde tomarlo.

Hay una especie de «caja de compensación» a la cual acudir.

«Y ahora te *presentamos*».

Somos muchos, Señor. Somos una familia.

Y si yo no tengo nada que ofrecerte, hay quien te ofrece algo en mi lugar. Hay quien ha sido generoso también para mí.

No tengo miedo, Señor.

Vivir en comunidad, como hermanos, comporta este intercambio de riqueza y de pobreza.

Puede haber un día en que me sienta vacío, en el que no haya hecho nada bueno.

Sin embargo hay siempre alguien que tienen algo «de más».

Y el equilibrio viene restablecido de esta manera.

Mis manos vacías se hacen ricas con el compromiso ajeno, con el trabajo ajeno, con el sacrificio de otros.

Mañana, tal vez, me tocará a mí suplir a algún otro.

No hay nada más bello que esta comparticipación, que estas sustituciones misteriosas.

Sobre el altar están «nuestras cosas». Son de todos sin excepción. También de aquel que no ha puesto nada, como me ha sucedido a mí hoy.

Nos sentimos ricos con aquello que hemos ofrecido.

No es gran cosa. Pero es todo lo que tenemos.

Déjanos gozar este momento de alegría, Señor.

«El Cristo de los ojos cerrados nos mira a través de la herida de su costado con pestañas de sangre» (R. Gómez de la Serna).

Lo más lo pondrá él.

Y será, una vez más, el milagro.

Alguien me ha arrebatado mi peso

Miércoles

¡Levantemos el corazón!

Y te encuentras cansado, desesperanzado, acobardado, disgustado.

Con una impresión de vacío. En el interior y en torno a ti mismo.

Con una sensación de hielo. Dentro y fuera.

Lo has dado todo. Y te sorprendes como si hubieras sido «vacío»: de energías y también de esperanza.

Todos a pedir, a patalear, a solicitar algo. Pero ninguno te ha dado nada.

Has luchado. Sin conseguir gran cosa. Y comienzas a dudar si vale la pena.

Has sido fiel a la amistad. Pero cuando has tendido la mano, has encontrado la oscuridad. Cuando has gritado, nadie se ha hecho presente. Cuando has buscado en los ojos un brillo de comprensión, has tropezado solamente con desconcierto y hastío.

Has visto de cara la injusticia. Has sacado una sensación de rebeldía y de náusea. Pero también de impotencia. Efectivamente, apenas has hablado o has actuado, has ido a chocar contra un muro de indiferencia y de miedo y has quedado atrapado en la red de los cálculos y de las complicidades. Ni uno siquiera se te ha unido. Nadie se ha sentido con valor para comprometerse. «Conviene dejarlo estar».

Y ahora, al sufrimiento atroz por la injusticia, se añade la rabia por la cobardía general.

Has visto cara a cara la hipocresía. La incoherencia. La cicatería. El egoísmo más desvergonzado.

Has tratado de agarrarte a algo sólido. Pero tus manos no hacían más que aferrar arena y fango.

El peso de estas desilusiones, de estos fracasos se coagula sobre tu corazón.

El corazón se transforma en una roca que te aplasta.

¡Levantemos el corazón! invita el sacerdote desde el altar.

Bueno, es una palabra. Mi corazón se ha hecho pesadísimo y me arrastra hacia abajo.

Imposible levantarlo.

El es más fuerte que yo.

Me oprime, no me deja moverme, con toda esta carga espantosa de amarguras y de desengaños.

¡Levantemos el corazón!

No hay nada que hacer.

A lo más, mi corazón va en dirección horizontal, hacia aquel incidente, hacia aquella frase cortante, hacia aquel amigo que me ha traicionado, hacia el superior que no me ha comprendido.

Pero eso de levantarse, de moverse un poco hacia arriba, de eso realmente no quiere saber nada.

Demasiadas cosas feas le fijan al suelo como clavos.

¡Levantemos el corazón!

Y sin embargo es un mandato perentorio, no se avanza en la misa si no se cumple este despegue «imposible».

Miremos, sobre el fondo del altar se destaca la cruz.

Alguien se ha encontrado aplastado como yo.

Alguien ha probado la misma angustia mía.

Alguien ha experimentado como yo la bofetada de la traición de los amigos y del abandono en el momento decisivo.

De pronto, las cosas desagradables que me tenían clavado en tierra, mordiendo el polvo de la desilusión, han desaparecido. Se han convertido en materia de *sus* clavos. Tenía necesidad él de ello, para quedar fijo y quieto en su puesto, en la cruz.

Mi corazón comienza a animarse.

Es verdad que la cruz posee una irresistible fuerza de gravedad... hacia lo alto.

«Yo, cuando me levanten de la tierra, tiraré de todos hacia mí» (Jn 12, 32).

¡Qué colosal imán aquella cruz!

Mi pesadez, de golpe, ha tomado la dirección opuesta.

¡Levantemos el corazón!

Ahora ya me resulta fácil responder:

«Lo tenemos levantado hacia el Señor».

Le miro asombrado.

El se ha apoderado de todo.

Me ha arrebatado mi peso.

Por eso me siento tan ligero.

Por Cristo, con él y en él,
a ti, Dios, Padre omnipotente,
en la unidad del Espíritu santo,
todo honor y toda gloria
por los siglos de los siglos.

No sé por qué, pero en este momento de la misa, me viene a la memoria el episodio de Baltasar y de su banquete interrumpido bruscamente por la aparición de la mano misteriosa que comienza a trazar signos inquietantes sobre la pared.

«De pronto aparecieron los dedos de una mano humana que se pusieron a escribir... Entonces el rey cambió de color, sus pensamientos le turbaron, las articulaciones de sus caderas se le relajaron, y sus rodillas se pusieron a catañetear» (Dan 5, 5-6).

La escena no necesita comentario. Está descrita ciertamente con fuerte y ruda expresión.

Sobre todo adquiere implacable evidencia, en mi mente, la interpretación que da Daniel de aquellos extraños signos: «*Tequel*; has sido pesado en la balanza y encontrado falto de peso» (Ib., 5, 27).

No se necesita en verdad trabajar mucho para aplicarme la misma frase.

También yo me encuentro en la misma condición deficitaria.

«Tú has sido pesado en la balanza y apareces falto de peso».

Si pienso en las exigencias de mi vocación, en los dones maravillosos que el Señor me ha regalado, en las cosas prodigiosas que me ofrece ordinariamente, me doy cuenta de lo inmenso de la deuda que he contraído con él.

Es más que natural que este Dios, loco en su generosidad, espere algo de mí.

Pues bien, colocándome en esta perspectiva de las esperas de Dios, advierto que no estoy en condiciones de pagar mi deuda. Ni siquiera aun viviendo diez mil años.

Me encuentro terriblemente «falto».

Y he aquí que, en el momento de sentir el espanto ante mi condición de insolvente crónico, el sacerdote levanta en alto la hostia y el cáliz: «Por Cristo, con él y en él».

Es Cristo el que pone en el plato de la balanza su vida, su sacrificio, su sangre.

El paga por mí.

Y la balanza queda equilibrada.

Las esperas del Padre son satisfechas.

«A ti, Dios, Padre omnipotente, todo honor y toda gloria».

Cristo es nuestro inigualable *suplente*.

Su obediencia en lugar de nuestras rebeldías.

Su amor en lugar de nuestros egoísmos.

Es el momento del «cambio», del trueque.

Yo le entrego mi debilidad, y él me da la fuerza de aquel pan.

Yo le doy mis miserias, y él me regala la riqueza de su sacrificio.

Yo descargo sobre él mis innumerables «no», y él me presta su «sí».

Así, por él, con él y en él, yo no estoy ya «falto» a los ojos del Padre.

Ha habido un cambio entre hijos.

Un intercambio extraordinariamente ventajoso para el más miserable, para aquel que nunca se las arregla para pagar.

Y es el Padre, en este momento de la misa, el que dice «amén».

En intercambio ha sido aceptado.

Nos atrevemos a decir: Padre nuestro...

Recuerdo una misa celebrada en el penal-prisión de Porto Azzurro.

Yo veía acercarse este momento con una sensación de miedo. «¡Padre nuestro!».

Me detuve. Los miré a la cara, uno por uno. Más de quinientos hombres, a los que les habían matado la esperanza, condenados de por vida.

He dicho:

«Disculpadme, pero no soy capaz de proseguir. Si no me ayudáis vosotros, yo, solo, en esta encrucijada peligrosa de la misa, no soy capaz de seguir adelante. Me vería obligado a decir una palabra que, si antes no se realiza algo muy importante entre nosotros, sonaría como unas blasfemia: Padre nuestro.

Tengo necesidad de que me aceptéis como uno de vosotros, un hermano y nada más.

Solamente si me hacéis este regalo, si nos intercambiamos esta fraternidad, si admitimos por ambas partes este parentesco, si me consideráis como uno de vosotros, *nos atreveremos* a decir juntos: Padre nuestro.

De lo contrario yo no tengo valor para pronunciar esta frase.

Dios no es solamente «mi» Padre. El quiere serlo de todos. Y si no me presento delante de él junto con todos vosotros, sin excluir a ninguno, me siento un traidor, un —perdonadme— ilegítimo. Y si vosotros no me reconocéis como hermano, Dios se marcha, no se deja encontrar».

Nunca como en aquel momento he descubierto la fuerza tremenda de la expresión: «*Nos atrevemos* a decir».

Sí, solamente ahora que nos hemos reconocido y aceptado como hermanos, podemos decir, sin miedo a blasfemar: Padre nuestro (más todavía: Papá, *Abbá*).

Estamos en una situación desastrosa, papá, pero estamos juntos.

Rotos, sucios, no muy presentables, pero nos reconocemos como hermanos.

Nos sentimos culpables todos «juntos».

Todos tenemos algo que se nos debe perdonar.

Ninguno de nosotros es juez de los otros.

Ninguno de nosotros condena las culpas del otro.

Estamos unidos por una común solidaridad de miseria.

Solamente por esto «nos atrevemos a decir».

Y tú, estamos seguros, nos miras con benevolencia. Porque nosotros nos miramos sin dureza.

Tú, tenemos la certeza, nos aceptas. Porque nosotros nos aceptamos mutuamente.

Tú no te avergüenzas de nosotros, a pesar de todo. Porque nosotros no rechazamos a nadie.

He aquí, pues, Señor, solamente después de habernos cargado sobre las espaldas este peso colosal de todos nuestros hermanos, nos atrevemos a decir: Padre nuestro.

Y, esta vez, es oración.

La misa ha terminado: podéis ir en paz.

Sería más justo decir: id en paz, porque la misa *no* ha terminado.

Esto, en efecto, es un comienzo. No una conclusión.

Se trata sin duda del momento más difícil de la misa.

Se marcha uno, no porque se haya terminado algo, sino porque algo está para comenzar.

La despedida no quiere decir: «muy bien, habéis cumplido con vuestro deber, podéis marcharos tranquilos», sino «ha llegado vuestra ocasión, ahora os toca a vosotros».

No es una señal de reposo, pues, sino señal de movilización.

No «misión cumplida», sino «partir para una misión delicada».

Yo veo que algunos «salen» de misa con la actitud satisfecha del que ha cumplido el propio deber. Algo como: «Por hoy este asunto está en regla, este expediente queda resuelto».

No, celebrar la eucaristía significa asumir un compromiso, que va desarrollándose «después», a lo largo del día.

Significa continuar.

Significa conectar con la vida cotidiana.

La misa termina como acción litúrgica y comienza como celebración de la vida.

Termina el ritmo y comienza el gesto vital.

Se levanta uno de la mesa y se empieza a trabajar.

En suma: se lleva fuera lo que se ha recibido.

Se lleva fuera aquello que somos, en lo que nos hemos convertido.

En la capilla de un monasterio suizo —de gratisimo recuerdos para mí— se ha realizado precisamente esta idea de la «continuidad de la misa». Del gran altar salen haces de rayos. Una especie de torrente que desciende sobre el pavimento, se ensancha, desemboca en el exterior y prosigue por los corredores.

Como si dijera: todo comienza desde aquí y acaba en el exterior. Mejor: *no termina*.

El altar es un punto de partida. Pero la aventura no se incluye nunca. La misión nunca queda cumplida.

No se puede fijar un término a las sorpresas.

«¡La misa ha terminado: podéis ir en paz!».

Es brevísimo y relativamente fácil el camino que lleva a la misa.

Pero se hace interminable y arduo el camino que va de la misa a la vida.

Y las únicas señales son las de la espera.

Vigesimonovena semana

Cuadritos más o menos edificantes

Los ojos del Señor
están puestos en sus fieles
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas
de la muerte
y reanimarlos
en tiempo de hambre

*(Antifona a la comunión del
vigesimonoveno domingo del tiempo ordinario)*

Evita aquel camino,
no pases por él,
apártate de él,
pasa adelante (Prov 4, 15).

En mi vida he contraído, y continuo impertérrito contrayendo, enormes deudas de agradecimiento con muchísima gente.

Están entre ellos las personas que suelen indicarse, comúnmente, como aquellas «que nos han hecho mucho bien». Los modelos, guías, maestros, comenzando por los —para mí inigualables— que he encontrado en casa.

Pero me siento deudor también respecto de aquellos que no me han hecho bien. Sino todo lo contrario. También ellos, efectivamente, sin saberlo, me han hecho bien... no haciéndomelo en absoluto. En realidad, me han enseñado —con un procedimiento al revés— muchísimas cosas.

Estoy convencido de que existen dos tipos de ejemplos.

Los *ejemplos positivos*. Ilustraciones espléndidas de un ideal que nos atormenta y nos fascina. Encarnaciones seductoras de valores que llevas «dentro» en germen y que precisamente vienen «desarrollados» claramente por tales personas.

Pero están también los *ejemplos negativos*, igualmente determinantes.

Y desearía subrayar precisamente aquí su importancia y utilidad.

Los modelos «en negativo», efectivamente, si tienes un mínimo de honradez, te obligan a explorar dentro de ti para com-

probar si acaso no albergas también tú esos gémenes, esos bacilos que tanto te disgustan en los otros.

Además de esta *función reveladora* de tus males ocultos, los modelos «en negativo» desempeñan —¿cómo decirlo?— una función de vacunación. Esos gérmenes inoculados en dosis conveniente en el propio organismo, provocan una reacción saludable. Son señales de alarma, te indican la presencia del enemigo, potencian las defensas, excitan y multiplican los anticuerpos, movilizan las fuerzas «amigas, desencadenan las fuerzas contrarias.

De este modo un individuo obtiene la inmunidad contra una determinada enfermedad.

Así, entre otros, yo estoy agradecido a aquel individuo siempre torcido, huidizo, ambiguo, contradictorio en el hablar. Me ha enseñado, «en negativo», la belleza de la sinceridad.

Me siento agradecido a aquel otro, típico «amo del cotarro». Todo debe girar en torno a él; las personas son miserablemente instrumentalizadas, manipuladas, explotadas; el mundo entero ha de estar en función de su prestigio de cuatro cuartos y de sus intereses notablemente superiores... a los cuatro cuartos. Logra invertir los papeles y las órbitas; de «dependiente» como es pretende hacer que todo y todos dependan de sus propias pretensiones egoístas, de acuerdo con las cuales, todas las cosas y todas las personas deberían girar —y ¡ay! del que marre— en torno a su órbita utilitaria. De éste he aprendido, «en negativo», la grandeza del servicio evangélico, la importancia del último lugar y la hermosa conquista de lo gratuito.

Me reconozco deudor hacia el que veo habitualmente débil y gimoteando y moviendo la cola ante los fuertes, y luego en cambio es prepotente con los débiles. Me ha metido en la cabeza y en el corazón, con su comportamiento «en negativo», la lección fundamental del respeto sagrado a las personas.

Expreso mi más sincera gratitud a la camarilla de personas que he visto, muchas veces, atareadas en hacer y ocultar, confeccionar y cerrar bajo llave, avisar y tramar embrollos, telefonar jadeantes y hacer partir con la astucia más miserable y ridícula. Sus maniobras oscuras me han ayudado a enamorarme de la claridad. Me han hecho descubrir «en negativo», la paz que nace del poder dar cuenta a toda una comunidad de los propios actos y de las propias realizaciones.

Doy las gracias también al oportunista que conozco bien. La máscara que el pobrecito se ve obligado a llevar habitualmente me ha dado «en negativo», un sentido profundo de la libertad y de la dignidad.

He recibido mucho también del «entrometido» que me encuentro con frecuencia a mi paso. Sus intrusiones me regalan, «en negativo», el gusto por la discreción.

Agradezco en fin a aquellas personas que no agradecen nunca. Que reservan su gratitud (interesada) para los charlatanes que saben vender bien su mercancía, a los vanidosos que se presentan como buenos y hermosos con las plumas de los demás. Y desprecian a los humildes, a los oscuros trabajadores, peones de lo cotidiano. Su tosca ingratitud me ha hecho entender, «en negativo», lo indispensables que son los pequeños «que no cuentan». La necedad de pararse en las apariencias. Lo grande que es una persona que sabe decir «gracias», en especial por el trabajo que, precisamente porque es normal, es despreciado por los más.

De un bufón he aprendido la seriedad. Y de un individuo «serio» he aprendido a sonreír.

Podría continuar todavía un rato largo...

Pero eres tú el que debes repasar la lista de tus maestros, en especial los del segundo tipo.

Ante ciertas aberraciones, deformaciones e incoherencias, no hay que escandalizarse en absoluto, ni sentirse desconfiados o humillados.

Una persona «sana» acoge también estas provocaciones negativas y da las gracias.

Para el que sepa reaccionar desde dentro, todo sirve para conseguir la salud. También los bacilos.

Un modelo «en negativo», que soporta en el laboratorio del propio espíritu el necesario tratamiento de inversión, resulta una espléndida fotografía.

Así pues, nada de irritarse por los obstáculos con que tropiezas a lo largo de tu camino. Aun el mismo obstáculo puede poner en movimiento dentro de ti energías que acaso dormitan.

Y no te enfades por las sombras que ves en torno a ti. Mejor: enfádate hasta el punto de provocar en ti la luz necesaria.

Lo importante es que no se desmonte el laboratorio interior de transformación.

Hermanos, seguid todos mi ejemplo y tened siempre delante a los que proceden según el modelo que tenéis en nosotros (Flp 3, 17).

Había sido bautizada como «la santita».

Ciertamente tenía «el físico del rol» (admitiendo que el cliché de la santidad sea el que presenta cierta hagiografía acaramelada). Gran compostura, una sonrisa benévola y triste, una actitud de condescendencia maternal, los ojos entornados, la voz aflautada, y las palabras como suspiros.

«Cátedra viviente de la vida religiosa», la había definido una alumna fiel.

En torno a aquella cátedra se agolpaban efectivamente no pocas oyentes y seguidoras.

¡Había tanto que aprender!

Era la solución para todos los problemas.

Era el consuelo para toda tristeza.

Eran las palabras justas —de resignación, de paciencia, de aceptación— para cualquier situación difícil.

Ella tenía en sus delicadas manos los hilos de muchas conciencias (pienso ahora que aquellas manos nunca tuvieron callos. Parecían hechas, construidas a propósito solamente para tocar, para acariciar cosas frágiles, como las conciencias precisamente).

Para los casos más enmarañados, tenía al menos una docena de autorizados consejeros a su disposición —confesores de primer orden, que llegaban hasta de lejos, teólogos seguros, expertos en vida religiosa, maestros de espíritu llenos de unción—. Esto,

además de los sacerdotes de paso, que nunca dejaba de atrapar —con aire misterioso— para las consultas del caso.

En suma, una santita.

Un modelo.

Una cátedra viviente.

Pero (¡qué diablo! hay siempre un «pero», aun en las historias más edificantes) sucedió un día algo desagradable. Para la titular de la cátedra, una vez al menos.

Habituada a proporcionar paciencia, generosidad y resignación a los otros, se había quedado momentáneamente ella sin nada de esto.

De este modo la «cátedra viviente», sometida a una brusca e imprevista prueba para su aprobación, vaciló penosamente. Más aún, se desintegró.

Las palabras que pronunció entonces no eran precisamente suspiros. Sus frases no expresaban en absoluto dulzura y aceptación.

Por otro lado, en aquel momento, no se encontraba cerca ni siquiera uno de los muchos consejeros disponibles para una intervención urgente, y entonces la «lección» resultó más bien desconcertante y el estruendo desagradable llegó lejos.

Me detengo aquí.

Quería decirte una cosa. Que en nuestra vida, está siempre al acecho la tentación de la cátedra.

Cada persona que encontramos puede ser un discípulo potencial. Nuestro ojo advierte enseguida las deficiencias, el analfabetismo acaso repetido en materia de vida religiosa, el bajo coeficiente de espíritu religioso, la escasa generosidad, la estrecha capacidad de sacrificio.

Y entonces nos subimos a la cátedra. Nos construimos nuestra hermosa cátedra. Y repartimos enseñanzas, consejos apropiados, severas amonestaciones, santas indignaciones, dulces reproches.

Un momento.

Controla la estabilidad de tu cátedra.

Ten cuenta que el peligro más grave está representado por la «cátedra que se tambalea».

Y todas las cátedras tienen el maldito vicio de vacilar. Parece que se divirtieran columpiándose y derribando al que está encima.

Es su juego preferido. Una trampa cruel.

Tú espera para ascender hasta ella. No tengas prisa.

Deja que tu cátedra se afirme en las dificultades, que plante sus raíces en un terreno de profundo silencio y de abstinencia de la enseñanza fácil.

Debe llegar el viento de la contrariedad, la tempestad del incidente que destruye tus planes, la borrasca que te azota por todas partes, el inconveniente desagradable que te quita la respiración.

Procura esperar.

Deja que se desencadenen las adversas condiciones atmosféricas. Que las fuerzas contrarias se abatan y se ensañen contra tu cátedra, la sacudan, la hagan crujir dolorosamente.

No hay prueba más segura.

Después, si la cátedra «resiste», puedes subir a ella. Sin peligro ni para ti ni para los demás. E impartir las enseñanzas que consideres más válidas.

En otras palabras, la cátedra no es un paisaje panorámico.

En la cátedra se halla uno «expuesto».

O se tiene experiencia de los golpes, y entonces la cátedra es sólida.

O vienen los clamorosos resbalones que nos lanzan al ridículo.

Para subir a la cátedra, no vale ser brillantes.

Es necesario también exhibir las señales de las magulladuras.

Todo crece, menos la persona

Martes

Quando yo era niño, hablaba como un niño, tenía mentalidad de niño, discurría como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las niñerías (1 Cor 13, 11).

Treinta años, poco más o menos, en un mismo oficio. Un oficio importante, sin duda. Importante como todos los demás oficios llamados «humildes», en el mundo y en las comunidades religiosas. Todos los trabajos, brillantes o no, son importantes.

Por consiguiente también la tarea de sor Benjamina era importante. Y ella la desempeñaba con seriedad, aun cuando no brillaba ciertamente en cuanto a dinamismo, iniciativa y previsión.

Por otra parte se trataba de un esfuerzo que no requería dotes excepcionales. Bastaba un poco de práctica y todo podía marchar bien según las normas de ordinaria administración.

Un día la superiora de la casa tuvo que ausentarse para bastante tiempo.

Para sor Benjamina fue una tragedia. Parecía un niño a quien le ha faltado de repente el apoyo de la madre, y no consigue mantenerse en pie por sí solo.

Sor Benjamina, por suerte (o por desgracia) encontró un apoyo en el teléfono.

Todas las tardes indefectiblemente, marcaba el prefijo, el número y... llamaba a la mamá, a centenares de kilómetros de distancia.

—Madre, tenía verdaderamente necesidad de usted. Hoy ha sucedido que... ¿Cómo debo hacer?

—Madre, dígame qué debo hacer para...

Y eran cosas sencillísimas, problemas elementales, para cuya solución habría bastado, no digo un poco de inteligencia o imaginación o buen sentido, sino simplemente la fuerza de la costumbre. Treinta años haciendo las mismas cosas deberían ciertamente enseñar a una persona a seguir haciéndolas aun sin tener a su lado la amorosa premura maternal.

Así durante dos meses. Indefectiblemente, todas las tardes.

Y en el entorno de los dos extremos del hilo, todos lo sabían ya, y menudeaban los comentarios irónicos. Pero el infantilismo no tiene miedo ni siquiera al ridículo.

Hubo una excepción. Un día sor Benjamina, por más que había buscado, no pudo encontrar ningún motivo, ni siquiera minúsculo, que justificase la llamada reclamando el acostumbrado consejo telefónico diario. Se había devanado los sesos bastante tiempo, pero no había descubierto nada que preguntar, ningún problemilla en absoluto por pequeño que fuera. Estaba consternada.

La salvó una llamada al teléfono.

Esta vez la iniciativa venía del otro lado.

—¿Me habías llamado?

—En realidad, no.

—Pues, mira, temía que no me hubieran avisado.

—No, hoy me las he arreglado bien, sola.

—¡Qué bien! ¿No tienes necesidad de nada?

—Me parece que no, madre.

—Bueno, mejor que sea así. De todos modos, piensa un poco. Y si tienes alguna necesidad particular, llámame siempre con toda libertad. ¿Entendido?

El hecho es auténtico. Lo puedo garantizar.

Trabajándolo con cuidado, se podría sacar un cuentecito humorístico.

Para mí, en cambio, es solamente un episodio triste, penoso y amargo.

No puedo concebir que una persona de más de cincuenta años tenga necesidad de tales humillantes tutelas.

A veces, bajo la envoltura de la docilidad, pasan de contrabando cosas peores, como la pereza, la pasividad y la dimisión, envilecedoras aun en el aspecto puramente humano.

Si no se tiene cuidado, una malentendida dependencia, en ciertas personas ya constitucionalmente debiluchas, acaba por sofocar todo espíritu de iniciativa, paralizar toda responsabilidad personal y apagar el menor destello de la conciencia.

La culpa, en este caso, hay que repartirla entre los dos... extremos del hilo telefónico.

Hay quien tiene necesidad de una autoridad que le sirva como de muletas que sostengan su incapacidad para caminar con las propias piernas.

Y, por desgracia, en la otra parte, hay quien favorece estos comportamientos, de falsa obediencia, los alienta, incluso los pide, como en el caso en cuestión. Un cierto maternalismo equívoco no hace más que producir incurables infantilismos.

Y quien gana, en todo este feo asunto, es solamente... la ficha telefónica.

En efecto es la única que aumenta.

Miércoles

Por esta razón no tiene él reparo en llamarlos hermanos (Heb 2, 12).

Se puso pálida. Parecía que le hubieran comunicado una noticia trágica.

La hermana, que había venido a verla, miró en torno, confundida, mientras los ojos de los que estaban en la habitación la escrutaban suspicaces, acusadores.

¿Qué diablos había contado a la pobrecita, ya tan probada por la enfermedad?

Y, con todo, la noticia debía ser absolutamente inocua. Se trataba de lo siguiente: el oficio había sido encomendado temporalmente a otra. La cual, además del trabajo, había debido recibir las llaves (¡ay! ¡ay!). Y juntamente con las llaves, las cosas que se encontraban guardadas en aquellos determinados locales.

—¿Estás contenta de que haya venido a verte?

—Sí... Pero dime, por favor —había cortado en seco la enferma— ¿quién ha ocupado mi cargo?

—Sor N.

—¿Cómo? No, no es posible. No quiero creerlo. Me habían asegurado que no sucedería eso.

Y aquí se produjo el casi desvanecimiento. Del cual se recuperó para ponerse a gritar.

—¿Esa individua en «mi» oficina, manejando mis cosas? No puedo admitirlo. Me quedo para siempre aquí, lo prefiero.

La que había traído la «dolorosa noticia» no llegaba a creer a sus propios oídos, estaba visiblemente cortada, casi humillada ante los extraños por aquella reacción tragicómica.

Se limitó a explicar.

—Es una hermana muy metida en su trabajo.

Para aclarar las cosas debería haber precisado otras circunstancias, por encima de las cuales, sin embargo, era mejor sobrevolar en aquel ambiente, tanto más que los presentes fingieron contentarse con aquella explicación medio mascullada.

Es cierto que para completar el cuadro, habría debido decir que aquellas «cosas mías» pertenecían a una comunidad. Debían estar al servicio de todos.

Que «aquella individua» era una hermana, no una enemiga, ni tampoco una extraña.

Que, de todos modos, aquellas «cosas mías» no habían ido a parar a manos de ladrones.

Que, en comunidad, se vive para el mismo ideal y no para las «propias llaves».

Y finalmente, que «aquella individua» estaba trabajando por dos desde hacía algunas semanas.

Pero eran explicaciones que, en tal caso, habrían hecho palidecer, turbados, a los otros testigos de la «edificante» escena.

Mejor marcharse con la cabeza baja.

Efectivamente, apenas la situación se calmó un poco, al menos en la superficie, se escabulló. Con una gran amargura y mucha vergüenza dentro.

Por el camino no podía ver ni a los peatones ni los semáforos.

Tenía la impresión de no entender ya nada.

Reflexionaba, rumiaba dentro de sí misma: «La vida religiosa debe ser un *signo*, como nos han enseñado siempre. *Signo*, pues, de fraternidad también. Pero qué clase de signo puede ser, si no nos fiamos siquiera para entregar tranquilamente una llave a una hermana, para las cosas que deben servir a todos».

«A una hermana... a una hermana... a una hermana», repetía casi mecánicamente.

«Y luego vete a hacer entender estas cosas a los laicos», estalló airadamente. «Claro, solamente hay que esperar que no lo entiendan».

«Por una maldita llave... Una llave que todo lo echa por tierra».

«Estos son los misterios de la vida religiosa, que nunca llegaré a entender, ni siquiera en el cielo. Más aún, no quiero entenderlos. No puedo admitir que haya una explicación lógica en todo esto. ¡Estos misterios los rechazo!», concluyó con decisión.

¿Cómo negarle la razón?

Hay que esperar tan solo que alguien se dé cuenta de ser responsable de hurto y de robo (a mano armada de... llaves). Cuando se vacían de significado las palabras más expresivas, cuando se entra a saco con osadía por valores fundamentales de la vida religiosa, tales como la fraternidad, la confianza mutua, entonces es necio y ridículo tener cerradas las puertas donde guardamos «nuestras cosas».

La casa ha sido ya desvalijada. Por nosotros mismos.

Peligro público

Jueves

Porque hay mucho insubordinado, charlatán y embaucador, sobre todo entre los judíos convertidos, y hay que tapparles la boca (Tit 1, 10-11).

No me cansaré de repetirlo. Una persona que ha perdido el sentido de la propia vocación, que ha olvidado la alegría de la propia consagración, que ha dejado sacar en sí la fuente de la propia entrega a Dios y a los hermanos, resulta *un peligro público*. Una auténtica calamidad.

Cuando dejamos de ascender, uno se transforma en un peñasco que, al rodar, produce desastres indescriptibles.

Más que a los «malos» hay que tener miedo a los mediocres.

La carga de insatisfacción acumulada a través de sucesivas renunciadas y continuas frustraciones (la renuncia a las metas más altas, la frustración del instinto de grandeza) no puede ser más que... explosiva.

Un individuo que se ha *parado*, nunca es inocuo.

Se enfurece necesariamente contra alguien o contra algo, quizás contra todo y contra todos. Encuentra sin más algún o algunos blancos sobre los que descargar toda su rabia de «fracasado». Todo pretexto es bueno; cualquier ocasión es cogida al vuelo. Y entonces vienen las quejas contra todo un ambiente, las luchas interminables contra las personas, el descontento crónico, inevitable.

Polémicas, cambios, protestas, acusaciones. Discusiones ardorosas. Desahogos interminables.

Se revuelve contra mucha gente, se intenta envolver a todos en el propio caso.

Apremiantes reclamaciones de diálogos de «explicaciones», de aclaraciones.

Notas catastróficas, cartas apocalípticas, hasta papeles anónimos (es desagradable decirlo pero hay quien, llevando hábito religioso —y por cierto sin tener más que el hábito de tal— desciende a estas bajezas, mientras se mueve libremente con el crucifijo bamboleante sobre el blanco alzacuello).

Y, naturalmente, una triste red de complicidades, amistades ambiguas, maniobras equívocas, hipocresías, mentiras, chismes, pequeños chantajes, odiosos complots, comportamientos rateros.

Sobre todo, enredos interminables, complicaciones de toda clase. Hace algún tiempo, habiendo identificado a uno de estos pobres tipos (no se necesita mucho para ello), me entretuve en hacer un cálculo: en un año de permanencia en un lugar determinado, provocó hasta dieciocho broncas o escándalos. Y todo, naturalmente, por motivos futilísimos (salvo para las personas carentes de materia gris que le tomaban en serio).

No hay salida. Una persona que ha perdido la voluntad de hacer, el deseo de «ser», degenera en implacable «aguafiestas» y crea conflictos.

Una persona que ha perdido de vista el propio ideal, *se venga* haciendo daño a quienquiera que se encuentre en su camino.

El que ha dejado atrofiar en su alma el sentido del *segui-miento de Cristo*, se pliega a los más increíbles sucedáneos (se puede llegar hasta a hacer el enfermo de profesión, estoy en condiciones de probarlo documentalmente).

He trazado un cuadro más bien negro, lo reconozco.

Pero la realidad resulta todavía peor de cuanto he descrito.

De cualquier manera, si te he ocasionado un poco de miedo, me alegro de ello.

Así estoy seguro de que no resultarás un «peligro público».

Para no encajar en este marco sombrío, basta resguardarse en otra parte.

O sea, allí donde nos reclaman las auténticas exigencias de nuestra vocación.

Si se debilitan estas voces, estas reclamaciones, no hay más remedio que agarrarse a la señal de alarma. Todo puede acontecer.

Lo que falta no se puede contar (Ecl 1, 15).

Teme al vacío.

El pecado por excelencia es precisamente el vacío.

Date cuenta de la enormidad del caso: una persona que debería estar totalmente ocupada por él, por el Señor, y que, en cambio, aparece deshabitada, o sea, vacía.

Pienso entonces en la desolación, en la sensación de abandono de ciertas casas señoriales, que conservan externamente las apariencias de una grandeza y una nobleza pasada. Pero dentro no hay nada, fuera del polvo, las telarañas y el moho.

Qué amarga sorpresa, para Dios, para los demás, asomarse a tu vida y encontrarla desoladamente vacía.

Y también debe ser una amarga sorpresa para ti abrir los ojos ante tu vacío.

Así, pues, ten miedo al vacío. Solamente así te podrás salvar.

Ten entendido que en los vacíos atmosféricos se forman los huracanes y las tempestades más devastadoras. Y sucede lo mismo en la vida de los individuos.

Ciertas crisis estremecedoras, cierta problemática desgarradora y estéril, vienen con frecuencia preparadas, atraídas irresistiblemente, diría casi llamadas, invocadas por el vacío del abismo que uno abre dentro de sí mismo.

Ciertas existencias achatadas, insulsas, son un campo abierto sobre el que pueden desencadenarse libremente los vientos más furiosos.

Pero procura no llenar tu vacío con otro vacío.

Ten cuenta que el vacío es atraído por el propio... semejante.

Yo observo frecuentemente este extraño fenómeno. Una persona vacía, habitualmente, no va a buscar la riqueza, la interioridad, la plenitud, la intensidad en otro. Ni siquiera advierte la exigencia. Más bien tiene necesidad de una complicidad, de una solidaridad con el propio vacío. Y entonces se siente atraída hacia la «pareja conforme», complementaria del propio ser (o no ser).

Y esta pareja —caso extraño— la encuentra inmediatamente. Es sorprendente cómo dos o más vacíos se encuentran... a ojos cerrados, como por instinto, a golpe seguro. Y entonces el vacío consigue su propia prolongación, crece, se extiende.

Lo que puede suceder entonces, a través de la solidaridad de algunos vacíos, no es fácilmente imaginable ¹.

Las amistades en tal caso se resuelven en un colosal depósito de... calamidades naturales.

En algunos ambientes se podría orar así: «Danos hoy nuestra tempestad cotidiana».

Te regalo, para terminar, una amarga reflexión del poeta Eugenio Montale:

«Se llena el vacío con lo inútil».

Es una advertencia que hay que tener presente.

El vacío no se resigna a permanecer vacío. Es como una boca abierta, voraz, insaciable. Grita, protesta: pide que lo llenen, desea ser colmado.

Pero, ¡cuidado! No hay que hacerlo callar, hartándolo de cosas fútiles, necias, de baratijas.

Atención a no llenar el vacío con lo inútil.

Los resultados serán todavía más desastrosos.

El vacío no puede llenarse con cualquier cosa.

Puede ser colmado solamente por alguien.

1. Un día quizás me decida a escribir una de estas historias «ejemplares». Gracias a la observación directa del fenómeno, he reunido ya un material abundantísimo y muy significativo.

Los perros del descontento y el ingenuo que aumenta el precio

Sábado

Son una partida de rezongones que reniegan de su suerte y proceden como les dictan sus deseos; su boca habla pomposamente para pasmar a las personas y sacarles el dinero (Jds 16).

«Hay mucho descontento por ahí».

Esta frase, repetida hasta el aburrimiento, se convierte pronto en la «revelación» última, indiscutible, decisiva.

Alguien, como un perro hambriento e hipócrita, husmea el descontento, lo levanta, lo echa fuera, lo difunde por todas partes, con aire de triunfo.

Pero no se sienten felices ciertas garras, de poder hincar el diente al descontento.

No se sienten satisfechas ciertas lenguas, de que puedan aumentar un poco el descontento.

No están muy seguros ciertos áridos corazones, de que puedan enturbiarse las aguas con el fango del descontento.

No están muy ciertas algunas personas insoportables consigo mismas, de que tengan la posibilidad de hacerse portavoces y paladines del descontento ajeno.

Por eso el descontento se transforma en huracán, se difunde, se aumenta y ocupa, exagera posiciones estratégicas, es señor y dueño indiscutido.

¡Ay de quien pretenda pedirle la documentación, verificar su procedencia, someterlo a discusión! Nada. El descontento hay que aceptarlo a ojos cerrados. Tiene derecho de ciudadanía, de

palabra, de chismografía, de murmuración y basta. Ante el descontento todos deben rendirse, atemorizados y sentirse culpables.

En cambio, no. La realidad es otra, muy distinta.

Hay algún «ingenuo» que se obstina en controlar si el descontento tiene origen «legítimo», procede de las más límpidas aspiraciones de la vida religiosa, o es acaso fruto sospechoso del capricho, del egoísmo, de la comodidad.

Hay algún «metomentodo» que pretende averiguar si el descontento tiene los papeles en regla respecto al espíritu de sacrificio, si logra no ruborizarse frente a «dama pobreza», si no se avergüenza al compararse con algunos acumuladores de miseria y de sufrimiento que se encuentran a pocos pasos de distancia.

Hay algún «aguafiestas» que rehúsa vender las exigencias más incómodas de la vida religiosa a precios de quiebra, para no desanimar a los clientes. Que no acepta hacer contrabando —el contrabando de la debilidad, de la facilidad, de la falsa indulgencia, de una ambigua comprensión, de una equívoca dulzura— para no cerrar la tienda. Que vuelve a proponer, no obstante las flacas ganancias, la elevación de precio de la incomodidad, de la pobreza, de la austeridad, de lo difícil, de la seriedad.

Hay alguien de rompe y rasga que tiene el descaro de analizar, en el microscopio de la realidad concreta —no con la lente de las ilusiones o de las piadosas aspiraciones— el contenido efectivo de ciertas palabras como sacrificio, renuncia, entrega. Y cuando no resultan las cuentas, comete la equivocación de denunciar abiertamente el fraude, el engaño de las palabras que «encubren» una mentalidad de privilegio y una actitud de comodidad.

Naturalmente el ingenuo es descalificado inmediatamente como «insensible frente a las exigencias de los demás», por parte de quien, en cambio, es bueno, comprensivo, respetuosos, paciente (¡cómo es trágicamente fácil invertir los papeles, en virtud de lo cual el que desprecia porque no considera a los demás capaces de empresas difíciles, sino sólo niños que hay que contentar incluso en sus caprichos, aparece como bueno y «abierto», mientras el que ama intensamente y por ello considera a los hermanos como adultos en condiciones de proporcionar prestaciones muy arduas, se gana la patente de crueldad, insensibilidad e ignorancia! ¡Oh, si nos diéramos cuenta de quiénes son los verdaderos enemigos, si comprendiésemos lo que quiere decir amar de verdad...! Por desgracia, ciertas personas reducen el amor al caramelo, a la sonrisa, a la caricia, cosas que a menudo ocultan la indiferencia más cruel o la desestima más radical. Por eso, tantos pillos interesados consiguen éxitos clamorosos...).

De todos modos, el ingenuo, el aguafiestas, el memomentodo, el hombre de rompe y rasga no se da por vencido. No se rinde al chantaje de los falsos sentimientos de caridad.

Continúa, implacable, desenmascarando el fútil descontento, denunciando su nacimiento ilegítimo.

Prosigue aumentando el precio de la vocación, refiriéndose al modelo, Cristo, no al juego de los oportunistas.

Sigue hablando claro, valerosamente, aun cuando a veces tiene la impresión de predicar en desierto.

Sigue defendiendo que hay alguien que ciertamente tiene derecho a estar «descontento». ¡Pero por motivos totalmente opuestos!

Continúa, sobre todo, esperando que llegue gente, escapada a las lisonjas asediadas de los perros del descontento, protestando que se sienten ofendidos y humillados porque *se les pide demasiado poco*.

He aquí el tipo de descontento que él, el ingenuo, espera con impaciencia: el descontento de quien se siente defraudado de la deseada dificultad, privado de la incomodidad a que tiene derecho.

Le consideran un iluso. Pero él está tranquilo.

El que ama superficialmente está preocupado por «contentar».

En cambio, el que ama de verdad es capaz de la locura de la esperanza.

Trigésima semana

Castidad, o sea, la sorpresa del amor

Que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y su poder,
buscad continuamente su rostro

*(Antifona de entrada del
trigésimo domingo del tiempo ordinario)*

La castidad, misterio de pobreza

Domingo-Lunes

Y hay quienes se hacen eunucos por el reinado de Dios. El que pueda con eso, que lo haga (Mt 19, 12).

El celibato y la virginidad consagrada están atravesando una grave crisis, y sufren duros golpes, no sólo de parte del mundo, sino en el interior mismo de la comunidad eclesial.

Después de demasiada retórica y demasiado triunfalismo respecto de la castidad, hemos llegado así a la «descalificación» radical.

Es necesario reconocer honestamente que muchas razones aducidas en el pasado resultan más bien frágiles y hasta inconsistentes para la mentalidad moderna.

Con frecuencia se ha cumplido la peligrosa operación de afirmar el valor de la castidad demoliendo otros valores (basta pensar en un cierto desprecio del cuerpo humano y en un cierto miedo a la sexualidad que ha dominado muchos capítulos de la espiritualidad; recordemos, además, un cierto desconocimiento del valor del amor conyugal, una estimación negativa de la mujer como persona, una ascética dominada exclusivamente por la huida del mundo, una mística del sacrificio en cuanto tal...).

Hoy, mientras por una parte se reconoce que Dios no entra en competencia con las creaturas, y que se puede ir hacia Dios, no a través de la renuncia de determinados valores, sino *asumiendo* tales valores, se han trastocado las posiciones tradicionales: los valores que eran «sacrificados» ante el pedestal del monumento a la castidad, han sido plenamente recuperados. Y, por su parte,

es la castidad la que se hunde en el polvo del desprecio o de la desconfianza.

Ciertos contemporáneos «maestros de la sospecha» parece que solamente se empeñaran en descubrir las motivaciones menos válidas para elegir la virginidad consagrada. Y, manipulando de manera unilateral los descubrimientos de la psicología profunda, insinúan en el ánimo la sospecha de que una vida de castidad constituye una «disminución» de la persona, impide su desarrollo integral y hace casi imposible una plena humanización.

Y es fácil para éstos componer una lista de defectos e imperfecciones: egoísmos abundantes, desequilibrios, obsesiones, dureza de corazón, aridez, inmadurez, autoritarismos, angustias, etcétera.

También aquí hay que reconocer que no siempre el testimonio que dan las personas «consagradas» es del todo convincente en el plano existencial. Es más fácil encontrar personas que «aguardan», y observan la castidad, que no personas verdaderamente «liberadas» a través de la castidad.

Respecto a demasiados individuos no hay nada propiamente que decir a propósito de su fidelidad al voto de castidad. Pero habría bastante que decir a propósito de los «resultados»: o sea, acerca de lo que han llegado a ser, o mejor, de *lo que no han llegado a ser*, gracias a la castidad.

Hechas estas distinciones, intentemos fijar algunos puntos acerca de esta materia (queda bien claro que la finalidad de estas meditaciones no es la de desarrollar un tratado completo y orgánico, ni sobre esta cuestión ni sobre las otras que se refieren a la vida religiosa; se trata de simples invitaciones o estímulos para la reflexión).

1. *La castidad como misterio*

El modo más respetuoso y convincente para hablar de castidad me parece está determinado por la consciente persuasión de que nos encontramos frente a un misterio. Interviene también la psicología, de acuerdo (y los inconvenientes cuando se olvida esta aportación son verdaderamente desastrosos). Pero la psicología no «cubre» todo el territorio de la castidad. Más aún, deja al descubierto la mayor parte, que es precisamente el territorio del misterio.

Así, pues, Cristo se presenta personalmente en su condición de célibe, pero no impone a nadie esta condición. Se limita a «proponerla».

«El celibato voluntario puede ser comprendido sólo a la luz del misterio de Cristo y con relación al reino de los cielos —razón por la cual fue elegido por Jesús—. Dicho lo cual, debemos reconocer que el mismo Jesús no quiso dar sus razones ni explicar del todo su elección. Cuando él pronunció aquellas célebres palabras, acerca de los que se hacen eunucos por el reino de los cielos, probablemente intentó dar a conocer el motivo de su elección celibataria, y responder así a quien le acusaba por no tener familia. Pero no empleó muchas palabras. Dijo con toda sencillez: mirad, hay algunos que en determinadas circunstancias consideran que su vida entera debe vivirse por el reino de los cielos y que han encontrado en el reino el tesoro y la perla por la cual lo abandonan todo.

Pero sabía que para entender estas cosas es necesario un don especial, por lo cual no se ha entretenido en explicaciones, sino que añadió solamente: el que puede entender que entienda. Como para darnos a entender que se trata de algo que sobrepasa los caminos ordinarios del discurso y de la razón, y que solamente puede ser comprendido por una intuición interior, a la cual no es extraño el Espíritu. Y efectivamente, el compromiso de una vida de castidad sigue siendo un misterio, y esta opción no es justificable del todo a la luz de la razón, no es comprensible hasta el fondo, ni siquiera para aquel que la vive. Teilhard, que se preguntó a sí mismo a lo largo de muchos años sobre este tema, anotó un día en su diario: «la virginidad, es una irrupción cierta del mundo de la revelación en el cosmos»¹.

Por eso no tiene sentido la pregunta sobre si el celibato puede ser *entendido* todavía por los hombres de nuestro tiempo. Podríamos decir brutalmente: peor para ellos. En cambio, debemos explicar discretamente que la inteligencia de ciertas realidades divinas es obra del Espíritu. Y el Espíritu, desde el momento que «sopla» cuando y como quiere, es *libre* para continuar inspirando en ciertos individuos esta decisión.

2. *La castidad, misterio de pobreza*

Un aspecto evidente de este misterio es la renuncia, la muerte, la expoliación, la crucifixión de la carne. En una palabra: el celibato y la virginidad elegidos por el reino de los cielos constituyen la forma más radical de pobreza.

1. G. Cereti, *Lettera a un religioso*, Torino. Recomiendo vivamente este trabajo. Más que un tratado teórico sobre la castidad, presenta una sugestiva experiencia personal.

Se renuncia a tener una casa propia, una familia propia. Se convierte uno como en «un árbol seco» (así se consideraba en el antiguo testamento a la persona estéril).

Sobre todo la castidad es misterio de pobreza porque es la condición de aquel «que ha renunciado a la íntima comunión de vida y de amor con otra persona humana, que es característica de la vida matrimonial. Es, pues, una condición de ausencia, de privación, que, en plena «civilización de la pareja», nos hace pertenecer a aquella reducidísima minoría de personas que están excluidas del juego, y que en general son miradas con sospecha y conmiseración.

A la luz de toda la reflexión personalista y después de haber redescubierto el valor del amor conyugal y la riqueza de la comunión interpersonal entre los esposos, esta renuncia nos hace sentirnos pobres en la manera más humillante, pobres de los valores más grandes que existen en la condición humana: nada hay más precioso que otra persona, nada más enriquecedor que una experiencia de amor auténtico, nada más grato que el poder gozar de la presencia continua de una persona amada, que el diálogo, la comunión total de vida en el plano físico y espiritual, que acompaña ordinariamente a una vida conyugal.

La renuncia a esta experiencia indudablemente empobrece también en el plano humano. Si la maduración personal se realiza normalmente a través de una experiencia de amor y participando en todas las vicisitudes de un amor conyugal, haciéndolo vivir y crecer a través del tiempo y aceptando también todos los sacrificios que esto comporta, no nos debemos extrañar de que el célibe se resienta de haber sido privado en su vida de este factor de maduración y de equilibrio. También es éste un aspecto de nuestro hacernos pobres en la fe, aceptando esta disminución humana y afectiva, convirtiéndonos en eunucos por el reino de los cielos» (G. Cereti).

Así pues, misterio de pobreza (una pobreza que, frecuentemente, no puede hacer sangrar), y yo diría también misterio de locura evangélica, de escandalosa estultez cristiana.

«Que entienda el que pueda entender».

A través de la castidad se da «el paso» de alguien por nuestra vida

Martes-Miércoles

Porque, para mí, vivir es Cristo,
y morir ganancia (Flp 1, 21).

Hemos hablado de castidad como renuncia, crucifixión, muerte y vacío.

Pero sería un mal que nos detuviéramos en esta visión de signo negativo.

La castidad, como cualquier otra «pérdida» en clave evangélica, se traduce siempre por una «adquisición» asombrosa.

La castidad no es un fin en sí misma. En los casos en que se la considera así, presenciamos desagradables fenómenos de *perfeccionamiento*, auto complacencia, narcisismo espiritual, cosas que representan la más estridente contradicción con esta virtud que, como hemos subrayado, es esencialmente misterio de pobreza.

La castidad es siempre «para» y «por» algo.

Es «para» y «por» el reino de los cielos.

Es, sobre todo, «por» alguien.

El vacío que abre en nosotros es acogida de alguien.

El «vaciamiento» total se hace con vistas a la ocupación del fondo de nuestro ser por parte de alguien (la desilusión más punzante no es la de encontrar una persona que no es casta, sino encontrar una persona «casta» que permanece «vacía»).

Es «salida» permanente de sí mismo para asemejarse a otro.

Es soledad con vistas a una inserción más amplia, a una participación más íntima en relación con el universo (A. Paoli).

Es dolorosa limitación con vistas a una infinita posibilidad.

Es oscuridad con vistas a una increíble transparencia.

Es renuncia dolorosa con vistas a una exploración audaz del misterio humano.

Es empobrecimiento pensando en una riqueza para uno mismo y para los demás.

Es pobreza elegida libre y gozosamente como condición de libertad. Libertad para servir mejor. Para amar más.

Por consiguiente el vacío no debe quedarse en vacío. Sino convertirse en acogida de una persona.

Nuestra castidad tiene un nombre, un rostro: Cristo.

Su importancia en nuestra vida, está dada precisamente por la importancia que Cristo tiene en nuestra vida.

La fuerza de nuestra castidad es únicamente la fuerza, el atractivo que Cristo ejerce en nuestra existencia.

Un desprendimiento o despojo, ciertamente. Pero despojo «para» una aventura exultante y sorprendente.

La castidad «es un vacío, un despojo, un pasar a través de la muerte. Ello tiene sentido en la medida en que resulta paso a la vida a una presencia nueva delante de Dios y de los hombres» (G. Cereti).

La castidad no es muro, obstáculo o impedimento. Es «paso».

Cristo adquiere el más amplio, e ilimitado derecho de «paso» a través de nuestra vida.

Y él no pasa nunca solo.

Con él pasan otras muchas presencias.

Paso, pues, de la esterilidad a la fecundidad.

La maternidad en sentido biológico puede llegar a «poseer» al niño hasta la asfixia. «La patología de la exclusividad engendra el ser posesivo» (A. Paoli).

A través de la castidad, el instinto materno se transfigura «a imagen de aquella que, a los pies de la cruz, recibió el gran mandato de la maternidad universal: mujer, he ahí a tu hijo» (O. Clément).

Solamente esta maternidad sacrificial, desinteresada, expropiada, «libera» el instinto materno de toda pretensión posesiva.

En su extremo límite —observa Evdokimov— la vocación espiritual de la mujer consistiría en «dar a luz a Dios en las almas desoladas».

«Elegir o reelegir el celibato no es en absoluto una actitud de desprecio del camino maravilloso y humanamente pleno y rico que debe ser el matrimonio. No es esto decir que el celibato sea un camino superior... Sino elegir el liberarse de todos los vínculos que una persona casada encuentra en el hecho de que su

amor está polarizado hacia el cónyuge y los hijos —liberarse no para vivir en el egoísmo y la tranquilidad, perenne tentación del célibe, sino para mejor servir, para estar más disponibles y atentos a todos los demás» (G. Cereti).

La renuncia a una fecundidad física se traduce en un compromiso de fecundidad espiritual. La humanidad —según la expresión de Sertillanges— no tiene necesidad de crecer solamente en «cantidad», sino también en «calidad».

«La verdadera fecundidad es la que asocia a los seres en la generación del Espíritu» (Teilhard de Chardin).

Paso, sobre todo, a través de esta ruda prueba del desierto, a la tierra prometida del amor.

Escogiendo una vida virginal, se renuncia a una determinada relación de amor, la que es característica de la vida conyugal y familiar. Pero, con ello, no se renuncia al amor. Más aún, la castidad es la elección del amor en su forma más comprometida: el amor al prójimo sin distinción.

La mayor disponibilidad de la que tanto se habla no debe ser entendida solamente en atención a las obras (sería verdaderamente degradante esta «instrumentalización» de la castidad). Tampoco simplemente, como disponibilidad de tiempo, de energías.

La castidad es esencialmente disponibilidad afectiva. *Disponibilidad del corazón.*

«El célibe es aquel que es libre de crear multiplicidad de lazos, auténticos y profundos, lazos no asépticos y esterilizantes envueltos en celofán, sino lazos afectivos sentidos y sinceros. Es aquel que, renunciando a concentrar todo su amor en una persona o un número restringido de personas, puede repartirlo ampliamente con todos sus prójimos, amándolos no de manera abstracta y desencarnada, sino con un amor verdadero, cálido, humano, que vive atento a cada uno, que hace sitio a cada uno en el propio corazón, que compromete toda su persona, y por consiguiente, ante todo, la propia afectividad» (G. Cereti).

Este amor, aun siendo universal, no se convierte en «plural», impersonal, fragmentario. Conserva siempre el carácter de «unicidad» y totalidad. Como ha dicho un poeta: «A cada uno su parte, y a todos enteramente».

Por consiguiente, castidad como plenitud de amor.

Persona «consagrada» como persona que ama más.

Me parece muy oportuno subrayar lo siguiente:

— En el matrimonio se elige *vivir con la persona a la que se ama:*

— En la virginidad consagrada se elige *amar a las personas con las que se vive.*

«En el matrimonio, gracias a una continuidad de diálogo, de comunión y de sacrificio recíproco, el amor puede crecer hasta profundidades insospechadas —sin que este privilegio por una persona desde luego quiera excluir el amor a todos los demás—. Pero en el celibato, se elige precisamente este amor humilde y cotidiano hacia todos los que se encuentra en el propio camino —aun cuando fueran las personas a las que humanamente tuviéramos mayor dificultad en amar: el círculo se ensancha así indefinidamente, según la eventualidad de los encuentros—.

Un amor de este género en cuanto realidad espiritual no es como una moneda que tengo que cambiar en calderilla si quiero repartirla entre varias personas; y entonces queda muy poco para cada uno. Es más bien como el calor del sol, que llega con la misma intensidad a cada persona y no se agota al distribuirse entre muchos. Así, el amor total que se tiene a una persona no impide que yo pueda amar con un amor tan total a cualquier otra. El amor a los otros cesa de este modo de ser un sentimiento vago e indefinido que dispensa de amarlos verdaderamente» (G. Cereti).

En esta perspectiva tenemos que decir que, en conclusión, son los otros los que «aprueban» nuestra castidad. No se trata de que nosotros estemos satisfechos de nuestra virtud. Son los otros los que deben estar contentos con ella.

«Cuando la renuncia no está sugerida por la cobardía, es un acto de valor, es una exploración audaz a través de la realidad humana. Si no fuera por Cristo, si no fuera por algunos que regresan de esta exploración más verdaderamente humanos, no sería justo intentar la aventura. Que haya resultado positiva no puede decirlo el que la vive, sino solamente «los otros», si descubren finalmente el caso rarísimo de alguno que sepa amar sin «cosificar», que no haya perdido ninguno de los matices de la ternura capaz de recuperar, de volver a poner en pie a cualquiera que padezca anemia de amor» (A. Paoli).

Una última consideración acerca de las relaciones entre castidad y comunidad.

La virginidad consagrada, salvo casos excepcionales, se vive en un contexto comunitario.

Entrar en comunidad significa entrar en un proyecto de vida en el que, renunciando al ejercicio de la sexualidad genital y a una fecundidad física, nos asociamos con otros para vivir juntos, en la fe y en el amor, las exigencias del reino.

Solamente cuando existe un ambiente y un clima de amor recíproco, la comunidad puede realizar la propia finalidad, que es sostener a sus propios miembros en el camino hacia Dios e irradiar su amor y su presencia.

Ciertamente, la vida comunitaria debe proteger el espacio de soledad y de silencio de cada cual. Debe respetar la personalidad de cada uno. «Pero la vida comunitaria no se puede reducir a un simple *estar juntos*, sofocados por tradiciones y estructuras jurídicas, y privados de un amor auténtico, a que han quedado reducidas muchas de nuestras comunidades religiosas, en las que muchas veces hemos visto que el corazón se marchitaba sin haber aprendido realmente a amar, y donde, para salvar un cierto amor desencarnado hacia el Señor, nos hemos querido encerrar en relaciones mutuas lo más formalistas y distantes posible» (G. Cereti).

Y puesto que en este punto interviene el tema de la amistad, me limito a citar tres frases sobre esta materia.

La regla de Taizé avisa: «Déjate conquistar por una gran riqueza de amistad hacia todos».

Y Simona Weil: «Nada es tan poderoso entre las cosas humanas para mantener la mirada cada vez más intensamente fija en Dios como la amistad con los amigos de Dios».

«Un corazón verdaderamente habitado por el amor de Dios y de los demás experimenta normalmente una formidable capacidad de amistad» (A. Plé).

Como se ve, solamente hay que tener miedo a una castidad que conserva celosamente una formidable capacidad de... vacío.

La feminidad no es enemiga de la castidad

Jueves-Viernes

En esto una mujer, conocida como pecadora en la ciudad, al enterarse de que comía en casa del fariseo, llegó con un frasco de perfume; se colocó detrás de él junto a sus pies, llorando, y empezó a regarle los pies con sus lágrimas; se los secaba con el pelo, los cubría de besos y se los ungió con perfume (Lc 7, 37-38).

Hay todavía algunos que consideran que, para guardar la castidad, es necesario mortificar y anular la feminidad.

La feminidad es vista como el peor enemigo de la «virtud».

No es raro, además, oír a predicadores que se obstinan en demostrar que una cualidad esencial de la religiosa debe ser la «virilidad».

No se sabe por qué la expresión «hombre afeminado» suena como un insulto; mientras la expresión paralela «mujer viril» se acepta como cumplido o un ideal que hay que realizar.

Y en la misma línea: no se sabe por qué, en los conventos masculinos, es fácil para un religioso conservar la propia «virilidad». Mientras que, en los conventos femeninos, resulta muy difícil defender la propia «feminidad».

Que quede bien claro: la perfección de una mujer es la feminidad. No la virilidad.

Y preciso para disipar equívocos (muy comunes). Feminidad no quiere decir melindres, remilgos, mimos, afectación, expresiones acarameladas, sentimentalismos. Tampoco coquetería, vanidad, ligereza. Estas son deformaciones de la feminidad, no sus manifestaciones auténticas.

Aclarado este punto, no debemos tener miedo alguno en considerar la feminidad como el cumplimiento natural, la realización total de la naturaleza de una mujer, y consiguientemente de una religiosa.

Séame permitido, sobre este delicado argumento, una larga cita de una religiosa escritora:

«La religiosa que tiene miedo de la propia condición de mujer, que se siente molesta con ella, o peor, que la combate, es una víctima de la neurosis. Lo más contrario a la propia vocación que puede hacer una religiosa es olvidar, despreciar o destruir su propio carácter femenino.

Hay que esperar, con razón, que el retiro del mundo, y el holocausto de sí misma, sean absolutos, en cuanto ello es posible a la naturaleza humana inspirada por Dios y ayudada por la gracia. Pero es equivocado esperar que este retiro y este holocausto se cumplan y se realicen mediante una frialdad de comportamiento y una dureza de corazón. No son estas las características de la mujer normal, y se necesita un esfuerzo para conquistarlas. ¡Cuántos esfuerzos perdidos persiguiendo tales metas ilusorias, intentando desesperadamente conseguir precisamente aquellas cualidades que van a impedir a la religiosa realizar su propia específica vocación! Esta no es otra más que su vocación innata de mujer, llevada al plano superior de la virginidad consagrada a Dios.

Sin advertirlo, la religiosa puede encarnizarse contra todo aquello que, en ella, podría glorificar mejor a Dios. Dios creó a la mujer para amar y para ser amada. La hizo tierna y atractiva. Le dio una naturaleza rica, cálida, y una capacidad de sufrimiento que le es absolutamente peculiar. Dios la ha dispuesto para la maternidad, no sólo física, sino también mentalmente y en el plano emocional.

El hecho de que Dios se reserve algunos de estos seres, humanos forjados y provistos de esta condición, para pertenecerle a él en la vida virginal, no cambia nada a estas cualidades, ni las suprime ninguna. Ser religiosa no debe significar hacerse del género neutro, sino precisamente lo opuesto. Quiere decir, en realidad, ser totalmente mujer, una verdadera mujer, serlo incluso de modo más completo.

Por eso es muy triste que numerosas religiosas tengan miedo a ser mujeres, y agarren por la garganta su naturaleza femenina, para tratar de estrangularla con sus *virtuosas* manos.

La auténtica razón de ser de la mujer es el amor. Cuanto más ama una mujer a su marido y a sus hijos, es mejor esposa y mejor madre. Esposa de Dios realmente tal es la religiosa que ama a

Dios y a su inmensa familia de almas, con todo el gran amor que se encierra en su corazón de mujer.

Una mujer consagrada a Dios no pierde ninguna de sus cualidades femeninas naturales. Al menos no debería perderlas. Debería sencillamente redescubrirlas a un nivel más elevado»¹.

«Mulierem fortem». Ciertamente. Pero no conviene equivocarse en torno a este texto. La mujer fuerte no es la mujer viril. Sino al contrario, aquella mujer, verdaderamente mujer, que es de tal manera fuerte que no renuncia a su propia naturaleza y que alcanza precisamente la máxima perfección de la feminidad.

La castidad se encuentra segura solamente con este tipo de mujer fuerte.

En una monja que haya perdido la propia feminidad, la castidad se siente... extraña.

Serás juzgado sobre la castidad

Sábado

Dichosos los sinceros de corazón, porque verán a Dios (Mt 5, 8).

Venid, benditos de mi padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me recogisteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y fuisteis a verme (Mt 25, 34-36).

Te lo aseguro.

Serás juzgado sobre la castidad.

Sobre todo, sobre la castidad.

Aun cuando alguno quizás

intente tranquilizarte

insinuando que

la castidad no lo es todo,

que hay algo más importante,

ten cuidado de no caer en este engaño sutil,

que es solamente un hábil juego de palabras.

La castidad, precisamente,

te debe conducir al «todo».

Con la castidad te comprometes, precisamente,

a alcanzar «lo más importante».

Por eso, en el día del juicio,

deberás demostrar

para qué ha servido

tu castidad.

1. M. Francis, *La chasse aux idoles*, Mulhose.

El examen de la castidad será severo,
no te hagas ilusiones.

Un decisivo examen de madurez
en el que deberás llevar contigo
los frutos
de tu castidad.

Madurar no quiere decir
cultivar
la propia virtud
o complacerse en la propia
«hermosa virtud».

Madurar significa
dar frutos.

Y los frutos hay que ponerlos
sobre la mesa
de todos los hermanos.

Los frutos deben ser comidos,
no admirados.

Por consiguiente, serás juzgado sobre la castidad.

No lo olvides nunca.

Efectivamente, al atardecer de la vida,
serás juzgado
sobre el amor.

Pobreza, o sea, la sorpresa de la comuni6n

No me abandones, Se6or;
Dios mío, no te quedes lejos;
ven aprisa a socorrerme,
Se6or mío, mi salvaci6n

(Antifona de entrada del
trigesimoprimer domingo del tiempo ordinario)

La posesión es una limitación

Domingo-Lunes

A esto, Jesús, mirándolo fijo, le tomó cariño y le dijo: Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que tendrás un tesoro en el cielo; y, anda, vente conmigo (Mc 10, 21).

«El hombre nace de aquello que deja» (P. Debruyne).

La pobreza libera a la persona de la idolatría de lo poseído para hacerla capaz de una relación «nueva» con Dios, con las cosas, y con los hermanos.

«No se llega al núcleo de las cosas si antes no se ha pasado a través de un trabajo diario de adecuación, más aún de reducción, de cálculo al milímetro en dirección de la pobreza, de una progresiva derrota del tener más, de lo superfluo, de lo inútil» (C. Bo).

«Como la cantidad es el signo del amor a la persona, liberado de la agresividad, y consiguientemente es el descubrimiento verdadero de la persona, la pobreza es el signo de la relación con las cosas, liberada de la agresividad» (A. Paoli).

Todo discurso sobre la pobreza debería comenzar desde aquí.

En cambio, demasiado frecuentemente comienza con la casuística pedante, con la preocupación mezquina por sentirse a gusto «porque he obtenido el permiso», con las distinciones sutiles entre poseer y usar, con las cómodas justificaciones en virtud de las cuales puedo disfrutar de un bien, con tal que interiormente me sienta «desprendido» del mismo.

Una excesiva institucionalización, una acentuación juricista del voto, hace que la pobreza, en lugar de ser «liberante», estorbe la acción, y en lugar de ser signo se convierte en anti-testimonio.

Uno de los peligros más graves que hay que evitar, a este propósito, es el de la seguridad. «Si la pobreza religiosa llegase a construir una persona como blindada por dos seguridades, la económica por estar asegurada de por vida contra todos los riesgos económicos, y la psicológica porque la fe proporciona la seguridad de que Dios existe y el cielo la espera ¿cómo entonces podría esta «pobreza» ser signo?» (A. Paoli).

La persona que hace voto de pobreza, en tal caso, se instalaría automáticamente en una *situación* confortable. Estaría doblemente «asegurada». Una póliza para la vida terrestre, hasta la muerte («no tengo nada, pero no debe faltarme nada»), y otra póliza para la vida eterna (gracias también a los «méritos» adquiridos con el voto de pobreza).

No, *la verdadera pobreza no es seguridad, sino liberación.*

Y esta liberación encuentra su origen al haber encontrado a Dios como bien inalienable, y riqueza inagotable. Por lo cual no debo afanarme en buscar nada más, no debo servir a otros dioses o ídolos menores y voraces.

La única seguridad consentida, en esta perspectiva de liberación, es la seguridad interior, profunda, de que Dios lo es todo, Dios llena totalmente a una persona y «el hombre no vive sólo de pan».

La pobreza, pues, como expresión de fe y de esperanza. No mira solamente el plano horizontal de la vida (responsabilidad frente a los bienes), sino que expresa la verdad de nuestra relación vertical a Dios. Dios es verdaderamente Dios para nosotros y nadie ocupa su lugar.

Gracias a la pobreza, yo me abandono en las manos de Dios, despojado de toda ansia de posesión, de todo hábito de apego a las cosas, de todo «barniz» de importancia, de toda pretensión de dominio. Retorno «desnudo» a sus manos, para que pueda recrearme como nueva criatura. Por eso «me recibo a mí mismo de él a cada instante, lo recibo todo, y todo es gracia» (O. Clément).

San Juan de la Cruz afirma explícitamente que el camino para poseerlo todo es no poseer nada.

Pero la pobreza, además de crear una «nueva» relación con Dios, nos coloca en una relación «nueva» también con las cosas.

Mientras tanto, la pobreza expresa la verdad de nuestro ser sin la «cobertura» del tener. «La pobreza es verdad, mientras que las riquezas son máscaras. Nosotros nos cubrimos con vestidos para disimular nuestra desnudez. Hipocresía y riqueza son sinónimos» (E. Cardenal).

La posesión además es limitación de libertad.

«El que adquiere un campo y lo cierra con una cerca, se priva del resto de la naturaleza, se empobrece de todo lo demás. He aquí por qué la pobreza religiosa no significa poseer poco, sino no poseer nada, o sea, la *expropiación* total para poseerlo todo» (E. Cardenal).

La posesión es también limitación de libertad.

«No habéis observado nunca que ser rico se traduce siempre en un empobrecimiento en otro plano. Basta decir: poseo este reloj, es mío, y cerrar la mano, apresándolo, para tener un reloj y haber perdido una mano» (A. Bloom).

Nuestro espíritu y nuestro corazón tienden a empequeñecerse, a reducirse a las dimensiones de los objetos sobre los que se cierran, a las dimensiones de los bienes sobre los que se repliegan.

Finalmente, la riqueza es «falsificación» de las cosas, porque falsea la relación con ellas.

El rico cree que su título de propiedad le une íntimamente, con seguridad a sus bienes. Pero esto es una colosal ilusión.

Las cosas, como las personas, tienen un «límite de inviolabilidad, un umbral infranqueable», que no puede ser forzado por un derecho que se derive simplemente del dinero.

Una cosa no se deja «violarse» por la cartera.

Por eso, aun cuando me pertenezca, aunque sea «mía», la cosa sigue «inviolada» en su esencia más verdadera, y siempre me dejará insatisfecho. La cosa permanecerá obstinadamente «ajena» a mí, escapará de mi mano aun cuando la retenga, más aún precisamente porque pretendo asirla, tenerla; se reirá de mí, burlona, intacta, intocable.

Para entrar en comunión íntima con un bien creado, la propiedad ligada al dinero, al derecho, puede constituir un obstáculo.

La facultad de poseer se sitúa al nivel más profundo de nosotros mismos, allí donde un objeto externo puede entrar solamente interiorizándose.

Para poseer verdaderamente una cosa, es necesario establecer con ella no una relación de posesión, de agresividad, sino de participación, de maravilla, de contemplación.

Es el *hombre litúrgico*, no el *hombre económico* el que está en armonía con todo lo creado. La tierra pertenece a los «mansos», o sea, a *aquellos que nada reivindican*.

Solamente el que ora, teniendo las manos vacías, libres, puede orar *en las cosas y con las cosas*.

«En la edad media se celebraban las nupcias de Francisco con dama pobreza, se intentaba visibilizar lo invisible, es decir, el secreto que se había hecho en él poesía y felicidad, contemplación y seguridad... Francisco lleva sobre sí mismo el signo de la

liberación en la alegría, que es seguridad, y en la contemplación, que es poesía... La historia no ha olvidado todavía a este hombre martirizado en el cuerpo que redescubrió las estrellas, las flores, el agua, el fuego, el sol, los pájaros, toda la creación, finalmente liberada de la angustia y hecha verdad y poesía»¹.

El gesto de compartir, signo visible de la pobreza

Martes-Miércoles

En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo; lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía (Hech 4, 32).

Con la pobreza, pues, nace el hombre nuevo, liberado de la idolatría de lo poseído, de la obsesión de producir-consumir (los dos altares sobre los que la civilización del bienestar celebra sus ritos triunfales), y capaz de relaciones «diferentes» con Dios y con las cosas.

Pero el hombre nuevo es capaz también de relaciones «nuevas» con los otros.

Compartir es la palabra que mejor expresa esta realidad.

Compartir es también el signo más legible por parte de todos de la libertad religiosa.

Y aquí debemos tener el valor de afrontar un diagnóstico más bien incómodo (aun cuando —debo reconocerlo honestamente— en muchas comunidades se están haciendo muchas experiencias significativas para llevar la pobreza de nuevo a la más genuina expresión del compartir).

«El voto de pobreza, tal como es vivido en las comunidades religiosas, o, por lo menos, tal como es razonado en los tratados espirituales y canónicos sobre él mismo, no responde a la intención más profunda del compromiso cristiano, en el que es esencial la voluntad de instaurar un nuevo orden de cosas, no basado sobre los derechos, sino sobre la aceptación del amor, de la par-

1. A. Paoli, *Dialogo della liberazione*, Brescia, 195.

tipificación y la puesta en común de los bienes materiales, que es, en definitiva, el ideal de toda comunidad cristiana tal como viene descrito en los Hechos de los apóstoles. El verdadero compartir está suponiendo un sentido realista del dinero. La vida convencional está tan reglamentada que, en realidad, no hay nada puesto en común. La regla y las costumbres lo prevén todo. Y en cuanto a compartir con los *extraños* —la palabra es ya de por sí elocuente—, si existe, no compromete nada más que al grupo, a la comunidad, en lo que ésta tiene de impersonal, apenas afecta a las personas individualmente consideradas. Es un estilo de pobreza que se interesa más por las cosas que por las personas.

El compartir tiene unas exigencias formidables. Los religiosos deberían estar siempre disponibles para todos. Y esto no quiere decir que el religioso, en cuanto individuo y en cuanto miembro de una comunidad, no deba tener una cierta *vida privada*. Podría ser aleccionador, sin embargo, reflexionar un poco en la estructura comunitaria de los jardines privados, las piscinas privadas, de los refectorios privados en los que nunca se recibe a *extraños*¹. Sería muy interesante saber qué hubiera pasado si en Belén, en una cierta noche de diciembre hubiese existido una comunidad religiosa... ¡Y los religiosos son los *profesionales* del compartir...!

Pero no caigamos tampoco en una falsa mística de la pobreza comunitaria: ser pobre no es una cualidad en sí; mientras que el compartir y el estar disponible son elementos esenciales de la *vida cristiana*².

Por su parte, el P. Tillard subraya: «¿No es quizás el caso de pensar en algo más personal, sobre todo cuando nos encontramos comprometidos individualmente en ambientes realmente necesitados? El donativo impersonal en metálico hecho por el administrador provincial a un organismo internacional o la escudilla de sopa servida por el portero a los mendigos del barrio ¿bastan acaso para tranquilizar la conciencia evangélica del religioso? No lo podemos creer».

Y ahora desearía insistir particularmente en algunos puntos concretos.

1. En algunas comunicaciones se considera «extraño» hasta el sacerdote que diariamente reparte el pan eucarístico y la palabra de Dios. ¡Qué contradicción más vergonzosa «compartir» el altar, pero no la mesa del comedor! (Nota personal).

2. J. Alvarez Gómez, *Las aspiraciones comunitarias de hoy, vistas a la luz de la historia de la vida religiosa*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 70-71.

1. No debemos confundir la pobreza con la economía, menos todavía con la tacañería. Recientemente, un grupo de sociólogos ha pedido a un número determinado de religiosas que señalasen algunos modos prácticos de pobreza. Pues bien, la mayor parte de las respuestas estaban inspiradas por el sentido de la economía más que por el sentido de la pobreza evangélica (¡volver del revés un sobre ya usado para utilizarlo nuevamente, poner una bombilla de treinta voltios donde haría falta una de setenta, y hasta «recuperar» un sello ya marcado!).

2. No olvidemos que no basta encontrarse sin dinero. Es necesario también despojarse de los propios pensamientos, de la propia pereza, de los propios prejuicios. Ciertos religiosos practican un capitalismo de ideas, de puntos de vista, que no se concilian ni con la pobreza ni con la humildad.

3. Ser pobres significa también no buscar protecciones, alianzas, prestigio, valiéndose de intrigas diversas y de diplomacia. No debería existir ninguna tentativa de llegar a ser «importantes», sino gozo por pertenecer a la categoría de la «gente que no cuenta».

4. Cuidado también con un cierto capitalismo espiritual. Demasiada gente habla todavía de «hacer méritos» con la misma voracidad con que los ricos hablan de operaciones de bolsa acertadas. Hay una contabilidad sobrenatural verdaderamente desagradable.

5. Los pobres son la expresión visible del pecado que hay en el mundo. Alguien ha dicho que los pobres son «el sacramento del pecado del mundo».

Pues bien, nuestra pobreza debería colocarnos siempre en el mundo de los pobres, de parte de los pobres.

Esto acontece sobre todo a través del trabajo (que es un «compartir» la condición de la mayor parte de los hombres, obligados a ganarse el pan con el sudor de la frente).

Pero debe manifestarse también por medio de tomas de posición claramente a favor de los pobres, junto a los pobres. Compromiso con ellos, con su causa, con sus reivindicaciones.

El religioso debería encontrarse precisamente allí donde resulta más visible la exclusión, la marginación, la injusticia, la opresión, la humillación, la debilidad.

¡Qué triste es, en cambio, escuchar a personas religiosas que te repiten los típicos discursos de los burgueses bien instalados,

los lugares comunes de los «bien pensantes» (o sea, de aquellos que en realidad no son capaces de *pensar*), o también, ver cómo se encuentran a gusto, felices y seguros, con los ricos, con los poderosos, y hasta se vanaglorian de ciertos «apoyos»! Ciertamente no son testigos fieles de aquel Dios que escoge las cosas pobres, las realidades que no son, para confundir a las otras, a las que son o parecen ser mucho.

6. Por fin, la pobreza no puede vivirse en la *irresponsabilidad del menor*. No se debe descargar toda la responsabilidad sobre el administrador o sobre el superior, que tendrían la «gracia de estado» para vivir de acuerdo con las leyes del mercado.

«Demasiadas veces lo que se llama candor es solamente peligroso infantilismo. Si existen los riesgos de la virginidad sexual, también existen los de la virginidad económica, si así podemos llamarla... Hacer consistir la pobreza en el ejercicio voluntario de algunas renunciaciones que son, en cambio, la cotidiana y fatal tribulación de los verdaderos pobres — pensemos en lo que significa en una familia el gasto diario —, si no es una malicia diabólica, es al menos una funesta ingenuidad. Y como todas las ingenuidades, también ésta se paga»³.

«Para esto ayuda mucho el contar con una vida común plenamente personalizada, en donde no es sólo el administrador el que sabe lo que entra y lo que sale en la comunidad y cuáles son las necesidades de cada uno de los hermanos, sino donde cada uno sepa realmente lo que todos ellos y cada uno en particular necesitan, los recursos con que cuentan, las necesidades con que tienen que hacer frente a las posibilidades y las aportaciones con que se puede contar por parte de cada uno de los miembros, etcétera»⁴.

Yo conozco a personas religiosas que nunca se preocupan de controlar «el costo de la vida», que jamás han ido al mercado, que no conocen los precios de los productos de mayor consumo. ¿Pobres? No, solamente irresponsables (y, frecuentemente, exigentísimos).

3. E. Balducci, *Ideale evangelico e ideologia claustrale*: Testimonianze 155 (1973).

4. F. Sebastián Aguilar, *Vivencia comunitaria de los consejos evangélicos*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 236.

No os metáis tantos a maestros, hermanos; sabéis bien que nuestro juicio será muy severo, pues todos caemos en falta en muchas cosas (Sant 3, 1-2).

«Estamos como en una chabola». La comunicación, más bien estimulante, había llegado a mis oídos. Y no dejé de precipitarme a comprobarla.

Yo esperaba encontrar a algunas religiosas que compartían la suerte de los chabolistas, un testimonio admirable sin duda.

Me sentí mal. No podría aclarar si fue más por los inquilinos de las chabolas o por las religiosas.

Se trataba de lo siguiente. Una casa de montaña, espléndida. Un parque inmenso, con una fragancia a resina que atontaba. Un ambiente aterciopelado de silencio, solamente interrumpido por el concierto de los pájaros. Habitaciones espaciosas, llenas de luz, con terraza y baño.

Pues bien, las religiosas residentes habían sido «condenadas» a vivir dos en una habitación. Una cosa inaudita, un sufrimiento cruel, un bocado casi venenoso, de todos modos difícil de pasar.

De suerte que algunas (una minoría — sea dicho en obligado homenaje a la seriedad y a la inteligencia de la mayor parte — una minoría no ciertamente cualificada) había compuesto una letanía inverosímil de lamentaciones, de quejas, de protestas, hasta de sutiles amenazas. Habían solicitado, con todos los medios a su disposición, intervenciones a todos los niveles, para que fuera abolida la disposición vejatoria y para que cesara aquel escándalo.

Era ardua, casi imposible la convivencia, de día, entre dos personas que —salvo prueba en contrario— compartían el mismo ideal.

Y un verdadero tormento, además, de noche, a causa del sueño fragilísimo, delicado como la conciencia, de una de las dos.

Para terminar, la perla: «Estamos en las mismas condiciones que los chabolistas». La observación era ofensiva, de cualquier lado que se considerase. Ofensiva para los chabolistas, naturalmente. Pero humillante también para aquellas personas que demostraban no saber ni siquiera quiénes eran y cómo vivían en realidad, no digo los chabolistas, tampoco ciertas familias de inmigrantes en cualquier periferia urbana. Ofensiva para quien escuchaba y veía.

En un momento me sentí desgarrado por una duda atroz. No pude menos de hacer una comparación. A un tiro de piedra de los «chabolistas», se da un ambiente semejante. Residen allí personas sin hábito religioso y sin los correspondientes votos.

Ahora bien, también estos laicos, estos «seglares» viven en amplias habitaciones, luminosas, con balcones abiertos sobre un bello panorama. Pero ¡son ocho en cada estancia!

Ninguno de ellos se siente un mártir por eso. La convivencia no es ciertamente fácil, pero ninguno hace tragedia por ello ni se cree una víctima. De noche, el sueño (tampoco... angélico) de cada uno debe tener en cuenta el sueño de las otras siete personas. Pero ninguno ha pensado en absoluto protestar por ser molestado.

Sobre todo, a ninguno de ellos se le ha ocurrido nunca establecer un paralelo con los de las chabolas. Se lo impide categóricamente el sentido común y el pudor.

¿Y entonces? He aquí mi duda, que nadie ha logrado todavía resolver (ni siquiera los «sabios» que se hacen defensores de oficio de los llamados chabolistas con hábito religioso y el correspondiente voto de pobreza).

¿De dónde viene la diferencia entre estas dos actitudes opuestas?

¿No será acaso determinada esta diferencia por el voto de pobreza?

Al llegar a este punto yo renuncié a entender nada de la cuestión.

Si alguien quisiera ayudarme a esclarecer este problema, sin ofender a ser posible ni a los de las chabolas (las verdaderas), ni a aquellos que *no* han hecho el voto de pobreza, yo me mantengo confiadamente a la espera.

«Lo que soy te lo doy»

Sábado

Un día subían Pedro y Juan al templo para la oración de mediodía, cuando vieron traer a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta hermosa del templo, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna.

Pedro, con Juan a su lado, se le quedó mirando y le dijo: —¡Míranos! Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pedro le dijo: —Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy; en nombre de Jesús Nazareno ¡echa a andar!:

Agarrándolo de la mano derecha, lo incorporó... (Hech 3, 1-7).

Paradoja de la pobreza. No tener nada que dar, y encontrarse de tal manera «obligado» a darse a sí mismo.

Puede ser mucho más fácil dar «cosas».

El regalo a veces es una máscara que oculta la incapacidad de dar algo más comprometido.

La limosna no nos compromete, no nos envuelve desde lo más profundo de nuestro ser.

Por la pobreza, vivida radicalmente, nos vemos obligados a hacer el don de nuestra propia persona.

La expropiación de las cosas, de los bienes, nos conduce a la expropiación esencial que es el «no pertenecemos ya». Hacernos nosotros «don». Hacer la limosna de nosotros mismos íntegramente. Hacer la caridad de todo nuestro ser.

Por la pobreza es la vida misma en su totalidad la que se hace *ofrenda*.

«No tengo oro ni plata».

Pero, no obstante, mírame a los ojos. No decepcionaré tu esperanza.

Tengo algo que ofrecerte que va más allá de las «cosas» que tú esperas.

Algo que volverá a ponerte de pie. Que te dará de nuevo el gusto del caminar.

La alegría que tengo te la doy ¹.

El tiempo que tengo te lo doy,

La paciencia que tengo te la doy,

El coraje que tengo te lo doy,

Las fuerzas que tengo te las doy,

La libertad que tengo te la doy,

¡Lo que soy te lo doy!

1. Libre interpretación de algunas páginas de J. Boucheaud, *Los cristianos del primer amor*, Madrid 1972.

Obediencia, o sea, la sorpresa de la responsabilidad

Dios omnipotente y misericordioso,
aparta de nosotros todos los males,
para que
bien dispuesto nuestro cuerpo y nuestro espíritu,
podamos libremente cumplir tu voluntad

(Colecta del trigesimosegundo domingo del tiempo ordinario)

La obediencia es una virtud «interesante»

Domingo-Lunes

Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y realizar su obra (Jn 4, 34).

La obediencia es virtud característica de toda vocación cristiana.

El término obedecer se deriva de *oir* (lo mismo en las lenguas semíticas que en las indo-europeas), y por consiguiente presupone una actitud de escucha.

«Como criatura de Dios, que le pertenece, el hombre está destinado a escuchar a este Dios y a cumplir su voluntad» (Truhlar).

Ciertamente el hombre no está siempre pronto para esta escucha. Y fácilmente elude los compromisos concretos que de ella derivan. El Señor hace esta amarga observación que sigue siendo válida también hoy: «Yo me afané en hablaros a vosotros y no me oísteis. No aplicasteis el oído ni me hicisteis caso» (Jer 35, 14, 15).

La obediencia es posible solamente partiendo de una visión de fe.

«Efectivamente, muriendo en obediencia al Padre, y resucitando, Cristo nos obtiene el Espíritu santo: el cual persuade a nuestra inteligencia para que se someta a Dios en la obediencia de la fe; y transforma nuestro corazón para que, en la caridad, ame la ley de Dios, y a través de la prudencia, trate de actuarla en todo momento y en toda situación. El Espíritu santo es, pues, aquel que desde lo íntimo de nosotros mismos nos persuade y nos

mueve a la obediencia: así él nos configura con Cristo el hijo perfectamente obediente»¹.

El cristiano «obediente» (que coloca la obediencia junto a las otras virtudes) transforma la propia existencia en un grandioso «acto de culto», en una extraordinaria liturgia, en una ofrenda al Dios que nos salva.

Los religiosos, en medio del pueblo de Dios, hacen de la obediencia objeto de un voto especial.

Indudablemente la obediencia es una virtud difícil. Difícil ya desde el principio, o sea, cuando se trata de comprenderla exactamente.

Muchos tienen una *visión reducida* de la obediencia.

La limitan a una dialéctica de prohibiciones o concesiones, de imposiciones y vetos. Por eso nos sentimos a gusto cuando hemos obtenido el permiso.

Una visión de este género es *infantilizante*. Y esta obediencia no es ciertamente la propia de «adultos en Cristo».

Otros todavía adoptan en relación con ella dos actitudes opuestas igualmente vergonzosas.

— La de *soportar* simplemente, con una retahíla de recriminaciones, intolerancias, rebeldías y una búsqueda obstinada de escapatorias.

— O, también, *pasividad*, que origina un «espíritu rebañego», en virtud del cual se va marchando con la cabeza baja adonde van todos, sin expresar nunca un juicio personal, sin reacciones, sin iniciativas.

En el primer caso, falta la adhesión interior (la única que da valor a la obediencia).

En el segundo, queda anulada la autonomía de la persona. Y ni siquiera Dios puede agradecer entonces un holocausto tan «impersonal».

Pero la visión más estrecha de la obediencia es la que conduce a separar netamente las dos partes: aquí, los que mandan, allí, los que obedecen. Posiciones bien definidas, diferenciadas.

Ahora bien, la obediencia cristiana no conduce a esta rígida determinación de los papeles. El que da las órdenes y el que las ejecuta. Una visión de este tipo sería demasiado simplista y en cualquier caso falsa.

En una comunidad todos deben obedecer. Porque todos deben entrar en los designios de Dios.

El término que tal vez aclara mejor esta condición es «co-

responder», o sea, responder-con, responder juntos a la llamada, a las esperanzas, a la voluntad divina.

Por consiguiente, también los superiores y sobre todo ellos deben obedecer.

Ellos, de manera particular, puesto que son mediadores, aun cuando no únicos ni exclusivos de la voluntad de Dios, son *subordinados*, están sometidos. Subordinados al proyecto de Dios respecto a una comunidad y a cada uno de sus miembros. Sometidos a sus planes.

No olvidemos que el «servicio» de la autoridad, del que tanto se habla, es, ante todo, *servicio ofrecido a la voluntad de Dios*. De lo contrario, el superior podría hacerse la ilusión de prestar un servicio a los «súbditos» si los hace andar derechos, si los pone al paso, si los «doma», si los trata como niños.

El superior, esencialmente, debe brillar por la *docilidad*; profunde docilidad a Dios. Y docilidad al bien real de la comunidad y de cada uno de sus miembros.

La obediencia se hace una virtud extraordinariamente *interesante* solamente cuando todos, indistintamente, en una comunidad, sienten el deber de obedecer.

«Es importante caer en la cuenta de cómo la obediencia no es algo que interese fundamentalmente o primordialmente a los superiores; porque, si no, no marcha la comunidad, no se logran los objetivos propuestos, hay desorden, etc., sino que la obediencia, si es que la entendemos y la amamos de verdad, sin lo cual no se la puede profesar sinceramente, es primordialmente un interés de cada uno de nosotros.

Nos interesa ser obedientes, porque nos interesa vivir redimidos en y por el Espíritu de Jesús, porque nos interesa vivir sólidos, sujetos los unos a los otros por la caridad, porque esta es la única manera de estar en comunicación con Dios; por lo tanto, de hacer efectiva y real nuestra consagración, nuestro vivir en comunicación con Dios. Para que esto sea posible, es preciso que los que ejercen la autoridad sobre nosotros —que digo no es sólo el superior, sino la comunidad entera en la medida en que sus necesidades son obligaciones para nosotros— nos acepten realmente a cada uno de los miembros de la comunidad, utilizando la fórmula del concilio, «como hijos de Dios» y, por lo tanto, con una vocación y una responsabilidad vocacional, según la cual, tenemos derecho a ser aceptados y dirigidos.

Quiero decir que una comunidad bien planteada, una obediencia bien vivida, tiene que estar muy lejos de un afán de posesión y como usufructo de las personas en servicio inmediato de las conveniencias inmediatas, sin preocuparse de si estas obli-

1. G. Moiola, *Temi cristiani maggiori*, Torino, 129-130.

gaciones son justas o no, son legítimas o no. La autoridad, la comunidad entera que tiene derecho a exigirme a mí la obediencia, tiene más profundamente todavía el derecho de *mandarme a mí obedeciendo a Dios*, obedeciendo a la iglesia, obedeciendo a las necesidades de los demás miembros de la comunidad, a las necesidades de los hombres, que, en definitiva, son quienes nos ponen el contenido y las exigencias de nuestra entrega que debe llegar hasta donde lleguen las necesidades de los demás»².

Descubrimos de este modo un ulterior *ensanchamiento* de la obediencia: «No basta quizás decir que la obediencia es obediencia a Dios a través del superior y de la comunidad. Es también obediencia al conjunto de la iglesia y de la realidad de este mundo donde Dios nos ha colocado. El designio de Dios mira a toda la humanidad. El horizonte de nuestra obediencia no puede limitarse a los muros de nuestra clausura. Debemos insertarnos en el designio de Dios, y éste tiene las dimensiones de la humanidad entera» (O. Du Roy).

Una última observación respecto a los superiores.

Personalmente no me gusta mucho el término «superior», que puede engendrar equívocos y actitudes propias y efectivas de... superioridad.

Prefiero el término «autoridad», que viene del latino «augere», y significa crecer, aumentar, e indica claramente una función de estímulo, crecimiento, progreso.

«En el pueblo de Dios, un responsable debe serlo solamente en cuanto estimulante de responsabilidad» (J. Cardonnel).

La autoridad, en esta perspectiva, es verdaderamente *auctrix*, autora de la personalización y del crecimiento de todos en la fraternidad. Alguien ha dicho concisamente: «la autoridad es "auctrix" de la personalización en la comunidad, o es "auctrix" de la comunidad en la personalización»³.

La obediencia resulta de este modo muy *interesante*.

Si se actúa en interés de la persona, se cumple el interés de la comunidad. Y viceversa.

Sobre todo, se obedece a aquel Dios que está *interesado* en la marcha y en el crecimiento de todos sus hijos.

No es que vuestra fe esté en nuestra mano, pero somos cooperadores de vuestra alegría (2 Cor 1, 24).

La obediencia es una virtud que sufre de soledad. No tolera el ser aislada de las otras virtudes, separada tajantemente de las otras realidades.

Los paladines de la obediencia no se dan cuenta de que le hacen un pésimo servicio en el mismo momento en que la presentan como la *virtud-clave* de toda la vida religiosa, como panacea de todos los males. Según eso, los males procederían de la falta de obediencia, y las ventajas habría que ponerlas todas únicamente en la cuenta de la obediencia.

Esta visión «absolutista» de la obediencia se convierte en un peligro, en una amenaza constante para la misma virtud que se intentaría defender.

La obediencia, abandonada a sí misma, dominadora incontrastada, aislada en una posición de preeminencia, termina por agostarse yerta —al verse separada de las conexiones vitales— para convertirse en ídolo, monumento, fetiche, y no ser ya fuerza, energía, dinamismo de vida.

Intentemos, pues, subrayar algunas de estas conexiones esenciales.

1. La obediencia no hay que separarla de la responsabilidad

Algunos parece que tienen este extraño concepto de la obediencia: *descargar* la responsabilidad sobre los otros, los cuales a su vez encuentran el modo de descargarla sobre otros también,

2. F. Sebastián Aguilar, o. c., 233-234.

3. L. Gutiérrez Vega, *Antropología y teología de la comunidad*, en *La comunidad religiosa*, Madrid 1972, 173.

a través de un mecanismo de... adelgazamiento hacia el vértice, y una especie de automatismo que funciona mediante la «gracia de estado».

De esta manera, el que obedece resulta un simple ejecutor de órdenes, y por consiguiente, ni es sujeto ni es persona, porque pierde la propia característica peculiar de «responsabilidad».

No, la obediencia no puede reducirse a este «cómodo sistema de irresponsabilidad general» (O. Du Roy).

El decreto conciliar *Perfectae caritatis*, n.º 14, habla de «obediencia activa y responsable».

Ahora bien, obedecer responsablemente significa precisamente *buscar juntos* cuál es la voluntad de Dios, y no delegar en los otros esta exploración, limitándose a esperar informaciones al respecto.

Se ha dicho, con una expresión incisiva que «Jesús fue un hombre que se atrevió a decir “yo” sin tener alguien que le guardase las espaldas» (D. Sölle).

Cierta gente busca en la obediencia una «cobertura» a su propia abdicación como persona, una coartada a la propia pereza, una justificación sobrenatural a la propia exigencia egoísta de seguridad.

La obediencia nunca es «aseguradora». Sino que siempre es costosa, comprometida y arriesgada.

Si no va unida con la responsabilidad personal, la obediencia produce efectos infantilizantes.

2. La obediencia no hay que separarla del diálogo

A este propósito también surge, a veces, una enésima falsa oposición: entre diálogo y obediencia.

Es necesario subrayar con fuerza que *dialogar no quiere decir discutir una decisión, sino ayudar a tomar una decisión*.

El diálogo sirve para iluminar, ayuda a reflexionar, permite examinar una realidad desde diversos ángulos. De tal manera que la decisión, tal como habrá de ser elaborada por el «responsable», cuente con la participación conjunta de todos.

Para el diálogo es importante ante todo la función de «información».

Don Milani hacía observar agudamente que *el papa está asistido pero no informado por el Espíritu santo*. Es la consulta, la atención que se presta a la pública opinión la que asegura la información.

La decisión de un superior se hace tanto más creíble, y consiguientemente se beneficia de la asistencia del Espíritu, cuanto más sea fruto de diálogo sincero, abierto, y de un profundo conocimiento de la realidad.

3. La obediencia no hay que separarla de la alegría

Sí, indudablemente la obediencia implica renuncia, abnegación, sufrimiento y tensiones.

Pero, para que sea grato, un sacrificio debe ser siempre también gozoso.

El que obedece no ha de tener la cara de quien se encamina hacia el patíbulo.

A este propósito, quiero decir solamente que me parece muy útil e higiénico «desdramatizar» la obediencia. Y, para esto, además de un poco de humorismo, es necesario un agudo sentido de la realidad.

Me confesaba ingenuamente una joven religiosa, después de algunos días de experiencias en el trabajo:

—¿Sabe cuál ha sido el primer descubrimiento que he hecho en la fábrica? Me he dado cuenta de que una obrera obedece en general mucho más de lo que tiene que obedecer una religiosa cualquiera en relación con sus superiores. Las imposiciones y las humillaciones a las que nos vemos sometidas en la fábrica hacen que resulten ridículas las molestias y los tragos amargos que se dice hemos de soportar en el convento. No hay comparación posible.

Quizás nuestra obediencia religiosa tendría mucho que ganar en vigor, en dignidad (ciertos lloriqueos por insignificancias), en intensidad, si, en lugar de andar siempre midiendo la enormidad de los propios sacrificios, nos uniéramos en una solidaridad realista con los hombres de nuestro tiempo, cuya obediencia frecuentemente ha de pagar un precio mucho más costoso que el nuestro.

4. La obediencia no hay que separarla de la libertad

Libertad es posibilidad de llegar a ser lo que se debe ser según el proyecto de Dios sobre nosotros. Por consiguiente la obediencia se pone precisamente al servicio de esta libertad, de la cual es aliada, no enemiga.

El que obedece no renuncia a la propia libertad, sino que «libera la propia libertad crucificando el amor de sí mismo» (O. Clément).

Un signo de esta liberación realizada me parece que es una cierta agilidad de movimientos, un paso expedito, una destacada espontaneidad.

Ciertas personas religiosas parecen recorrer el propio camino titubeantes, temerosas, obsesionadas por el miedo de ser sorprendidas «en falta».

No, la obediencia debe darnos el sentido y el atractivo del camino, no el miedo a las infracciones de las normas de circulación.

«Que tu viaje al encuentro de Cristo no sea un cauto caminar sobre las reglas con el temor de romperlas como si fueran huevos. Sigue el ritmo de tu corazón, abraza el alma de la ley y serás la religiosa más observante y más libre» (P. Romano de Roma).

Imaginación y obediencia

Jueves- Viernes

Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno, lo que Yahvé de ti reclama (Miq 6, 8).

Cristo es modelo de libertad y de obediencia al mismo tiempo.

En él, obediencia y libertad no se encuentran en conflicto, sino que se compenetran y se sostienen mutuamente, sin que una tenga nunca que pagar por la otra.

Por eso el «yo» de Cristo nace precisamente de esta armonía ¹.

A esto hay que añadir un tercer componente: la imaginación, que representa una de las formas más altas de la libertad del hombre.

«Cuando Jesús decía *yo* con ese sentido sublime, sin cobertura, —*yo* te perdono tus pecados; *yo* te lo digo, levántate; *yo* te llamo, sígueme, transformaba la libertad de aquéllos a quienes sorprendía. Siempre encontramos la vida empotrada en un marco limitado, en el interior de mojones bien determinados. Cuando decía Jesús *yo* en el sentido que hemos indicado más arriba, abolía las fronteras de la existencia humana llamadas naturales. Su imaginación no aceptaba las fronteras. Abolió con su imaginación que modificaba el mundo, las fronteras de las naciones, las de las clases sociales las de la cultura, las que proceden del hecho de ser hombre o mujer, las de la religión, más aún, remontó la frontera que más que todas nos mete en prisión, la que separa la vida y la muerte» ².

1. He tomado la mayor parte de estas consideraciones de D. Sölle, *Imaginación y obediencia*, Salamanca 1971.

2. D. Sölle, *o. c.*, 74-75.

Ni siquiera la muerte constituye para él una derrota, una capitulación de su imaginación frente al choque y al mentís de la realidad.

Su muerte fue más bien «una última y definitiva confirmación de la afirmación de su yo, de su inaudita frase. Yo soy la vida».

Crito es sumamente libre, aun frente a la muerte, precisamente porque sus manos no se replegaron nunca para aferrar, para detener ávidamente la porción de vida que le pertenecía. Sus manos como las de un hombre libre, estaban siempre «abiertas».

«Por eso, cuando llegó la muerte, no encontró nada que tomar, puesto que todo estaba ya dado... El don precede a cualquiera voluntad de captura» (J. Cardonnel).

Ahora bien, si queremos imitar a Cristo obediente, no podemos descuidar el camino de libertad que él ha recorrido. No podemos prescindir tampoco de su imaginación.

Para Cristo, la obediencia no es adaptación a un ordenamiento preestablecido, sino realización de un orden diverso. No es aceptación de un mundo ya establecido con sus reglas, sus sistemas; sus esquemas, sino transformación incesante de este mundo hasta crear un mundo nuevo.

«Jesús no imaginó el mundo según el modelo de un orden acabado que los hombres deberían solamente guardar. El mundo al que él vino estaba inacabado, era cambiante; mejor aún: esperaba en él una transformación. Los esquemas que expresan el orden, en los dichos de Jesús, se encuentran continuamente destruidos: grande y pequeño, sabio y niño, riqueza y pobreza, conocimiento de la ley e ignorancia. Jesús hizo de todo para relativizar esos contrarios y liberar a los hombres que estuvieran prisioneros de esas estructuras. El proceso de liberación se llama evangelio»³.

El mayor equívoco me parece que es el de creer que Jesús nos vaya a entregar un mundo bello y terminado, para el que la obediencia consistiría únicamente en respetar un ordenamiento preestablecido.

No, Cristo nos entrega un mundo que hay que cambiar. Una realidad por transformar. Y la obediencia debe ser una fuerza innovadora (quiero decir: que no deja nada en su sitio) para llevar a cabo un ordenamiento nuevo según el plan de Dios.

La obediencia no puede ser *re-activa* (o sea respuesta a aquello que ha sido puesto de antemano), sino activa, creativa, capaz de reconstruir cada vez una cierta realidad, ya superada, como futuro.

3. *Ibid.*, 45.

Por eso el que obedece de verdad no sacrifica sobre el altar de la obediencia la propia espontaneidad.

«Si florece de nuevo el hombre liberado por Cristo, entonces no será de su incumbencia la responsabilidad del orden del mundo, cuanto el deber de transformarlo. La fuerza que necesita para ello es la de la espontaneidad: le será necesario modificar, descubrir, poner en funcionamiento. Esta espontaneidad provoca una libertad nueva; los hombres que han crecido dentro de esta perspectiva no están educados para someterse al orden del mundo, sino educados para aprender la libertad»⁴.

Hay una obediencia concebida como un ponerse en línea, un respetar disciplinadamente la *alineación*. Esta es una obediencia de origen militar, no cristiana.

Y hay una obediencia que consiste en *escuchar* a Dios que intenta y sueña obstinadamente un ordenamiento nuevo. Y esta es la obediencia de fe.

Gracias a la fe y a la imaginación, con la obediencia nos encontramos efectivamente *subordinados*, no a lo que ya existe, sino a lo que *está por venir*, a lo que puede ser.

La obediencia es un «sí» al futuro.

«Venga tu reino». O sea, venga el futuro.

4. *Ibid.*, 44.

Sin duda, la respuesta de vuestra fe ha llegado a oídos de todos...
(Rom 16, 19).

Hay dos especies de obediencia.

La obediencia «antes».

Y la obediencia «después».

Hasta hace algún tiempo yo no advertía la diferencia.

Ahora comprendo que entre estos dos productos hay un abismo. Y, por lo que a mí se refiere, yo me fío solamente del segundo, es decir de la obediencia «después».

Ha habido un hecho que me ha abierto los ojos. Hélo aquí.

Predicaba siempre la obediencia. Para él era la virtud fundamental de la vida religiosa. No hacía más que hablar de obediencia.

Se necesita más obediencia.

No hay bastante obediencia.

Es necesario ser más dóciles.

Si se obedeciera sin tantas historias... Hoy, en cambio, quieren discutir, razonar...

Nosotros somos hijos de obediencia.

«Debemos estar prontos a todo desprendimiento», explicaba con unción cuando... era otro el que debía partir.

Y si la obediencia de alguien dejaba traslucir, no digo alguna hendidura, sino solamente un ligero rasguño, había reprobaciones que arrancaban la piel a pedazos. Para destruir a una persona.

Y si alguno, una vez lejos, tenía la ocurrencia de mandar una simple postal, sonaba fulminante el comentario:

—Pero ¿a qué vienen todavía estas ataduras humanas? Cuando se deja una comunidad, es necesario cortar a rajatabla.

A mí me reservaba siempre indefectiblemente esta recomendación especial:

—Usted sabe muchas cosas, escribe libros. Pero recuerde que lo que vale es la obediencia. Obedeciendo no se equivoca uno nunca.

(Verdaderamente yo no veía qué relación lógica había entre estas dos proposiciones. Yo hubiera querido decirle también que, al escribir, yo obedecía a algo que sentía dentro, y no era una cosa tan de poca monta... Pero no me entretenía en sutilezas y daba las gracias por el paternal aviso).

Por consiguiente, la obediencia estaba en el centro de sus pensamientos, preocupaciones y palabras.

Todo muy bello, justo y edificante.

Pero se trataba de una obediencia «antes». Y, por consiguiente, fácil (para él, no para los otros). Y por consiguiente sospechosa. Y por consiguiente no creible.

Efectivamente, el pobre, en su fervor religioso, probablemente no había pensado que llegaría también para él el tiempo de practicar lo que había predicado siempre.

Cuando sucedió la *desgracia*... Bueno, los que tuvieron ocasión de ver y oír, además de advertir las maniobras y la movilización general, no presenciaron precisamente un brillante testimonio de docilidad y de desprendimiento. En la oficina de correos, poco después, se discutió incluso acerca de la posibilidad de contratar nuevos empleados para poder despachar el imprevisto trabajo suplementario. Y las líneas telefónicas de la zona resultaron insuficientes. Entendámonos: ¡todas las cartas y llamadas telefónicas recomendaban «cortar a rajatabla»!

Sucede.

Sucede cuando se predica «antes».

Especialmente en materia de obediencia, hay necesidad, en cambio, de que alguien predique «después». O sea, después de haber obedecido de verdad. Silenciosamente, humildemente, aun cuando sea dolorosamente.

Todos somos capaces de predicar «antes».

Para predicar «después», en cambio, es necesario haber superado el examen de los hechos.

Estas predicaciones «después», quizás presentan el inconveniente de no ser frecuentes y tampoco demasiado largas.

En compensación, tienen la enorme ventaja de que no pueden menos de ser tomadas en serio.

Trigesimotercera y trigesimocuarta semana

La sorpresa de la fidelidad

Dios todopoderoso y eterno,
que quisiste fundar todas las cosas
en tu Hijo muy amado,
rey del universo;
haz que toda la creación,
liberada de la esclavitud del pecado,
sirva a tu majestad
y te glorifique sin fin

(Colecta de la fiesta de Jesucristo, Rey del universo)

Si le somos infieles, él permanece fiel,
porque negarse a sí mismo no puede (2 Tim 2, 13).

El ser absoluto de ningún modo caracteriza al Dios bíblico. Al Dios de la alianza, Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob se le señala con el término «fiel»¹.

El vocablo más frecuentemente usado para expresar la fidelidad de Dios es *emet*, que viene de la raíz *mn* (de donde el verbo *aman*, igual a ser firme, «resistir», dar garantía, ofrecer confianza; y de donde el *amén*, conservado en la liturgia).

Emet indica, pues, algo sólido y firme, y que, por eso mismo, ofrece garantías de seguridad, de duración, de estabilidad. De aquí se deriva también la idea de verdad-autenticidad, de veracidad-atendibilidad.

En suma, el término *emet* expresa un conjunto de cualidades (sinceridad, lealtad, fidelidad) que caracterizan a *un hombre seguro*, del que nos podemos fiar, con el que se puede contar siempre, digno de fe (no solamente por lo que dice, sino también por la rectitud que acompaña su vida).

1. Estas observaciones las he tomado, sobre todo, de los siguientes estudios: A. Dumás, *Théologie biblique de la fidélité*, en *Engagement et fidélité, problèmes de vie religieuse*, Paris; P. de Surgy, *La fidélité de Dieu*: Lumière et Vie 110 (1972); J. Guillet, *Thèmes bibliques*; P. R. Regamey, *Portrait spirituel du chrétien*, Paris.

Al lado del vocablo *emet* nos encontramos a menudo con *hesed* que a las notas características de resistencia, solidez, seguridad añade una connotación especial de dulzura y bondad. Por consiguiente, la fidelidad como benevolencia y gracia. Fidelidad como *amor comprometido*.

Dios se revela a Moisés precisamente como «Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor (*hesed*) y fidelidad (*emet*)» (Ex 34, 6).

Por eso el amor, la bondad y la misericordia de Dios son *irrevocables*.

Decir «Dios es fiel» significa decir que su amor, su ternura, su gracia no se gastan con el uso, no se atenúan con el tiempo.

Opuesto a «fiel» es lo inconsistente, lo transitorio, lo evanescente, lo mudable, o sea, aquello con lo que no se puede contar de lo que no se puede uno fiar, lo que no inspira confianza.

La fidelidad es «roca», la inconsistencia es «arena».

Debemos sin embargo tener presente que el ser «fiel» no es algo que caracterice a Dios en sí mismo, en su inmutabilidad, sino a Dios en su relación con el hombre, o sea, al Dios de la alianza, al Dios que entra en relación con alguno, que se une a alguien. Es la fidelidad a una elección que resulta irrevocable.

Por consiguiente, no la fidelidad que refuerza la identidad, o subraya la independencia de Dios, sino la fidelidad a una unión, a una alianza estrecha con el hombre.

Y Dios, la roca, se apoya paradójicamente precisamente en alguien que no ofrece mucha confianza: el hombre.

La fuerza pacta alianza con la debilidad.

Dios corre el riesgo de escogerse un *aliado* vacilante, inconstante, voluble, frágil. Es significativa la lamentación de Yahvé dirigida a Moisés: «Bien pronto se han apartado del camino que yo les había prescrito» (Ex 32, 8).

Dios es siempre el primero en comprometerse. La iniciativa de la alianza es siempre suya. La fidelidad del hombre es respuesta a una llamada, es una ratificación. Y también la respuesta está bajo el signo de la libertad.

Ciertamente las relaciones entre los dos no marchan siempre sin tropiezos. Parece casi como un juego entre adversarios.

Dios «recuerda».

«¿Acaso olvida una mujer a un niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas?

Pues aunque éstas llegasen a olvidar, yo no te olvido.

Míralo, en las palmas de la mano te tengo tatuada» (Is 49, 15).

(Esta imagen de Dios que me «dibuja» en la palma de sus manos es una de las más audaces y sugestivas que yo conozco).

El hombre, en cambio, tiene memoria corta. Olvida demasiado fácilmente.

La fidelidad de Dios es siempre *sorprendente*, se halla bajo el signo de la novedad, de la espontaneidad, de lo imprevisto, y no de las repeticiones.

El hombre, por el contrario, se cansa, se vuelve indiferente, sufre de dureza de corazón (¡la «*esclerocardia*»!).

La fidelidad de Dios, en fin, está siempre dispuesta a recomenzar. Restablece los contactos, no se resigna a las interrupciones, anula las distancias, suelda las fracturas. Re-crea. Rehace. A pesar de todo.

En suma, es una fidelidad que «no permite que falte nada», «que no deja nada por intentar».

La única cosa que puede «faltar» es la respuesta del hombre.

La fidelidad como un reto a lo provisional

Martes-Miércoles

Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes (Is 7, 9).

Algunos se preguntan alarmados: ¿la fidelidad representa todavía hoy un valor?

Es cierto que, entre las virtudes tradicionales, la fidelidad es la que sufre una «contestación» más inexorable.

Los ataques que la acechan vienen de tres frentes¹.

1. El frente de la autenticidad o sinceridad

La persona fiel no puede ser sincera, porque los deseos cambian, las ideas se debilitan, las motivaciones no resisten ya, y ciertos actos no dicen ya nada.

La fidelidad es esclerosis. Es querer conservar a toda costa lo que se ha perdido por el camino. Es mantener en pie un andamiaje, un esqueleto, del que la vida se halla ausente.

La fidelidad sería el cementerio de la lucidez y de la veracidad.

Así, pues, como las situaciones cambian, y también los sentimientos más profundos evolucionan como consecuencia de la maduración de una persona, más que un riguroso empeño de fidelidad, serían necesarias *sinceridades sucesivas*.

1. Sigo el esquema, y a veces literalmente la argumentación del volumen en colaboración *Engagement et fidélité*, Paris.

2. El frente de la relatividad crítica

Fidelidad quiere decir firmar un cheque en blanco. Existe, pues, el peligro de absolutizar un ser, una idea, un momento. Existe el gravísimo riesgo de encerrarse en una prisión malsana de devoción ciega, viéndose impedido para comprobar, reflexionar y criticar.

En su extremo límite, la fidelidad «ciega» podría convertirse en complicidad con el mal (baste pensar en los desastrosos efectos producidos por la ciega fidelidad al Führer).

3. El frente de la espontaneidad y la creatividad

Se teme a los surcos, a las rodadas de las repeticiones. La ceniza que cubre corazones casi apagados. El polvo que cubre los viejos muebles de todos los días.

El ímpetu se convierte en hábito.

La creatividad del Espíritu se hace oficio.

En suma, desde este punto de vista, la fidelidad es puesta en crisis por su rigidez, su fixismo, por el fervor inevitablemente enfriado, por un impulso que inexorablemente se apaga.

Será conveniente precisar enseguida algunas cosas como respuestas:

a) *A los fautores de las sinceridades sucesivas*. La fidelidad se sitúa en la línea del amor. Un amor condicionado en su término, no es ya amor. Recordemos el bellissimo slogan de algunos grupos juveniles: «Te amo más que ayer, pero menos que mañana».

Y luego es necesario pensar en la persona amada. ¿Cuándo nos decepciona Dios?

b) *A los fautores de la relatividad crítica*. Existe y hay que reconocer un derecho-deber de crítica como expresión de fidelidad. Ser fieles no quiere decir solamente hacerse mutuamente cumplidos. La fidelidad no me impide tener los ojos bien abiertos y el cerebro en funcionamiento.

c) *A los fautores de la espontaneidad y la creatividad*. La imaginación tiene un papel decisivo que desempeñar en el campo de la fidelidad. La fidelidad no implica solamente memoria, sino también creatividad.

El cristiano tiene una memoria que sirve de raíz y alimento a la fe. Pero tiene también una perspectiva: la esperanza.

La vida religiosa está también en tensión hacia el porvenir.

Y luego es necesario tener presente que la fidelidad es una segunda elección, no el simple recuerdo de la primera. Un dicho popular advierte que «el mejor matrimonio es siempre el segundo, con tal que se case uno con la primera mujer». O sea, se necesita inventar diariamente la propia fidelidad. Ratificar diariamente la propia elección. Sobre todo, es necesario descubrir un día y otro las motivaciones «actuales». Las causas por las que uno *se queda* son normalmente muy distintas de las causas por las que *se ha entrado*.

Y ahora positivamente, desearía fijar algunos puntos sobre el tema de la fidelidad.

1. No nos comprometemos con una idea, sino con una persona. Y este compromiso, lo hemos recordado ya, está ligado al amor. La fidelidad, o es expresión de amor o no es nada. Ahora bien, el amor es por naturaleza exigente. Se ha hecho para durar, más aún, para la eternidad.

Un amor que ya no existe, es un amor que no ha existido nunca.

2. El compromiso religioso tiene una dimensión comunitaria.

El compromiso con Dios es inseparable del compromiso con una comunidad.

La vida religiosa es un *compromiso con Dios en una comunidad*.

Por consiguiente, la fidelidad ante Dios adquiere también un peso humano.

Yo participo en una aventura común con hermanos y hermanas. Así nace una grave responsabilidad —de coherencia, de grandeza, de atracción— por parte de todos como sostén indispensable de la fidelidad de cada uno. Y, por otra parte, en la eventual ruptura, no hay que olvidar este compromiso recíproco.

3. Es necesario también señalar el *carácter profético* de la vida religiosa, o sea, el aspecto de signo, de parábola.

Tengamos presente que el matrimonio lo mismo que la vida religiosa son respuestas a la fidelidad de Dios. Lo reconducen todo a Dios.

Pero la vida religiosa es esencialmente signo de una realidad futura, de la nueva creación («cielos nuevos y tierra nueva»). Por consiguiente, es «servicio» de espera vigilante, *celebración permanente de esta espera*.

En último análisis, la espera del reino funda nuestra fidelidad para siempre, *usque ad mortem*.

Una espera vigilante tiene un significado en cuanto no se interrumpe a la mitad, por cansancio u otras razones.

La espera del reino tiene un sentido si el que la expresa sabe «persistir» hasta la entrada en el reino. En caso contrario, el significado se rompe.

Por lo cual no hay verdadero compromiso religioso, en esta perspectiva profética, si no es definitivo.

4. Finalmente me agrada poner de relieve la belleza de la fidelidad religiosa como reto a lo provisional, a lo precario, lo mudable, a los incidentes, a las circunstancias varias.

Y aquí nos puede ayudar la imagen del matrimonio.

No se casa uno con la mujer ideal. Sino con una mujer concreta.

No se casa solamente con la novia de veinte años. Sino también con la mujer de treinta, de sesenta años, que cambia, que puede tener mal genio.

Casándose con el joven bien plantado, se casa la joven esposa también con el futuro viejecito reumático.

La distinción hay que situarla entre *contrato* y *alianza*.

«El contrato es un negocio. Yo te doy esto y tú me das aquello. Yo te doy mi vida y tú te comprometes a proporcionarme certezas, cosas fijas, previstas, sobre las que se pueda contar. Y si algo cambia, entonces se rompe el contrato. Si tú cambias, yo no me sentiré ya ligado a ti».

La alianza, en cambio, es un encuentro entre personas. La alianza consiste en entregarse a otro, en un dinamismo de absoluta confianza. Al contrario del contrato, la alianza no exige garantías, y no pone condiciones. *Conoce solamente las consecuencias*. No dice: si cambias, entonces todo acaba entre nosotros. Afirma en cambio: aun cuando tú cambies, mantengo en ti mi confianza, porque te amo libremente. Y sé que, aun en medio de cualquier transformación, hay una cosa que no cambiará: el hecho de que tú me amas.

Nuestra profesión religiosa no es una *seguridad* contra el cambio. Es siempre el comienzo de una larga historia.

Los cambios nos reconducen a lo esencial. Lo esencial no es un núcleo inmutable. Sino un fondo personal más allá de todo el resto. Y este fondo esencial se vive siempre en el presente. San

Pablo dice: «olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, sólo una cosa me interesa, correr hacia la meta» (Flp 3, 13-14).

O sea, la fidelidad es una embriagadora aventura cuyos dos componentes son la fe y el amor.

Me quedo porque quiero caminar

Jueves-Viernes

Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron más con él. Jesús preguntó a los doce: ¿También vosotros queréis marcharos?

Simón Pedro le contestó: Señor, y ¿a quién vamos a acudir? En tus palabras hay vida eterna, y nosotros ya creemos y sabemos que tú eres el consagrado por Dios (Jn 6, 66-68).

«La noche de los más punzantes fracasos y de las más penosas traiciones, Cristo preguntó a sus compañeros: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Esta pregunta de Cristo —en su patetismo y en su ironía que a nadie coarta, y a la vez asume toda la energía viril de un desafío— resuena alguna vez en el interior de cada cual: “¿Es que no te basto yo? ¿Acaso te oprimo, te decepciono?”. Conviene entonces responder con sinceridad y con ardor, por él y por nosotros mismos» (L. Santucci, *Volete andarvene anche voi*).

Es lo que esta noche quiero hacer también yo, Señor.

Quiero revisar mi fidelidad. No para liquidarla, sino para reinventarla¹.

Deseo reflexionar de nuevo sobre mi fidelidad. No para repetirla, sino para reinterpretarla a la luz del presente, de lo que he llegado a ser gracias a tantas pruebas y experiencias.

Con demasiada frecuencia, Señor, encuentro a personas que me hablan de fidelidad con un lenguaje jurídico-moralista-mercantil que me la hace parecer hasta molesta.

1. Se desarrollan aquí algunos puntos que me ha sugerido la lectura del excelente volumen de P. de Loch, *Los riesgos de la fidelidad*. Madrid:

La fidelidad es presentada como obligación, como precepto como una cuerda al cuello.

Más que hacerme descubrir su belleza, me «imponen» la fidelidad.

Yo, en cambio, Señor, no quiero «soportar» la fidelidad, sino «vivirla».

Escuchando a estos señores, la fidelidad sería una especie de apuesta que le fuerza a uno a aguantar lo que haga falta y basta.

O, peor aún, una trampa. Has caído en ella, procura no alterarte demasiado. Junto con algunos inconvenientes hay también numerosas ventajas a largo plazo. Efectivamente, de este modo «enjaulado», empaquetado, estás seguro de llegar felizmente a tu destino.

En esta perspectiva sofocante, la fidelidad es considerada exclusivamente como prolongación del pasado. «Tengo que permanecer, porque me he metido dentro una vez.

¡Qué tristeza, Señor, esta visión del pasado como cierre de una puerta en torno a la cual estaría condenado a dar vueltas como ciertas cabras en su encierro!

Cuando hablan estas personas me parece oír el ruido de una cerradura. El compromiso resulta ser un cerrojo echado definitivamente de una vez para siempre.

¡Qué tristeza esta fidelidad entendida como un «lazo», como el robusto e inexorable eslabón de una cadena!

Se repiten gestos, se repiten fórmulas, se repiten comportamientos gastados por el uso. Y a todo esto se le da el nombre de fidelidad.

No se advierte que esta es la típica fidelidad a la letra que mata, más aún, que ha matado ya, que ha consumado el delito.

No se cae en la cuenta de que este tipo de fidelidad semeja mucho a una «vela fúnebre». *Se está* junto a un ataúd. Hay todo un aparato, una organización, un complejo de hábitos rígidamente codificados, un funcionamiento «ejemplar». Pero la vida está ausente. Ha muerto la espontaneidad. Está difunta, de cuerpo presente, la originalidad bien «compuesta» y adornada ya en el ataúd de la uniformidad y la regularidad.

¿Por qué, Señor, tanto miedo a la libertad?

¿Por qué la libertad es vista solamente como riesgo, como amenaza, como peligro, como «abuso»?

A mí me gusta, en cambio, considerar la libertad como «posibilidad» de un crecimiento personal y responsable.

Hazme entender que el «enemigo de la fidelidad no es el exceso, sino la falta de libertad» (P. de Locht, 40).

Uno confesaba: «Me he mantenido verdaderamente fiel cuando he tomado conciencia de que me era posible ser infiel».

Hazme entender, Señor, que la libertad me obliga a interiorizar mis decisiones. A liberarlas de las incrustaciones de las conveniencias, del miedo y de los hábitos.

Hazme entender que la libertad es un compromiso exigente, no una cómoda evasión.

Hazme entender que «la fidelidad no consiste en prolongar un compromiso que ha perdido su significado, y mantener una elección que no es ya portadora de valores... Ser fiel no quiere decir permanecer encadenado. Significa, más bien, tomar conciencia de los valores actuales —quizás menos románticos, pero más realistas y verdaderos— del camino en que nos encontramos comprometidos» (P. de Locht, 50, 85-86).

Señor, quiero que este «permanecer» mío no se funde exclusivamente en una decisión anterior, sino en una elección actual.

No sigo, porque «debo» o porque lo quise una vez, sino porque lo quiero gozosa y libremente hoy.

Las razones iniciales engendraron una elección, un comienzo. Hoy me hacen falta razones adaptadas a la actualidad que den origen a una continuidad creativa y no cansinamente repetida.

Lo que vivo hoy no depende del pasado, sino del hecho de asumir lúcidamente el presente.

La respuesta que te dio san Pedro da exactamente en el blanco.

«¿A quién iremos?» y no «¿Adónde iremos?».

«Ir» no supone problema.

El problema grande es «a quién» ir.

La fidelidad no es cuestión de ir o de quedarse.

La fidelidad es una persona con la cual nos unimos para caminar juntos, para marchar en la misma dirección. Por eso no puedo vivir y desarrollarme más que contando con este lazo que me compromete. Por eso encuentro mi puesto solamente haciendo lugar en mi vida a otro y a muchos otros.

«Comprometerse no quiere decir consagrarse a un principio, a una idea; sino abandonar a otro el propio existir en una dependencia interpersonal profunda y dinámica con vistas a un proyecto que habrá que realizar en común» (P. de Locht, 19).

Así, pues, Señor, la fidelidad auténtica que a ti me une no es una cadena que me permite solamente movimientos limitados y «controlados».

Sino que es algo más maravilloso: comprometerme hasta el fondo contigo, para caminar juntos por una vía interminable, por un camino lleno de sorpresas.

Por eso, esta tarde, me siento con ganas de darte una respuesta definitiva.

Sé que eres muy exigente. Que eres difícil de contentar. Que a menudo tienes pretensiones absurdas. Que no te limitas a pedirme mucho, sino que lo pretendes todo.

Y sin embargo, más aún, precisamente por eso, Señor, he decidido «quedarme».

Me quedo porque tengo un deseo incontenible de «caminar».

Me quedo porque no puedo estar quieto.

«Siguiendo» contigo estaré siempre en camino.

Si «continúo» contigo, estoy seguro de que no he de permanecer siempre en el mismo lugar.

No traicionar a la mujer

Sábado-Domingo

El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado (Lc 24, 1).

Examinaremos en los próximos capítulos algunos tipos de fidelidad: fidelidad a sí mismo, fidelidad a la propia conciencia, fidelidad a la vida y, finalmente, fidelidad a la «infancia».

Antes que nada, pues, es necesario ser fieles a sí mismos. Coherentes con el propio ser. En armonía con la propia identidad. No traicionar la propia «unidad».

Se puede expresar todo esto con una palabra: autenticidad.

La autenticidad es la realización de sí mismo como sujeto. Es la expresión original, típica, irrepetible, de la propia singularidad.

«Aquellos a los que consideramos como “grandes hombres” son precisamente los que *se singularizan*, no a causa de una originalidad suya superficial, sino por una manifestación, una revelación única, singular, imprevisible de su ser hombres»¹.

Ahora bien, para una religiosa, conquistar esta autenticidad humana y sobrenatural, significa ante todo, expresar fidelidad a su propia condición de «ser mujer». La fidelidad comienza por esto. Es absurdo pretender ser fieles a la propia vocación religiosa, si no se es fiel a la propia naturaleza femenina, don de Dios.

1. F. V. Joannes, *Contro l'immagine maschile della donna, en Crisi dell'antifemminismo.*

Ser mujer no significa copiar una idea abstracta de la feminidad. Significa, en cambio, descubrir y utilizar los datos, las posibilidades, los recursos de la propia naturaleza femenina en sentido creador, o sea, «inventarse» como mujer, explorando la propia verdad en la autenticidad de las propias relaciones con los otros.

«La *esencia* de la mujer, lo que hace su autenticidad, su verdad, no es un modelo intemporal, preexistente, al cual no hay más remedio que conformarse y adecuarse; al contrario, esta esencia debe elaborarse en el tiempo, en lo concreto de su existencia, de su ser en el mundo, en una inventiva incesantemente renovada, y no en una copia; la copia es por definición inautenticidad: la obra verdadera y única, la insustituible, es siempre nueva» (F. V. Joannes).

De acuerdo, pues, con que no existe el arquetipo de la esencia femenina, y que cada una debe crear, de manera única, su propio modo de «ser mujer».

Sin embargo, hay que tener presentes algunas características fundamentales de la naturaleza femenina. Desarrollando e interpretando dichas características, de manera personal, una monja podrá ser verdaderamente «signo» luminoso, en armonía con la propia humanidad y con la propia vocación religiosa.

Indiquemos brevemente algunas, en relación con las correspondientes características de la naturaleza masculina, con las que no están en oposición, sino de las cuales constituyen un complemento necesario ².

El movimiento masculino es linealmente recto e irregular, mientras que el femenino es más continuo y reclama más bien un dinamismo de *irradiación*.

El hombre mira derecho al fin. La mujer, en cambio, reacciona a través de una acción más matizada de presencia, en la cual más que la voluntad abstracta se nota una *vibración de todo su ser*.

Mientras que el hombre tiende a la eficacia, la mujer busca la expresividad.

El hombre «se evade» fácilmente. La mujer «toma interés», se preocupa.

El hombre razona. La mujer intuye. Donde el hombre llega con la lógica, la mujer frecuentemente «se adelanta» con la sensibilidad.

El hombre piensa con la cabeza. La mujer con todo su ser.

2. Tomo una página de O. Clément, *Questions sur l'homme*, Ed. Stock, 117.

El hombre es un combatiente. La mujer cubre la vida con su *protección* materna.

El hombre frecuentemente hiere para despertar, la mujer cicatriza y cura («toda mujer es *mirrofora*», decía Fedorov; o sea, es la que lleva los aromas, los ungüentos para curar las heridas).

La mujer lleva al niño en su propia carne. Es *connivencia*, *complicidad con la vida*.

Desearía yo subrayar sobre todo este último punto: *connivencia con la vida*.

Las opciones de nuestra civilización, por desgracia, son a menudo elecciones de muerte. Sartre ha podido afirmar: «El reino de los homicidios ha tomado las dimensiones del mundo».

Y un cristiano atento a la realidad de nuestro tiempo llega a esta conclusión: «La tierra está contaminada, todos lo saben ya. Pero está contaminada ante todo por la sangre del hombre» (Raniero La Valle). Y se pregunta: «Yo veo morir al hombre en los libros de los filósofos, lo mismo que en los lazaretos de Calcuta, y en los inermes poblados de Vietnam. ¿Pero quién siente celo por el hombre?».

Aquí, en este marco de muerte, me parece importante que la religiosa, fiel a su «condición de mujer» (que es su primera *vocación*) se encuentre siempre obstinadamente en las trincheras para defender, proteger y vigilar la vida.

A una monja se la debe encontrar siempre *de parte de la vida*.

Solamente así, en último análisis, se muestra «fiel» a aquel Dios que es «celoso del hombre».



Una amiga preciosa, sobre todo cuando no está de acuerdo

Lunes-Martes

Mi orgullo es el testimonio de mi conciencia; ella me asegura que trato con todo el mundo, y no digamos con vosotros, con la sinceridad y candor que Dios da (2 Cor 1, 12).

Sé amigo de tu conciencia. Siempre. También cuando tu conciencia tiene algo contra ti. También cuando está decididamente en contra tuya.

Acércate a ella cuando está de morros contigo.

Consúltala sobre todo cuando no está de acuerdo contigo.

No hay nada más precioso que una conciencia «enfadada» con su legítimo propietario.

La conciencia es amiga tuya especialmente cuando no está contenta de ti.

Te es fiel de modo particular cuando presenta reservas sobre tu manera de obrar.

Cuanto más remolona es, más molesta, más descontentadiza, cuanto más te fastidia, cuando te inquieta impertinente con sus remordimientos, tanto más útil es para ti.

Una conciencia fácilmente domesticable es una amiga que te traiciona.

Una conciencia que cierra un ojo ante ciertas cosas poco claras, es una conciencia dormida. Ya no sirve para el caso.

No te mantengas a distancia de tu conciencia cuando ella protesta. No te des media vuelta si adviertes que tiene propósitos belicosos contra ti.

Debes preferir siempre sus duros reproches a los elogios que te llegan de otros labios más complacientes.

La noche en que trates de ahogar su voz inquietante, convenciéndote de que, entre tanto, has salido indemne, que nadie se ha dado cuenta de nada, que has escapado bien, que has recibido numerosas aprobaciones, y que, por lo demás, no era una cosa tan grave, que en fin de cuentas, casi todos... Bien aquella noche no tienes derecho a estar satisfecho.

Solamente la conciencia está autorizada a firmar tu satisfacción.

Tu sueño ha de tener su exclusiva aprobación.

Todos los otros testimonios, si te son favorables contra la conciencia, no hacen más que «certificar» tu suspenso como persona.

Por el contrario, no hay alegría más intensa que la originada por la voz solitaria de aprobación de la conciencia, en un ruidoso coro de desaprobación general.

Puede suceder un día que hagas algo por alguien. Que te comprometas. Que tomes posición con claridad, con valentía. Tu actitud es desinteresada. Te enfrentas con inevitables disgustos. Sabes que no te faltarán los fastidios, aun los grandes. Pero insistes, con firmeza y coherencia. Porque es justo hacerlo. Porque es bello arriesgar algo por los demás.

Esperas entonces que la persona que lo ha recibido todo (y algo más todavía) de ti, venga a darte las gracias, a decirte que se encuentra conmovida, que ha apreciado exactamente tu valor y tu generosidad.

Y resulta luego que viene en realidad. Pero para echarte en cara que has sido «deshonesto», cobarde e interesado.

Pues bien, aquella noche consulta rápidamente con la conciencia. Basta una insinuación.

Te darás cuenta de que es ella la que te dice «gracias».

Y aun con un nudo en la garganta, serás la persona más feliz de este mundo.

Prohibido envejecer, o sea, fidelidad a la vida

Miércoles-Jueves

No son sabios los que están llenos de años, ni los viejos quienes comprenden lo que es justo» (Job 32, 9).

Señor, me ha sucedido leer algunos oraciones que se te dirían para pedirte el «aprender a envejecer».

Una, en especial, me ha parecido simpática, y sé que ha obtenido un discreto éxito en algunos ambientes.

Pero yo no he logrado nunca recitarla.

Es una oración excesivamente tímida.

Es demasiado poco pedirte el aprender a envejecer.

Yo no te pido esto. No quiero molestarte por tan poco.

Te pido incluso no envejecer.

¡Oh, no me entiendas mal, Señor!

No deseo que me quites ahora mismo la vida.

También yo, como Job, te suplico:

«Si es que están contados ya sus días,

si te es sabida la cuenta de sus meses,

si un límite le has fijado que no franqueará,

aparta de él tus ojos, déjale,

hasta que acabe como un jornalero su jornada» (Job 14, 5-6).

Posiblemente desearía llegar a los setenta años y más.

Pero sin hacerme viejo.

No me digas que es imposible, por favor.

¿Qué trabajo te cuesta a ti concederme este milagro?

Dejaría en mal lugar tu generosidad si me limitase a pedirte «envejecer bien».

No, te presento la petición formal y expresa de no envejecer en absoluto.

Entre otras cosas, me parece que el permanecer jóvenes sería la forma más segura de fidelidad al don de la vida.

Así pues, Señor, no quiero envejecer.

Y tú debes secundarme en esta petición un poco atrevida.

Haz que yo sea de mi tiempo, y no de mi edad.

Que no me aficione morbosamente a las ideas como un avaro a su sucio dinero. Sino que controle frecuentemente su validez y, sobre todo, me asegure constantemente de su «convertibilidad».

Ayúdame a no tomarme demasiado en serio. A sonreír de mis éxitos lo mismo que de mis fracasos.

Hazme mirar con simpatía lo que hacen los demás, en especial si intentan algo en lo que yo no había pensado nunca, o si se lanzan a explorar territorios por los que yo no me haya arriesgado nunca.

Que sepa comprender más que juzgar. Apreciar más que condenar. Animar más que desconfiar.

Haz que resista la tentación de «contarme», de narrar mis cosas.

Hazme entender que es importante lo que hago hoy, no lo que hice diez años antes. Y los otros tienen derecho a recibir de mí lo que soy, no lo que he sido.

Que no me haga nunca «personaje». Sino que me sienta siempre en deuda conmigo y con los otros.

Señor, dame el pudor de los consejos.

No debo olvidar la protesta de Job:

«¡He oído ya muchas cosas como estas!

¡Consoladores funestos sois todos vosotros!

¿No acabarán esas palabras de aire?

También yo podría hablar como vosotros, si vuestra alma estuviera en lugar de mi alma; sabría agobiaros con discursos...» (Job 16, 2-4).

La gente tiene necesidad de modelos, no de recomendaciones.

Debo dejar de imponerme como uno que sabe, que tiene en el bolsillo la receta para todos los males de este «mundo perverso», o la respuesta para todos los problemas (también para aquellos, cuyos términos no he podido entender siquiera).

Enséñame a decir, a repetir, a asegurar con convicción: no sé, tengo todavía que aprenderlo todo, *soy un principiante en la vida,*

porque la vida comienza siempre de nuevo y es diferente cada día.

Señor, debo fiarme más de la imaginación que de la experiencia.

Alguien ha dicho que la experiencia es como un billete de lotería ya jugado. Estoy convencido de que el billete no vale ya nada, aun cuando muchos se obstinan en «guardarlo» celosamente.

Me doy cuenta de que la experiencia se halla ligada con frecuencia al cansancio, a la resignación.

La experiencia, para muchos, es triste adaptación a un estado de cosas, a una realidad que debe seguir lo mismo que es, porque resulta cómodo que no cambie.

Demasiada gente se ha enriquecido de experiencia por la sencilla razón de haberse visto pobre de programas audaces, de grandes ideales, en una palabra: de vida auténtica.

Y llama madurez lo que solamente es pérdida del sentido de las propias posibilidades.

Llama conocimiento de la realidad lo que es un cobarde pacto con las limitaciones que se ha dejado imponer.

Llama conocimiento de las personas al hábito de observar solamente el lado negativo de las personas. Como aquel que, invitado a hablar sobre el mar, se entretuvo en ilustrar difusamente... lo que es el mareo.

No, yo quiero la imaginación que me permita superar siempre las fronteras de una realidad mezquina que intenta aprisionarme en sus horizontes sofocantes y vengarse de mí con la complicidad de mi cobardía.

Con la imaginación yo no acepto «pudrirme» en un mundo cerrado, invadido por el moho de demasiadas abdicaciones y renunciaciones, sino que salgo fuera a la intemperie de mis nuevas posibilidades. Y quiero también un poco de ingenuidad. En un mundo de viejos picarones, la ingenuidad puede resultar la forma más refinada de la astucia.

Señor, te ruego que impidas que me acostumbre a mí mismo. A este yo mismo al que conozco demasiado bien y al que tiendo ya a aceptar o soportar como se acepta y se soporta a un viejo conocido.

Debo «sorprenderme a mí mismo». Debo obligarme, cada día, a reconocermelo nuevo, diferente, inédito. Debo aprenderme como «desconocido». Debo aceptarme como a «otro». Debo explorarme más allá de los confines habituales. Debo acogermelo como a un inesperado. Debo frecuentarme como a un insólito.

Durante una estancia mía en Venecia, alguien me habló de una mujer.

Los viejos, de Malamocco, la recuerdan todavía. Todos la llamaban «la María del despertador».

Hace muchos años era la única, en la aldea, que tenía un despertador.

Por la noche daba una vuelta para recoger los avisos de los pescadores.

A la mañana siguiente, iba llamando a las puertas de todos. A uno había que llamarle a las tres, a otro a las tres y cuarto, a otro a las tres y media. A las cuatro había que llamar a los que iban al mercado. Y así a todos los demás.

Durante algunos decenios la María de Malamocco, todas las mañanas, inexorable e indefectible, era la encargada de despertar a la aldea.

No sé por qué, Señor, vuelve frecuentemente a mi recuerdo la imagen de esta mujer.

Pero me parece un símbolo de la juventud.

Asumir la responsabilidad de tocar a levantarse.

Cargar con el oficio de despertar del sueño a los demás.

Comprometerse a poner en movimiento la vida.

Decir a todos que ha amanecido un nuevo día.

Que no conviene dormirse en el pasado.

Que es necesario darse prisa, porque hay mucho que hacer hoy.

Que es hora de ponerse en pie, y no conviene defraudar las esperanzas.

Que no hay tiempo que perder, porque el camino es demasiado largo.

Que no está permitido retardarse en el cálido ambiente de los recuerdos, desde el momento en que diariamente hay que aprender el arduo y fascinante oficio de estar vivos.

Señor, hazme comprender que se envejece solamente si uno se resigna a seguir el paso del calendario.

Mientras que se permanece joven si se tiene el valor de anticiparse puntualmente al despertar de los demás.

Quiero decir que se envejece por hábito.

Mientras que se es joven por... sorpresa.

Señor, regálame ese despertador.

El despertador que adelante mucho.

(¡Qué hermoso sería si también la vida religiosa fuera como un despertador siempre... adelantado).

El despertador que concede amplio espacio a mis posibilidades.

El despertador que me hace encontrarme en pie, para captar el primer rayo de luz. Fiel a la cita de lo que comienza.

Señor, no puedo envejecer.

Estoy demasiado ocupado en «tocar a despertar».

¿Me permites que ponga mi reloj a tu hora?

No traicionar al muchacho

Viernes-Sábado

Jesús llamó a un niño, lo puso en medio y dijo:

—Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de Dios (Mt 18, 2-3).

Un viejo hebreo recuerda este episodio de su infancia ¹.

Tendría cinco o seis años. Formaba parte de una caravana de nómadas en el Sahara. Había sido confiado a una anciana, que se ocupaba de su educación.

La vida discurría en gran parte en la amplia tienda, donde todos se reunían para comer, dormir, charlar y decidir.

Era una tienda enorme, bajo la cual, encontraban refugio, especialmente, en las noches gélidas, también los jóvenes animales (corderillos, asnos recién nacidos y hasta los camellos pequeños).

Es una noche de primavera. El muchacho siente de golpe una necesidad irresistible de salir fuera de la tienda donde se intercambian las acostumbradas conversaciones.

Se desliza fuera sin que nadie lo advierta.

Al aire libre, queda como electrizado por el espectáculo de aquella noche única. Nunca ha visto tantas estrellas. Los aromas que le vienen de todas partes, traídos por la brisa del desierto, lo trastornan. Hasta los mismos animales, que le rodean, parecen fascinados, dominados por aquella atracción misteriosa.

1. Este testimonio lo refiere R. L. Bruckberger, *Lettre ouverte à Jésus Christ*, 38 s.

El niño no ha podido admirar nunca una noche como aquella. Es ciertamente la noche más bella que haya existido desde el día de la creación.

Su corazón se siente perfectamente acorde con el ritmo de aquella armonía irresistible.

Tiene la impresión de que todo forma parte de un plan. Que todo esté pronto, preparado para alguna cosa importante. Para la llegada de alguien.

Unos inmensos preparativos para un acontecimiento excepcional. Para una sorpresa única.

De improvviso el silencio es rasgado por la áspera voz de la anciana:

—¿Dónde has ido a ocultarte? ¡Ven inmediatamente adentro, con todos!

De mala gana el muchacho vuelve a la tienda. Después, para prevenir la reprimenda, confía a la mujer en voz baja:

—Ven a verlo, ven a ver también tú qué espectáculo... La noche es maravillosa. ¿No crees que el mesías puede venir precisamente hoy?

Por toda respuesta, la vieja, con voz cortante, ordena:

—¡Deja en paz al mesías! ¡Aprende más bien a hacer tus cuentas!

En cada uno de nosotros conviven estos dos personajes.

Nuestra tienda alberga juntamente a la vieja y al niño.

Los dos tienen la pretensión de hacernos oír su voz.

Está la voz del muchacho que nos impulsa a salir fuera, al aire libre.

A abandonar el recinto cerrado, donde tienen lugar los ritos de la costumbre,

las ceremonias de la mediocridad,

las recepciones de la insignificancia,

las penosas representaciones de la apariencia,

las cansadas liturgias de las cosas rutinarias, las **acostumbradas** componendas, las **acostumbradas** charlas inútiles, los **acostumbrados** gestos vacíos.

Sal fuera.

No te dejes aprisionar por la mezquindad.

No te dejes atrapar en la trampa de lo trivial.

No te dejes adormecer por las conveniencias.

Contempla el inmenso horizonte que se te ofrece.

Déjate conquistar por el encanto de un territorio insólito, inexplorado.

Déjate transportar por la sugestión de algo que sea digno de ti.

Pero está también la voz de la vieja que nos llama a la realidad, que nos hace entrar en la prudente normalidad, que desearía dejarnos clavados en nuestras limitaciones.

Aprende a hacer tus cuentas.

No vayas en busca de preocupaciones.

Confórmate.

Adáptate como hacen todos.

Sé razonable.

Recorta tus aspiraciones.

Acorta tus ideales.

Quédate en lo seguro.

No te alejes mucho de donde acampa la caravana.

He aquí, pues, cómo están las cosas. Nuestra verdadera edad está dada por el prevalecer en nosotros de la voz del muchacho o la voz de la vieja.

Nuestra fidelidad se juega en esta sutil línea, o bien sobre la vertiente de los sueños, de las aspiraciones más profundas, de las aventuras más audaces, o acaso sobre la vertiente de lo «razonable», de la abdicación, de las acomodaciones, de las renunciaciones.

Se combate una lucha incesante bajo nuestra tienda. Entre un jovencito que se obstina en esperar, atender (literalmente; *tender* a algo) y una vieja reguñona que nos llama a la... contabilidad.

Puede parecer algo paradójico. pero es la realidad evangélica: en la vida somos felices, crecemos, nos hacemos adultos solamente en la medida en que *no traicionamos al jovencito* que está dentro de nosotros.

«Alégrate, mozo, en tu juventud...

Vete por donde te lleve el corazón

y a gusto de tus ojos» (Ecl 11, 9).

Seguir los caminos del propio corazón significa ser fieles al «muchacho» que debemos ser, que debemos llegar a ser.

Solamente el muchacho lo «sabe» todo acerca de nosotros. Precisamente porque no sabe de operaciones mezquinas, de sus-tracciones, de reducciones, de descuentos, de cálculos...

El niño sí es maduro. Maduro en sueños. Maduro en esperanza. Maduro en novedades. Maduro en sorpresas.

El es experto verdaderamente. Experto en disponibilidad.

El niño es adulto. Adulto en espontaneidad.

Es razonable. Razonable en las promesas.

Solamente él es fiel. No ha aprendido todavía a «consumir» el porvenir.

Dejémonos, pues, guiar por el niño que hay en nosotros. El no se equivoca. Nos conduce con seguridad por el camino del reino.

Donde la sorpresa será norma.

<i>Contenido</i>	7
<i>Advertencia</i>	9
DECIMOQUINTA SEMANA: LA SORPRESA DEL PROTAGONISTA.....	11
Domingo: La trinidad no es un rompecabezas.....	13
Lunes: El mundo respira aire de Dios.....	16
Martes: El mundo es transportado por el movimiento de Dios....	18
Miércoles: El mundo incendiado por Dios.....	21
Jueves: El corazón del hombre, acorde al ritmo de Dios.....	24
Viernes: Audaz humildad y humilde audacia.....	27
Sábado: Nos damos cuenta de él cuando no está.....	30
DECIMOSEXTA SEMANA: LA SORPRESA DE LA NOVEDAD.....	33
Domingo-Lunes: Boga mar adentro, o sea, una barca se ha hecho para navegar	35
Martes-Miércoles: El profeta recuerda... el futuro	39
Jueves-Viernes: El camino en el desierto	44
Sábado: Ser religioso hoy.....	48
DECIMOSÉPTIMA SEMANA: LA SORPRESA DE LA PALABRA.....	51
Domingo: El mundo tiene necesidad de palabras.....	53
Lunes: La palabra y las palabras	56
Martes: Las palabras lanzadas al viento llegan muy lejos.....	58
Miércoles: Las palabras que no funcionan.....	61
Jueves: Calla mucho, tienes mucho que decir	64
Viernes: No todos son capaces de criticar.....	67
Sábado: Es más respetuosa la bofetada	69
DECIMOCTAVA SEMANA: LA SORPRESA DE LA LIBERTAD.....	71
Domingo: La libertad de ser «requerido».....	73
Lunes: La liberación es un acontecimiento religioso	76
Martes: De la esclavitud al servicio	78
Miércoles: Cristo modelo de libertad	81

Jueves: Los fundadores aseguran a la iglesia el ministerio de la libertad	84
Viernes: La vida religiosa, proyecto de libertad	86
Sábado: La esclavitud, más que un estado, es una mentalidad....	89
DECIMONOVENA SEMANA: LA SORPRESA DE LO HUMANO.....	93
Domingo-Lunes: Dios no tiene miedo de aparecer «demasiado humano»	95
Martes: La importancia de la espina dorsal	100
Miércoles: ¿Cuellos torcidos o almas rectas?.....	102
Jueves: El silbido que mata	104
Viernes: Como si... ..	106
Sábado: Un hombre libre.....	109
VIGÉSIMA SEMANA: CARTA ABIERTA DE UN LAICO QUE CREE Y ESPERA..	111
Domingo: Lo tenemos todo, pero nos falta el resto	113
Lunes: No os resignéis a convertirlos en un elemento del paisaje religioso	117
Martes: La vida religiosa como señal de stop	119
Miércoles: No basta el hábito para reconoceros	122
Jueves: Sin misterio no se entiende nada	125
Viernes: Si en los conventos hace frío, el mundo tiritita.....	127
Sábado: Demostradme que es posible.....	130
VIGESIMOPRIMERA SEMANA: LA COMUNIDAD EN DIÁLOGO, O SEA, LA SORPRESA DE LO «DIVERSO».....	133
Domingo: Los oídos sirven más que la boca	135
Lunes: Puede tener razón el asno	138
Martes: ¿Un campo de batalla?	140
Miércoles: Muchos oyen, pocos escuchan	143
Jueves: Nada se resuelve ocultando la suciedad bajo la alfombra..	147
Viernes: Estoy seguro solamente de aquello que no he encontrado todavía.	151
Sábado: Para cambiar ideas es necesario tenerlas	153
VIGESIMOSEGUNDA SEMANA: LA COMUNIDAD QUE ORA.....	157
Domingo: ¿Cuál es la verdadera oración?	159
Lunes: Una comunidad capaz de todo.....	164
Martes: En la oración, la fantasía triunfa sobre la realidad.	166
Miércoles: La comunidad se construye en torno a la mesa	170
Jueves: Un cántico que brota de las disonancias del dolor.....	174
Viernes: ¡Cuántas cosas es la oración menos oración!.....	176
Sábado: El hijo levanta la cabeza	179
VIGESIMOTERCERA SEMANA: LA COMUNIDAD QUE ESCUCHA.....	181
Domingo-Lunes: Dios dialoga con un pueblo	183
Martes-Miércoles: Instruidos por Dios	186
Jueves-Viernes: La palabra de Dios hoy	190
Sábado: Las sorpresas del evangelio	195

VIGESIMOCUARTA SEMANA: LA COMUNIDAD QUE PERSONALIZA.....	197
Domingo: La comunidad no debe formar hombres en serie.....	199
Lunes: ¿Masificación o personalización?	201
Martes: ¿Quién es el «otro» para ti?	204
Miércoles: El descubrimiento de la persona	207
Jueves: ¿De quién depende?	209
Viernes: Educación para la libertad	212
Sábado: Educar para la claridad	215
VIGESIMOQUINTA SEMANA: LA COMUNIDAD QUE «SALE»	219
Domingo: Cuando el caballo se deja arrastrar por el carro	221
Lunes: Cuando la fuerza creadora se convierte en fuerza embalsamadora	223
Martes: Cuando el signo resulta jeroglífico.....	226
Miércoles: Cuando una comunidad descubre que una noticia no debe ser ocultada.....	229
Jueves: Cuando una comunidad tiene un centro pero también una salida	231
Viernes: Cuando una comunidad toma en serio la miseria	234
Sábado: La mujer no tiene necesidad de promoción	236
VIGESIMOSEXTA SEMANA: CARTAS ESCRITAS EN PAPEL DE LJA (I)	241
Domingo: Cuando el espíritu no está disponible	243
Lunes: ¡Seamos serios, o sea, riamos!	245
Martes: Un poco de pudor, por favor	247
Miércoles: Demasiado tiempo para llegar a la puerta justa	250
Jueves: Una espina en la almohada	253
Viernes: El privilegio de servir y la desgracia de ser servido.....	256
Sábado: Arrójese del tren	259
VIGESIMOSÉPTIMA SEMANA: CARTAS ESCRITAS EN PAPEL DE LJA (II)....	263
Domingo: Dejando de ser indispensables nos hacemos valiosos	265
Lunes: El centinela	268
Martes: La distribuidora de oficios	271
Miércoles: Espero malas noticias	274
Jueves: Cuando no se tiene derecho a llorar	277
Viernes: Propuesta de colaboración	279
Sábado: El éxodo no es una empresa solitaria	282
VIGESIMOCTAVA SEMANA: LA MISA DE LA MONJA	285
Domingo: Culpables de no haber hecho nada malo	287
Lunes: El evangelio tiene siempre una continuación	289
Martes: Me siento rico aun cuando me encuentro con las manos vacías	291
Miércoles: Alguien me ha arrebatado mi peso	293
Jueves: El cambio ha sido aceptado	296
Viernes: Prohibido blasfemar	298
Sábado: La misa comienza por el fin	300

VIGESIMONOVENA SEMANA: CUADRITOS MÁS O MENOS EDIFICANTES	303
Domingo: Los modelos en negativo	305
Lunes: La cátedra tiene el vicio de tambalearse	308
Martes: Todo crece menos la persona	311
Miércoles: «Esa fulana» es una hermana	314
Jueves: Peligro público	317
Viernes: No llenar el vacío con lo inútil	319
Sábado: Los perros del descontento y el ingenuo que aumenta el precio	321
TRIGÉSIMA SEMANA: CASTIDAD, O SEA, LA SORPRESA DEL AMOR.....	325
Domingo-Lunes: La castidad, misterio de pobreza	327
Martes-Miércoles: A través de la castidad se da «el paso» de al- guien por nuestra vida	331
Jueves-Viernes: La feminidad no es enemiga de la castidad.....	336
Sábado: Serás juzgado sobre la castidad	339
TRIGESIMOPRIMERA SEMANA: POBREZA, O SEA, LA SORPRESA DE LA CO- MUNIÓN	341
Domingo-Lunes: La posesión es una limitación	343
Martes-Miércoles: El gesto de compartir, signo visible de la pobreza.	347
Jueves-Viernes: La diferencia	351
Sábado: «Lo que tengo te lo doy».....	353
TRIGESIMOSEGUNDA SEMANA: OBEDIENCIA, O SEA, LA SORPRESA DE LA RESPONSABILIDAD	355
Domingo-Lunes: La obediencia es una virtud «interesante».....	357
Martes-Miércoles: La obediencia libera la libertad	361
Jueves-Viernes: Imaginación y obediencia	365
Sábado: Obediencia antes obediencia después	368
TRIGESIMOTERCERA Y TRIGESIMOCUARTA SEMANA: LA SORPRESA DE LA FIDELIDAD	371
Domingo-Lunes: Dios es fiel	373
Martes-Miércoles: La fidelidad como un reto a lo provisional....	376
Jueves-Viernes: Me quedo porque quiero caminar	381
Sábado-Domingo: No traicionar a la mujer	385
Lunes-Martes: Una amiga preciosa, sobre todo, cuando no está de acuerdo	388
Miércoles-Jueves: Prohibido envejecer, o sea, fidelidad a la vida..	390
Viernes-Sábado: No traicionar al muchacho	395
<i>Indice general</i>	399